

JESÚS

Profeta del
Islam

عيسى نبي الإسلام
أسباني

Muhammad 'Ata'ur-Rahim
y
Ahmad Thomson



الدار العالمية للكتاب الإسلامي

EN EL NOMBRE DE
ALLAH
EL MISERICORDIOSO, EL COMPASIVO



JESÚS
PROFETA DEL ISLAM

- Título: JESÚS, Profeta del Islam
- Autores: Muhammad 'Ata'ur-Rahim
y Ahmad Thomson
- Traducción al español de la edición revisada de
'Jesus, Prophet of Islam', London, 1996
- Titulo original: Jesus, Prophet of Islam
- Traducción: Hayy Muhammad Farid Bermejo
- Edición al español 1 (2012)
- Diseño de portada: Samo Press Group

JESÚS

PROFETA DEL ISLAM

عيسى نبي الإسلام

Traducción al español
de la edición revisada de
'Jesus, Prophet of Islam' por
Ha'yî Muhammad Farid Bermejo

Muhammad 'Ata'ur-Rahim
y
Ahmad Thomson

الدار العالمية للكتاب الإسلامي

INTERNATIONAL ISLAMIC PUBLISHING HOUSE

© Ramadan 1433/August 2012 Ahmad Thomson

Primera edición en inglés: Diwan Press, Norwich, GB. 1977.

Edición en inglés revisada (Edición GB; revisada y fotocompuesta por Ahmad Thomson) publicada por primera vez en 1996 por Ta-Ha Publishers, London, GB.

Edición en inglés revisada (Edición Arabia Saudita; revisada y fotocompuesta por Ahmad Thomson) publicada por primera vez en 2008 por International Islamic Publishing House.

Esta edición de Arabia Saudita de la traducción al español de la edición revisada de 'Jesús, Profeta del Islam' se publica con el consentimiento expreso del coautor superviviente, Ahmad Thomson, y de Ta-Ha Publishers Ltd que han concedido a IIPH el derecho exclusivo a publicar y distribuir la edición de Arabia Saudita de la traducción al español de la Edición Revisada de 'Jesús, Profeta del Islam'.

La traducción al español del Corán que aparece en el texto es obra de Haýý Abdul Ghani Melara Navío.

International Islamic Publishing House (IIPH)
King Fahd National Library Cataloging-in-Publication Data

Jesús, Profeta del Islam./Muhammad 'Ata' ur-Rahim;

Ahmad Thomson.-Riyadh, 2012

364 p ; 20 cm

- | | |
|---------------------------|-------------------------------|
| 1- Jesus Christ in Islam | 2- Jesus Christ in the Qur'an |
| 3- Islam and Christianity | 4- Jesus Christ as a Prophet |

I- Ahmad Thomson (co-author)

II- Haýý Muhammad Farid Bermejo (translator) III- Title

229.5 dc

1433/4684

ISBN Hardcover: **978-603-501-167-9** Legal Deposit No.: **1433/4684**

Todos los derechos reservados. A no ser que se cuente con la autorización escrita de la Editorial, queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, incluida la fotocopia, la grabación o el tratamiento informático de cualquier tipo.

El escaneo de este libro para alojarlo en Internet, o la distribución del mismo a través de éste o cualquier otro medio sin el consentimiento escrito de la Editorial, es ilegal y está penado por la ley. Se ruega comprar las ediciones electrónicas autorizadas y no participar o apoyar la piratería electrónica de material protegido por los derechos de autor. Se agradece su colaboración.

International Islamic Publishing House (IIPH)

P.O. Box 55195 Riyadh 11594, Saudi Arabia

Tel: +966 1 4650818 – +966 1 4647213 – Fax: +966 1 4633489

Email: iiph@iiph.com.sa – iiphsa@gmail.com

URL: www.iiph.com.sa

Índice

Prefacio a la Edición Revisada	vii
Prefacio a la Primera Edición	xiii
Introducción a la Primera Edición	xv
Introducción a la Edición Latinoamericana	xix
1 La Visión Unitaria y el Cristianismo	1
2 Una Relación Histórica de la Figura de Jesús	11
3 Bernabé y los Primeros Cristianos	55
4 Los Primeros Unitarios en el Cristianismo	85
5 El Evangelio de Bernabé	127
6 El Pastor de Hermas	157
7 El Cristianismo Trinitario en Europa	163
8 Los Unitarios más Recientes en el Cristianismo	175
9 El Cristianismo en Nuestros Días	275
10 Jesús en los <i>Hadices</i> y en las Tradiciones Musulmanas	289
11 Jesús en el Corán	307
Epílogo a la Edición Latinoamericana	345
Notas de los Capítulos	349
Bibliografía	355
Sobre los autores	363

“Verdaderamente Jesús, ante Dios, es como Adán.
Lo creó de tierra y luego le dijo: ¡Sé! y fue.
(Esto es) la verdad procedente de tu Señor,
no seas de los que dudan.”

(Corán, Sura de la Familia de Imrán – 3 : 59-60)

Prefacio

a la

Edición Revisada

Jesús, Profeta del Islam, fue escrito originalmente entre los años 1975 y 1977. Tras la muerte de su esposa, el Coronel Muhammad Ata'ur-Rahim, *alayhi rahma*, dejó todo lo que tenía en Pakistán y se trasladó a Londres para completar sus estudios sobre la vida de *sayyidina* Isa, la paz sea con él, y escribir el libro que sobre este Profeta siempre había querido escribir. A pesar de que el Coronel Rahim tenía un buen dominio de la lengua inglesa y un maravilloso sentido del humor, su inglés escrito no era siempre gramaticalmente correcto. Al haber nacido en una familia musulmana y haber sido educado como tal, el Coronel Rahim no tenía experiencia de primera mano sobre lo que significa vivir y pensar como un cristiano. Dado que el inglés es mi lengua nativa y puesto que yo sí había recibido una educación cristiana, me encontraba en una buena posición para asistirlo; y tuve la buena fortuna de ser elegido para ayudar al Coronel Rahim con su libro.

Los días que pasamos trabajando juntos en el libro —estructurando el material que el Coronel Rahim tenía ya preparado y profundizando en la investigación, especialmente en la British Library— fueron días realmente preciosos para mí, y ambos aprendimos mucho el uno del otro, no sólo acerca de la naturaleza e historia del Cristianismo, sino también sobre la naturaleza e historia del Islam y sobre la vida misma. Casi cada línea escrita fue motivo de reflexión y debate y, mientras que el Coronel Rahim recibía con placer mis contribuciones y observaciones, y a menudo aceptaba incorporarlas al texto, estaba implícitamente acordado que él siempre tendría la última palabra en la redacción definitiva.

Finalmente, el libro se concluyó después de haber sido concienzudamente mecanografiado por Mariam Toby, que tenga paz en su tumba; una vez leído y re-leído para las correcciones finales, fue fotocompuesto por Abdal Hayy Moore y Abu'l Qasim Spiker y por último, pudo ser impreso, publicado y distribuido. Desde entonces, el libro

raramente ha dejado de ser reimpresso, a pesar de que los numerosos errores tipográficos y una espuria introducción alternativa, que fue introducida en ediciones posteriores, disminuyeran considerablemente la calidad y el contenido de la primera edición.

Aunque la primera edición fue en conjunto bien recibida, una de las pocas críticas manifestadas ocasionalmente era que ciertos pasajes del libro eran demasiado detallados, y en consecuencia un tanto aburridos para el lector en general. También recuerdo que el Coronel Rahim me mencionó, que en lo concerniente al capítulo titulado *Jesús en el Corán*, había muchas más aleyas en el *Corán* que podían haberse incorporado al texto, especialmente las que estaban dirigidas a los cristianos y a la “Gente del Libro”, término que por lo general se refiere a todo grupo de gente cuya religión está basada, en mayor o menor grado, en una revelación divina anterior al *Corán*. En este grupo se incluyen especialmente los judíos y los cristianos.

Debido a esta crítica y al comentario del Coronel Rahim, es que me he atrevido a revisar la primera edición, no sólo para acortar algunos de los pasajes más extensos e incrementar el número de aleyas que se citan del *Corán*, sino también para incluir material adicional que ha ido apareciendo a lo largo de los últimos dieciocho años. Esto propició una reestructuración parcial del texto original, además de la inserción de un nuevo capítulo titulado *El Cristianismo Trinitario en Europa*.

Respecto a los temas añadidos que aparecen en esta edición revisada, me gustaría reconocer con gratitud las citas que proceden del libro del Dr. Maurice Bucaille, *La Biblia, el Corán y la Ciencia*, obra inédita cuando apareció la primera edición de *Jesús, Profeta del Islam*. La escrupulosa e imparcial llamada de atención del Dr. Bucaille sobre la autenticidad, exactitud y fiabilidad de los contenidos de la *Biblia* y del *Corán*, junto con su análisis racional de si se corresponden o no con la evidencia empírica recolectada por los científicos, prestan por igual, información e iluminación, y quien no haya leído su libro debería hacerlo inmediatamente!

Al presentar esta edición revisada al público en general, confío no sólo en que el Coronel Rahim hubiera aprobado los cambios introducidos, sino que también espero que todo aquel que lea este libro aprenda algo valioso de él, y sobre todo, que lo disfrute. Definitiva-

mente disfruté el poder ayudar a escribir la primera edición del libro con el Coronel Rahim, y ha sido un placer revisar el texto original después de tantos años, y poder así recordar de nuevo la extraordinaria cualidad que como ser humano tenía el Coronel Rahim.

La calidez y sabiduría del Coronel Rahim eran extraordinarias, y muchas de las largas discusiones que compartimos, junto con sus agudas observaciones, me acompañan todavía en estos días. Todo aquél que tuvo la suerte de conocer al Coronel Rahim le recuerda con gran cariño. Era lo que su propio nombre indica: un regalo del Señor Misericordioso. Esta edición revisada la dedico a su memoria. ¡Ojalá podamos encontrarnos de nuevo en la vida próxima, en el Jardín!

Como con cualquier otro libro escrito por un ser humano, en éste hay fallos y deficiencias inevitables. Fue necesario leer miles de páginas para poder escribir unas pocas decenas. Idealmente, esta obra servirá para complementar el conocimiento que el lector ya posee, arrojando nueva luz sobre lo que no sabía, había olvidado o simplemente había asumido a la ligera.

Quizás sea necesario enfatizar que el título de este libro no pretende ser una provocación. Siempre se ha entendido, al menos por los musulmanes, que la forma de vida encarnada por todos los Profetas, las bendiciones y la paz de Dios sean con todos ellos, sus familias, compañeros y seguidores, fue en esencia una; la misma transacción vital,¹ basada en la adoración del Creador Único de los cielos y de la tierra y de todo lo que existe, tanto en el mundo Visible como en el Invisible: el Camino del Islam. Como todos los Profetas anteriores, Jesús, la paz sea con él, confirmó a los Profetas que le precedieron, especialmente a Moisés, la paz sea con él, y predijo la venida del Profeta que le habría de suceder, Muhammad, a quien Allah bendiga y le conceda paz. Y al igual que sucedió con los Profetas anteriores, la sencilla forma de vida que siguió Jesús consistió en la total sumisión a su Creador: la forma de vida del Islam. Cuando la forma de vida del Islam se contempla desde esta perspectiva, queda claro que no sólo Jesús, sino también todos los Profetas, y en especial Muhammad, son Profetas del Islam. Entendido de esta manera, no es posible hacer distinción alguna entre ellos.

Este modo de vida profético, el camino del Islam, que se ha caracterizado desde siempre por su flexibilidad y por su equilibrio entre

la forma externa y el contenido interno, ha sido siempre susceptible a corromperse de dos maneras principales; ya sea porque la gente lo ha hecho muy rígido, o porque lo ha hecho demasiado tolerante. Si se hace demasiado rígido, se llega a un sistema de reglas que la gente trataría de evitar frecuentemente. Si por el contrario, se hace demasiado tolerante, casi no existirían reglas que evadir, sino sólo una falta de claridad que inevitablemente conduciría a la confusión. Caer en cualquiera de estos dos extremos impide que el ser humano comprenda la naturaleza real de la existencia.

Cada vez que el equilibrio del camino intermedio presente entre estos dos opuestos se ha perdido, la sociedad humana ha tendido a oscilar sin descanso de uno a otro extremo; de la rígida ortodoxia al liberalismo confuso; hasta que finalmente, Allah envía a otro Profeta o Mensajero para mostrarnos cual es el camino del medio y cómo se puede encarnar y mantener su equilibrio.

Es bajo la luz de este patrón de comportamiento, que puede entenderse la historia de lo sucedido con las enseñanzas de Jesús en Europa; ya sea por que Pablo abandonó la Ley que Jesús específicamente le pidió defender, no sólo en su espíritu sino también en su letra; o por la tiranía de la Inquisición Española y la Medieval; o por el ímpetu de lo que es conocido como “Reforma”; o la reacción a ésta última, la “Contra-Reforma”; o por el enfoque amplio y liberal del movimiento ecuménico actual; o por el genocidio despiadado de los cruzados serbios de nuestros días, por mencionar sólo algunos de los desarrollos más importantes que se han llevado a cabo en la religión cristiana Paulina durante los últimos diecinueve siglos.

También debe de enfatizarse, que el objetivo fundamental que nos propusimos al escribir *Jesús, Profeta del Islam*, fue siempre el de profundizar en el conocimiento de Jesús, tanto por parte del lector como del mismo autor, procurando evitar el terreno de la discusión y el debate; terreno donde el éxito es medido en función del número de conversos reclutados, con el fin de ganar puntos en contra de la oposición. Si usted, el lector, aprende tanto como los autores aprendieron al momento de escribir este libro, o si simplemente aprende un poco, o incluso una sólo cosa de valor, entonces el objetivo de este libro habrá sido alcanzado.

Por último, me gustaría dar las gracias a mi guía y maestro, Shayj Dr Abdalqadir as-Sufi ad-Darqawi al-Murabit, ya que por medio de él abracé el Islam, y fue gracias a él que llegue a trabajar con el Coronel Rahim, y sino hubiera sido por él, no hubiera podido completar lo que empecé. *Al-hamdulillah wa shukrulillah wa la hawla wa la quwwata illa bi'llah*. La alabanza pertenece a Allah, el agradecimiento pertenece a Allah y no hay fuerza ni poder sino en Allah. Y como dijo el Profeta Muhammad, a quien Allah bendiga y conceda paz: “Si no eres agradecido con la gente, no eres agradecido con Allah”.

Ahmad Thomson
Londres 1416/1995



Posdata

Me gustaría agradecer a todos los que han colaborado en esta traducción al español de la edición revisada de *Jesús, Profeta del Islam*, especialmente Haÿy Muhammad Farid Bermejo y Adriana Manzo-Andrade —y por supuesto a sus familiares y amigos—. También me gustaría agradecer a todos los que han colaborado en su publicación, especialmente Afsar Siddiqui, Dr. Abia Siddiqui, Muhammad Al-Tuwaijri y Jamila Hakam —y por supuesto a sus familiares y amigos—. Es fácil comenzar una empresa, pero no tan fácil completarla. Gracias por su paciencia y perseverancia —y que Allah los recompense más de lo que se puedan imaginar—, Amin.

Ahmad Thomson
Londres Rabia'l-Awwal 1433 / Febrero 2012



Prefacio

a la

Primera Edición

Un erudito eminente en la historia del Cristianismo, admite que el Cristianismo de nuestros días es una especie de “máscara” sobre la cara de Jesús, la paz sea con él; luego continúa diciendo que la máscara que se usa durante mucho tiempo, llega a adquirir vida propia y termina por ser aceptada como algo real. El musulmán cree en el Jesús histórico, pero se rehúsa a aceptar la máscara. Ésta ha sido, en una palabra, la diferencia entre el Islam y la Iglesia durante los últimos mil cuatrocientos años. Incluso antes de la llegada del Islam, los Arrianos, los Paulicianos y los Godos, por mencionar sólo algunos, aceptaban a Jesús y rechazaban la “máscara”. El Sacro Imperio Romano impuso a los cristianos una única doctrina. A fin de conseguir este objetivo imposible, millones de cristianos fueron matados. Castillo, un admirador de Servet, dijo que “matar a un hombre no significa demostrar una doctrina”. Un puñal no refuerza la convicción.

Hoy día, en algunos sectores de nuestra sociedad se ha llegado a sugerir que, a fin de alcanzar una mayor integración en la sociedad inglesa, los musulmanes deberían hacer coincidir sus dos festividades anuales con la Navidad y la Semana Santa. Los que afirman tal cosa olvidan que estas dos fiestas no son más que conmemoraciones paganas anteriores al Cristianismo. Una es el antiguo nacimiento del dios-sol y la otra es una festividad sagrada dedicada a la antigua diosa de la fertilidad anglosajona. En esta situación es cuando uno debe preguntarse quien es el “anticristo” en realidad.

En este libro se intenta, quizás por primera vez, hacer un estudio sobre la vida sagrada de Jesús, utilizando para ello todas las fuentes de las que se disponen y en las que se incluyen: los *Rollos del Mar Muerto*, las Escrituras cristianas, la investigación moderna, el *Corán* y los *hadices*. Los eruditos cristianos que pretenden escribir la historia de Jesús, raramente logran desembarazarse de la idea de su carácter divino. Cuando no logran probarlo, a veces concluyen por decir que

ni siquiera llegó a existir o que Jesús es “todo para todos”. Bajo este enfoque intelectual es imposible llevar a cabo un estudio objetivo. Este libro parte de la convicción de que Jesús sí existió. Era un hombre y un Profeta de Dios.

Este trabajo es el resultado de treinta años de estudio. Debo manifestar mi agradecimiento a Amat’ur-Rashid por su búsqueda incesante de libros ya agotados que aún se vendían en las calles de muchas ciudades de los EE.UU. Estos textos no estaban disponibles en las bibliotecas de Karachi, por lo que su ayuda fue de vital importancia.

Su Excelencia el Sr. Ahmad Yamyum de Jeddah me visitó en Karachi, y tanto su aliento como su apoyo estuvieron siempre a mi disposición cada vez que tuve dificultades.

Mi agradecimiento también a su Eminencia el Shayj Mahmud Subhi de la Yama’at Dawa Islamiyya de Trípoli, por hacer posible mi venida a Londres con el fin de estudiar este tema a profundidad.

En Londres conocí a su Eminencia el Shayj Abdalqadir as-Sufi. En todo momento me brindó su apoyo. Esto resultó en una estrecha colaboración entre el Sr. Ahmad Thomson conmigo. Su ayuda fue decisiva para estructurar el material colectado, y sin él, el trabajo habría sido lento y penoso. Shayj Abdalhaqq Bewley estuvo siempre a disposición con todo tipo de sugerencias y consejos útiles.

El cariño y la cálida amistad que me unió al Sr. Ali Aneizi no pueden ser descritos sino sentidos en lo más profundo.

Y por último, tal y como dice el Corán:

“Nada proviene de mí que no sea con la ayuda de Allah”

و ما توفيتي إلا بالله

Muhammad 'Ata'ur-Rahim

Londres

25 Abril 1977 / 7 Yumadah al-Awal 1397 AH



Introducción

a la

Primera Edición

Para los musulmanes, la Cristiandad es una realidad histórica basada en una ficción metafísica. Al ser sus fundamentos míticos e inventados, en oposición a existenciales y revelados, el Cristianismo aparece ante nosotros como un sistema de cerrazón negativa. El Cristianismo proclama la doctrina del amor al tiempo que establece la Inquisición. Predica el pacifismo y propugna las cruzadas. Llama a la pobreza y construye el enorme edificio de riqueza que se llama la Iglesia. Afirma “misterios” y se involucra en la política. La Reforma, lejos de resolver las contradicciones, las hizo aún más evidentes. Mientras declaraba el sacerdocio de todos los creyentes, estableció una clase sacerdotal que, por su propia naturaleza, contenía una desviación en la que comenzó a manifestarse la congénita locura de la ficción cristiana. En las iglesias reformadas, los requisitos para acceder al sacerdocio se establecieron como algo “académico”, a pesar de que en la antigüedad cualquier hombre podía obtener un lugar en dicha jerarquía mediante la piedad y el retiro de este mundo. De esta manera apareció el concepto de lo “secular”: con esto se estableció una zona para la “religión” y otra para la política. La Iglesia y el Estado se conciben como entidades separadas. Pero lo que de hecho iremos descubriendo es que siempre han sido una, tal y como demuestra nuestro autor en este fascinante estudio, desde el inicio de la sangrienta historia de la Iglesia.

Hoy en día, el Cristianismo como encarnación de tesis metafísicas ha cesado de existir. Nadie es más consciente de ello que el propio Vaticano. Sus intentos desesperados por asimilar en las tesis cristianas todos y cada uno de los movimientos intelectuales modernos, han traspasado los límites de la sátira. La muestra más significativa de su fraudulencia intelectual se manifiesta en la casi total deserción de la intelligentsia cristiana hacia las filas marxistas o post-marxistas. A los no-creyentes y las gentes de otras religiones, siempre les ha sorpren-

dido la facilidad acomodaticia de los cristianos bajo cualquier nexo de poder, tanto de derechas como de izquierdas. Este texto muestra claramente que ya no existe tal cosa como la religión cristiana. El Cristianismo está acabado. El mito por fin ha reventado.

La buena acogida dispensada a este libro se debe, en primer lugar, a que contempla las raíces del fenómeno cristiano desde la única perspectiva que permite su correcta comprensión, y con ello me refiero al punto de vista musulmán. Es la única posición privilegiada desde la que se puede observar el fenómeno, puesto que el Islam es el legítimo heredero de Jesús. Jesús, la paz sea con él, fue el profeta que abrió el camino al Sello de los Profetas y a la culminación del ciclo profético. A los cristianos les resulta difícil comprender que así como ellos se asombran ante la incapacidad de los judíos a la hora de “reconocer” a Jesús como manifestación profética, ellos mismos se encuentran en la misma fanática postura al no poder reconocer la identidad del sublime Profeta y Mensajero Muhammad, a quien Allah bendiga y conceda paz. Moisés, Jesús, Muhammad, forman una sola línea, la paz sea con ellos, y su enseñanza es el Islam. Su enseñanza es el sometimiento al Creador Divino, la adoración de un Señor Único y la obediencia a Su Ley o Shari’ah. Moisés, la paz sea con él, modificó la ley anterior para adaptarla, bajo la guía divina, al período que le tocaba vivir. Jesús confirmó la Ley Mosaica y pudo haberla modificado. El Mensajero Muhammad, a quien Allah bendiga y le conceda paz, confirmó a los profetas y presentó la forma final de la Ley Divina adecuándola al estadio último de la era humana en la que será posible ver a la tribu de Adam viviendo básicamente como un sólo pueblo. Ésta era la razón por la que Allah con Su Misericordia decidió simplificar y hacer más fácil la Ley Mosaica.

A los cristianos jamás se les ha permitido examinar o al menos descubrir las enseñanzas proféticas del Islam, puesto que la base educativa de la que derivan su limitada visión del mundo les niega acceso al *Din* (transacción de vida) del Islam. Es sólo en fechas recientes cuando se ha traducido a una lengua europea el gran libro del Imam Malik que contiene los *hadices* o enseñanzas orales del Mensajero, a quien Allah bendiga y le conceda paz, traducción ésta que nos llega después de más de mil trescientos años. Por su parte, el Vaticano, al mismo tiempo que emite todo tipo de declaraciones sobre el “diálogo”

y la amistad con los musulmanes, está profundamente comprometido con un programa intelectual de censura despiadada, represión y distorsión del mensaje del Islam, de todo lo cual, lamentablemente, hemos recogido pruebas suficientes.

El segundo elemento importante en este libro, es el profundo análisis acerca de cómo fue inventado el Cristianismo. Con él se pone de manifiesto que estamos ante una pseudo-religión, y esto hasta tal punto que no admite comparación con las enseñanzas hindúes o budistas. A pesar de que estas últimas doctrinas también se nos presentan corrompidas al faltar un texto inalterado sobre el que nos pudiéramos basar, todavía se pueden atisbar a través de los escombros, soberbios fragmentos arqueológicos de antiguas enseñanzas unitarias. Incrustados en las escrituras védicas y las sutras budistas todavía pueden descubrirse fragmentos evidentes del más puro *Tawhid* (Unidad). El fenómeno cristiano está tan sólidamente enraizado en la mentira trinitaria que, comprensiblemente, jamás pudo llegar a producir la pura y lúcida tradición gnóstica que existe en el radiante sufismo del Islam. La espiritualidad cristiana permanece atrapada en la fase mental y, en consecuencia, se le da realidad al falso yo, producto de la mente. El resultado final es que en esta pseudo-religión el impulso espiritual aparece impregnado de sadismo, masoquismo e incesto. Según la doctrina más pura de la *Huda*, es decir, la guía antigua que ha sido seguida desde los tiempos de nuestro padre, Sayyidina Adam, la paz sea con él, la gnosis reside en el profeta de la época. Cuando finaliza su predominio, esta gnosis pasa al siguiente profeta. Esto significa que el profeta es la puerta del conocimiento de Allah. Esta es la razón de que durante seiscientos años existiera una tradición gnóstica cristiana viva y, pasado este tiempo, sólo quedara una gnosis adulterada, llena de milagros, estigmas y otras manifestaciones neuróticas.

Jesús, Profeta del Islam, muestra cómo se alteró la “verdadera” enseñanza cristiana, o podríamos incluso decir, cómo se descarriló la enseñanza a causa de la poderosa explosión Paulina. Este libro extraordinario pone de manifiesto cómo se negaba el acceso al Islam a aquellos desafortunados y perseguidos unitarios que tan persistentemente surgían de entre los cristianos cada vez que el intelecto humano lograba reflexionar y abrirse un camino con el que, cruzando los misterios y sus artificios, se pudiera llegar a una auténtica com-

prensión de la transacción existente entre Allah y los seres humanos y con esto resolver al fin el dilema intelectual y el anhelo de llegar al hogar donde reside la sabiduría.

Para los cristianos, el significado de este libro sólo puede ser un nuevo examen de esa fantasía llamada religión cristiana que les permita observar con toda franqueza la aventura de una organización fragmentada en sectas que está por encima de cualquier motivación racional y que intenta arrebatarse y anexionar cualquier destello de espiritualidad (el Zen cristiano y el yoga cristiano indicado por Jung). Los cristianos deben fijarse en la razón histórica de una organización que todavía pretende apoyar por igual al status-quo y a las fuerzas revolucionarias que quieren destruirlo; una religión que a nivel popular celebra sus dos ritos centrales atando regalos a un pino y haciendo rodar huevos colina abajo, y que al nivel intelectual ya no existe en absoluto.

El significado del libro para los musulmanes —dejando aparte la fascinante descripción de la despiadada política propiciada por la sociedad que a pesar de haber tratado de destruir sin éxito la enseñanza profética del Islam logró sin embargo poner fin al califato y también introducir las doctrinas masónicas y ateas en la comunidad musulmana— reside en que muestra claramente cómo la Cristiandad tan poderosa de la antigüedad está ahora acabada, exhausta y en bancarrota. A fin de cuentas, el Cristianismo solo era Europa. Y Europa está acabada. Islam es el mundo entero. Y el mundo aún no ha terminado. Y a pesar de que se ven señales que indican su fin, nuestro bendecido y generoso Profeta, que Allah bendiga y le conceda paz, nos guió diciendo:

“Si cuando llegue el Último Día estás plantando un árbol,
sigue haciéndolo hasta que termines”.

Y el árbol que estamos plantando es Islam.

Shayj Dr Abdalqadir as-Sufi ad-Darqawi al-Murabit



Introducción

a la

Edición Latinoamericana

Es un honor prologar esta famosa obra de mi querido amigo, el ya difunto, Coronel Rahim. A través de ella, muchos jóvenes buscadores en Europa han encontrado una apertura hacia el Islam. Curiosamente, el curso histórico de la desaparición del Cristianismo en Europa es repetido parcialmente en México.

El dominio mundial de la Iglesia Católica o Romana fue interrumpido por Enrique VIII. Como el Rey más grande de Inglaterra y como un brillante intelectual (ya que fue instruido por Erasmo) comprendió que el verdadero engaño de Roma no era de naturaleza metafísica sino política. Es así como luego de acabar con el sistema de poder -que obligaba a los jefes de los estados soberanos a obedecer a Roma- terminó asimismo con el Gobierno Papal. Una vez que el poder mágico del Papa fue quebrantado, consecuentemente la afirmación falsa del Sacramento como una visa para el cielo, otorgada únicamente por el sacerdocio ordenado, a su vez se vendría abajo. Antes de la Reforma total y de la negación de que el pan se había convertido en el verdadero cuerpo de Jesús (el famoso “Hic est Corpus”), el rechazo al Papa tuvo que ser respaldado con un rechazo de su sistema: la red política de los monasterios y conventos que se extendían por Inglaterra, extrayendo la riqueza del país y enviándola a Roma. Este sistema estaba sustentado por estas instituciones que poseían “reliquias sagradas” de huesos de Santos, o tumbas, y peregrinaciones. Finalmente, bajo escrutinio científico, fue demostrado ante el Rey Enrique VIII que el sistema en su conjunto era fraudulento. ¡En una ocasión la supuesta sangre de un Santo resultó ser la sangre de un pato! Al terminar con el poder y la superstición Católicas, Enrique VIII situó a Inglaterra en el mundo moderno.

En México, durante la época de su Revolución y sus líderes mundialmente famosos, se vivió una experiencia paralela. La acción clave de la Revolución fue el desmantelamiento del poder y la influencia Ca-

tólicas. Fue la Revolución la que dismanteló y situó a las Instituciones Católicas bajo la seguridad del Estado. Entre ellas se encontraba el célebre convento de San Cristóbal de las Casas; cuando sus pinturas pornográficas y pruebas documentadas de sadismo fueron expuestas, fue convertido en museo para que la gente pudiera percatarse del engaño que habían tolerado. Una condición impuesta antes de la visita del Papa Juan XXIII a México, fue que el convento estuviera cerrado. Sin embargo, escribiendo desde un sitio tan lejano como lo es la Ciudad del Cabo, Sudáfrica, desconozco si fue reabierto.

Con la religión Sacramental (sangre en un cuerpo de 2000 años) terminada, el intento de revivir al Cristianismo se vio obligado a retroceder a la época previa a la Crucifixión, es decir, al acto inicial de su historia: el Bautismo. Así que en lugar de un Sacramento que otorgaba una nueva vida en el otro mundo, se ofrecía un Bautismo que permitía “volver a nacer” y por lo tanto obtener una nueva vida en este mundo. Lo “No Visto”, que es en lo que se basa la religión verdadera, había sido definitivamente desterrado por completo por el Evangelismo.

El Islam es una religión natural, Deen Al-Fitra. En ella no existe sacerdocio iniciado e iniciador. No hay abracadabra mágica (Hic est Corpus) ni ningún baño mágico. En el Islam, el creyente se baña todos los viernes antes de ir a la oración comunitaria.

La llegada de este revelador estudio histórico y teológico, sin duda marca el comienzo de un México renovado y su apertura hacia el Islam. La historia completa de la humanidad está contenida en el Corán -el último Libro revelado- enviado a nuestro amado y último Profeta, Muhammad, que Allah le bendiga y le conceda paz. Por medio de este inevitable y bendito acontecimiento, veremos al gran pueblo de México liberado del tráfico de drogas tanto espirituales como materiales. Insha'Allah.

Shayj Dr Abdalqadir as-Sufi ad-Darqawi al-Murabit



Capítulo Uno

La Visión Unitaria y el Cristianismo

La investigación histórica ha demostrado que el animismo y la idolatría de los pueblos primitivos es, en todos y cada uno de los casos, una regresión de la creencia unitaria original, y que el Dios Único del Judaísmo, el Cristianismo y el Islam surgió como oposición a la multiplicidad de dioses y no como una evolución a partir de éstos. Así pues, en cualquier tradición, la enseñanza más pura es la que se encuentra en sus orígenes, y lo que le sigue es necesariamente decadencia. Esta es la perspectiva que debe aplicarse al estudio del Cristianismo, que comenzó con la creencia en un sólo Dios para después corromperse al aceptar la doctrina de la trinidad. El resultado final fue una confusión que alejó cada vez más a los seres humanos de la cordura.

En el siglo primero posterior a la desaparición de Jesús, la paz sea con él, todos los que lo siguieron continuaron afirmando la Unidad Divina. Esto lo demuestra el hecho de que *El Pastor de Hermas*, libro escrito en el año 90 d.C., fue considerado por la Iglesia como un texto revelado. El primero de los doce mandamientos que contiene empieza diciendo:

“En primer lugar has de creer que Dios es Uno, que creó todas las cosas y las organizó; e hizo existir todo a partir de lo que no existía, y ÉL contiene todas las cosas pero nada. Lo contiene ...” ¹

Según Teodoro Zahn, el credo vigente hasta el año 250 era: “Creo en Dios, el Todopoderoso”. ² Entre los años 180 al 210 d.C. la palabra “Padre” fue añadida antes de “el Todopoderoso”. Esta innovación fue enérgicamente contestada por un número considerable de los líderes de la Iglesia. De hecho el Obispo Víctor y el Obispo Zefesius condenaron este movimiento, pues consideraban que añadir o eliminar cualquier palabra a las Escrituras era un sacrilegio impensable.

Se opusieron a la tendencia que contemplaba a Jesús como dotado de naturaleza divina. Afirmaron con rotundidad la Unidad de Dios tal y como estaba expresada en las enseñanzas originales de Jesús, y proclamaron que aun siendo un profeta, era en esencia un hombre como todos los demás, aunque eso sí, merecedor de los favores de su Señor. La misma creencia era compartida por las iglesias que habían surgido en el Norte de África y en Asia Occidental.

Debemos de recordar siempre que Jesús, la paz sea con él, fue específicamente enviado a la Tribu de Israel, esto es, a las doce tribus de la Tribu de Israel descendientes de los doce hijos de Jacob, también conocido como Israel. Las enseñanzas de Jesús estaban dirigidas a aquellos que declaraban seguir a Moisés pero que carecían de acceso a sus enseñanzas originales. A Jesús se le dio el conocimiento de la *Torá* original tal y como había sido revelada a Moisés, y Jesús siempre enfatizaba que había venido para confirmar la Ley de Moisés y no para alterar ni siquiera una coma en ella.

Tan pronto como las enseñanzas de Jesús comenzaron a propagarse más allá del círculo de las Tribus de Israel, sus contenidos empezaron a ser alterados radicalmente; especialmente en Europa y posteriormente en América, lugares donde este proceso de cambio ha continuado sin interrupción hasta nuestros días, hasta el punto de llegar a admitir que el sacerdocio cristiano admite tanto a hombres como mujeres, que pueden a su vez ser homosexuales o lesbianas, y esto ¡a pesar de que lo la *Biblia* dice sobre esos temas!

Conforme la enseñanza de Jesús fue traspasando las fronteras de la Tierra Santa, fue entrando en contacto con otras culturas y en conflicto con los que detentaban la autoridad. Sus contenidos comenzaron a ser asimilados y adaptados por estas diferentes culturas al tiempo que eran alterados para con ello aliviar la persecución ordenada por los gobernantes. En Grecia especialmente, la enseñanza de Jesús sufrió una metamorfosis debida a dos causas fundamentales: por ser la primera vez que se expresaba en una lengua nueva y en segundo lugar, la enseñanza se ajustó a las ideas y la filosofía de la cultura griega. La concepción politeísta de los griegos intervino de forma decisiva en la formulación de la doctrina de la trinidad; aunado al cambio gradual que algunas personas, especialmente Pablo de Tarso, introdujeron en la figura de Jesús, transformándolo de Profeta de Dios, a ser una parte separada de Dios pero al mismo tiempo indivisible.

Los Concilios de Nicea del año 325 d.C. y el de Constantinopla del 381 d.C. proclaman la doctrina de la trinidad como parte esencial de la creencia cristiana ortodoxa. Incluso entonces, algunos de los que firmaron el nuevo credo no lo aceptaban, puesto que no podían hallar en las Escrituras confirmación alguna. Atanasio, que está considerado como el padre del nuevo credo, no estaba seguro de su autenticidad. En sus escritos llega a admitir que “cada vez que forzaba su comprensión a meditar sobre la divinidad de Jesús, sus arduos e inútiles esfuerzos se negaban a ello; cuanto más intentaba escribir más incapaz era de expresar sus pensamientos”. En un momento determinado llegó a escribir: “No hay tres sino UN ÚNICO DIOS”. Su creencia en la doctrina de la trinidad no estaba basada más en la convicción como en la táctica y la necesidad aparente.

La demostración de que esta decisión histórica estuvo basada tanto en la conveniencia política como en un razonamiento filosófico erróneo, se pone de manifiesto en el papel jugado por Constantino, el emperador pagano de Roma que presidió el Concilio de Nicea. Las comunidades de cristianos en expansión constituían una fuerza de oposición que el emperador no deseaba, ya que esto debilitaba a su imperio, y lo que necesitaba era su invaluable apoyo para fortalecerlo. Con la transformación del Cristianismo, Constantino confiaba en obtener no sólo el apoyo de la Iglesia sino también poner fin a la confusión que había surgido en el seno de la misma, que era una fuente más de conflicto dentro de su Imperio.

El proceso mediante el cual logró, al menos parcialmente, conseguir su objetivo, puede ilustrarse con un incidente que tuvo lugar durante la Segunda Guerra Mundial. En una ocasión, cuando estaba próxima la festividad Musulmana del 'Id, la propaganda emitida por Tokio se concentraba en una oración del 'Id que tendría lugar en Singapur, ciudad que en esa época estaba bajo la ocupación japonesa. Esto sería un acontecimiento histórico, se decía una y otra vez, y su efecto se haría sentir en todo el mundo musulmán. Pero tras unos pocos días, el énfasis sobre la celebración cesó súbitamente.

El misterio se resolvió cuando, tras una refriega de la guerra, un soldado japonés fue hecho prisionero y fue interrogado. Confesó que Tojo, jefe del gobierno japonés, planeaba presentarse como el gran reformador musulmán de la época moderna. Había concebido un plan para adecuar las enseñanzas del Islam a la época actual. Según

Tojo, era imprescindible que los musulmanes, en lugar de dirigirse hacia La Meca durante la oración, se dirigieran hacia Tokio, que se convertiría en el nuevo centro del Islam bajo la jefatura de Tojo. Los musulmanes rechazaron categóricamente esta nueva reorientación del Islam y el proyecto fue abandonado. El resultado final fue que ese año no se permitió la celebración del 'Id en Singapur.

Tojo era consciente de la importancia del Islam y quería utilizarlo como medio de expansión de sus planes imperialistas; pero su intento fracasó. Donde Tojo había fracasado, Constantino había logrado su objetivo. Roma reemplazó a Jerusalén como centro del Cristianismo Paulino.

Esta desviación de las enseñanzas de Jesús basadas en un Dios Único, que inevitablemente produjo un Cristianismo politeísta, jamás fue cuestionada. Cuando en el año 325 d.C. la doctrina de la trinidad fue declarada creencia oficial del Cristianismo ortodoxo, Arrio, uno de los líderes de los cristianos del Norte de África, se alzó en contra del poder aliado de Constantino y la Iglesia Católica, recordándoles que Jesús siempre había confirmado la Unidad Divina. Constantino intentó aplastar con toda la fuerza y brutalidad de su imperio, a la gente problemática que afirmaba la creencia en un Dios Único, pero fracasó. A pesar de que Constantino murió, paradójicamente como Unitario, la doctrina de la trinidad fue oficialmente aceptada como la base del Cristianismo europeo.

Esta doctrina causó enorme confusión entre la gente, ya que muchas personas se vieron forzadas a aceptarla sin ni siquiera entenderla. Sin embargo, era imposible impedir que la gente tratara de demostrarla y explicarla intelectualmente. Hablando de forma general, se puede decir que surgieron tres escuelas de pensamiento. La primera, asociada con San Agustín, que vivió en el siglo V d.C. y mantenía la opinión de que la doctrina no podía ser demostrada aunque sí explicada con ejemplos. San Víctor, que vivió en el siglo XII, pertenece a la segunda escuela, que afirmaba que la doctrina podía ser demostrada y ejemplificada. El siglo XIV fue testigo del nacimiento de la tercera escuela, que creía que la doctrina de la trinidad no podía ser explicada con ejemplos ni demostrada, y que por tanto debía ser aceptada y creída ciegamente.

A pesar de que los libros en los que se recogieron las enseñanzas

de Jesús han sido completamente destruidos, suprimidos o alterados, a fin de evitar cualquier posible contradicción con respecto a la doctrina de la trinidad, buena parte de la verdad aún consta en los pocos textos que sobrevivieron. En consecuencia, a fin de poder mantener la creencia en la doctrina de la trinidad se produjo un cambio de énfasis entre lo que decían las Escrituras y lo que decían los líderes de la Iglesia. La doctrina, según afirmaban, estaba basada en una revelación especial hecha a la Iglesia, “la Esposa de Jesús”. A este respecto, el Papa dirigió una carta de reprimenda a Fray Fulgencio, diciendo: “La enseñanza de las Escrituras tiene algo de sospechoso. El que se aferra a las Escrituras acabará por arruinar la fe Católica”. En la siguiente carta, el Papa fue aún más explícito en su advertencia contra la excesiva insistencia en las Escrituras: “... es un libro que si alguien cultiva en demasía, terminará por destruir a la Iglesia Católica”.³

El abandono definitivo de las enseñanzas de Jesús se debió en gran medida a la oscuridad con la que se rodeó su realidad histórica. La Iglesia construyó su religión no sólo independientemente de las Escrituras, sino también del mismo Jesús, hasta el punto de llegar a confundir al Jesús hombre con un Cristo mitológico. Y esto a pesar de que la creencia en Jesús no implicaba necesariamente la creencia en un Cristo resucitado. Mientras que los seguidores más cercanos a Jesús basaron sus vidas en su ejemplo, el Cristianismo Paulino se basó en creer en el Cristo posterior a la crucifixión —la vida y enseñanzas del Jesús vivo ya no fueron, por tanto, consideradas tan importantes.

Conforme la Iglesia establecida se fue distanciando cada vez más de las enseñanzas de Jesús, los líderes de la misma comenzaron a involucrarse en los asuntos de aquellos que detentaban la autoridad sobre la tierra. Cuanto más borrosas se fueron haciendo las diferencias entre lo que Jesús había enseñado y aquello que deseaban quienes detentaban la autoridad, más y más se mezclaron entre sí. La Iglesia, mientras proclamaba su separación del Estado, se identificaba cada vez más con éste, aumentando cada vez más su poder. Mientras que en sus inicios, la Iglesia se sometió al poder del Imperio, una vez que ella misma se comprometió totalmente con el poder, su posición se convirtió en justo lo contrario.

Siempre hubo oposición a estas desviaciones de las enseñanzas de Jesús. Sin embargo, conforme la Iglesia acrecentaba su poder,

comenzó a ser muy peligroso negar la trinidad y la pena de muerte por esta negación era un hecho casi seguro. A pesar de que Lutero abandonó la Iglesia Romana, su protesta iba dirigida más contra la autoridad del Papa que contra la doctrina fundamental de la Iglesia Católica Romana. El resultado fue que Lutero fundó una nueva Iglesia y se convirtió en cabeza de la misma. A pesar de esto, las doctrinas cristianas siguieron siendo aceptadas y permanecieron inalteradas. La Reforma condujo a su vez al establecimiento de un determinado número de Iglesias Reformistas y sectas, pero el Cristianismo pre-Reformista continuó sin cambio alguno. Estos dos cuerpos principales de la Iglesia Paulina aún existen en nuestros días.

En el norte de África y en el occidente de Asia, las enseñanzas de Arrio fueron aceptadas por la mayoría de la gente, los mismos que luego aceptarían el Islam cuando posteriormente llegó a ellos. Al mantenerse en la doctrina del Dios Único y en las enseñanzas más puras de Jesús, fue más fácil para ellos reconocer la verdad del Islam.

En Europa, el hilo del Unitarismo dentro del Cristianismo jamás llegó a romperse. De hecho, el movimiento se ha fortalecido, sobreviviendo a la persecución brutal y continua de la Iglesia en el pasado y a su indiferencia en la época actual.

Hoy en día, cada vez hay más gente consciente de que el Cristianismo tiene poco que ver con las enseñanzas originales de Jesús. Durante los dos últimos siglos, los estudios de los investigadores apenas dejan un lugar para la creencia en los “misterios” cristianos. Y el hecho de sobra probado de que el Cristo de la Iglesia establecida tiene poco que ver con el Jesús histórico, no ayuda para nada a la búsqueda de la Verdad por parte de los cristianos.

El dilema actual de los cristianos se pone de manifiesto en lo que han escrito los historiadores de la Iglesia en el siglo presente. La dificultad fundamental, como ha señalado Adolf Harnack, es que “Ya en el siglo IV el Evangelio había sido ocultado bajo la filosofía griega. La misión de los historiadores consistió en arrancar la máscara para revelar lo diferente que eran los rasgos originales de la fe ocultados por ésta”. Pero a continuación, el mismo Harnack señala la dificultad de esta tarea diciendo que cuando la máscara doctrinal se ha utilizado demasiado tiempo, el rostro de la religión original puede quedar alterado:

“La máscara adquiere vida propia. La trinidad, las dos naturalezas de Cristo, la infalibilidad y todo el resto de postulados consecuencia de estos dogmas, fueron el resultado de decisiones históricas y de situaciones que podían haber producido algo totalmente diferente ... no obstante ... tarde o temprano, resultado o fuerza transformadora, este dogma sigue siendo lo que fue desde un principio: un mal hábito intelectual que el cristiano tomó del griego al huir de los judíos”.⁴

Harnack profundiza en este tema en otro libro donde dice:

“El cuarto Evangelio no procede ni proclama proceder del apóstol Juan, que a su vez tampoco puede tomarse como una autoridad histórica ... el autor del cuarto Evangelio actuó con libertad soberana, alteró sucesos y los puso bajo una extraña luz. Extrajo conclusiones e ilustró grandes pensamientos con situaciones imaginarias”.

Más adelante cita la obra del conocido historiador cristiano David Strauss, a quien describe como alguien que había “destruido casi por completo la credibilidad histórica no sólo del cuarto Evangelio sino también la de los otros tres”.⁵

Según Johannes Lehman, otro historiador, los autores de los cuatro Evangelios comúnmente aceptados describen a un Jesús diferente al que puede ser identificado por la realidad histórica. Lehman cita a Heinz Zahn quien a su vez indica las consecuencias de esta diferencia:

“Si la investigación histórica pudiera demostrar que existe una antítesis irreconciliable entre el Jesús histórico y el Cristo que ha sido predicado, probando en consecuencia que la creencia en Jesús no tiene fundamento en el mismo Jesús, esto sería desastroso no sólo desde el punto de vista teológico, como dice N.A. Dhal, sino que implicaría incluso el fin de toda la cristología. Y sin embargo, estoy convencido de que aún en ese caso nosotros los teólogos encontraríamos una salida –¿acaso no la hemos encontrado siempre?– pero es evidente que estaríamos mintiendo tanto ahora como entonces”.⁶

Mientras que estas citas ilustran el dilema en el que se encuentra el Cristianismo de nuestros días, las palabras de Zahn demuestran también algo mucho más serio que subyace a lo largo de toda la cuestión: la posibilidad de involucrarse de tal manera en los detalles de lo ocurrido con la doctrina de Jesús y las iglesias y sectas que lo siguieron, que el propósito original de su enseñanza es olvidado o esquivado.

Así es como Teodoro Zahn ilustra, por ejemplo, los amargos conflictos ocurridos en el seno de las Iglesias establecidas. Zahn muestra cómo los Católicos Romanos acusan a la Iglesia Ortodoxa Griega de alterar el texto de las sagradas Escrituras añadiendo y sustrayendo, tanto con buena como con mala intención. Los griegos a su vez, señalan lugares en los que los Católicos se alejan considerablemente del texto original. Lo curioso es que ambos, a pesar de las diferencias, acusan a los cristianos no-conformistas de desviarse del “camino verdadero” y los tachan de herejes. Estos a su vez acusan a los Católicos de haber “falsificado las Escrituras”. Zahn finaliza diciendo: “¿Y acaso los hechos no confieren validez a estas acusaciones?”.⁷

Mientras tanto, en medio de todo este proceso, a Jesús, la paz sea con él, se le olvida por completo. Pero incluso los que se dan cuenta de la degeneración ocurrida y desean sinceramente retomar y vivir de acuerdo con las enseñanzas de Jesús, ya no pueden hacerlo puesto que la enseñanza original ha desaparecido y es irre recuperable. Tal y como dijo Erasmo:

“Los antiguos filosofaban muy poco acerca de los temas divinos ... En un principio la fe estaba inmersa en la vida más que en la profesión de credos ... Cuando la fe se puso en los escritos en vez de en los corazones, aparecieron tantas creencias como personas. Los artículos de fe aumentaban y la sinceridad disminuía. Las discusiones se acaloraban y el amor se enfriaba. La doctrina de Cristo, que al principio no sabía de sutilezas, pasó a depender de la ayuda prestada por la filosofía. Este fue el primer paso de la decadencia de la Iglesia”.

La Iglesia se vio obligada a explicar lo que no podía ser expresado con palabras y los bandos en contienda buscaron ganarse el apoyo del

Emperador. Comentando esta situación, Erasmo sigue diciendo:

“La inyección de la autoridad del Emperador en el asunto no significó gran ayuda a la sinceridad de la fe ... Cuando la fe está en la boca en vez de en el corazón y cuando se abandona el conocimiento preciso de las sagradas Escrituras, es el terror lo que obliga a los hombres a creer lo que no creen, amar lo que no aman, saber lo que no saben. Lo que se inculca por la fuerza no puede jamás ser sincero”.⁸

Erasmo había comprendido que los primeros cristianos, los seguidores más inmediatos a Jesús, reconocían la Unidad sin necesidad de expresarla; pero cuando la enseñanza comenzó a propagarse y surgió el conflicto entre las iglesias, los hombres que comprendían el asunto se vieron obligados a explicar su conocimiento de la Realidad. Para ese entonces ya se había perdido por completo la enseñanza de Jesús y el lenguaje de la Unidad que la acompañaba. Sus únicos medios de expresión eran el vocabulario y la terminología de la filosofía griega que promulgaba una visión de la existencia tripartita, no unitaria. Así fue como la confianza pura y sencilla en la Unidad se vio atrapada dentro de una lengua que era extraña al mismo Jesús, lo cual produjo como resultado la formulación de la doctrina de la trinidad y la subsecuente deificación de Jesús y del Espíritu Santo. El cisma y la confusión fueron el resultado inevitable una vez que la gente perdió la visión de la Unidad de la existencia.

Todo aquel que quiera comprender quién fue Jesús y qué es lo que enseñó, debe tener presente esta comprensión de lo ocurrido. Debe comprender también que cuando ya no se tiene acceso a las acciones cotidianas de un determinado profeta, acciones que son en realidad la encarnación de sus enseñanzas, es cuando sobreviene el extravío, cosa que sucede ya crean en la doctrina de la trinidad o bien proclamen verbalmente la Unidad Divina.



Capítulo Segundo

Una Relación Histórica de la Figura de Jesús

Cuanta más gente ha tratado de descubrir quien era Jesús en realidad, la paz sea con él, más se ha descubierto lo poco que se sabe sobre él. Hay datos limitados sobre sus enseñanzas y sobre algunas de sus acciones, pero se sabe muy poco acerca de cómo transcurría su vida momento a momento o cual era su comportamiento en las transacciones cotidianas con el resto de la gente.

Ciertamente, la imagen que mucha gente tiene de Jesús —quién era y lo que hizo— está distorsionada. A pesar de haber algo de verdad en ellos, ha sido establecido de sobra que los cuatro Evangelios aceptados no sólo han sido alterados y censurados a lo largo de los tiempos, sino que tampoco son relatos de testigos presenciales.

El Evangelio más antiguo es el de Marcos, escrito cerca del año 60 d.C. Marcos era hijo de la hermana de San Bernabé. Mateo era un recaudador de impuestos, un funcionario de bajo rango que no acompañó a Jesús en sus viajes. El Evangelio de Lucas se escribió mucho más tarde y de hecho procede de la misma fuente que el de Marcos y el de Mateo. Lucas era el médico de Pablo y como éste, jamás conoció a Jesús.

El Evangelio de Juan procede de una fuente diferente y su redacción, en griego, es todavía posterior, de alrededores del año 100 d.C. El autor de este Evangelio no debe ser confundido con Juan el discípulo, puesto que se trataba de otra persona. Durante dos siglos se discutió acaloradamente si este Evangelio debía aceptarse o no como relato fidedigno de la vida de Jesús y si debía incluirse en las Escrituras.

Dado que ninguno de los Evangelios ha sido escrito por personas que vieran u oyeran los sucesos y palabras que relatan, no es en absoluto sorprendente que difieran entre sí las descripciones de sucesos específicos —a veces incluso contradiciéndose unas con otras— y que varios de los sucesos más relevantes de la vida de Jesús no sean ni

siquiera recogidos en los Evangelios. En su libro “*La Biblia, el Corán y la Ciencia*”, el Dr. Maurice Bucaille comenta:

“Cada uno de los cuatro Evangelios contiene gran número de descripciones en las que se relatan sucesos que a veces se encuentran en uno de los cuatro, en varios o incluso en todos. Cuando aparecen sólo en uno presentan a veces serios problemas. Así, en el caso de algún suceso de considerable importancia es sorprendente encontrarlo mencionado por un solo evangelista; por ejemplo, la Ascensión de Jesús a los cielos en el día de la Resurrección. En otras ocasiones hay numerosos acontecimientos descritos de forma diferente —a veces de forma muy diferente— por dos o más evangelistas. Los cristianos se asombran a menudo de la existencia de tales contradicciones en los Evangelios, siempre y cuando las descubran, claro está. Tal asombro se debe a las repetidas veces que, con el mayor énfasis, se ha afirmado que los autores habían sido testigos presenciales de los sucesos que describen”.¹

Afortunadamente existen otras fuentes de información que hablan de Jesús, algunas de las cuales han sobrevivido a los repetidos intentos por parte de la Iglesia establecida para suprimirlos o destruirlos:

“En los primeros días del Cristianismo circularon muchos escritos sobre Jesús. Posteriormente se consideró que algunos no tenían autenticidad suficiente y la Iglesia ordenó ocultarlos, de ahí el nombre de *Apócrifos*. Algunos de los textos contenidos en estas obras se preservaron bien puesto que ‘se beneficiaban del hecho de ser apreciados por la mayoría de la gente’ según se cita en la Traducción Ecuménica. Este es el caso de la *Carta de Bernabé*, pero desgraciadamente, otros fueron brutalmente rechazados quedando apenas algunos fragmentos de los mismos. Se les consideraba mensajeros del error y en consecuencia fueron apartados de los ojos de los fieles. Obras tales como los *Evangelios de los Nazarenos*, los *Evangelios de los Hebreos* y los *Evangelios de los Egipcios*, conocidos por citas extraídas de los Padres

de la Iglesia, estaban sin embargo estrechamente relacionados con los Evangelios canónicos. Lo mismo puede decirse del *Evangelio de Tomás* y del *Evangelio de Bernabé*.²

En lo que respecta a otras fuentes, el descubrimiento de los famosos *Rollos del Mar Muerto* ha arrojado una nueva luz sobre la naturaleza de la sociedad en la que nació Jesús, a pesar de que algunos de sus contenidos hayan sido suprimidos intencionalmente y el público en general solo pueda tener acceso a partes seleccionadas de antemano. *El Evangelio de Bernabé* cubre la vida de Jesús de forma más extensa y precisa que ningún otro Evangelio. Y tanto el *Corán* como los *hadices* clarifican aún más la imagen de quién era Jesús.

Si se consultan estas fuentes adicionales, surge entonces una imagen de Jesús que es diferente en muchos aspectos importantes a los propuestos por las diferentes iglesias cristianas:

Descubrimos en primer lugar que Jesús, la paz sea con él, no era el “hijo” de Dios en el sentido literal de la palabra sino que, como Abraham y Moisés antes de él y Muhammad a continuación, era un Mensajero de Dios, las bendiciones y la paz sean con todos ellos, y que como todo ser humano tenía que alimentarse, tenía que dormir e iba al mercado.

Encontramos un Jesús que inevitablemente se vio inmerso en una batalla contra aquellos cuyos intereses entraban en conflicto con lo que él enseñaba. Era gente que o bien no aceptaba la guía que Jesús había recibido o que sabiéndola verdadera elegían ignorarla a fin de buscar el poder, las riquezas o la gloria ante los ojos de los hombres.

Y lo que es más: en estas fuentes adicionales, se descubre también que la vida de Jesús en la tierra es parte integral de la historia judía y que para comprender la historia de Jesús es necesario tener en cuenta la historia de los judíos. A lo largo de su vida, Jesús fue un judío ortodoxo practicante y el hecho de que viniera para reafirmar y revitalizar las enseñanzas originales de Moisés, que habían sido alteradas a lo largo de los años, es algo que no debe ser olvidado.

Y por último, lo que descubriremos es que Jesús no fue crucificado sino alguien que se le parecía.



Lentulus, un funcionario Romano, describió a Jesús de la siguiente manera:

“Sus cabellos son castaños, lacios hasta las orejas para luego formar rizos suaves con mechones exuberantes que llegan a la altura de los hombros. El pelo está dividido con una raya en medio al estilo de los Nazarenos. La frente es clara y despejada y la cara sonrosada sin arruga ni imperfección alguna. La nariz y la boca son perfectas. Lleva barba cerrada y abundante del mismo color que el cabello y como éste, dividida al medio. Sus ojos son de un tono gris azulado y tienen una sorprendente capacidad para la variedad de expresión. De altura media, unos quince palmos y medio. A pesar de su seriedad es de carácter alegre. A veces llora y nadie le ha visto reír”.

Por el contrario, una tradición oral musulmana (*hadiz*) lo describe de forma ligeramente diferente. Según ésta:

“Era un hombre rubicundo tendiendo a pálido. No tenía el pelo largo. Jamás ungía sus cabellos. Jesús solía andar descalzo y carecía de casa, adornos, bienes, ropas o alimentos, excepto lo necesario para cada nuevo día. Iba despeinado y su rostro era pequeño. Era un asceta en este mundo, lleno de anhelo por el otro y entregado a la adoración de Dios”.
(*Az-Za’labi*)

La fecha exacta del nacimiento de Jesús no se conoce. Según Lucas, estaría registrada en un censo realizado en el año 6 d.C., aunque también se dice que nació durante el reinado de Herodes, muerto en el año 4 a.C. Sin embargo, Vincent Taylor llega a la conclusión de que la fecha de nacimiento podría remontarse incluso al año 8 a.C.³, puesto que el decreto de Herodes, promulgado al oírse las noticias del nacimiento de Jesús y en el que se ordena la muerte de todos los recién nacidos en la ciudad de Belén, debía obviamente ser anterior a la muerte de Herodes. Según Lucas, la discrepancia entre los dos versículos del mismo Evangelio es de unos diez años. La mayor parte de los comentaristas creen en el segundo versículo lo cual implica que Jesús nació el año 4 a.C., cuatro años “antes de Cristo”, es decir, cuatro años antes de la fecha de nacimiento oficialmente proclamada.

La milagrosa concepción y nacimiento de Jesús han sido objeto de abundante controversia. Algunos creen que Jesús no era mas que el hijo de José en cuerpo y sangre. Otros, aun creyendo en la inmaculada concepción, declaran que era el “hijo de Dios”, pero se mantienen divididos cuando se trata de afirmar si este término debe tomarse en sentido literal o figurado. Lucas, que de alguna manera traza los orígenes de Jesús a través de José, afirmando al mismo tiempo que Jesús no tenía padre humano, dice:

“Al sexto mes fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José de la casa de David; el nombre de la virgen era María. Y entrando, el ángel le dijo: ‘Alegrate, llena de gracia, el Señor está contigo’. Ella se contrubó por estas palabras y discurría qué significaría aquel saludo. El ángel le dijo: ‘No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el vientre y vas a dar a luz a un hijo a quien pondrás por nombre Jesús’ ... María respondió al ángel: ‘¿Cómo será esto puesto que no conozco varón?’ ... El ángel respondió: ‘Porque ninguna cosa es imposible para Dios’. Dijo María: ‘He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra’. Y el ángel, dejándola, se fue”. (*Lucas 1: 26-38*)

En el *Corán* se describe la misma escena de la siguiente manera:

“Y cuando dijeron los ángeles: ‘¡María! Allah te ha elegido, te ha purificado y te ha escogido entre todas las mujeres de la creación. ¡María! Dedícate por entero al servicio de tu Señor y póstrate e inclínate con los que se inclinan’ ... Cuando dijeron los ángeles: ‘¡María! Allah te anuncia una palabra procedente de Él cuyo nombre será el Mesías, Jesús hijo de Mariam; tendrá un alto rango en esta vida y en la Última Vida, y será uno de los que tenga proximidad (a Allah). En la cuna y siendo un hombre maduro, hablará a la gente y será de los justos’. Dijo ella: ‘Señor mío! ¿Cómo voy a tener un hijo si ningún hombre me ha tocado?’ Dijo: ‘Así será, Allah crea lo que quiere; cuando decide un asunto le basta decir: «¡Sé!» y es”’. (*Corán 3: 42-47*)

De los cuatro Evangelios, el de Marcos y el de Juan no mencionan el nacimiento de Jesús; el de Mateo lo menciona sólo de forma casual. Tanto Lucas como Mateo se contradicen entre sí al dar una genealogía humana por parte del lado paterno de Jesús, mientras que Marcos y Juan ni siquiera lo registran. Mateo da una lista de veintiséis nombres entre David y Jesús; la lista de Lucas tiene cuarenta y dos nombres. Hay una diferencia de dieciséis nombres entre ambas listas. Si consideramos como edad media de una persona los cuarenta años, descubrimos un hueco de ¡seiscientos cuarenta años entre las dos supuestas genealogías de Jesús! Sin embargo, tal y como indica el Dr. Maurice Bucaille:

“Desde un principio debe notarse que las genealogías masculinas no tienen relevancia alguna con respecto a Jesús. En el caso de atribuir una genealogía al único hijo de María, que carece de padre biológico, tendría que ser la de María, su madre”.⁴

En la doctrina Coránica de la inmaculada concepción y el nacimiento milagroso de Jesús no existen tales contradicciones. Pero con todo, en el *Corán*—donde se confirma que el padre de María desciende de Salomón, hijo de David y se llama 'Imran— la divinidad de Jesús está rechazada categóricamente tal y como muestra esta descripción de lo ocurrido poco después del nacimiento de Jesús:

“Y llegó a su gente llevándolo en sus brazos. Dijeron: ¡María! Has traído algo muy grave. ¡Hermana de Aarón! Tu padre no ha sido un hombre de mal ni tu madre una fornicadora’. Entonces hizo un gesto señalándolo. Dijeron: ‘¿Cómo vamos a hablar con un niño de pecho?’. Dijo: ‘Yo soy el siervo de Allah. Él me ha dado el Libro y me ha hecho Profeta. Y me ha hecho bendito dondequiera que esté y me ha encomendado la Oración y el Zakat mientras viva. Y ser bondadoso con mi madre; no me ha hecho ni insolente ni rebelde. La paz sea sobre mí el día en que nací, el día de mi muerte y el día en que sea devuelto a la vida’.

Ése es Jesús, el hijo de María, la palabra de la Verdad, sobre el que dudan. No es propio de Allah tomar ningún hijo. ¡Gloria a ÉL! Cuando decide algo, sólo dice: ‘Sea’, y es.

‘Y verdaderamente Allah es mi Señor y el vuestro, adoradle pues. Este es un camino recto’”. (*Corán*, 19: 27-36)

El nacimiento de Adán fue el mayor de los milagros, puesto que nació sin padre ni madre. El nacimiento de Eva fue también un milagro, incluso mayor que el de Jesús, ya que Eva no nació de madre alguna. El *Corán* dice:

“Verdaderamente Jesús, ante Allah, es como Adán. Lo creó de tierra y luego le dijo: ‘¡Sé!’ y fue”. (*Corán* 3: 59)



Es muy importante examinar la vida de Jesús dentro del contexto de lo que estaba sucediendo, social y políticamente, en la sociedad que le vio nacer. Era una época de gran agitación en el mundo judío.

A lo largo de su historia, los judíos han sufrido las consecuencias de una serie de invasiones que serán estudiadas con todo detalle a lo largo de esta obra. Debido a las derrotas y a la impotencia provocada por éstas, el fuego del odio seguía ardiendo en sus corazones. Pero incluso en los días más negros de su desesperación, una gran mayoría de los judíos mantuvo el equilibrio mental y siguió esperando a un nuevo Moisés cuya venida estaba descrita en la *Torá* y del que esperaban que con su cayado consiguiera expulsar al invasor, anunciando con esto el reino de Jehová. Este nuevo Moisés sería el Mesías, el Ungido.

Junto con este grupo, coexistió desde siempre un sector de la nación judía dispuesto a adorar a todo sol naciente y a desplegar sus velas al viento que dominaba en ese momento, y así sacar partido de su mala situación. Con esto conseguían riqueza y posición, tanto temporal como religiosa, pero se hacían odiosos al resto de los judíos que los consideraban traidores.

Además de estos dos grupos, había un tercero que se diferenciaba de ambos. Eran los que buscaban refugio en el desierto para practicar sin cortapisas las enseñanzas de la *Torá* y prepararse para combatir a los invasores cuando se presentara la ocasión. Durante este período, los romanos fracasaron en sus intentos por descubrir sus escondites y el número de estos patriotas continuó aumentando. El historiador Flavio Josefo describe a los tres grupos dándoles los nombres de Fariseos, Saduceos y Esenios respectivamente.

De los Esenios se conocía su existencia pero sin demasiados datos —en los Evangelios no se menciona ni una sola vez la existencia de este grupo hasta que de forma repentina y dramática, aparecieron en las montañas de Jordania cerca del Mar Muerto los documentos conocidos como los *Rollos del Mar Muerto*—. Este descubrimiento sacudió los cimientos del mundo eclesiástico e intelectual. La historia del descubrimiento es la siguiente:

En el año 1947, un muchacho árabe que cuidaba su rebaño cerca de Qumran echó en falta una de sus ovejas. A fin de buscar al animal, decidió subir a uno de los montes cercanos. Durante la búsqueda llegó a la boca de una cueva donde pensó podía hallarse la oveja perdida. Lanzó una piedra al interior esperando oír el ruido de la misma al golpear contra el suelo. En lugar del sonido de piedra contra piedra, oyó un chasquido similar al producido por la rotura de un recipiente de barro. La imaginación del muchacho cobró alas. Pensó que quizás había dado con un tesoro escondido. A la mañana siguiente regresó a la cueva y con la ayuda de un amigo decidieron entrar.

En el interior encontraron varias vasijas de barro cocido rodeadas de fragmentos de cerámica rota. Tomaron una de las vasijas y al llegar al campamento donde vivían, descubrieron con desilusión que todo lo que había en su interior era un rollo de cuero maloliente. Lo desenrollaron hasta que llegó a abarcar el interior de la tienda donde estaban. Era uno de los rollos que posteriormente se vendería por un cuarto de millón de dólares. Los pastores lo vendieron por unas pocas monedas a un sirio cristiano llamado Kando. Kando era un zapatero remendón y pretendió mostrar interés en el cuero para un posible uso en su profesión. Sin embargo Kando se había fijado que el rollo de cuero estaba escrito con unos caracteres que le eran desconocidos. Tras inspeccionarlo con más detalle decidió mostrarlo al arzobispo sirio del Monasterio de San Marcos en Jerusalén. Confiando en ganar algún dinero, estos dos oscuros personajes llevaron los rollos de un país a otro.

En el Instituto Oriental Americano de Jordania se descubrió que los rollos eran la copia más antigua conocida del *Libro de Isaías* del *Antiguo Testamento*. Siete años más tarde, el gobierno de Israel decidió llevarlos a Jerusalén para guardarlos en el Santuario del Libro.

Aproximadamente hay unas seiscientas cuevas esparcidas por

las colinas que dominan las orillas del río Jordán. En estas cuevas vivían los Esenios, una comunidad de gente que había renunciado al mundo y al gobierno de Roma puesto que, según su entendimiento, un judío auténtico sólo podía obedecer a la autoridad de Jehová y no podía regirse por ninguna otra ley excepto la Suya. En consecuencia, y según sus creencias, cualquier judío que admitiera y viviera bajo el Señorío del Emperador Romano estaba cometiendo un pecado.

Cansados de las pompas y apariencias de este mundo y abrumados por las incontables fuerzas que conducen inevitablemente al conflicto y la autodestrucción, los Esenios buscaban refugio en el silencio de los acantilados que se elevan a orillas del Mar Muerto. Retirados en la soledad de sus cuevas intentaban poder vivir concentrados en una vida de pureza y así alcanzar la salvación. A diferencia de muchos de los judíos del Templo, no utilizaban el *Antiguo Testamento* para enriquecerse, sino que intentaban vivir siguiendo sus doctrinas. Al llevar este tipo de vida esperaban alcanzar la perfección y la santidad. Su objetivo era dar un ejemplo, al resto de los judíos, de cómo abandonar el camino que llevaba a la destrucción, camino que los Esenios veían demasiado cercano, a no ser que los judíos siguiesen la Palabra de Dios.

Los Esenios compusieron canciones gnósticas que embriagaban los corazones de quienes las oían y cantaban más allá de lo que puede expresarse con palabras. Una de estas canciones dice que la vida de un gnóstico es comparable a un barco en medio de la tormenta. Otra describe al gnóstico como un viajero que atraviesa un bosque lleno de leones cuyas lenguas son como espadas. Al comienzo del camino el gnóstico experimenta los mismos dolores que la mujer primeriza que da a luz. Si aguanta con éxito el sufrimiento, recibe la iluminación que procura la Luz perfecta de Dios. El gnóstico comprueba entonces que el hombre es una criatura vana y vacía hecha de arcilla amasada con agua. Una vez que se ha pasado con éxito por el crisol del sufrimiento, aguantando los límites de la desesperación y de la duda, el gnóstico obtiene paz en la agitación, alegría en la tristeza y una nueva vida de felicidad en el dolor. Es entonces cuando se encuentra a sí mismo rodeado del amor Divino. En esta etapa de la existencia, lleno de profundo agradecimiento, se da cuenta de que ha sido rescatado del pozo y elevado a las alturas. Camina entonces bajo la Luz de Dios,

erguido y sin doblegarse ante la fuerza bruta del mundo.

Antes del descubrimiento de los *Rollos del Mar Muerto* se sabía muy poco de los Esenios. Plinio y Josefo los mencionan, pero los historiadores posteriores los ignoran casi por completo. Plinio los describe como una raza aparte con características superiores a ninguna otra en este mundo.

“No tienen esposas, renuncian al amor sexual, no tienen dinero ... El número de adeptos crece paulatinamente debido a la gran cantidad de gente que son atraídas por su forma de vivir ... de esta manera, su estirpe dura desde hace miles de años a pesar de que nadie nace en ella”.

Josefo, que empezó su vida como Esenio, relata que los Esenios “creen que el alma (*ruach*) es inmortal. Es un regalo de Dios. Algunas almas son purificadas por Dios para Sí mismo, eliminando todas las imperfecciones de la carne. La persona así perfeccionada consigue una santidad libre de toda impureza”.

Estos habitantes de las cuevas proseguían su existencia sin ser afectados por las olas de conquistadores que ya destruyeron una vez el Templo de Salomón en el 586 a.C. —como volverían a hacerlo en el 73 d.C.— tal como sucedió a los judíos una y otra vez. Sin embargo, la vida de los Esenios en el desierto, no significaba una evasión de la responsabilidad de cada judío en la lucha por conseguir la pureza de su religión y la liberación de Judea de las agresiones extranjeras. Paralelamente a las oraciones cotidianas y al estudio de las Escrituras, algunos Esenios formaban parte de una fuerza eficaz que no sólo predicaba la enseñanza de Moisés, sino que también estaba presta a salir en defensa de la libertad de vivir según sus enseñanzas. De este modo, su lucha sólo podía justificarse como servicio a la causa Divina y no como medio de alcanzar el poder o los logros personales.

El enemigo llamaba “Zelotes” a los integrantes de este grupo de combate. Los Zelotes se agrupaban bajo una bandera y cada tribu tenía su propio estandarte. Estaban divididos en cuatro divisiones al frente de cada cual había un jefe. Cada división estaba formada por gentes de tres de las tribus de Israel. De esta manera las doce tribus estaban organizadas bajo una bandera. El jefe tenía que ser un Levita que no sólo era jefe militar, sino que también enseñaba la Ley. Cada

división tenía su propia *Midrash* (escuela) y el jefe Levita, aparte de cumplir con sus obligaciones como jefe militar, tenía que impartir *darsh* (lecciones) en la escuela.

Viviendo de esta forma en esas cuevas del desierto, los Esenios rehuían la búsqueda del placer, desdeñaban el matrimonio y despreciaban la riqueza. Formaban una sociedad cerrada cuyos secretos jamás se divulgaban a los que no eran miembros de la misma. Los romanos conocían su existencia pero nunca pudieron penetrar el cerco de secretos que los rodeaban. El sueño de todo judío dispuesto a la aventura era llegar a ser miembro de esta sociedad, ya que era el único medio de que disponían para luchar contra los invasores extranjeros.

Los Esenios, como sabemos por las informaciones proporcionadas por Plinio, rehusaban el matrimonio pero adoptaban a los hijos de los demás en la edad en la que aún eran dóciles y moldeables. A estos niños los aceptaban como de su propia clase y los moldeaban conforme a las reglas de su modo de vida. De esta manera, durante siglos y por imposible que parezca, la sociedad Esenia se fue perpetuando a pesar de que nadie naciera en el seno de la misma.

Esto fue lo que ocurrió cuando Isabel, la esposa de Zacarías, —el Sumo Sacerdote del Templo de Salomón que cuidó de María, madre de Jesús, cuando ésta aún era una niña— tuvo un hijo a pesar de su avanzada edad. Zacarías envió este niño al desierto con los Esenios para que su hijo creciera con ellos. La historia lo conoce con el nombre de Juan el Bautista.

Hoy que tenemos las pruebas de la existencia de la comunidad Esenia en el desierto, la acción de Zacarías es fácilmente comprensible. Zacarías no envió a su querido hijo a la soledad del desierto, sino que lo confió a la comunidad más fidedigna, una comunidad cuyo único objetivo era vivir de manera agradable a Jehová.

María —prima o sobrina de Isabel, esposa de Zacarías— fue criada por Zacarías puesto que María había sido confiada al cuidado del Templo cumpliendo así una promesa contraída por su madre llamada Hannah.

Éste era el ambiente y el clima social y político en el que nació Jesús.



Como ya hemos visto, entre los judíos existía una expectación por el Mesías, el nuevo líder que iba a ser bautizado y ungido como rey. El rumor que circulaba entre los judíos de su inminente nacimiento, es lo que motivó la decisión de Herodes de matar a todos los recién nacidos de Belén, donde según la tradición, iba a aparecer el Mesías. La poderosa sociedad secreta de los Esenios fue puesta en movimiento por Zacarías, y María consiguió escapar de las garras de los soldados romanos. Se trasladó con Jesús a Egipto, lugar donde los Esenios tenían otra comunidad.

La repentina desaparición de Jesús y María y su huida a salvo de las autoridades Romanas fue, hasta el descubrimiento de los *Rollos del Mar Muerto*, un misterio que dio origen a toda clase de especulaciones. Ninguno de los Evangelios describe el episodio en detalle. Sin embargo, la confirmación de la existencia de la comunidad Esenia podría dar razón de cómo fue posible que María, a pesar de la resonancia del nacimiento de su hijo, pudiera escapar de sus perseguidores. En otras circunstancias, un niño que hablaba coherentemente y con autoridad desde la cuna y que era visitado por pastores y Magos, no habría podido desaparecer tan fácilmente.

En el año 4 a.C., según las fechas oficiales, y cuando Jesús tenía tres o cuatro años, muere Herodes. Desaparece con ello el peligro inmediato que se cernía sobre la vida de Jesús y éste ya puede moverse libremente. Todo hace pensar que Jesús había sido educado bajo la dura disciplina de los maestros Esenios y, al ser un discípulo inteligente, había aprendido la *Torá* rápidamente. Al llegar a los doce años de edad, Jesús es enviado al Templo de Salomón, donde se descubre que en lugar de limitarse a repetir las lecciones, habla con autoridad y confianza.

Hay varias tradiciones orales Musulmanas que mencionan los dones especiales que Jesús había recibido desde temprana edad. Las siguientes descripciones provienen de las *Historias de los Profetas* de Az-Zalabi:

“Dijo As-Sadi: Cuando Jesús, la paz sea con él, estaba en la escuela, solía decir a los otros muchachos lo que estaban haciendo sus padres respectivos. Decía: ‘Vete a casa porque tu gente ha estado comiendo esto y lo otro y han preparado

estas cosas para ti'. El muchacho iba a su casa y comenzaba a protestar y llorar hasta que al fin le daban lo que Jesús había descrito. Su gente le preguntaba: '¿Quién te lo ha contado?' y el muchacho respondía: 'Jesús'. Su familia ordenaba entonces al muchacho y a otros de sus compañeros que se quedaran en la casa. Cuando Jesús vino a buscarlos dijeron: 'No están aquí'. Jesús dijo: '¿Quién está entonces en la casa?' Contestaron: 'Cerdos'. Dijo Jesús: 'Pues cerdos sean'. Cuando la gente abrió la puerta donde se supone estaban ¡eran cerdos! Los Hijos de Israel comenzaban a estar molestos con Jesús así que su madre, temerosa por él, lo subió a un burro de su propiedad y huyeron a Egipto.

Wahb dijo: El primer signo que vio la gente en Jesús, fue que su madre residía en la casa del jefe de un pueblo de Egipto a la que José, el carpintero, la trajo cuando la acompañó hasta esta tierra. Los pobres solían acudir a casa de este jefe del pueblo. En una ocasión, parte de su dinero fue robado pero el jefe no sospechó de los pobres. María estaba apesadumbrada por el suceso y por la pena que sufría el dueño de la casa. Cuando Jesús se dio cuenta de la desazón que afligía a su madre le dijo: '¿Madre, quieres que lo guíe hasta donde está el dinero?' María contestó: 'Sí hijo mío'. Jesús dijo: 'Dile que reúna a los pobres en la casa'. María se lo dijo al dueño de la casa y éste así lo hizo. Cuando estaban todos reunidos, Jesús se dirigió hacia dos de ellos, uno de los cuales estaba ciego y el otro cojo, y colocando al cojo sobre los hombros del ciego dijo a éste último: 'Ahora levántate'. El ciego contestó: 'No soy tan fuerte como para poder hacerlo'. Jesús le dijo: '¿Cómo es que ayer si pudiste?' Cuando oyeron las palabras de Jesús golpearon al ciego hasta que por fin se levantó, pudiendo verse entonces que el cojo llegaba hasta el lugar donde se guardaba el dinero. Jesús dijo entonces al dueño de la casa: 'Así es como ayer atentaron contra tu propiedad. El ciego hizo uso de su fuerza y el cojo de sus ojos'. Entonces el ciego y el cojo dijeron: '¡Por Dios que ha dicho la verdad!' y devolvieron el dinero al dueño de la casa.

Éste, antes de guardarlo dijo: 'María, toma la mitad'. Ella contestó: 'No fui creada para esto'. El dueño dijo: 'Entonces dáselo a tu hijo'. María dijo: 'Su rango es superior incluso al mío' ... Y en ese entonces, Jesús tenía doce años.

Ata dijo: Cuando María sacó a Jesús de la escuela, le hizo aprender varios oficios. El último que le quedaba era el de los tintoreros, así que María entregó a Jesús al maestro de este gremio para que aprendiera con él. En cierta ocasión, el maestro tenía que ir de viaje y antes de partir dijo a Jesús: 'Tu ya has aprendido este oficio y yo tengo que irme a un viaje del que no regresaré antes de diez días. Aquí hay una serie de artículos de diferentes colores que he marcado con el nuevo color al que deben teñirse. Quiero que los tengas listos para cuando yo vuelva'. Dicho esto, el hombre partió. Jesús, la paz sea con él, preparó un recipiente con un solo color, puso toda la ropa en su interior y dijo: 'Con el permiso de Dios, sed lo que se espera de vosotros'. Cuando regresó el maestro y vio toda la ropa en un único recipiente dijo: 'Jesús, ¿qué has hecho?' Contestó: 'He terminado el trabajo'. El maestro dijo: '¿Dónde están las ropas?' Jesús contestó: 'En ese recipiente'. '¿Todas juntas?' dijo el hombre. 'Sí', contestó Jesús. Y el hombre dijo: '¿Cómo es que están todas juntas en un solo recipiente? ¡Has estropeado los vestidos!'. Dijo Jesús: 'Levántate y mira'. El maestro se levantó y Jesús sacó un vestido amarillo, uno verde, otro rojo y así sucesivamente, cada uno con el color deseado. El tintorero se asombró y comprendió que era cosa de Dios, que es Grande y Glorioso. Entonces el maestro llamó a la gente y dijo: 'Venir a ver lo que ha hecho Jesús, la paz sea con él'. Y así, el maestro y sus compañeros y también los aprendices, creyeron en Jesús; y Dios, Grande y Glorioso, sabe más".

Durante la adolescencia de Jesús, Juan dejó la comunidad Esenia y comenzó a vivir solo en el desierto. "Tenía Juan su vestido hecho de pelos de camello, con un cinturón de cuero con el que se ceñía, y su comida eran langostas y miel silvestre". (*Mateo 3: 4*) Comenzó a

enseñar a la gente sin poner demasiado énfasis en el largo período de aprendizaje que era comúnmente necesario para todo aquél que deseaba ser miembro de pleno derecho de la comunidad Esenia. Esto dio lugar a un movimiento popular. Exhortaba a todos a que se volvieran a Jehová, asegurándoles que el Reino de Dios sería pronto establecido, ya que el Mesías prometido se daría a conocer en un tiempo no muy lejano.

En relación con esto, es interesante leer en la historia escrita por Josefo las referencias que hablan de otro ermitaño del que era discípulo el mismo historiador. Josefo pasó tres años en el desierto viviendo como un asceta. Durante ese tiempo estuvo bajo la guía de un ermitaño llamado Bannus que se vestía con lo que crecía en los campos, comía alimentos silvestres y se disciplinaba en la castidad a base de baños fríos. En consecuencia parece evidente que Juan se atenía a una tradición común a todos los eremitas.

El desierto ya había sido un lugar de refugio para David y otros Profetas anteriores. Era un lugar donde los judíos podían estar a salvo del dominio de los gobernantes extranjeros y de la influencia de los falsos dioses. En la atmósfera que propiciaba el desierto, solamente existía la dependencia del Creador y allí, la adoración debida sólo era a Él. El desierto era la plataforma del monoteísmo. La soledad del desierto impedía la sensación de una falsa seguridad y la persona aprendía a confiar solamente en la Realidad:

“En la desolación del desierto desaparece cualquier otra ayuda y uno se siente desnudo ante el Dios Único, el Poder, la Fuente Incesante de toda vida y la Base de toda seguridad”.⁵

El esfuerzo personal que tiene lugar en el desierto tiene dos aspectos: en primer lugar, lo que ocurre en el interior de los corazones de los hombres que deben batallar contra sí mismos si quieren vivir de manera agradable a su Señor. En segundo lugar, y como ya hemos comprobado, lo que ocurre tras la elección de este tipo de práctica que entra ineludiblemente en conflicto con todos aquellos que quieren vivir de otra manera. La primera lucha es una cuestión de fe en Dios y de incremento espiritual, independientemente de que la segunda batalla se vaya a ganar o perder.

La clara llamada de Juan empezó a atraer a gran cantidad de gente. Juan había dejado de observar una de las más importantes normas del código Esenio de conducta, a saber: “No divulgar secreto alguno incluso bajo tortura mortal”.⁶ Al no seguir esta regla, Juan posibilitó que los romanos infiltrasen el movimiento con espías. No obstante y dada su visión profética, Juan era capaz de penetrar sus disfraces y los tachaba de “víboras” (*Mateo*, 3: 7). Jesús era su primo más joven, miembro del movimiento y probablemente uno de los primeros en ser bautizado. También es posible que Bernabé, compañero íntimo de Jesús, fuera bautizado al mismo tiempo que él, al igual que su otro compañero Matías.

Juan sabía que las “víboras” iban a salir victoriosas antes de que pudiese empezar la batalla. El bautismo de Jesús le proporcionó la satisfacción de saber que el movimiento seguiría incluso después de su muerte. Como el mismo Juan había previsto, el tetrarca Herodes lo hizo decapitar, con lo que su manto pasó a hombros de Jesús.

Jesús tenía entonces treinta años. La misión de Juan no había durado más de tres. Jesús, consciente de que su período de formación había finalizado, dio comienzo a la parte más importante de su vida.

A fin de poder valorar la importancia de esta época, debemos considerar la vida de Jesús en su contexto histórico y más específicamente, en el de la historia de los judíos. Esto clarificará aún más la imagen que ya hemos visto surgir: esto es, que la existencia de la comunidad Esenia, las actividades de Juan, y finalmente, el conflicto entre Jesús y los romanos, forman parte de un patrón que se repite una y otra vez a lo largo de la historia de los judíos. En todos y cada uno de los casos, el motivo de la revuelta de los judíos contra los invasores extranjeros fue siempre el intento, por parte de éstos últimos, de hacerles asociar otros dioses con su Dios. Para los judíos, el reconocimiento de la Unidad Divina y la convicción de que Dios es el único objeto de adoración, era categórica.



A pesar de que como gobernantes, los judíos dieron a menudo muestra de una falta total de visión en el arte de gobernar, florecieron bajo la esclavitud política. Tras haber escapado de Egipto las doce Tribus de

Israel liderados por Moisés y su hermano Aarón, en el siglo XIII a.C. aproximadamente, y una vez establecidos en su tierra prometida, les fueron enviados una serie de Profetas a fin de guiarlos y mantener vivas las enseñanzas de Moisés, la *Torá*, que había sido revelada en el Monte Sinaí. Entre estos Profetas se cuentan David, a quien le fueron revelados los Salmos —los *Zabur*— y su hijo Salomón, a quien se le dio un gran conocimiento y un extraordinario dominio sobre la creación de Dios. Se estima que David gobernó aproximadamente del año 1.000 al 960 a.C., y que Salomón lo hizo a su vez del 960 al 922 a.C. Así pues, y gracias al gobierno de ambos, la paz sea con ellos, las doce Tribus de Israel se mantuvieron unidas, durante apenas cien años, en un sólo reino y bajo una dirección profética correctamente guiada.

Sin embargo, tras la muerte de Salomón, el reino de las Tribus de Israel se dividió en dos. La gente de la parte sur, basados en Judá, comenzaron a ser llamados Judaitas y los del norte Israelitas.

Los Judaitas, que posteriormente terminaron por ser conocidos sencillamente como “judíos”, una abreviación de la palabra “judaitas” o de la palabra “judeos”, comprendían las tribus de Judá, Leví y parte de la tribu de Benjamín. Los judíos se consideraban los auténticos herederos y defensores de las enseñanzas de Moisés —a pesar de que de hecho, varios Profetas, entre los que se incluyen Elías y Eliseo, fueron enviados por Dios a las nueve tribus y media restantes situadas en el reino norte de Israel.

En el 722 a.C. el reino de los israelitas fue invadido por los Asirios. Según los historiadores judaitas, las nueve tribus y media que integraban Israel fueron aniquiladas casi por completo a excepción de unos 27.000 prisioneros que fueron llevados a Nínive como esclavos. Esta ciudad ya no existe en nuestros días pero estaba situada a orillas del río Tigris, justo enfrente de la actual ciudad de Mosul, en el norte de Iraq. Se dice por esto que los Israelitas “desaparecieron de la historia” a pesar de que incluso la *Biblia* confirma que el Profeta Jonás fue enviado específicamente a Nínive para guiar a los Israelitas cautivos y, según el *Corán*: “Y lo enviamos a un grupo de cien mil o más” (*Corán* 37: 147), lo aceptaron y siguieron.

En el año 598 a.C., el Rey Nabucodonosor de Babilonia invadió el reino de los Judaitas y tomó Jerusalén. El Templo de Salomón quedó intacto pero los tesoros, tanto el del Templo como el del Palacio Real,

fueron expropiados por el nuevo gobernante por lo que los judíos no dudaron en rebelarse contra su nuevo Señor. Esto dio lugar a un nuevo ataque por parte de Nabucodonosor en el año 586 a.C., ataque en el que tanto el Templo como la ciudad fueron destruidos. El resultado de ambas invasiones fue que un gran número de judaitas fueron llevados a Babilonia como esclavos, pero a diferencia de lo ocurrido con los israelitas del reino del norte, los judaitas no fueron borrados de la historia.

La rueda de la fortuna dio un nuevo giro y los Persas mandados por Ciro, conquistaron Babilonia —gracias en parte a las intrigas llevadas a cabo por los judíos cautivos en beneficio de los nuevos invasores. Ciro se dio cuenta inmediatamente del peligro que suponía tener tal cantidad de extranjeros en Babilonia, por lo que pidió a los judíos que salieran y regresaran a Jerusalén donde se les permitiría reconstruir el Templo.

La gran marcha con destino a Jerusalén estaba formada por 42.360 judíos. Con ellos iban además 7.337 criados y mujeres, incluidos 200 cantantes entre hombres y mujeres. La caravana montaba 736 caballos, 245 mulos, 435 camellos y 6.720 asnos. (*Esdras* 2: 64-69). A esto hay que añadir los animales que transportaban las riquezas que habían acumulado durante su estancia en Babilonia.

Al llegar a Jerusalén, los judíos comenzaron a planear la reconstrucción del Templo, reuniendo para este fin 61.000 dracmas de oro y 5.000 libras de plata, a lo que hay que añadir el tesoro que trajeron con ellos desde Babilonia, compuesto de treinta caballos cargados de oro y mil cargados de plata. Contemos además los 5.400 recipientes de oro y plata que fueron colocados en el Templo una vez terminado éste. (*Esdras* 1: 9-11). Los esclavos que regresaron a Jerusalén habían aumentado en número y en riqueza.

No todos los judíos exiliados a Babilonia regresaron inmediatamente a Jerusalén. A pesar de que la reconstrucción del Templo finalizó en el año 515 a.C., algunos de los judíos “Babilonios” no regresaron hasta el 458 a.C. Estos fueron los que siguieron a Esdras, a quien se le unió luego Nehemías, un judío nombrado por los persas como gobernador de Judá.

Se dice que una de las razones del retraso de Esdras en su regreso a Jerusalén fue que estaba ocupado en poner por escrito la *Torá* que

había sido destruida por las fuerzas de Nabucodonosor. Está claro que lo que Esdras ponía por escrito era lo que retenía en su memoria, algo que se hace evidente con una simple ojeada a los cinco libros que forman el *Pentateuco* —que por lo general se equiparan con la *Torá* revelada a Moisés— cuyo contenido incorpora una serie de relatos históricos que narran lo que supuestamente ocurrió durante y después de la vida de Moisés, la paz sea con él, por lo que en consecuencia es claro que no pueden formar parte de la revelación original de la *Torá* que fue revelada por Dios a Moisés antes de que éstos ocurrieran.

Como gobernantes de Jerusalén los judíos no disfrutaron de paz por mucho tiempo. El siguiente invasor fue Alejandro Magno quien antes de morir, en el año 323 a.C., había llegado hasta la India. Tras su muerte, sus generales se repartieron el imperio. Tolomeo mandó en Egipto, cuya capital era Alejandría. Otra parte, el reino de los Seleúcidas en Asia, se dividió a su vez en dos: Antioquía se convirtió en la capital del reino del norte y Babilonia quedó como centro del resto de lo que fuera el imperio de Alejandro.

Los gobernantes Tolomeos y Seleúcidas mantuvieron constantes enfrentamientos y en una de sus primeras escaramuzas, Jerusalén cayó en manos de los greco-egipcios alejandrinos. Los nuevos gobernantes no veían con buenos ojos tal concentración de judíos en aquella zona, por lo que trasladaron gran número de los mismos a Egipto. Esto produjo lo que iba a ser la colonia más grande de judíos fuera de Judá. En Alejandría, los judíos establecieron tan estrecho contacto con la civilización griega que las escrituras hebreas tuvieron que ser traducidas al griego entre los años 275 y 150 a.C.

Para los gobernantes Tolomeos cuya sede fue Alejandría, Judá no era más que una colonia lejana, y los judíos, tras pagar los tributos anuales, gozaban de una independencia casi absoluta. En el 198 a.C. los Seleúcidas arrebataron de nuevo Jerusalén a los Tolomeos. Para los Seleúcidas, Jerusalén era algo más cercano, por lo cual se interesaron por los asuntos de los habitantes de la ciudad más que los anteriores gobernantes. El proceso de Helenización gradual que, siguiendo un ritmo natural se dio bajo la hegemonía Tolomea, se aceleró bajo los Seleúcidas en un intento deliberado de integrar a los judíos en su forma de vida. Este forzado conformismo cultural alcanzó su máxima expresión durante el reinado de Antíoco IV Epífanes. Antíoco cometió

el error de colocar una imagen de Zeus en el Templo de Salomón. Tal hecho provocó la ira de los judíos que se amotinaron liderados por los Macabeos de Judea. La hoz y el martillo eran el emblema de su revuelta. A pesar de que Antíoco Epífanes saqueara Jerusalén y el Templo en 161 a.C., los judíos no se rindieron y al final los griegos fueron expulsados de Jerusalén.

Los victoriosos judíos encontraron el Templo en ruinas, el santuario desolado, el altar profanado y la puerta del Templo quemada. Reconstruyeron el Templo según las descripciones de la *Torá*. Los nuevos gobernantes eran tan queridos que pronto se transformaron en Sumos Sacerdotes del Templo y en los nuevos reyes de Israel. Con tal concentración de poder en sus manos, los nuevos líderes se volvieron extremadamente estrictos en el cumplimiento de la Ley y la gente comenzó a añorar la más benevolente administración de los gobernantes extranjeros. Cuanto más grande era la insatisfacción provocada por su gobierno, más altivos y arrogantes se volvían los Macabeos. Y una vez más los judíos comenzaron a urdir intrigas contra sus líderes, intrigas que en gran parte dieron paso al dominio romano sobre Jerusalén. La ciudad cayó bajo control romano en el 63 a.C.

En la época que nacía Jesús, cerca del año 4 a.C., los romanos repetían el error de los gobiernos precedentes erigiendo un enorme águila dorada sobre la puerta principal del Templo. Una vez más los judíos enfurecidos provocaron todo tipo de amotinamientos contra los romanos. Dos descendientes de los Macabeos fueron los primeros en desplegar las banderas de la revolución. Su objetivo era la destrucción del águila. Para los romanos se trataba no sólo de un acto de sedición sino también de un insulto contra su religión. Tras un gran derramamiento de sangre la revuelta fue aplastada. Los dos líderes de la misma fueron apresados y quemados vivos. Pero al poco tiempo los romanos tuvieron que enfrentarse a otra rebelión. Dos mil judíos rebeldes fueron crucificados. El resentimiento de los judíos derrotados estaba en su apogeo, cuando en el año 6 d.C. el Emperador Augusto ordenó hacer el censo de la población judía para facilitar la recaudación de los impuestos.

Pagar impuestos al deificado emperador iba contra las enseñanzas de la *Torá*. Los judíos reconocían a un sólo rey: Jehová. Nuevos

altercados sucedieron a los anteriores. Los elementos más moderados de la población comprendieron que si la situación empeoraba, el conflicto produciría una masacre completa de los judíos, por lo que aconsejaron la sumisión y el pago de los impuestos a fin de evitar el suicidio sin sentido de la población. Los líderes que compraron la paz a este precio carecían de la estima popular y fueron considerados traidores a la nación judía.

El nacimiento de Jesús ocurrió justo en medio de esta tensa situación y con este telón de fondo.



En este contexto histórico es fácil comprender la oposición de los gobernantes romanos a la figura de Jesús; pero para comprender por qué algunos de los líderes de los judíos también mostraban oposición a Jesús, es necesario examinar brevemente lo que ha pasado con la *Torá* durante los trece siglos transcurridos desde su revelación.

Como ya hemos visto, la *Torá* original fue probablemente destruida durante las invasiones lideradas por Nabucodonosor en el siglo VI a.C. Durante el exilio de una parte de los judíos en Babilonia, Esdras intentó poner por escrito la *Torá* que había memorizado, pero es cosa comúnmente aceptada que esta versión fue destruida a su vez durante el saqueo de Jerusalén a manos de Antíoco Epífanes en el año 161 a.C. En su libro *Izhar-ul-Haq*, Maulana M. Rahmatullahi Kairanvi cita a John Mill, erudito Católico del siglo diecinueve, cuando dice:

“Todos los eruditos están unánimemente de acuerdo a la hora de afirmar que la *Torá* original (*Pentateuco*) y el resto de los libros originales que formaban el *Antiguo Testamento* fueron destruidos por las fuerzas de Nabucodonosor. Cuando Esdras compiló los nuevos textos, éstos fueron destruidos a su vez durante la invasión de Antíoco”.

Durante los cuatro siglos comprendidos entre el 450 y el 50 a.C., y especialmente después de la destrucción por Antíoco de los textos de Esdras ocurrida durante la invasión de Jerusalén en el 161 a.C., el libro conocido como la *Torá*, —junto con los libros adicionales que pretendían recoger la historia de las Tribus de Israel posteriores a Moisés que fueron a menudo escritos y compilados a partir de restos

de fuentes diversas siglos después de que ocurrieran los sucesos que pretenden narrar— siguió siendo revisada y re-escrita. Así, lo que iba a convertirse en la religión conocida como Judaísmo comenzó a tomar forma definitiva bajo la dirección de un fuerte sacerdocio Levítico que se consideraba a sí mismo el auténtico guardián del antiguo conocimiento. Cuando la *Torá* fue traducida al griego por primera vez por setenta y dos eruditos de Alejandría, aproximadamente entre el 275 y el 150 a.C., la versión hebrea ya había sido re-escrita dos veces “de memoria” introduciendo cambios importantes durante el proceso.

El *Talmud*, que pretende ser una recopilación de las tradiciones orales de Moisés, no apareció en forma escrita hasta unos diecisiete siglos después de su muerte, y al menos nueve siglos después de que la *Torá* había dejado de existir en su forma original. El *Mishná*, la forma escrita de las supuestas tradiciones orales de Moisés, no se compiló en su forma actual hasta comienzos del siglo III d.C. Los dos comentarios sobre el *Mishná*, el *Guemará de Jerusalén* y el *Guemará de Babilonia*, no se completaron hasta los siglos V y VII d.C. respectivamente, y los comentarios escritos sobre estos dos textos, la extensa literatura *Midrash*, fueron escritos entre los años 400 y 1.200 d.C.

Tal y como señala el Dr. Maurice Bucaille en su obra, *La Biblia, El Corán y La Ciencia*, cuando las Escrituras hebreas se tradujeron al griego, éstas en realidad ya no contenían las enseñanzas originales de Moisés, como tampoco las contuvieron desde mucho tiempo atrás:

“El *Antiguo Testamento* es una colección de obras de longitud muy diferente y estilos también diferentes. Fueron escritas en lenguas diversas basándose en tradiciones orales recogidas a lo largo de un periodo de más de novecientos años. Muchas de estas obras fueron corregidas y completadas según lo exigían eventos o necesidades específicas y a menudo en períodos muy distantes unos de otros”.⁷

Como ya hemos visto, solamente los primeros cinco libros de esta colección conocida generalmente bajo el nombre de *Pentateuco*, están directamente conectados con Moisés, aunque también está claro que ni son la *Torá* tal como fue originalmente revelada ni fueron escritos por él. Incluso en lo que respecta a esos primeros cinco libros, el *Pentateuco*, el Dr. Maurice Bucaille señala que con anterioridad a las versiones

escritas durante y después del exilio de Babilonia —la primera de las cuales (compilada por Esdras) es comúnmente conocida como la versión *Sacerdotal*— existían por lo menos tres fuentes: la *Yahvista* (donde Dios tiene el nombre de Yahvé), la *Elohista* (donde Dios se llama Elohim) y el *Deuteronomio*. Las tres versiones fueron utilizadas para componer la versión *Sacerdotal* que era la que se enseñaba en el Templo tras ser reconstruido en el año 515 a.C. Las tres versiones han sido datadas y localizadas en tiempos y lugares concretos:

1. La versión *Yahvista* procede del siglo IX a.C. (escrita en Judá).
2. La versión *Elohista* era probablemente algo más reciente (escrita en Israel).
3. El *Deuteronomio* procede según algunos del siglo VIII a.C. (E. Jacob) o de la época de Josué (siglo VII a.C.) según otros (Padre de Vaux).
4. La versión *Sacerdotal* procede del periodo del exilio o después del exilio (siglo VI a.C.).⁸

El Dr. Bucaille continúa diciendo:

“Aparentemente, la composición del texto del *Pentateuco* parece abarcar al menos tres siglos. La cuestión es, sin embargo, bastante más compleja. En el año 1941, A. Lods identificó tres fuentes distintas en la versión *Yahvista*, cuatro en la versión *Elohista*, seis en el *Deuteronomio*, nueve en la versión *Sacerdotal*, ‘sin incluir como fuentes las adiciones atribuibles a ocho autores diferentes’ como menciona el Padre de Vaux. Más recientemente se ha pensado que ‘muchas de las ordenanzas o leyes contenidas en el *Pentateuco* tenían analogías fuera de la *Biblia* que se remontaban en el tiempo mucho más allá de las fechas atribuidas a los propios documentos, y también que ‘muchas de las historias del *Pentateuco* presuponen un ambiente histórico diferente, y más antiguo, que aquél del que se supone proceden los documentos’. Todo esto nos coloca ante ‘motivos interesados en la formación de las tradiciones’. Al llegar a este punto, la cuestión se complica de tal manera que ya nadie sabe donde está.

La multiplicidad de las fuentes conlleva aparejada gran cantidad de desacuerdos y repeticiones. El Padre de Vaux da diversos ejemplos de esta superposición de tradiciones, casos tales como el Diluvio, el secuestro de José o el de sus aventuras en Egipto, en los que también se dan desacuerdos con respecto a los nombres relacionados con un mismo protagonista, además de descripciones diferentes de acontecimientos importantes.

De este modo, el *Pentateuco* aparece como una compilación hecha a partir de varias tradiciones reunidas por diferentes autores con mayor o menor pericia. En ocasiones, estos autores yuxtaponen unas recopilaciones con otras y a veces llegan incluso a adaptar las historias para obtener una síntesis. Con ello permitieron la introducción en los textos de improbabilidades y desacuerdos tales que han llevado al hombre moderno a la exigencia de un estudio objetivo de las fuentes.

En cuanto al estudio crítico de los textos, el *Pentateuco* constituye el ejemplo más evidente de las adaptaciones hechas por la mano del hombre, adaptaciones recogidas en diferentes épocas de la historia judía redactadas a partir de tradiciones orales y de textos procedentes de generaciones pasadas. Su redacción comenzó en el siglo X o IX a.C. con la tradición *Yahvista* que tomó la historia desde sus comienzos. Esta tradición proyecta el destino específico de Israel 'a fin de hacerlo encajar en el Gran Diseño Divino para la humanidad' (Padre de Vaux). El *Pentateuco* se completó en el siglo VI a.C., ya dentro de la tradición *Sacerdotal* que es sumamente meticulosa a la hora de mencionar fechas y genealogías".⁹

Continúa diciendo el Dr. Bucaille:

"En el caso del *Génesis*, la división del Libro según tres fuentes de procedencia ha sido establecida categóricamente: El comentario del Padre de Vaux a su traducción del *Génesis*, proporciona una lista de pasajes y su respectiva relación con cada una de las fuentes de procedencia sobre las que

se basan. A partir de estos datos es posible determinar la contribución hecha por cada una de las fuentes a cada uno de los capítulos. Por ejemplo: en el caso de la Creación, el Diluvio y el periodo comprendido entre el Diluvio y Abraham, temas que ocupan los primeros once capítulos del *Génesis*, puede distinguirse en el texto Bíblico la alternancia de una sección de textos *Yahvista* y de una sección *Sacerdotal*. En estos primeros capítulos no existen textos *Elohistas*. En este caso concreto, la yuxtaposición de contribuciones *Yahvistas* y *Sacerdotales* es bastante evidente. Desde la Creación hasta Noé (primeros cinco capítulos), la disposición de los textos es sencilla: desde el inicio hasta el fin de la narración, un pasaje *Yahvista* se alterna con uno *Sacerdotal*. En el caso del Diluvio y especialmente en los capítulos 7 y 8, la relación del texto con cada una de las fuentes se limita a pasajes muy cortos o incluso a sólo frases aisladas. En el espacio de poco más de cien páginas de la versión inglesa, el texto cambia de fuente diecisiete veces. Esto es lo que da origen a las improbabilidades y contradicciones que encontramos en la versión que existe en nuestros días”.¹⁰

Es evidente en consecuencia, que la versión de la *Torá* disponible en la época en la que Jesús vino a este mundo no era la *Torá* original tal como fue revelada a Moisés en el monte Sinaí. Citando las palabras del Dr. Bucaille, consistía en: “Una colección de obras de contenidos muy dispares y que fueron escritas a lo largo de casi siete siglos y que, antes de ser amalgamadas en un único texto, se utilizaron para su redacción fuentes extremadamente diversas”.

Sin embargo sabemos por el *Corán*, que Dios no sólo dio a Jesús su propia revelación, el *Inyíl*, sino que también le dio conocimiento de la *Torá* original revelada a Moisés (el primero confirmaba a ésta última en todo sentido). Jesús estaba pues en una posición privilegiada guiado por la Divinidad, para poder ver cómo y dónde se habían alterado y distorsionado las enseñanzas originales de Moisés. Como veremos con más detalle más adelante, esto le complicaba las cosas al sacerdocio judío, que antes de la venida de Jesús se había arrogado, casi sin discusión alguna, la posición de ser los auténticos guardianes

de las enseñanzas originales de Moisés. Esta pretensión era la base de su liderazgo como también de sus medios de vida. Jesús desveló la hipocresía sacerdotal poniendo en peligro la fuente de su riqueza y su autoridad. Esta es la razón de la virulencia mostrada por el sacerdocio judío en su oposición a Jesús.

En el volumen segundo de su obra *Los Profetas en el Corán - Los Últimos Profetas*, la señora Iftejar Bano Hussein dice:

“No existe copia conocida de la revelación original dada a *sayyidina* 'Isa (Jesús), la paz sea con él —el *Inyíl*— lo cual explica en parte por qué sus enseñanzas han sido tantas veces re-escritas y redefinidas en los dos últimos milenios. Según el *Evangelio de Bernabé*, el *Inyíl* jamás fue recogido en forma escrita —era más bien una especie de pozo de sabiduría dentro del corazón de Jesús del que se abastecía cuando era necesario— pero es evidente que Jesús, además de hablar el arameo, conocía también el hebreo, ya que su objetivo era restablecer entre las Tribus de Israel las enseñanzas originales de Moisés según la *Torá*, que estaba escrita en hebreo antiguo y que había sido cambiada y corrompida hasta tal punto que cuando Jesús nació, ¡fue rechazado por la misma clase sacerdotal judía que se autoproclamaba guardiana celosa de las enseñanzas de Moisés!

Es posible que una de las razones principales por la que el sacerdocio judío se oponía a *sayyidina* 'Isa y deseaba incluso su muerte, era que Jesús sabía qué partes de la *Torá* revelada originalmente a *sayyidina* Musa (Moisés), habían sido cambiadas posteriormente por los judíos, puesto que Jesús había recibido de Allah el conocimiento directo de la *Torá*.

Es también más que probable que *sayyidina* 'Isa conociera las distorsiones y correcciones contenidas en los textos adicionales escritos tras la muerte de *sayyidina* Musa en los que se pretendían recoger fielmente la historia posterior de las Tribus de Israel.

Dicho con otras palabras: con la llegada de *sayyidina* 'Isa, todos los cambios y distorsiones de las enseñanzas

originales de *sayyidina* Musa, que habían sido introducidos gradualmente por la clase sacerdotal judía durante los nueve siglos transcurridos desde finales del reinado de *sayyidina* Sulayman (Salomón), corrían el riesgo de ser puestos de manifiesto; y con ello, la jerarquía sacerdotal quedaba destruida. Esta es la razón del rechazo contra *sayyidina* 'Isa, la paz sea con él, y de aquí la alianza del sacerdocio con los romanos con el fin de planear su muerte".¹¹



Volviendo ahora a la narración histórica de la vida de Jesús, debemos recordar la situación política y económica vigente en el momento del nacimiento de Jesús, y los acontecimientos que provocaron la muerte de Juan el Bautista. A partir de esta muerte veremos como la totalidad del movimiento de resistencia se fue concentrando en torno a la figura divinamente inspirada de Jesús.

Lo primero que hizo Jesús al cumplir los treinta años fue someterse a un periodo de cuarenta días de vida de oración en el desierto. Según la ley judía, a esa edad el hombre se emancipaba del dominio paterno. A diferencia de Juan el Bautista, Jesús jamás predicó en público la oposición abierta contra los gobernantes romanos. Antes de esto era necesario preparar las cosas con la máxima discreción. Los intentos anteriores habían siempre terminado en el más absoluto desastre, y la muerte de Juan el Bautista aún estaba presente en la mente de Jesús. Con prudencia y perspicacia, Jesús empezó a preparar y organizar a los judíos. No bautizó a ninguno. Esto habría atraído de forma innecesaria demasiada atención por parte de los romanos y convertía el bautismo en una práctica peligrosa. Por otra parte, era imposible detener la infiltración de las "víboras" en el movimiento de resistencia.

Jesús escogió doce discípulos, número tradicional símbolo de las doce tribus de Israel. A continuación alistaron a setenta y dos patriotas para que estuvieran a sus órdenes. Los fariseos mantuvieron siempre el *Am Al-Arez*, un grupo rural de judíos en buenas condiciones físicas y fáciles de contactar en caso de necesidad. Estos campesinos, muchos de los cuales eran miembros de la comunidad Esenia, se convirtieron en fieles seguidores de Jesús, estando dispuestos a entregar

sus vidas por la causa. Se los conocía con el nombre de Zelotes. Según la *Biblia*, al menos seis de los doce apóstoles eran Zelotes.

Jesús, que había venido a confirmar las enseñanzas de Moisés, lanzó la llamada del *Antiguo Testamento*: “Quienquiera que sea fiel seguidor de la Ley y mantenga la Alianza, que me siga”. (*Macabeos* 2: 27-31). Pronto comenzó a alistarse un gran número de personas que se adiestraban ocultas en el desierto. Se les llamaba *Bar Yonim*, que significa “hijos del desierto”. A los que de entre sus filas habían aprendido el uso de la daga se les llamaba *Sicarios* (los hombres del puñal). Otro grupo cuidadosamente escogido formaba una especie de escolta conocida como *Bar Jesús*, “los hijos de Jesús”. Hay fuentes históricas que mencionan a personas que formaban parte de este grupo, pero un velo de misterio impide que se sepa algo sobre ellas. Pertenecían al círculo más íntimo de los seguidores de Jesús y sus identidades debían permanecer ocultas a ojos de los romanos.

Jesús dijo a sus seguidores: “Pues ahora, el que tenga bolsa que la tome y lo mismo alforja, y el que no tenga que venda su manto y compre una espada”. (*Lucas* 22: 36). Alentados por las enseñanzas y milagros de Jesús, el número de seguidores seguía aumentando. El resultado de estas medidas fue que el sucesor de Pilatos, Sosiano Hierocles (citado por el Lactanio, padre de la Iglesia), dijo bruscamente en cierta ocasión que Jesús era el líder de una banda de salteadores de caminos compuesta por unos novecientos hombres. Una copia medieval en hebreo de una obra ya desaparecida de Josefo cita igualmente que Jesús tenía de 2.000 a 3.000 seguidores armados.¹²

Jesús puso un énfasis especial en no apartarse de la enseñanza Esenia, hecho demostrable ya que “los ritos y preceptos de los Evangelios y las Epístolas pueden encontrarse en cada una de las páginas que forman la tradición escrita de la secta”.¹³ Sin embargo, durante su misión, Jesús no llegó a desvelar la totalidad de su enseñanza a más que unos pocos de sus seguidores. La verdad, en su forma completa, sólo era conocida por unos pocos:

“Mucho tengo todavía que deciros, pero ahora no podéis con ello. Cuando venga él, el espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y os anunciará lo que ha de venir”. (*Juan* 16: 12-14).

Es interesante resaltar que este pasaje está considerado como uno de los pocos que no ha sido suprimido en los cuatro Evangelios canónicos y en los que se anuncia la venida del Profeta Muhammad, a quien Allah bendiga y le conceda paz. El “espíritu de la verdad” citado en el versículo anterior es denominado por Juan como el “Parácleto”. La palabra griega para Parácleto es *Parakletos* o *Parakleitos* que significa el “Consolador” o el “Alabado”. Su equivalente en árabe es *Ahmad* que significa el “más digno de alabanza”, el “que distingue entre la verdad y la mentira” y el “Consolador”. Ahmad es uno de los nombres del Profeta Muhammad. El Dr. Bucaille, tras considerar las cuatro alusiones al Parácleto del *Nuevo Testamento* (mencionadas únicamente por Juan) y tras considerar las variaciones del texto en varias versiones y los significados naturales del vocabulario utilizado, concluye diciendo:

“En consecuencia y según las reglas de la lógica, el Parácleto de Juan nos hace pensar en un Parácleto que es un ser humano como Jesús, poseedor de las facultades del oído y el lenguaje como ya se atisbaba en el texto griego de la versión de Juan. Así pues, Jesús predice que Dios ha de enviar un ser humano a la Tierra que desempeñará el papel definido por Juan: el de ser un Profeta que escucha la palabra de Dios y que luego repite este mensaje al ser humano. Esta es la interpretación lógica a la que se llega si en el texto de Juan se atribuye el significado correcto a las palabras en él contenidas”.¹⁴



Casi todas las fuentes de las que disponemos en la actualidad muestran de forma evidente que la popularidad de Jesús entre la gente común era debida en su mayor parte a la extraordinaria pureza y compasión que se traslucían, no sólo en la sabiduría de sus palabras y la sencillez de su comportamiento, sino también en sus muchos milagros que eran posibles, como Jesús siempre decía, por la gracia de Dios.

Jesús no buscaba el poder mundano, ni como líder del país ni mucho menos dentro de la cerrada jerarquía de los escribas y fariseos. No obstante, la popularidad de la que gozaba y el gran número

de seguidores hacían temer a los romanos y a los sacerdotes aliados a ellos que éstas eran de hecho sus verdaderas intenciones. Esta aparente amenaza a su posición y poder fue lo que, como ya hemos afirmado, los incitaba a eliminar a Jesús.

La única misión de Jesús era establecer la adoración al Creador tal y como Él había ordenado. Por esta causa, Jesús y sus seguidores vivían dispuestos a enfrentarse a todo el que tratara de impedirles vivir como su Señor quería que vivieran.

La primera batalla se entabló contra los judíos leales a los romanos. Fue liderada por Bar Jesús Barrabás y produjo gran desmoralización entre dichos judíos al ser muerto uno de sus líderes en la refriega. Bar Jesús Barrabás fue arrestado.

El siguiente objetivo era el Templo. Los romanos mantenían una fuerte guarnición cerca del Templo, puesto que era la época de las celebraciones anuales y se acercaba la fiesta de la Pascua. En estas ocasiones, los romanos estaban prestos para sofocar cualquier tipo de pequeñas escaramuzas, pero en esta ocasión la alerta era aún mayor. Además de la guarnición, contaban con la policía del Templo a cuyo cargo estaba el cuidado del lugar sagrado. La entrada en Jerusalén efectuada por Jesús estuvo tan bien planeada que a los romanos los tomó por sorpresa y Jesús se hizo con el control del Templo.

Esta anécdota se conoce como la “Purificación del Templo”. *El Evangelio de Juan* describe el suceso de la manera siguiente:

“Y encontró en el Templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas en sus puestos. Haciendo un látigo con cuerdas, echó a todos fuera del Templo, con las ovejas y los bueyes; desparramó el dinero de los cambistas y les volcó las mesas”. (*Juan 2: 14-15*).

Comentando las palabras, “látigo de cuerda”, Carmichael dice:

“No cabe duda de que significan violencia; pero también es indudable que representan una forma de suavizar lo que en realidad fue una gran hazaña. Si imaginamos el tamaño del Templo, la multitud de peregrinos entrando y saliendo, los cuidadores del mismo, la policía, los soldados romanos y la reacción de los tratantes de ganado, por no mencionar

quiera la de los cambistas de dinero, nos damos cuenta de que algo más que la mera sorpresa tuvo que intervenir. La escena real que se atisba tras esta narración fragmentada del cuarto Evangelio fue sin duda otra muy distinta. El cronista la ha suavizado ‘espiritualizándola’, sacándola de la realidad”.¹⁵

Una de las lecciones que aprende todo libertador de masas, es que la policía local tiende a depositar sus simpatías con los patriotas más que con la fuerza de ocupación. Este fue probablemente uno de los factores que contribuyó al colapso total de las defensas del Templo.

Los romanos recibieron un revés local, pero su poder no había sufrido mella. Pidieron refuerzos y un contingente de nuevas tropas empezó a avanzar hacia Jerusalén. La defensa de la puerta de Jerusalén resistió unos días pero el ejército romano era demasiado poderoso frente a los patriotas y los seguidores de Jesús se disolvieron. Incluso los discípulos huyeron, dejando solo a Jesús con unos pocos hombres a su alrededor. Jesús decidió ocultarse y los romanos comenzaron una búsqueda intensiva para encontrarlo.

La “detención”, el “juicio” y la “crucifixión” están sumidas en tal cantidad de contradicciones y falsos alegatos que es sumamente difícil desenmarañar los textos para averiguar lo que realmente ocurrió. Lo que está claro sin embargo, es que el gobierno romano logró utilizar a su favor los servicios de una pequeña minoría de judíos que tenían intereses personales en la continuidad del mandato romano sobre Jerusalén.

Judas Iscariote, uno de los discípulos de Jesús, fue sobornado con la promesa de recibir treinta monedas de plata si, con su ayuda, Jesús era arrestado. A fin de evitar más problemas se decidió a intentarlo durante la noche. Al llegar al lugar donde Jesús descansaba con algunos de sus discípulos, Judas tenía que besar a Jesús para que los soldados romanos pudieran identificarlo. El plan fracasó. Cuando los soldados surgieron de la oscuridad, se formó un gran tumulto. Los dos judíos, Jesús y Judas, se confundieron en medio de la oscuridad y los soldados arrestaron a Judas en vez de a Jesús. Así es como Jesús logró escapar. El *Corán* dice:

“Pero, aunque así lo creyeron, no lo mataron ni lo crucificaron. Y los que discrepan sobre él, tienen dudas y no tienen ningún conocimiento de lo que pasó, sólo siguen conjeturas.

Pues con toda certeza que no lo mataron. Sino que Allah lo elevó hacia Sí, Allah es Poderoso y Sabio”. (*Corán* 4: 157-158)

No está del todo claro si alguien se dio cuenta entonces del “error” cometido. Ninguna de las versiones de los Evangelios canónicos en su forma actual lo mencionan. Si los romanos se apercibieron de la verdadera identidad del prisionero cuando fue traído ante Pilatos, el Magistrado Romano en funciones, es posible que esta dramática e inesperada situación satisficiera a todo el mundo. En primer lugar a los romanos, porque así podrían dar a alguien un castigo ejemplar, sin importar quien fuera, castigo que con toda seguridad actuaría como elemento disuasorio. Y en segundo lugar, a la mayor parte de los judíos porque estarían felices pensando que, debido a un milagro, al que sentaba Pilatos en el banquillo de los acusados no era Jesús sino el traidor. Incluso los judíos pro-romanos se darían por contentos ya que con la muerte de Judas desaparecía el testigo de su culpa. Y en último lugar, porque con Jesús muerto oficialmente sería más que improbable que alguien se atreviera a salir de nuevo para molestarlos.

Sin embargo, y según las descripciones de lo sucedido tal y como aparecen en los cuatro Evangelios canónicos, esta explicación parece poco probable. Es mucho más creíble asumir que todos creyeran que Jesús era el reo culpable a pesar de no ser éste el caso.

El papel jugado por Poncio Pilatos, el Magistrado Romano, es difícil de precisar. Su indecisión, tal y como aparece reflejada en la *Biblia*, y su parcialidad hacia los líderes judíos, en unión a su buena voluntad hacia Jesús, constituyen una historia difícil de creer. Algunos han sugerido que esta dificultad podría ser el resultado del intento, por parte de los autores de los Evangelios, de distorsionar los hechos a fin de que la responsabilidad de la “crucifixión” cayera sobre la totalidad de la nación judía, exonerando así a los romanos de toda culpa en la supuesta muerte de Jesús.¹⁶ La única manera de que pudiera sobrevivir bajo el poder romano una historia oficial de la

vida de Jesús, sería expurgándola de cualquier ofensa a los invasores, ya fuera omitiendo, disfrazando o incluso cambiando los detalles susceptibles de ofensa ante la autoridad extranjera.

Otra posible explicación es la que mantiene una tradición que asegura que Pilatos fue “comprado” mediante un soborno importante, el equivalente a unos siete millones y medio de pesetas. Si las cosas ocurrieron tal como se describe en los Evangelios, es obvio que Pilatos tenía intereses personales en el drama representado ese día en Jerusalén.

Hay otro hecho interesante que es necesario resaltar al menos de pasada: que en los calendarios santorales de la Iglesia Copta, tanto en Egipto como en Etiopía, Pilatos y su esposa aparecen como “santos”. Esto sólo puede tener sentido si aceptamos que Pilatos sabía de sobra que sus soldados habían detenido a la persona que no era, y condenó a Judas dejando que Jesús se salvara.

En la descripción proporcionada por Bernabé en su Evangelio, se nos cuenta que en el momento de la detención, ocurrida después de la Última Cena —que según este relato tuvo lugar “en la casa de Nicodemo junto al arroyo Cedrón” a las afueras de Jerusalén— Judas fue transformado por el Creador de forma que no sólo sus enemigos, sino que incluso su madre y sus amigos más cercanos, lo tomaron por Jesús:

“Saliendo de la casa, Jesús se retiró al jardín para orar según su costumbre, inclinándose y postrándose cien veces. Al saber Judas el lugar en el que Jesús estaba con sus discípulos, se dirigió al sumo sacerdote y le dijo: ‘Si me das lo prometido, esta noche te entregaré a ese Jesús que buscas ya que está solo con once de sus discípulos’.

El sumo sacerdote preguntó: ‘¿Cuánto quieres?’

Judas contestó: ‘Treinta piezas de oro’.

Sin más dilación el sumo sacerdote le dio el dinero y envió un fariseo al gobernador y a Herodes para traer soldados; éstos mandaron una legión porque temían a la gente. Aprestaron las armas y con antorchas y linternas salieron de Jerusalén.

Cuando los soldados acompañados por Judas llegaron cerca del lugar donde se encontraba Jesús, éste oyó como se acercaba una gran multitud y volvió a la casa. Los once discípulos estaban durmiendo.

Y entonces Dios al ver el peligro que corría su esclavo envió a (los ángeles) Gabriel, Miguel, Rafael y Uriel, Sus diputados, para que sacaran a Jesús del mundo.

Los sagrados ángeles vinieron y sacaron a Jesús por la ventana que daba hacia el sur. Y desnudándolo, lo colocaron en el tercer cielo en la compañía de los ángeles que alaban a Dios constantemente.

Judas se adelantó a los demás y entró impetuosamente en la habitación de la que Jesús había sido sacado. Y los discípulos estaban durmiendo. Entonces fue cuando Dios actuó de manera asombrosa en el sentido de que Judas fue cambiado asemejándose de tal manera en su rostro y forma de hablar a Jesús, que creímos que era el mismo Jesús. Judas nos había despertado y nos preguntaba dónde estaba Jesús. Nosotros maravillándonos dijimos: 'Tú, Señor, eres nuestro maestro, ¿acaso nos has olvidado?'

Judas sonriendo dijo: '¿Os habéis vuelto locos; no veis que soy Judas Iscariote?'

Justo al finalizar estas palabras, los soldados entraron y al ver que se parecía en todo a Jesús, lo apresaron.

Nosotros, al oír las palabras de Judas y ver la multitud de soldados, huimos a toda prisa.

Y Juan que estaba dormido cubierto por una sábana de lino, despertó y quiso huir. Un soldado agarró la sábana y Juan se desembarazó de ella corriendo desnudo. Dios había oído la súplica de Jesús y salvó a los once de todo mal.

Los soldados apresaron a Judas y lo ataron entre bromas, puesto que éste seguía negando ser Jesús. Los soldados, burlándose de él dijeron: 'Señor no temáis. Hemos venido a proclamaros Rey de Israel y os atamos porque sabemos que rechazáis el reinado'.

Judas contestó: '¡Os habéis vuelto locos! ¡Habéis venido

a detener a Jesús de Nazaret con armas y antorchas como (si fuera) un ladrón; y en vez de eso me habéis atado a mí que os he guiado y queréis nombrarme rey!

Los soldados perdieron la paciencia y con golpes y patadas condujeron con rabia a Judas hacia Jerusalén.

Juan y Pedro siguieron a los soldados desde lejos. Y ellos cuentan a quien esto escribe, que presenciaron el examen que a Judas hicieron el sumo sacerdote y la asamblea de los fariseos que estaban reunidos para matar a Jesús. Mientras tanto Judas dijo muchas locuras hasta el punto de que todos los presentes se desternillaban de risa puesto que creían que él era realmente Jesús y que por temor a la muerte quería hacerse pasar por loco. Los escribas pusieron una venda sobre sus ojos y burlándose dijeron: 'Jesús, profeta de los nazarenos', puesto que así llamaban a los que creían en Jesús, 'dinos, ¿quien te ha abofeteado?' Y riéndose le daban bofetadas y le escupían en la cara.

Cuando llegó la mañana se reunió el gran consejo de ancianos y escribas del pueblo. Y el Sumo Sacerdote junto con los fariseos presentaron testigos falsos para acusar a Judas a quien creían ser Jesús. Pero no encontraron lo que buscaban. ¿Y por qué digo que los sacerdotes creían que Judas era Jesús? Pues si lo digo es porque todos los discípulos y el que esto escribe también lo creímos así; y más aún, porque la pobre virgen madre de Jesús, junto con sus familiares y amigos, también lo creyeron. Hasta tal punto fue así, que la pena que todos sentían era insufrible. Juro por el Dios Viviente que el que esto escribe había olvidado lo que Jesús dijo: que sería sacado de este mundo, que sufriría a través de una tercera persona y que no habría de morir hasta el fin del mundo. Por tanto fui con la madre de Jesús y con Juan a la cruz.

El Sumo Sacerdote hizo traer atado a Judas y le preguntó sobre sus discípulos y su doctrina.

En sus respuestas, y como si diera prueba de su locura, Judas no hizo mas que divagar. El Sumo Sacerdote le hizo jurar por el Dios de Israel que confesaría la verdad.

Judas respondió: 'Ya he dicho que soy Judas Iscariote, el que prometió entregarte a Jesús el Nazareno; y sin embargo vosotros, por razones que desconozco, os habéis vuelto locos puesto que estáis convencidos de que yo soy Jesús'.

A lo que contestó el Sumo Sacerdote: 'Oh tú, perverso seductor. Has engañado con tus milagros y doctrinas a todo Israel, desde Galilea hasta Jerusalén; ¿Acaso piensas que puedes librarte del castigo que mereces fingiendo estar loco? ¡Juro por Dios que no escaparás!' Y dicho esto, mandó a sus sirvientes que golpearan y abofetearan a Judas para hacerle entrar en razón. Las burlas que Judas tuvo que sufrir a manos de los criados del sumo sacerdote son imposibles de creer. Como querían ganarse las simpatías del Sanedrín inventaron todo tipo de chanzas. Lo vistieron de bufón, y tantas bofetadas y patadas le dieron, que incluso los mismos Cananitas se habrían apiadado de él.

Pero era tal la animosidad de los sacerdotes, los fariseos y los ancianos contra Jesús, que el espectáculo los llenaba de placer.

Luego lo llevaron ante el gobernador de la ciudad, que por cierto amaba a Jesús en secreto. El gobernador, creyendo que Judas era Jesús, lo hizo entrar en sus habitaciones y comenzó a preguntarle la razón de todo lo ocurrido.

Judas contestó: 'Si os digo la verdad no me habéis de creer; lo más probable es que seáis víctima del engaño, igual que lo han sido los sacerdotes y los fariseos'.

El gobernador habló a continuación (creyendo que la cuestión era un asunto de Ley): '¿acaso no sabes que yo no soy judío? Pero los sacerdotes y los ancianos te han entregado a mí; dime pues la verdad para que pueda ser justo contigo. Puesto que tengo el poder de dejarte en libertad o condenarte a muerte'.

Judas contestó: 'Señor creedme; si me condenáis comerías un gran error pues matarías a una persona inocente. Yo soy Judas Iscariote y no Jesús que es un hechicero que con su magia me ha transformado'.

Al oír estas palabras el gobernador no pudo menos que asombrarse e intentó dejarlo libre. Salió de la habitación y sonriendo dijo: 'Visto de cierta manera, este hombre no merece la muerte sino la compasión. Dice que no es Jesús sino un tal Judas que guió a los soldados con el fin de apresar a Jesús y que ha sido precisamente Jesús el Galileo quien con su magia lo ha transformado. En consecuencia, y si esto es verdad, sería un gran error matarlo puesto que es inocente. Por otro lado, si realmente es Jesús pero insiste en negarlo, no cabe duda de que ha perdido el juicio y sería deshonesto matar a un loco'.

Entonces los sacerdotes y los ancianos, junto con los escribas y los fariseos, gritaron: 'Él es Jesús de Nazaret, nosotros lo conocemos; de no ser así no lo habríamos puesto en tus manos. Y loco tampoco está, sino que es un perverso, ya que con esta argucia intenta librarse de vuestras manos; pero si logra escapar, la sedición que causaría sería aún peor que la anterior'.

Pilatos (puesto que tal era el nombre del gobernador) a fin de desembarazarse del caso dijo: 'Es de Galilea y Herodes es el rey de esa zona. No me incumbe a mí juzgarlo, llevadle ante Herodes'.

Así lo hicieron. Herodes había deseado durante mucho tiempo que Jesús fuera a su casa. Jesús nunca había querido ir puesto que Herodes era un Gentil que adoraba los dioses falsos e impuros y en su vida seguía las normas impuras de los Gentiles. Cuando presentaron a Judas ante él, Herodes le hizo muchas preguntas a las que Judas contestó con evasivas negando siempre que él fuera Jesús.

Herodes y toda la corte se burlaron, y vistiéndolo de blanco, como se viste a los locos, lo enviaron de nuevo a Pilatos diciendo: '¡Haz justicia al pueblo de Israel!'

Herodes puso esto por escrito, puesto que los sacerdotes y los fariseos le habían dado una gran cantidad de dinero. El gobernador se enteró de ello por un criado de Herodes y a fin de obtener también él algún dinero, fingió querer poner a Judas en libertad. Pero antes ordenó azo-

tarlo por sus criados que estaban pagados por los escribas para que lo mataran a latigazos. Pero Dios que había ya decretado el asunto, reservaba a Judas para la cruz a fin de que así sufriera la horrible muerte para la cual había vendido a otro. Dios no quiso que Judas muriera a causa de los latigazos, a pesar de que los soldados lo azotaron hasta el punto de que su cuerpo chorreaba sangre. Luego, para burlarse todavía más, lo cubrieron con una vieja túnica de color morado y dijeron: 'Nuestro nuevo rey merece ser vestido y coronado'. Y tomando una mata de espinos hicieron una corona similar a las que de oro y piedras preciosas llevan los reyes en sus cabezas. Colocaron la corona de espinas en la cabeza de Judas y poniendo en su mano una caña como cetro le hicieron sentarse en una posición elevada. Y los soldados se presentaban ante él, haciendo reverencias y saludos como si fuera el Rey de los judíos. Y extendían las manos para recibir regalos, como es la costumbre de los nuevos reyes. Al no recibir nada, golpeaban a Judas y decían: '¿Cómo es que te coronan, rey loco, si no pagas a tus soldados ni criados?'

Cuando los sacerdotes y los fariseos vieron que Judas no había muerto a causa de los latigazos, y temiendo que Pilatos lo pusiera en libertad, dieron una suma de dinero al gobernador que al recibirla, entregó a Judas a los escribas y fariseos, declarándolo culpable y condenándolo a muerte. Junto con él, condenaron a la muerte en la cruz a dos ladrones.

Fueron llevados al Monte Calvario, lugar donde se ahorcaba a los malhechores, y allí lo crucificaron desnudo para mayor ignominia.

Y en verdad que lo único que Judas decía era: 'Dios, ¿por qué me has abandonado y dejas que el malhechor escape y yo muera injustamente?'

Y en verdad yo digo que la voz, el rostro y la persona entera de Judas eran tan similares a las de Jesús que los discípulos y los creyentes creyeron que era él. Hasta tal punto fue así, que algunos abandonaron la doctrina de Je-

sús, creyendo que Jesús había sido un falso profeta y que los milagros que había hecho se debían a la magia. Jesús había dicho que él no iba a morir hasta que estuviera cerca el fin del mundo y que en el momento presente, él sólo sería sacado fuera de este mundo.

Pero a pesar de la pena sufrida al ver que moría alguien que era exactamente igual a Jesús, los que se mantuvieron firmes en la doctrina, se acordaron a tiempo de las palabras que había dicho Jesús. Y acompañando a la madre de Jesús fueron al Monte Calvario, y no sólo estuvieron presentes en la muerte de Judas llorando sin cesar, sino que gracias a Nicodemo y a José de Arimatea lograron obtener permiso del gobernador para enterrar el cuerpo de Judas. Después de esto bajaron el cuerpo de la cruz con tal llanto que ciertamente nadie podría creerlo, y tras ungirlo con cien libras de ungüentos preciosos, lo enterraron en el sepulcro nuevo de José.

Luego cada uno volvió a su casa. El que esto escribe, acompañado de Juan y su hermano Santiago, se fue con la madre de Jesús de Nazaret.

Aquellos discípulos que no temían a Dios fueron por la noche al sepulcro, robaron el cuerpo de Judas y lo escondieron, propagando al mismo tiempo el rumor de que Jesús había resucitado; lo que provocó una gran confusión. En consecuencia, el Sumo Sacerdote ordenó entonces, bajo pena de excomunión, que nadie hablara de Jesús de Nazaret. Y de esta manera comenzó una terrible persecución en la que muchos fueron lapidados y azotados y otros desterrados al no poder permanecer callados con respecto a este asunto". (*El Evangelio de Bernabé*: 214-218)

Según Bernabé, no fue sino hasta después de la supuesta muerte de Jesús, cuando éste se presentó ante María y algunos de los discípulos informándoles de lo que realmente había sucedido:

"Jesús vino, envuelto en un gran resplandor, a la habitación donde estaban María la Virgen con sus dos hermanas, y Marta y María Magdalena, y Lázaro, y el que esto escribe,

y Juan, Santiago y Pedro. Cuando vieron esto, les atenazó el miedo y cayeron al suelo como muertos. Jesús levantó del suelo a su madre y a los demás y dijo: 'No temáis pues soy Jesús; y no lloréis puesto que no estoy muerto sino vivo'. Todos los presentes permanecieron en silencio durante largo tiempo sin dar crédito a lo que veían puesto que todos creían que Jesús estaba muerto. Y entonces la Virgen dijo llorando: 'Dime hijo mío, ¿por qué razón Dios que te dio el poder de resucitar a los muertos ha permitido que mueras para vergüenza de tus parientes y amigos y de tu propia doctrina? Para todos los que te aman, esto ha sido como la muerte'.

Y Jesús abrazando a su madre contestó: 'Créeme madre puesto que en verdad te digo que no me he muerto en absoluto; Dios me ha protegido hasta que el fin del mundo esté cercano'. Y dicho esto pidió a los cuatro ángeles que aparecieran ante todos y dieran testimonio de lo ocurrido.

Y al pronto los ángeles se manifestaron como cuatro soles radiantes, y los presentes atemorizados de nuevo, cayeron al suelo desvanecidos.

Y entonces Jesús dio a los ángeles cuatro lienzos de lino para que se cubrieran y así poder ser vistos y oídos por su madre y sus compañeros. Y tras haber levantado del suelo a cada uno de ellos los tranquilizó diciendo, 'Estos son los ministros de Dios: Gabriel, el que anuncia los secretos de Dios; Miguel, el que lucha contra los enemigos de Dios; Rafael, el que recibe las almas de los que mueren; y Uriel, el que ha de llamar a todos al Juicio de Dios en el Último Día'.

Y entonces los cuatro ángeles relataron a la Virgen cómo Dios había enviado a por Jesús, y cómo había transformado a Judas para que sufriera el castigo para el cual había vendido a otro". (*El Evangelio de Bernabé*: 219-220).

Según Bernabé, Jesús se quedó durante tres días con su madre y sus discípulos más cercanos, para darles a ellos y a algunos otros discípulos la oportunidad de estar con él un poco más de tiempo:

“Y entonces Jesús nos ordenó llamar a sus discípulos más leales para que pudieran verlo. Santiago y Juan reunieron a los siete discípulos, a Nicodemo y José, y a muchos otros de los setenta y dos; y todos comieron con Jesús.

El tercer día dijo Jesús: ‘Id al Monte de los Olivos con mi madre, puesto que desde allí ascenderé a los cielos y podréis ver quién me vendrá a ayudar’.

Y todos fueron excepto veinticinco de los setenta y dos discípulos que habían huido a Damasco atemorizados. Y cuando estaban reunidos orando, a eso del mediodía apareció Jesús rodeado de una gran multitud de ángeles que alababan a Dios. Y el resplandor de su rostro les provocó un gran temor, y cayeron de rostro contra el suelo. Pero Jesús los levantó y tranquilizó diciendo: ‘No temáis, yo soy vuestro maestro’.

Y reprendió a los que habían creído en su muerte y posterior resurrección diciendo: ‘¿Acaso me tomáis a mí y a Dios por mentirosos? Dios me ha concedido vivir hasta que el fin del mundo esté cercano. Y en verdad os digo que no fui yo quien murió sino Judas el traidor. Pero tened cuidado porque Satán hará todo lo posible por engañaros; pero vosotros seréis testigos ante todo Israel y ante el mundo entero de todo lo que habéis visto y oído’.

Dichas estas palabras, Jesús pidió a Dios por la salvación de los creyentes y la conversión de los pecadores. Acabada la oración abrazó a su madre diciendo: ‘La paz sea contigo, madre mía, descansa en el Dios que nos ha creado a ti y a mí’. Y luego se volvió a sus discípulos y dijo: ‘Que la bendición y misericordia de Dios sean con vosotros’.

Y fue entonces cuando, ante los ojos de todos, los cuatro ángeles lo elevaron a los cielos.

Cuando Jesús partió, los discípulos se desperdigaron por las diferentes partes de Israel y del resto del mundo, y la verdad, tan odiada por Satán, fue perseguida por la falsedad como siempre lo ha sido. Algunos hombres perversos, haciéndose pasar por discípulos, dijeron que Jesús había

muerto pero no había resucitado. Otros dijeron que Jesús había muerto pero sí había resucitado. Y otros dijeron, y todavía lo dicen, que Jesús es el Hijo de Dios, y entre los engañados está Pablo. En cuanto a nosotros, como se ve en mis escritos, esto es lo que enseñamos a los que temen a Dios, para que así se salven en el Último Día del Juicio de Dios. Amen". (*El Evangelio de Bernabé*: 221-222).

Aunque —como ocurre con todos los Evangelios— es imposible verificar el contenido del *Evangelio de Bernabé* con absoluta certeza, al no existir un manuscrito anterior, original y auténtico, su narración de lo ocurrido tiene sentido y explica la confusión que rodea los acontecimientos sucedidos durante la detención y la crucifixión. Explica también por qué algunas narraciones, escritas por personas que no estaban presentes en estos sucesos, dan validez a la creencia de que Jesús fue realmente crucificado. Quizás lo más importante es que la versión de Bernabé no contradice lo contenido en el *Corán*, que es la única declaración sobre este asunto que puede considerarse como cierta en nuestros días.

Existen también varias fuentes históricas, aparte de la *Biblia* y el *Corán*, que confirman el hecho de que muchos de los primeros cristianos no creían que Jesús había muerto en la cruz. En lo que no parece haber total acuerdo es en la cuestión de si fue o no fue el traidor a Jesús el que acabó siendo finalmente crucificado. Por ejemplo, los corintios y luego los basilidianos —grupos pertenecientes a las primeras comunidades cristianas— negaban que Jesús hubiera sido crucificado, y creían que fue Simón de Cirenea quien ocupó su lugar. Cerinto, un contemporáneo de Pedro, Pablo y Juan, era de los que también negaban la resurrección de Jesús. Los carpocracianos, otra de las primeras sectas cristianas, creían que el crucificado no había sido Jesús, sino uno de sus seguidores que se parecía mucho a él. Plotino, que vivió en el siglo IV d.C., nos dice que hubo leído un libro titulado *Los Viajes de los Apóstoles* en el que se recogían los hechos de Pedro, Juan, Andrés, Tomás y Pablo. Entre otras cosas, este libro afirmaba que Jesús no fue crucificado sino que fue otro en su lugar, en consecuencia, se refa de los que afirmaban haber sido los autores de su muerte.¹⁷ Así pues, y a pesar de que está claro que Jesús no

fue crucificado, las fuentes antiguas difieren o no especifican quien ocupó su lugar; mientras que a otros, cerca de dos mil años después, les resulta difícil creer en algo:

“Cuando se piensa que la lista de ultrajes atribuidos a los soldados romanos repite casi *verbatim* algunos pasajes del *Antiguo Testamento* ... es cuando se empieza a sospechar que el episodio descrito no es más que una mera invención”.¹⁸

No se conoce ningún otro relato que describa lo ocurrido con Jesús después de la “crucifixión” con la excepción del *Evangelio de Bernabé* y el *Corán*. Como ya hemos visto, ambos describen el episodio conocido como la “Ascensión”, suceso que también está descrito en el *Evangelio de Lucas* y en los *Hechos de los Apóstoles* pero que como señala el Dr. Maurice Bucaille, ni siquiera es mencionado en los otros tres Evangelios canónicos:

“Los Evangelios de Mateo y Juan no hablan de la Ascensión de Jesús. El de Lucas la sitúa en el día de la Resurrección y cuarenta días después en los Hechos de los Apóstoles, de los que se afirma que Lucas es el autor. Marcos menciona el suceso (sin darle fecha) en un versículo que hoy se considera falso. En consecuencia, la Ascensión carece de base sólida en lo que a las Escrituras se refiere. Sin embargo, los comentaristas tratan esta importante cuestión con increíble ligereza”.¹⁹

Por último, y ya que Jesús aún no ha vuelto a este mundo como él mismo prometió y como predijo el Profeta Muhammad, que Allah bendiga y conceda paz a ambos, es evidente que la vida de Jesús en este mundo aún no ha concluido y en consecuencia la narración histórica de la misma debe permanecer inconclusa a pesar de que, como veremos en el capítulo 10, existen ya anuncios fidedignos de sucesos acaecidos en la vida de Jesús que tendrán lugar a su regreso.



Capítulo Tercero

Bernabé y los Primeros Cristianos

Bernabé, o *Bar Nabe*, que significa “hijo del consuelo” o “hijo de la exhortación”, era judío y había nacido en Chipre. Originalmente conocido como Joses o José, recibió su nuevo nombre a manos de los discípulos de Jesús, la paz sea con él y con ellos. A pesar de que es apenas mencionado en los cuatro Evangelios aceptados, es evidente, con base en otros textos del *Nuevo Testamento*, que Bernabé se convirtió en uno de los líderes de los discípulos después de la desaparición de Jesús. Fue él quien más se aferró a la doctrina más pura de Jesús y se opuso a todo innovador, especialmente a Pablo de Tarso. Lucas, autor de los *Hechos de los Apóstoles*, que era el médico personal de Pablo, transmitía en consecuencia su punto de vista. Esto explica que Lucas mencione a Bernabé sólo cuando lo necesita para ilustrar algún pasaje de la historia de Pablo.

Desgraciadamente, libros como *Los Viajes y Enseñanzas de los Apóstoles*, fueron destruidos por la Iglesia Paulina una vez que ésta adoptó la doctrina de la trinidad intentando con ello destruir toda narración que contradijera el nuevo dogma. Esta es la razón de la pérdida de mucho de lo que se sabía sobre Bernabé y los primeros cristianos. Esta política de los Trinitarios es la probable explicación de la extraña ausencia de referencias sobre Bernabé en los cuatro Evangelios canónicos; como también da razón del por qué, según dice Lucas, siendo Bernabé el más importante discípulo después de la desaparición de Jesús, deja de aparecer en las páginas de la historia cuando Pablo y él dejan de estar de acuerdo y se separan.

Bernabé estuvo con Jesús desde el comienzo de su misión. Su Evangelio muestra claramente la lealtad y el amor que sentía por Jesús. No sólo fue su constante compañero, sino que absorbió y retuvo de tal modo su enseñanza, que pronto se ganó la reputación, de sobra manifiesta en los *Hechos de los Apóstoles*, de persona que tenía la capacidad de transmitir lo que había aprendido de su maestro.

El nombre otorgado por el resto de los discípulos a Bernabé indica su poderío y elocuencia como orador, que fue una fuente de ánimo y consuelo. Bernabé era sincero y también generoso. Después de conocer a Jesús vendió todas sus posesiones y dio el dinero para que fuese utilizado por los seguidores de Jesús. El amor que Jesús y los discípulos sentían por él, queda de manifiesto por el número de nombres diferentes con los que se conocía a Bernabé.

Cuando los apóstoles decidieron elegir a un nuevo apóstol para reemplazar a Judas, de entre aquellos que habían estado siempre con Jesús, “desde el momento de su bautizo a manos de Juan”, seleccionaron a dos personas: “Presentaron a dos: a José, llamado Barsabás, cuyo sobrenombre era Justo, y a Matías”. (*Hechos 1: 22-23*). En el *Nuevo Testamento* no se menciona a ningún otro José que acompañara a Jesús durante su vida excepto el conocido popularmente como Bernabé. Así pues, aunque Clemente de Alejandría menciona siempre en sus escritos a Bernabé como un apóstol, existe sin embargo la posibilidad de que Barsabás —quien, como Goodspeed cuenta, bebió en una ocasión un veneno mortal sin sufrir daño alguno— fuese el mismo Bernabé.

Si éste fuera el caso, también se confirma que aunque Bernabé no fue uno de los primeros discípulos, si fue uno de los primeros setenta y dos; de ser este el caso, el hecho de que Bernabé fuese lo suficientemente apreciado como para completar el número de los doce primeros discípulos, está apoyado por la tradición que cuenta que cuando María, la madre de Jesús, estaba en su lecho de muerte y llamó a los apóstoles, Bernabé era uno de los que acudieron.

Lo más probable es, sin embargo, que Bernabé fuera uno de los primeros doce apóstoles, hecho que confirma él mismo en su Evangelio cuando describe lo que hizo Jesús una vez finalizado el periodo de cuarenta días de soledad en el desierto:

“Cuando Jesús volvió a la región de Jerusalén, la gente lo recibió con enorme alegría rogándole que se quedara a vivir con ellos; ya que sus palabras no eran como las de los escribas sino que tenían poder: llegaban al corazón.

Al ver Jesús el elevado número de personas que deseaban seguir el camino de Dios, subió a la montaña y permaneció la noche entera en oración. Al llegar el día, descendió de la montaña y escogió a doce, a los que llamó apóstoles,

entre los que se encontraba Judas, el que iba a morir en la cruz. Sus nombres eran: Andrés y Pedro su hermano, pescadores; Bernabé, el que esto escribe; Mateo, el funcionario público que recaudaba los impuestos; Juan y Santiago, hijos de Zebedeo; Tadeo y Judas; Bartolomé y Felipe; Santiago y Judas Iscariote, el traidor. A estos, Jesús siempre reveló sus secretos divinos. Y a Judas Iscariote, lo nombró administrador de las limosnas, pero éste sisaba la décima parte de todo lo recibido". (*El Evangelio de Bernabé*: 14)

Es interesante comprobar que aunque los nombres de los apóstoles listados por Bernabé no corresponden a los mencionados en los Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas, la misma observación puede hacerse con respecto a los tres grupos de nombres que aparecen en *Mateo* 10: 2-4, *Marcos* 3: 14-19 y *Lucas*, 6: 13-16 respectivamente. Lucas no menciona a Tadeo, mientras que Bernabé, Mateo y Marcos sí lo hacen. Tanto Mateo como Marcos no mencionan al otro Judas, el hijo de Santiago, pero Bernabé y Lucas sí lo mencionan. Mateo, Marcos y Lucas mencionan a Tomás y a Simón el Zelote, pero Bernabé no. Mateo, Marcos y Lucas no hablan de Bernabé, pero éste sí lo hace. El Evangelio de Juan en su forma actual no da una lista completa de los doce apóstoles. Como suele ocurrir cada vez que uno se enfrenta a una serie de faltas o contradicciones, depende del lector decidir cuál de estos Evangelios en su forma presente es el menos alterado y el más inspirado por la Divinidad y, en consecuencia, ¡el más preciso y digno de confianza!

Como ya hemos visto, es más que probable que Jesús creciera en medio de la comunidad Esenia; hay una tradición que afirma que Bernabé era discípulo de Gamaliel, el maestro del judaísmo ortodoxo más prestigioso de la época. En ese caso, el encuentro entre Jesús y Bernabé significaría la fusión de lo mejor de las enseñanzas gnósticas de los Esenios y lo mejor del judaísmo ortodoxo del Templo de Jerusalén. Es indudable que esto contribuyó a la mutua y armónica comprensión entre Jesús y Bernabé. Y dado que este último era un Levita, era muy posible que también tuviera bajo su mando a una división de Zelotes.

A pesar de saberse tan poco sobre Bernabé, las últimas investigaciones históricas están descubriendo poco a poco la relevancia

de su figura mientras Jesús estuvo en la Tierra. Actualmente existe un acuerdo general entre los historiadores de que la Última Cena tuvo lugar en la casa de la hermana de Bernabé, a pesar de que como ya hemos visto, el propio Bernabé afirma que sucedió en la casa de Nicodemo, junto al arroyo llamado Cedrón, situada a las afueras de Jerusalén. Sin embargo, Albert Schweitzer, que pudo no haber tenido acceso al *Evangelio de Bernabé*, escribe en su libro *El Reino de Dios y las Creencias Cristianas Originales*:

“Basándose en los *Hechos de los Apóstoles*, puede deducirse que los discípulos y creyentes de entre los Galileos se reunieron en la casa de la madre de Juan Marcos, discípulo que luego acompañaría a Bernabé y Pablo en su primer viaje misionero (*Hechos 12: 25*) ... El lugar de reunión de los creyentes fue la ‘habitación de arriba’, esto es, la habitación situada justo debajo del terrado plano de la casa (*Hechos 1: 12-14*). Tenía que ser una habitación lo suficientemente grande como para albergar a todo el grupo. Esta era la habitación donde los creyentes, ‘al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar’ (*Hechos 2: 1*). ¿Cómo llegó a ser identificada esta estancia como el lugar donde Jesús celebró la Última Cena con sus discípulos?”

Cuando Jesús envió a dos de sus discípulos desde Betania a Jerusalén con instrucciones de llevar a cabo los preparativos para la cena de la Pascua, les dijo que siguiesen a un hombre al que encontrarían llevando un odre con agua. Éste les conduciría a una casa en la que había una sala en la planta superior cubierta de alfombras; allí es donde iba a tener lugar la cena. Esta importante información se la debemos al Evangelio de Marcos (*Marcos 14: 13-15*), que a su vez se basa en una tradición proveniente de Juan Marcos. Mateo, por su parte, sólo cuenta que Jesús envió a los dos discípulos con instrucciones de pasar la siguiente información a alguien de la ciudad, ‘El Maestro dijo: «Mi tiempo está cerca; en tu casa voy a celebrar la Pascua con mis discípulos»’. (*Mateo 26: 18*). Theodore Zahn fue uno de los primeros en adelantar la idea de que la casa en la que tuvo lugar la Última Cena de Jesús con sus discípulos, era

idéntica a la de la madre de Juan Marcos, lugar tradicional de reunión de los discípulos con los creyentes de Galilea.¹

A pesar de que Schweitzer afirma que la casa era de la madre de Juan Marcos, lo que no menciona es que la madre de Marcos era hermana de Bernabé. Como para aquel entonces Bernabé había vendido todas sus posesiones, es más que probable que durante su estancia en Jerusalén se alojara en casa de su hermana, sobre todo si tenía una sala lo suficientemente grande como para dar cabida a las reuniones de los discípulos. Es probable que al no estar nada de esto mencionado en el *Nuevo Testamento*, fuera el deseo por parte de los discípulos de mantener en secreto su lugar de reunión en una época en la que se veían perseguidos por causa de sus creencias.

Si la hipótesis de Albert Schweitzer es correcta, cabe preguntarse por qué no se menciona a Bernabé en ninguno de los cuatro Evangelios canónicos habiendo sido él el anfitrión de todas las reuniones de los discípulos en la casa de su hermana. También puede ser que fuera mencionado, y que esta mención fuera posteriormente eliminada; o que no estuviera presente. Es posible que no asistiera por que se encontraba en prisión. Está registrado que un grupo liderado por un hombre llamado Barrabás, había atacado a un grupo de judíos pro-romanos en una disputa que tuvo lugar poco antes de la fiesta de la Pascua. El líder de los judíos cayó en la refriega y Barrabás fue capturado y encarcelado. Heinrich Holtzman, historiador que ha examinado este episodio con todo detalle, afirma que entre los detenidos estaba “el famoso Barrabás que ciertamente era un patriota y una especie de ‘profeta’ político que fue juzgado casi al mismo tiempo que Jesús”.²

Al ser Bernabé un Levita y uno de los principales discípulos de Jesús, es muy posible que fuera jefe de una de las divisiones de Zelotes. Estas cuatro divisiones, como sabemos gracias a los *Rollos del Mar Muerto*, eran parte integral de la comunidad Esenia y habían jurado liberar su territorio de los invasores extranjeros y de todos aquellos que les prestaran ayuda. En esa época, los únicos capaces de llevar a cabo un ataque organizado contra los judíos pro-romanos eran los Zelotes, con lo que es muy posible que Barrabás y Bernabé fueran la misma persona. También es posible que junto a otras modificaciones bajo el dominio de la Iglesia Paulina, se eliminara, o al menos se alte-

rara, el nombre de Bernabé cuando aparecía mencionado en conexión con un suceso que no formaba parte de la historia de Pablo. No podían practicar este procedimiento cada vez que Bernabé era mencionado en los libros del *Nuevo Testamento*, y sin embargo, tal y como indican los *Hechos de los Apóstoles*, sin la ayuda prestada a Pablo por Bernabé en los primeros días de la Iglesia, es posible que Pablo no hubiera ocupado ningún lugar en la historia del Cristianismo.



Tenemos escasa información acerca de lo que ocurrió con los discípulos más cercanos a Jesús tras su desaparición. Parece que muchos se dispersaron después de la supuesta crucifixión. Pasado algún tiempo comenzaron a reagruparse de nuevo en Jerusalén. No se sabe exactamente cuántos de los doce apóstoles y los setenta y dos discípulos regresaron. No obstante, lo cierto es que quienes lo hicieron eran hombres llenos de fe, sinceridad, valentía y un gran amor por Jesús.

La preeminencia de Bernabé como persona que había estado cercana a Jesús, lo convertía en un miembro destacado de este pequeño grupo de discípulos, quienes continuaron viviendo y practicando como Jesús les había enseñado, a la vez que observaban la Ley de los Profetas que Jesús había venido “no a abolir sino a dar cumplimiento”. (*Mateo 5: 17*) Para este grupo, pensar que las enseñanzas de Jesús eran una nueva religión era algo inconcebible. Eran judíos practicantes y sinceros, y lo único que los diferenciaba de sus vecinos era su fe en el mensaje de Jesús. En estos primeros tiempos, los discípulos no se organizaron como un grupo separado de los demás ni tuvieron una sinagoga propia. En el mensaje de Jesús, tal y como ellos lo entendían, no había nada que exigiera una ruptura con lo que era claramente la afirmación continuadora y revivificadora de la guía enseñada por Moisés.

El conflicto entre algunos de los judíos y los auténticos seguidores de Jesús, conflicto que ya había surgido en la época en la que Jesús, la paz sea con él, transmitía su mensaje, lo iniciaron los judíos que habían alterado y adaptado el mensaje de Moisés conforme a sus propios intereses; eran gentes que temían, no sin razón, que el apoyo a Jesús y a sus seguidores les haría perder la riqueza, el poder y la posición que disfrutaban. El pacto que los magnates judíos habían

hecho con los romanos, para salvaguardar los intereses personales y privilegios que habían disfrutado durante siglos, exigía ahora un mayor distanciamiento de la guía mosaica que habían recibido en un principio.

Tras la desaparición de Jesús, este grupo de magnates judíos continuó apoyando a los romanos en la persecución de aquellos cuyas acciones y palabras amenazaban desvelar sus intrigas. Esto propiciaba que un seguidor no judío de Jesús aceptara su guía mientras que había judíos que la rechazaban. No debió ser una época fácil para los primeros seguidores de Jesús. Por un lado, se veían perseguidos por los romanos que los consideraban una amenaza ante su poder político; y por otro, los judíos que temían que su “autoridad religiosa” les fuera arrebatada los perseguían.

En los años que siguieron comenzó a aumentar el distanciamiento entre los judíos que se negaban a reconocer a Jesús y los que lo seguían. Durante el asedio a Jerusalén del año 70 d.C. —asedio que culminó con la destrucción total del Templo de Salomón a manos de los romanos— los seguidores de Jesús abandonaron la ciudad; y más tarde cuando se produjo la rebelión de *Bar Koch'eba* en el año 132 d.C., se negaron a luchar en el bando judío. Estas dos grandes confrontaciones ocurridas entre romanos y judíos demuestran la principal diferencia entre los judíos y los verdaderos seguidores de Jesús. Los primeros buscaban el poder político; los segundos querían vivir de una manera que complaciera a su Señor. Aunque ciertamente hubo judíos que luchaban para poder cumplir con su religión, libres de invasores extranjeros, hubo también seguidores de Jesús que tuvieron que apartarse del resto de los judíos a fin de evitar la persecución dirigida específicamente contra los judíos en general.

Las cuestiones sobre el origen de Jesús, su naturaleza y su relación con Dios, que posteriormente serían causa de grandes controversias, no se daban entre los primeros seguidores de Jesús. Se aceptaba sin discusión alguna que Jesús era un hombre y un Profeta y que había sido favorecido sobremanera por Dios. No había nada en las palabras o hechos de la vida de Jesús en la Tierra que les obligara a abandonar esta convicción. Según Arístides, uno de los primeros apologistas, la creencia y la forma de adoración de los primeros cristianos era más pura en su monoteísmo que la de los judíos.

En este círculo de sinceros seguidores de Jesús es donde entró Pablo de Tarso. Él no había conocido jamás a Jesús ni tampoco se había relacionado con ninguno de los discípulos más cercanos. Gozaba de la reputación de ser uno de los enemigos más encarnizados de los seguidores de Jesús. Presidió la lapidación de Esteban que era un “hombre lleno de fe y del Espíritu Santo” (*Hechos* 6: 5), que formaba parte del creciente grupo de personas que se habían unido a los seguidores de Jesús tras su desaparición. Cuando el maestro de Pablo, el conocido Gamaliel, trató de proteger a Esteban, fue también condenado a ser lapidado sin que Pablo intercediera por él.

Consta también que Pablo, entonces llamado Saulo, fue el responsable en aquellos tiempos de “una gran persecución en contra de la Iglesia” que causó “estragos en la Iglesia, entrando a las casas y llevándose a la fuerza a hombres y mujeres y encarcelándolos”. (*Hechos* 8: 1-3) El mismo Pablo lo admitía:

“Pues ya estáis enterados de mi conducta anterior en el judaísmo, cuán encarnizadamente perseguía a la Iglesia de Dios y la devastaba, y cómo sobrepasaba en el judaísmo a muchos de mis compatriotas contemporáneos, superándoles en el celo por las tradiciones de mis padres”. (*Gálatas* 1: 13-15).

Y también se relata en los *Hechos* 9. 1:

“Entretanto Saulo, aún respirando amenazas y la masacre en contra de los discípulos del Señor, se presentó al Sumo Sacerdote y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, por si encontraba seguidores del Camino, hombres o mujeres, los pudiera llevar atados a Jerusalén”.

Fue precisamente en este viaje a Damasco donde se dice que Pablo se encontró con Jesús en una visión, y que consecuentemente, se convirtió en uno de sus seguidores.

Poco antes de estos acontecimientos, está registrado que Pablo pretendió a una mujer llamada Popea, la atractiva pero ambiciosa hija del Sumo Sacerdote de los judíos. Esta mujer estaba dotada de una belleza seductora y una mente dada a las intrigas. A pesar de sentirse atraída por Pablo, rechazó sus propuestas de matrimonio y se fue a Roma para trabajar como actriz. Una vez que debutó en el escenario,

fue subiendo paso a paso hasta alcanzar el lecho de Nerón. Finalmente se casó con él y llegó a ser la Emperatriz del Imperio Romano. Así que no es de extrañar que Pablo tuviera buenas razones para estar resentido tanto contra los judíos como contra los romanos. La conversión de Pablo coincidió con el rechazo de Popea. Pablo debió haber estado bajo una gran presión mental y emocional. Es muy posible que esta crisis en su vida tuviese alguna influencia en el cambio súbito que le hizo pasar de ser uno de los más grandes defensores de la Ley judía, a ser uno de sus mayores enemigos.

Después de su conversión, Pablo se quedó con los discípulos que vivían en Damasco y “en seguida predicó a Jesús en las sinagogas, diciendo que era el hijo de Dios”. (*Hechos* 9: 20). Como resultado, comenzó a probar en sí mismo la persecución en la que tan recientemente había estado involucrado. Es muy probable que el motivo de la ira de los judíos fuera el haber descrito a Jesús con el término “hijo de Dios”. La idea de que Dios tenía un hijo era aborrecible para los judíos ya que creían firmemente en la Unidad de Dios.

Pablo abandonó Damasco, y entonces, en vez de buscar la compañía de los otros seguidores de Jesús, se fue al desierto de Arabia donde permaneció oculto durante tres años. Bien pudiera ser éste el lugar donde dio forma a su propia versión de lo que Jesús había enseñado. Esta versión, aparte de implicar un rechazo explícito de la Ley de Moisés, significaba obviar el hecho de que Jesús, a lo largo de toda su vida, se había comportado como un sincero practicante de la Ley de Moisés, procurando siempre defender las enseñanzas que Moisés había traído antes de él.

Fue precisamente después de este largo periodo de retiro cuando Pablo se presentó ante los discípulos de Jerusalén. La inesperada llegada de Pablo provocó más recelo que sorpresa. El recuerdo de sus persecuciones contra los seguidores de Jesús aún estaba fresco en sus mentes. ¿Podía un leopardo cambiar sus manchas? Es natural que los discípulos no tuvieran motivo alguno para aceptarle en su círculo. Pablo no sólo les había perseguido, sino que ahora pretendía saber lo que Jesús había enseñado, a pesar de no haberlo visto jamás y de haber compartido, muy poco, o más bien ningún tiempo, con aquellos que sí habían estado con Jesús. En lugar de intentar aprender de los que habían estado tan cerca y tan conectados con Jesús durante su estancia en la Tierra, Pablo quería enseñarles. En su carta a los Gálatas trata

de justificar esta actitud:

“Porque os hago saber, hermanos, que el Evangelio anunciado por mí, no es de orden humano, pues yo no lo recibí ni aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo”. (*Gálatas 1: 11-12*)

Así es como Pablo proclamaba tener un acceso a Jesús que le había sido negado incluso a sus más cercanos seguidores durante su estancia en la Tierra. La enseñanza que Pablo pretendía haber recibido, no se correspondía con lo que los apóstoles habían oído de los labios de Jesús. Es comprensible por lo tanto, que sospecharan de su conversión y consideraran sus “revelaciones” poco dignas de crédito. Incluso es probable que muchos sospecharan que Pablo fuese un espía haciéndose pasar por un seguidor de Jesús.³ La disputa sobre si Pablo debía o no ser aceptado fue sin duda un tema amargo y su trascendencia debió parecerles un juicio que sentaba precedente.

No obstante, Bernabé, que según la tradición había sido compañero de estudios de Pablo bajo la dirección de Gamaliel, intervino en la discusión y se manifestó a su favor. Y a pesar de la casi unánime oposición, logró que Pablo fuera aceptado por los seguidores de Jesús. Esto indica no solo el grado de influencia que tenía Bernabé sobre los apóstoles, sino también el grado de proximidad que debió alcanzar con Jesús durante la permanencia de éste en la Tierra.

Es probable que Pablo se diera cuenta de que había sido aceptado por la autoridad ejercida por Bernabé y no por sus propios méritos. Este resultado le tenía sin duda insatisfecho. Ésta pudo haber sido una de las muchas razones que decidieron su regreso a Tarso, su ciudad natal, aunque también está registrado que se fue porque su vida estaba en peligro.



La persecución de los seguidores de Jesús, instigada no sólo por los romanos sino también por los judíos, obligó a muchos de ellos a dispersarse a largo de la Tierra Santa. Después del martirio de Esteban, algunos apóstoles se encaminaron hacia Antioquía, donde esperaban escapar de las posibles persecuciones dirigidas por Pablo y sus seguidores. Ciudad fundada por Seleuco Necator, Antioquía había crecido hasta convertirse en la tercera ciudad más grande del

Imperio Romano después de Roma y Alejandría. Antigua capital del reino griego, se había convertido en un importante centro de comercio. Con la acumulación de tanta riqueza, sus habitantes llevaban una vida de lujo y decadencia, de forma que Antioquía tenía la reputación de ser una ciudad de vida fácil y licenciosa.

A esta ciudad llegó este pequeño grupo de extranjeros harapientos que practicaban una vida sencilla y honesta impregnada del temor a Dios. Aquellos que estaban hartos de vivir una vida licenciosa comenzaron a unírseles, pero la mayoría los veían con desprecio ridiculizándoles con el mote de “cristianos”. Puede que unos pocos lo entendieran como un término de respeto, pero para la gran mayoría era un sinónimo de odio y de vituperio.

Hasta ese entonces, los seguidores de Jesús fueron conocidos como Nazarenos. En hebreo la raíz de esta palabra significa “mantener” o “guardar”. El adjetivo indicaba pues el papel que jugaban los discípulos como mantenedores o guardianes de la guía traída por Jesús. Libanio cuenta que los judíos de Antioquía solían pronunciar tres veces al día la siguiente imprecación: “Que la maldición de Dios caiga sobre los Nazarenos”. Porfirio, otro historiador siempre contrario a los Nazarenos, describe su forma de vida como “una religión bárbara, nueva y extraña”. Celso narra que según Jerónimo, a los cristianos se les llamaba “griegos impostores y mentirosos” debido a que utilizaban las mismas túnicas que vestían los sacerdotes griegos.

A pesar de la oposición, la gente continuaba visitando a estos raros forasteros mientras su número aumentaba. Animados por la respuesta de la gente, los discípulos de Antioquía enviaron un mensaje a Jerusalén pidiendo a los apóstoles que enviaran a un hombre que ayudara a propagar la verdad y las enseñanzas de Jesús entre los paganos que los rodeaban. Los discípulos eligieron a Bernabé como la persona más idónea para esa tarea. Bernabé se convirtió así en el primer misionero de la historia cristiana. Al llegar a la ciudad se encontró con un éxito inesperado. Debido a sus esfuerzos, “Una considerable multitud se agregó al Señor” (*Hechos*: 11-24), porque “era un hombre bueno, lleno del Espíritu Santo y de fe”.

Pasado un año, Bernabé decidió que había llegado el momento de extender su actividad más allá de los confines de Antioquía. Estaba seguro de que Pablo sería una buena ayuda y con esta idea en mente fue a Tarso y trajo a Pablo con él. ⁴ Así fue como Pablo vino a en-

contrarse otra vez cara a cara con algunos de los que habían sufrido la persecución instigada por él mismo, enfrentándose de nuevo a la hostilidad y la oposición que ello causaba.

Una vez más se puede constatar la importancia y el respeto que gozaba Bernabé, puesto que logró su propósito y Pablo fue admitido en la comunidad. Es posible que Bernabé sólo quisiera fijarse en lo mejor de su antiguo compañero de estudios, confiando en que la pasión y el entusiasmo de Pablo, que lo habían convertido en un perseguidor despiadado, pudieran ser re-canalizados, harían de él uno de los mejores y más destacados seguidores de Jesús.

No todos los apóstoles compartían esta visión de las cosas y Pedro puso de manifiesto su oposición a Pablo. Además de la hostilidad que despertaban las acciones pasadas de Pablo, se daban también diferencias de opinión sobre otras dos cuestiones en concreto. No había acuerdo sobre quién debería ser el destinatario de las enseñanzas de Jesús ni sobre lo que se debía enseñar. Pedro afirmaba que Jesús había venido a revivificar la guía dada a los judíos, y que en consecuencia, sus enseñanzas deberían ser transmitidas a los judíos solamente. Por otra parte, Pablo sostenía que la verdad debía ser comunicada a todo el mundo, judíos o gentiles, pero al mismo tiempo afirmaba que Jesús, tras su desaparición, le había dado instrucciones especiales. Pablo defendía la introducción de cualquier ajuste necesario para adaptar las enseñanzas a las exigencias de los tiempos y a cada situación determinada.

Bernabé mantenía una posición intermedia. Decía que sólo debían enseñar lo que Jesús había enseñado, pero también opinaba que la guía debía llevarse a todo aquél que pudiera beneficiarse y ser receptivo a ella, fuera judío o no.

Tanto Pedro como Bernabé consideraban la guía recibida como una continuación y extensión del judaísmo. Pero no aceptaban la enseñanza de Pablo en lo que contradecía lo que ellos habían oído de Jesús. Ambos pensaban que la nueva doctrina de Pablo era una creación personal. En su libro *Pablo y sus Intérpretes* Albert Schweitzer dice que "Pablo jamás recurría a los dichos e instrucciones del Maestro".⁵

Es probable que Bernabé confiara en que las dos posturas extremas acabarían moderándose y que sobre todo Pablo, al frecuentar la compañía de los seguidores de Jesús, llegaría a abandonar sus propias ideas para luego asimilar el conocimiento de los discípulos y llegar

así a una comprensión correcta de lo que Jesús había enseñado. Es evidente la importancia del apoyo que Bernabé prestaba a Pablo, puesto que Bernabé lo defendía y lo protegía de la oposición unánime de los apóstoles. Quizás ésta sea la razón de que esta parte de la vida de Bernabé esté registrada con sumo detalle en los *Hechos de los Apóstoles*. La relación entre Bernabé y Pablo, llamado aquí Saulo, se describe en *Hechos* 13: 1-2:

“Había en la iglesia fundada en Antioquía profetas y maestros: Bernabé, Simeón llamado Níger, Lucio el cirenense, Manahén, hermano de leche del tetrarca Herodes, y Saulo. Mientras estaban celebrando el culto del Señor y ayunando, dijo el Espíritu Santo: ‘Separadme ya a Bernabé y a Saulo para la obra a la que los he llamado’”.

En la lista de estos seguidores, Lucas menciona a Bernabé primero y a Pablo al último. Al haber sido seleccionados para trabajar juntos, partieron hacia Grecia, acompañados por Juan Marcos, sobrino de Bernabé, para difundir la enseñanza de Jesús en esas tierras. Santiago, que era pariente de Jesús por parte de madre, se quedó atrás en Jerusalén a la cabeza de los seguidores de Jesús. Pedro también se quedó con él.

Los Hechos de los Apóstoles dejan constancia de que, a pesar de que les arrojaron piedras en algunos lugares, los tres misioneros citados tuvieron éxito. Su reputación de hombres portadores de la Verdad se propagó por doquier. Cuando llegaron a Licaonia y curaron a un impedido en Listra, se extendió el rumor de que:

“Los dioses han bajado hasta nosotros en figura de hombres. A Bernabé le llamaban Zeus y a Pablo, Hermes, porque era quien dirigía la palabra. El sacerdote del templo de Zeus que hay a la entrada de la ciudad, trajo toros y guirnalda delante de las puertas y junto con la gente se disponía a sacrificar. Al oírlo, los apóstoles Bernabé y Pablo rasgaron sus vestidos y se lanzaron en medio de la gente gritando: ‘Amigos, ¿por qué hacéis esto? Nosotros somos también hombres, de igual condición que vosotros, que os predicamos que abandonéis estas cosas vanas y os volváis al Dios vivo que hizo el cielo, la tierra, el mar y cuanto en ellos hay’”. (*Hechos* 14: 11-15)

Si tomamos como típica esta reacción de los habitantes de Grecia, nos serviría de indicación sobre algunas de las dificultades prácticas a las que se enfrentaron Bernabé y Pablo. Un judío verdadero habría reconocido inmediatamente en la enseñanza de Jesús la confirmación de lo que Moisés había enseñado. Pero para muchos de los paganos debió haber sido algo nuevo y extraño, y quizás un poco complicado.

La mayoría de los paganos de Europa creían todavía en una pléyade de dioses, que según suponían, vivían entremezclados con los seres humanos en absoluta libertad, se apareaban con ellos y actuaban en todas las esferas de la vida humana. Para la gente de Grecia, cualquier descripción de Jesús debía sonarles igual que la descripción de cualquiera de sus dioses, y es probable que bajo este punto de vista, estuvieran dispuestos a aceptar a Jesús. Siempre había sitio para un dios más. Sin embargo, la enseñanza de Jesús, al afirmar la Unidad Divina, negaba todos los demás dioses. Esto podría no haber sido del agrado de muchos idólatras.

Además, el código de comportamiento que formaba parte integral de la enseñanza de Jesús exigía un cambio profundo e inmediato en la forma de vida de quien decidiera seguir su enseñanza, a no ser por supuesto, que dicha persona fuera ya un judío practicante, y esos paganos evidentemente no lo eran. Los judíos, a los que se les consideraba un pueblo de prestamistas, no eran del agrado de los que no eran judíos. En su libro *Los Nazarenos*, Toland dice que:

“El odio hacia los judíos estaba tan arraigado entre los gentiles que la observancia de cualquier norma de su ley, por razonable o necesaria que ésta fuera, era motivo suficiente para que fuera rechazada por el gentil converso”.⁶

Para alguien no tan sincero y perseverante como Bernabé, la tarea de establecer en Grecia la forma de vida enseñada por Jesús, sin aceptar ningún tipo de compromisos, podría sin duda parecer una empresa casi imposible. Para Pablo, que ya había mostrado la tendencia a cambiar lo poco que sabía de esta enseñanza, es probable que ahora le pareciera absolutamente necesario hacer los ajustes pertinentes para que la doctrina de Jesús fuera digerible por el común de las gentes. En esa época, Grecia formaba parte del Imperio Romano. Los dioses romanos se parecían bastante a los dioses griegos y la creencia en ellos sólo servía para alimentar las mismas falsedades que contenía

la creencia en los dioses griegos. Pablo había vivido durante cierto tiempo en Roma y era además ciudadano romano. Es posible que su forma de pensar estuviera influenciada por el contacto con el modo de vida romano. Pablo era consciente de la enorme influencia que ejercían las creencias Greco-Romanas sobre el común de las gentes. Parece evidente que Pablo no veía posible cambiar su modo de vivir sin hacer al mismo tiempo algunos cambios en la doctrina. Bernabé, por el contrario y tal como se narra de Jesús en *Mateo 5: 17-18*, sabía que su Creador no quería que Su Ley fuera disminuida o alterada “ni una tilde ni un ápice”. En consecuencia, Bernabé se mantenía firmemente aferrado a la guía que había recibido.

En esta etapa de la propagación del Cristianismo, el motivo principal de controversia no era de naturaleza metafísica. Los sutiles argumentos y las finas distinciones de los intelectuales fue algo que vino después. Los temas que eran causa de las disputas entre Bernabé y Pablo estaban básicamente relacionados con la forma de vida y la existencia cotidiana. Pablo quería evitar la introducción de cambios demasiado profundos en las costumbres que los griegos tenían totalmente establecidas antes de la llegada a Grecia de ambos predicadores. Pablo quería dejar a un lado las prescripciones mosaicas referidas a la carne que se podía comer y la forma de sacrificar al animal. Estaba también dispuesto a renunciar, donde fuera necesario, al mandato establecido por Abraham acerca de la circuncisión obligatoria de los varones. Frente a las dificultades de orden práctico que surgían a la hora de acatar y hacer efectivos estos aspectos de la enseñanza de Jesús, es más que probable que las diferencias entre Bernabé y Pablo se acrecentaran en vez de atenuarse.

Sin embargo, en esta etapa, las diferencias entre ambos no debían ser muy marcadas. Tanto Bernabé como Pablo se enfrentaban al reto que suponía establecer la forma de vida de Jesús. La enseñanza de la afirmación de la Unidad Divina era parte esencial de la misma, pero antes era necesario establecer un patrón de comportamiento que difería en gran manera de aquél al que los paganos estaban acostumbrados. Evidentemente, el nuevo modo de vivir sólo se podía aprender y asimilar de forma gradual y dentro del marco de la vida cotidiana. Ninguna comunidad pagana podía aceptar de la noche a la mañana la forma de vida encarnada por Jesús.

Por lo que nos ha llegado a través de las escrituras, parece que Bernabé y Pablo nunca se detuvieron mucho tiempo en un mismo lugar. En cualquier caso sería imposible transmitir la totalidad de la enseñanza de Jesús en tan corto espacio de tiempo. Al parecer, enseñaron primero las partes que parecían más importantes con la intención de regresar más tarde para completar lo enseñado. Parece que Bernabé quería transmitir la enseñanza completa, Pablo estaba dispuesto a obviar muchos de sus contenidos, ya que según la nueva doctrina tal como él la concebía, estos ya no eran necesarios. Así pues, cuando volvieron a Jerusalén es posible que expusieran sus acciones basándose en motivos diferentes. A pesar de describir por igual los milagros que habían hecho juntos, las diferencias entre los dos seguían existiendo y finalmente partieron por caminos distintos.

Según se dice, la ruptura definitiva se dio cuando Bernabé propuso a su sobrino Juan Marcos como compañero en futuras misiones y Pablo lo rechazó. En los *Hechos* 15: 39-40 se dice que “se produjo entonces una tirantez tal que acabaron por separarse el uno del otro: Bernabé tomó consigo a Marcos y se embarcó rumbo a Chipre”, lugar de nacimiento de Bernabé.

El hecho de que Marcos acompañara a Bernabé indica claramente que sus creencias estaban en consonancia con las de su tío. Puede que ésta fuera precisamente la razón por la que Pablo no quería su compañía. Después de este episodio, el *Nuevo Testamento* apenas menciona a Bernabé.

Es interesante tener en cuenta que Bernabé —que tal como está registrado en los *Hechos*, fue escogido por el Espíritu Santo— fuera rechazado por Pablo. Quizás Pablo sintiera que ya no lo necesitaba. En sus primeros días de cristiano nadie podía confiar en él puesto que sabían que no había estado con Jesús. Pero ahora que se había convertido en una figura establecida y prominente dentro de la comunidad, ya no era este el caso. La reputación de Pablo era tal, que quizás llegó a pensar que podía predicar su doctrina sin temor a ser rechazado y sin tener a su lado a un Bernabé siempre dispuesto a corregirle cada vez que se desviaba de lo que Jesús había enseñado.

Además, Pablo era ciudadano romano y es probable que hubiese aprendido la lengua romana. Se sabe que hablaba griego, puesto que era la lengua oficial del área donde había nacido. Las epístolas que escribió más tarde a las comunidades cristianas de Grecia fueron

probablemente escritas en su lengua nativa. Todo ello significa que con estas dos lenguas Pablo podía viajar por Grecia, y es posible que también por Italia, sin tener dificultades para hacerse entender.

Bernabé, sin embargo, al no hablar estas dos lenguas necesitaba a Juan Marcos que hablaba griego y que ya le había acompañado en el primer viaje misionero a Grecia actuando como intérprete. Si Bernabé hubiera ido sólo, no habría podido hacerse entender. Así pues, el rechazo de Pablo a viajar con Juan Marcos pudo haber sido una forma encubierta de asegurar la negativa de Bernabé a acompañarlo en otros viajes. En su libro *Historia del Cristianismo en la Época Apostólica*, MacGiffert comenta la separación y dice:

“Que Bernabé ... cuyo derecho a trabajar entre los gentiles había sido reconocido en Jerusalén ... se retirara llegando a separarse de ellos, es ciertamente extraño. Bernabé no estaba satisfecho con la doctrina de Pablo que afirmaba que el cristiano estaba totalmente libre de cualquier tipo de leyes ... La separación de Pablo y Bernabé es presentada por el autor de los Hechos como el resultado de una desavenencia relacionada con el joven Marcos, pero el motivo real era más profundo ... El hombre más cercano a Pablo y el más íntimamente relacionado con él durante los primeros años de su iniciación en el Cristianismo, fue Bernabé, que era miembro de la Iglesia de Jerusalén desde su fundación ... Su amistad tuvo gran importancia para Pablo y sin duda contribuyó en gran medida a establecer su reputación e influencia ante los cristianos. Bernabé salió siempre en defensa de Pablo, cuando en los primeros días de su aparición, el recuerdo de sus actividades persecutorias estaba todavía fresco en la memoria de la Iglesia”.⁷

El cambio de actitud de Bernabé con respecto a Pablo tuvo que surgir de sus experiencias al viajar juntos. Cualquier esperanza de cambio en Pablo y en sus opiniones para convertirse en un verdadero seguidor de Jesús, parece que se esfumaron con algo ocurrido en ese primer viaje. También pudiera ser que Bernabé se diera cuenta de la imposibilidad de transmitir a los gentiles una guía concebida sólo para los judíos y al ver el resultado negativo de sus acciones decidiera abandonar el intento.

Es posible que, en teoría, la propagación del mensaje de Jesús entre los gentiles pareciera una proposición viable. Pero una vez intentada, la experiencia demostró ser imposible. Hay que tener en cuenta que la experiencia de Antioquía tuvo éxito porque en esta ciudad eran los gentiles quienes venían a ver a los seguidores de Jesús para ser aceptados como cristianos; por el contrario, cuando Bernabé, Pablo y Marcos fueron a Grecia, eran ellos los que tenían que pedir a los gentiles que se hicieran cristianos.

No queda constancia de lo ocurrido con Bernabé a su regreso de Chipre, pero como se sabe por tantos otros que se han aferrado a las enseñanzas de un nuevo profeta, Bernabé murió como mártir. A pesar del hecho de que Bernabé aparezca sólo de soslayo en muchas páginas de la *Biblia*, es evidente que jugó un papel fundamental en la historia del Cristianismo, y esto no puede ser olvidado. Desde los primeros días de la Iglesia, estuvo siempre dispuesto a confirmar y enseñar lo que había aprendido de Jesús, en una época en la que incluso algunos de los más cercanos a Jesús tenían admitir su relación con él. La lealtad de Bernabé hacia Jesús es un hecho aceptado tanto por amigos como enemigos. Y como ya hemos visto, es muy probable que fuera en casa de la hermana de Bernabé donde Jesús celebró su Última Cena e incluso que siguiera siendo esta casa el lugar de reunión de los seguidores de Jesús tras su desaparición. Además, la influencia de Bernabé sobre los apóstoles y otros seguidores de Jesús, es un hecho establecido en la misma *Biblia*, donde se le llama profeta, maestro y donde incluso el mismo Lucas le llama apóstol, a pesar de la lealtad incuestionable de Lucas hacia Pablo. Pero sobre todo, Bernabé ha quedado en el recuerdo como un hombre que no estaba en absoluto dispuesto a cambiar en lo más mínimo el mensaje de Jesús.



Tras la partida de Bernabé hacia Chipre, Pablo continuó con el trabajo que éste había iniciado. A pesar de haber estado con muchos de los primeros cristianos el tiempo suficiente para ser aceptado como uno de ellos, todavía era consciente de la debilidad de su posición. Puede que ahora lo llamaran apóstol de Jesús, pero eso no cambiaba el hecho de que durante su vida no lo había conocido. A pesar de declarar que había tenido acceso a Jesús mediante la revelación, todavía necesitaba a alguien que realmente hubiera vivido con Jesús para que

le acompañara en sus viajes entre los gentiles. La compañía de un testigo presencial le prestaría un apoyo inapreciable y refrendaría su autoridad a la hora de refrendar sus propios argumentos. En vista de esto, logró persuadir a Pedro para que le acompañara.

Quizás sorprenda que estos dos hombres que tan vehementemente se habían enfrentado en el pasado, decidan ahora viajar juntos. Sin embargo, la situación había cambiado. Ahora Pablo era aceptado por muchos como cristiano y ya nadie lo veía como un posible espía o perseguidor. Celso, un filósofo griego y un feroz crítico de los cristianos, dijo que la disputa protagonizada por ambos en Antioquía tuvo por motivo los celos de Pablo por la popularidad de Pedro. Obviamente, estos celos debieron disminuir conforme aumentaba la popularidad de Pablo, especialmente entre los gentiles.

La persecución de los primeros cristianos jugó sin duda un papel importante en lo que respecta al acercamiento entre Pedro y Pablo. En esa época, la persecución emprendida por los romanos y los judíos que los apoyaban, era bastante severa. Pedro ya había dado muestras de debilidad cuando al estar bajo presión, o quizás porque se vio enfrentado a una situación de peligro inminente, llegó a negar que fuera un compañero de Jesús cuando éste se enfrentaba a la supuesta crucifixión. Es más que probable que ahora estuviera deseoso de alinearse con la visión que Pablo tenía del mensaje de Jesús, dado que ciertos cambios aquí y allá podrían significar disminuir la confrontación con las costumbres establecidas y, en consecuencia, sufrir menos persecución.

Así pues, la situación del momento era tal que algunos la veían propicia para la introducción de cambios y adaptaciones en el mensaje de Jesús, no sólo para hacerse aceptar por los que no eran judíos, sino también para no ofender o amenazar a los que detentaban el poder. Esta política de obediencia indiscriminada a los gobernantes, estuvieran o no sus leyes de acuerdo con las del Creador del Universo, es evidente en la primera Epístola de Pedro:

“Sed sumisos, a causa del Señor, a toda institución humana: sea al rey, como soberano, sea a los gobernantes, como enviados por él para castigo de los que obran el mal y alabanza de los que obran el bien. Pues ésta es la voluntad de Dios: que obrando el bien, cerréis la boca a los ignorantes

insensatos. Obrad como hombres libres y no como quienes hacen de la libertad un pretexto para la maldad, sino como siervos de Dios. Honrad a todos, amad a los hermanos, temed a Dios, honrad al rey. Criados, sed sumisos, con todo respeto, a vuestros dueños, no sólo a los buenos e indulgentes, sino también a los severos". (*I Pedro 2: 13-18*)

Pablo viajó con Pedro a Occidente. Y ahora, sin la sinceridad y la influencia restrictiva de Bernabé, es posible que encontrase poca resistencia a sus nuevas doctrinas y a las nuevas acomodaticias de conducta y organización. En *Romanos 15: 20-21*, dice refiriéndose a *Isaías 52: 15*:

"Teniendo así, como punto de honra, no anunciar el Evangelio sino allí donde el nombre de Cristo no era aún conocido, para no construir sobre cimientos ya puestos por otros, antes bien dice la Escritura: 'Los que ningún anuncio recibieron de él, lo verán, y los que nada oyeron, comprenderán'".

Si Pablo hubiera estado propagando la enseñanza original de Jesús, entonces "los cimientos de otra persona" habrían sido los mismos que los suyos. Ambos estarían construyendo la misma estructura. La gente que oía hablar por primera vez de Jesús, o más bien Cristo, de labios de Pablo, no tenían posibilidad alguna de comparar sus relatos con los de los apóstoles que aún se mantenían dentro de la enseñanza de Jesús. La versión de Pablo era la única a la que tenían acceso.

En la propagación de su mensaje, Pablo encontró una gran ayuda en un judío erudito de Alejandría llamado Apolo, que tuvo gran éxito predicando las ideas de Pablo entre la gente. Se decía que Pablo plantaba y Apolo regaba. Pero en última instancia, incluso el mismo Apolo no pudo transigir con el cúmulo de innovaciones de Pablo y, como había hecho antes Bernabé, abandonó su compañía.

Pablo se desviaba cada vez más de la enseñanza original encarnada en Jesús y ponía todo su énfasis en la figura de Cristo que, según sus propias declaraciones, se le había aparecido en sus visiones. La defensa esgrimida por Pablo ante los que le acusaban de alterar la guía traída por Jesús fue, que él predicaba enseñanzas basadas en la revelación directa recibida de Cristo. Esto, de hecho, otorgaba a Pablo autoridad

Divina. En virtud de esta autoridad, Pablo afirmaba que los beneficios del Evangelio no estaban limitados a los judíos, sino a todo el que creía. Además, afirmó que las prescripciones de la Ley de Moisés no sólo eran innecesarias sino incluso contrarias a lo que Dios le había revelado. De hecho, llegó a decir que eran una maldición.

Como resultado, Pablo atrajo la ira de los seguidores de Jesús y la de los mismos judíos, puesto que ahora estaba contradiciendo a sus dos Profetas, Jesús y Moisés. Esto aclara su decisión de predicar su enseñanza entre la gente que odiaba a los judíos y no había oído la verdad sobre Jesús.

Pablo justificaba su nueva doctrina mediante la siguiente analogía:

“¿O es que ignoráis, hermanos, —hablo a quienes entienden de leyes— que la ley no domina sobre el hombre sino mientras vive? Así, la mujer casada está ligada por la ley a su esposo mientras éste vive; mas una vez muerto el marido, se ve libre de la ley del esposo. Por eso, mientras vive el marido será llamada adúltera si se une a otro hombre; pero si muere el marido, queda libre de la ley, de forma que no es adúltera si se casa con otro. Así pues, hermanos míos, también vosotros quedasteis muertos respecto de la ley por el cuerpo de Cristo, para pertenecer a otro: a aquél que fue resucitado de entre los muertos, a fin de que fructificáramos para Dios”. (*Romanos 7: 1-4*)

El uso de esta analogía indica claramente que Pablo hacía una distinción entre Jesús y “Cristo”. Según este razonamiento, la ley vinculante sobre Jesús y sus discípulos ya no era necesaria, puesto que Jesús había muerto. Ahora ya no estaban “casados” con Jesús sino con Cristo, portador de una ley diferente. En consecuencia, era necesario seguir a Cristo y no a Jesús. Y todo aquél que persistiera en aferrarse a la enseñanza original de Jesús se habría extraviado.

El uso de razonamientos tan falsos como éste, permitió a Pablo elaborar su doctrina de la redención y la expiación, algo que Jesús jamás había enseñado. No obstante, el éxito estaba asegurado, puesto que dicho en pocas palabras, lo que predicaba era que cada cual podía hacer lo que mejor le pareciera sin enfrentarse a las consecuencias

inevitables de sus acciones, siempre y cuando, al final del día, dijera: “Yo creo en Cristo”.

Sin embargo, la premisa fundamental sobre la que se basaba el razonamiento de Pablo es totalmente falsa, ya que Jesús no fue crucificado ni resucitó de entre los muertos. Las doctrinas paulinas de la redención y la expiación son una falacia manifiesta que sólo conducen al extravío.

Las teorías de Pablo tuvieron dos consecuencias importantes: no sólo añadían más cambios a lo que Jesús había enseñado, sino que además preparaban el camino que iba a llevar a un cambio en la visión de la gente sobre la realidad de Jesús. En esta trayectoria, Jesús fue pasando de ser considerado un hombre a ser imaginado como un mero concepto en la mente de las personas. Como ya hemos señalado, algunos de los que se maravillaban con las palabras y milagros de Jesús, le atribuyeron la divinidad incluso estando aún en la Tierra, llegando a considerarle como algo más que un Profeta.

Algunos de los enemigos de Jesús comenzaron a propagar el rumor de que Jesús era el “hijo” de Dios, esperando despertar la ira de los judíos ortodoxos en su contra, por haberse asociado a sí mismo con Dios. En consecuencia, e incluso antes de la desaparición de Jesús, existía ya una tendencia a obscurecer su verdadera naturaleza y atributos y a imputarle el rango Divino. Esta imaginaria figura de Cristo, que aparentemente tenía el poder de anular lo que Jesús había enseñado previamente, no era, claramente, un mortal común, e inevitablemente llegó a ser confundido por muchos tanto con Jesús como con Dios. No tomó mucho tiempo antes de que esta figura imaginaria y sobrehumana, se convirtiera en un objeto de adoración y fuera asociada con Dios.

Este cambio de énfasis en la figura de Jesús como hombre hacia la nueva imagen de Cristo, que era divina, habilitó a los intelectuales de Grecia y Roma a asimilar dentro de su propia filosofía aquello que Pablo y sus seguidores predicaban. La visión greco-romana de la existencia era tripartita, por tanto, sobre la base de la declaración de la Iglesia Paulina acerca un “Dios Padre” y de un “Hijo de Dios”, sólo faltaba añadir al “Espíritu Santo” para obtener una trinidad similar a la suya. Con el paso del tiempo, estas dos visiones (pagana y Paulina) se unieron en una sola, naciendo así la doctrina de la trinidad.

No fueron solamente las ideas filosóficas predominantes en la Grecia antigua las que sirvieron para colorear la enseñanza de Pablo, sino que incluso el uso del lenguaje griego influenció la expresión de dicha enseñanza, recortando y limitando su propio significado. La gramática griega podía contener la filosofía de los griegos pero no era lo suficientemente apropiada para expresar el significado completo de lo que Jesús había enseñado. En consecuencia, aun un verdadero seguidor de Jesús que hablara perfectamente el griego, no podría haber expresado la totalidad de las enseñanzas de Jesús en su idioma. Era necesario expresarse en otras palabras, y en este proceso la introducción de cambios era inevitable. Cuando llegó el momento de traducir los Evangelios hebraicos al griego, estas limitaciones quedaron definitivamente fijadas, cuando casi todos los Evangelios restantes escritos en hebreo o en arameo fueron destruidos.

Aunque realmente Pablo nunca predicó la divinidad de Jesús ni la doctrina de la trinidad, su manera de expresarse y los cambios doctrinales introducidos, franquearon la puerta a ambas desviaciones, al tiempo que allanaban el camino para convertirse en doctrinas establecidas a su llegada a Europa. Fueron estas doctrinas las que finalmente colocaron a María en la posición imposible de ser considerada la "madre" de Dios, a pesar de que la mayoría de los cristianos de todas las épocas, han pronunciado: "¡Salve María, madre de Dios!", en un momento dado, mientras que al mismo tiempo han estado dispuestos a enfatizar que Dios no tiene ni principio ni fin, ni tampoco madre.

Al parecer, Pablo racionalizaba sus acciones argumentando que no existía conexión alguna entre la época en la que vivió Jesús y la que él estaba viviendo. Los tiempos habían cambiado y las condiciones presentes eran tales, que la enseñanza de Jesús se había quedado desfasada y ya no podía ser aplicada. Era pues necesario encontrar una nueva base sobre la cual asentar la ética y el comportamiento humano. Pablo hizo un balance de las condiciones existentes en su época y enseñó lo que a él le parecía más necesario creer:

"Todo me es lícito, mas ¡no me dejaré dominar por nada!"

(*I Corintios 6: 12*)

De este modo, Pablo no sólo rechazó la Ley Divina que tanto Moisés como Jesús habían seguido humildemente, la paz sea con ellos, sino

que llegó a afirmar que él era su propia ley. Obviamente, los seguidores de Moisés y de Jesús no podían aceptar tal cosa. Pablo respondió entonces declarando que Dios no mide la corrección de una persona por lo mucho o lo poco que pueda seguir y obedecer los mandamientos Divinos a través de Sus Profetas y Mensajeros, sino por la mucha o poca fe que esta persona ponga en Jesucristo:

“Nosotros somos judíos de nacimiento y no gentiles pecadores; a pesar de todo, conscientes de que el hombre no se justifica por las obras de la ley, sino sólo por la fe en Jesucristo, también nosotros hemos creído en Cristo Jesús a fin de conseguir la justificación por la fe en Cristo, y no por las obras de la ley, pues por las obras de la ley nadie será justificado”. (*Gálatas 2: 15-16*)

Y sigue diciendo Pablo:

“Mas, una vez llegada la fe, ya no estamos bajo el pedagogo”. (*Gálatas 3: 25*)

Si nos fijamos en esta declaración anarquista, parece que el fundamento de su argumentación es la declaración subyacente, pero nunca claramente expresada por Pablo, de que entre todos los judíos y cristianos presentes en dicha época en la Tierra Santa, sólo él sabía lo que Dios quería:

“Porque pensamos que el hombre es justificado por la fe, sin las obras de la ley”. (*Romanos 3: 28*)

Si se asume que esta concepción era correcta y que además el fin justifica los medios, lo que parece haber pensado Pablo es que su visión de las cosas sería aceptada por Dios, a pesar de que negaba casi por completo y de forma bastante torpe, Sus mandatos y Sus Profetas:

“Habiendo, pues, recibido de la fe nuestra justificación, estamos en paz con Dios, por nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos obtenido también, mediante la fe, el acceso a esta gracia en la cual nos hallamos, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios”. (*Romanos 5: 1-2*)

La actitud de Pablo con respecto a la Ley de Moisés es hasta cierto punto comprensible, y a veces llega a ser incluso loable, ya que tal

y como hemos visto, cuando Jesús comenzó su misión, los judíos ya habían tergiversado y redefinido la Ley de Moisés en más de una ocasión, transformándola en una religión más acorde con sus deseos. Así, Jesús les echó en cara en términos inequívocos, refiriéndonos a Isaías 29: 13, por hacer pasar sus propias leyes humanas e interpretaciones como “La Ley de Dios”:

“¡Hipócritas! Bien profetizó de vosotros Isaías cuando dijo: ‘Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de Mí. En vano me rinden culto, ya que enseñan doctrinas que son preceptos de los hombres’”. (*Mateo 15: 7-9*)

Ésta es una de las principales razones por la que los fariseos y los saduceos hicieron planes para matar a Jesús —porque sabía de sobra lo mucho que habían cambiado la enseñanza original de Moisés. No obstante y durante su estancia en la Tierra, Jesús consiguió restaurar la enseñanza original, alentando de nuevo las olvidadas virtudes de la misericordia y la justicia de las que había sido privada.

Es de suma importancia constatar que aquello que Jesús rechazaba era la ley alterada por los judíos y no la Ley original de Moisés, mientras que Pablo, por su parte, lo que rechazaba era tanto la ley de los judíos como la de Moisés. Utilizando una frase bien conocida, podemos decir que Pablo “tiró al bebé junto con el agua de la tina”, —afirmando que esto era exactamente lo que su madre quería— y sus seguidores, creyendo erróneamente que estaban siguiendo a Jesús, sin darse cuenta siguieron a Pablo, ¡y han estado pagando por ello desde entonces!



Pablo creó una religión compuesta de elementos diferentes y contradictorios. Tomó el Unitarismo de los judíos y lo añadió a la filosofía de los paganos. Esta mezcla se aderezó con parte de lo que Jesús había enseñado y parte de lo que Pablo declaraba le había sido revelado por Cristo en persona. La teología de Pablo estaba basada en su experiencia personal interpretada a la luz del pensamiento griego de su época. Jesús fue deificado y en su boca fueron puestas las palabras de Platón.

La teoría de la Redención, creencia totalmente desconocida para Jesús y sus discípulos, fue una invención de Pablo basada en las creencias erróneas del “pecado original”, la “crucifixión” y la “resurrección”,

ninguna de las cuales tiene validez alguna. El resultado fue una religión prefabricada: el Cristianismo, una doctrina matemáticamente absurda, históricamente falsa pero que psicológicamente causó un impacto impresionante, garantizando al mismo tiempo, como aparentemente lo hizo, tanto la culpa absoluta como la total liberación de las represalias.

En el magnífico templo de esta religión, que Pablo ayudó a erigir con tanto celo, se pusieron puertas por todos lados. El resultado fue que las gentes que se topaban por primera vez con esta forma peculiar del Cristianismo Paulino y entraban en su templo, tenían la impresión de estar honrando a la misma deidad que habían adorado sin importar que hasta entonces hubieran sido judíos o gentiles. Conforme se fueron desarrollando y asentando los errores introducidos por Pablo, muchos de los que creían seguir a Jesús, empezaron a seguir a Pablo sin ni siquiera saberlo.

En consecuencia, las palabras de Heinz Zahrnt, que calificó a Pablo como “corruptor del Evangelio de Jesús”⁸ y las de Werde, que lo llama “el segundo fundador del Cristianismo” no están exentas de justificación. Werde dice que debido a Pablo:

“La discontinuidad entre el Jesús histórico y el Cristo de la Iglesia se hizo tan grande que cualquier unidad entre ambas es escasamente reconocible”.⁹

Y Schonfield concluye diciendo:

“La herejía Paulina se convirtió en fundamento de la ortodoxia cristiana mientras que la Iglesia legítima era repudiada por herética”.¹⁰

En este proceso, Bernabé, que hasta ese entonces era considerado por los discípulos de Jesús como uno de sus seguidores más veraces, se convertía ahora en archi-herético y, como veremos con detalle más adelante, los seguidores de Pablo no escatimaron esfuerzo para destruir sus escritos y disminuir su influencia.



Así fue como poco tiempo después de la desaparición de Jesús, surgió una amarga controversia seguida de una escisión entre los verdaderos seguidores de Jesús y los entusiastas seguidores de Pablo. El

resultado final fue la guerra sin cuartel entre lo que se iba a convertir en la Iglesia Unitaria por un lado y la Iglesia Trinitaria por otro.

Para los seguidores de Jesús, el camino de la Verdad, como toda línea recta geométrica, tenía longitud pero no anchura. No estaban dispuestos a cambiar la enseñanza de Jesús por la mera razón de hacerla parecer más conveniente. Lo que Jesús había enseñado era para ellos la verdad y nada más que la verdad. Bernabé y sus seguidores continuaron enseñando y practicando el Cristianismo tal como lo habían aprendido de Jesús. Siempre fueron, y aún se les reconoce como tal, una fuerza a tener muy en cuenta. De entre ellos surgieron muchos santos y eruditos respetados por todas las sectas del Cristianismo.

Los verdaderos seguidores de Jesús y Bernabé jamás crearon una estructura centralista y sin embargo, debido a la devoción que cada uno de sus líderes sentía por la verdad, consiguieron incrementar su número rápidamente. Estos líderes eran personas sabias y eruditas que amaban y temían a Dios. Se retiraban a los desiertos y a las montañas. En torno a cada uno de estos santos se fueron estableciendo pequeñas comunidades independientes entre sí, debido principalmente a lo agreste del terreno que les rodeaba. Su carencia de estructura fue un factor que contribuyó a fortalecerlas, ya que no era fácil para sus perseguidores poder localizarlas o aniquilarlas.

Mientras la versión Paulina del Cristianismo se extendió hacia el norte por Grecia e Italia, y luego a Europa, estos hombres de Dios —los cristianos “auténticos”— propagaron su conocimiento hacia el oriente y hacia el sur y, eventualmente, a lo largo del norte de África. Las comunidades que formaban mantenían la forma de vida enseñada por Jesús. Aunque llegó un momento en lo que aquello que esta gente sabía de memoria comenzó a ser registrado por escrito, los que todavía encarnaban la enseñanza de Jesús siguieron transmitiendo la mayor parte de su conocimiento de persona a persona. El comportamiento se transmitía por imitación y la doctrina de Jesús por medio de la palabra. Todos ellos continuaban afirmando la Unidad Divina.

Existen datos sobre varias sectas que vivieron en los primeros siglos posteriores a la desaparición de Jesús; por ejemplo: los ebonitas, los cerintos, los basilidianos, los carpocracianos y los hypisistarianos. Todos ellos se negaban a adorar al Dios como padre. Lo adoraban como el Señor Todopoderoso del Universo, el Ser Supremo que no admite igual.

Con el paso del tiempo comenzaron a aparecer y a utilizarse diferentes versiones escritas de la vida de Jesús, algunas claramente más fiables que otras. Jesús se había expresado en arameo, un dialecto árabe que no se solía poner por escrito. Por esta razón, los primeros Evangelios fueron, por lo general, redactados en hebreo. La decisión sobre qué libros utilizar correspondía al líder de cada comunidad cristiana. Dependiendo de quién habían recibido la enseñanza, cada secta o comunidad recurría a una fuente diferente. Los que seguían el ejemplo de Bernabé utilizaban una fuente y los seguidores de Pablo otra muy distinta.

Así pues, al poco tiempo de haber desaparecido Jesús de la faz de la Tierra, empezó a darse una clara y creciente divergencia entre los seguidores de Jesús y los miembros de la Iglesia Paulina, que posteriormente llegaría a ser conocida como la Iglesia Católica Romana. Las diferencias entre ambas no sólo eran evidentes en cuanto a creencias y forma de vida, sino que también tenían una clara demarcación geográfica.

Conforme se producía el establecimiento de la Iglesia Paulina aumentaba también la hostilidad contra los seguidores de Jesús. La Iglesia Paulina comenzó a ponerse cada vez más del lado de los gobernantes del Imperio Romano, y las persecuciones, que en sus orígenes se habían dirigido contra todos los que se proclamaban cristianos, tenían ahora como objetivo a los que afirmaban la Unidad Divina. Se hicieron intentos por cambiar sus creencias y erradicar por la fuerza a los que se negaban a ello, además de la destrucción de los libros que utilizaban. La mayor parte de los primeros mártires fueron Unitarios. Cuanto más se afirmaban las doctrinas de Pablo, más se oponían sus seguidores a los que afirmaban la Unidad Divina. Cuando llegó al poder el emperador Justiniano, estas luchas internas habían llegado a un punto tal que llegó a decir: "No hay bestia salvaje que sea tan hostil hacia el ser humano como lo son las sectas cristianas entre sí".

Es natural que en esta situación los que ya se habían desviado de las enseñanzas de Jesús estuviesen también dispuestos a cambiar las Escrituras e incluso a introducir todos los falsos escritos que hicieran falta para confirmar sus tesis. En su libro *Los Nazarenos*, Toland recoge las siguientes palabras de Irineo, uno de los primeros mártires Unitarios:

“A fin de asombrar a los más simples y a los que desconocen las Escrituras de la Verdad, imponen sobre éstos una indecible cantidad de escrituras apócrifas y falsas inventadas por ellos mismos”.

Toland continúa diciendo:

“Ya sabemos hasta qué punto iban parejas la credulidad y el engaño en los primeros tiempos de la Iglesia cristiana; los primeros estaban tan ansiosos de recibir información como los últimos de falsificar los libros ... Este mal aumentó y se hizo aún mayor que cuando los monjes llegaron a ser los únicos transcritores y guardianes de los libros, ya fueran buenos o malos. Con el paso del tiempo fue absolutamente imposible distinguir la historia de la fábula, o el error de la verdad en lo que respecta a los comienzos y los monumentos primitivos de la Cristiandad ...

¿Cómo es posible que los sucesores de los apóstoles pudieran confundir tan gravemente la enseñanza genuina de sus maestros con lo que ahora se les atribuía? Y si desde tiempos tan tempranos estaban ya sumidos en una oscuridad tan grande con respecto a estas cuestiones, ¿cómo pudieron venir otros que los siguieran con mejor luz? Además de todo esto, observamos cómo frecuentemente, los Padres de la Iglesia daban a dichos libros apócrifos, el mismo nivel que a los libros canónicos, citándose a estos primeros como si fueran Escrituras Divinas, cuando a veces, y según hemos podido observar, lo divino era anulado por estos. Yo me atrevo a formular las siguientes dos preguntas: ¿Por qué todos los libros citados como genuinos por Clemente de Alejandría, Orígenes, Tertuliano y el resto de autores similares, no deberían ser igualmente considerados como auténticos? ¿Y qué validez debemos otorgar al testimonio de los citados Padres cuando no sólo se contradicen entre sí sino que también carecen de consistencia cuando tratan los mismos hechos?”

Toland continúa diciendo que cuando se hacen estas preguntas a los “sacerdotes de madera e hijos de la divinidad”, en vez de responder a los argumentos esgrimidos, reaccionan calificando a los que hacen dichas preguntas de “herejes o ateos encubiertos”. Sigue diciendo:

“Esta conducta hace pensar que son todos unos falsos y unos impostores, ya que las personas tienden a gritar cuando se les toca algún punto débil ... Nadie se enfada ante una pregunta que puede responder ...”

Por último, Toland pregunta de nuevo:

“Dado que todos los historiadores de la Iglesia aceptaban unánimemente a los Nazarenos y Ebonitas como los primeros cristianos, o como aquellos que creían en Cristo de entre los judíos; su propio pueblo —con quien vivió y murió— fue testigo de sus acciones y de él provenían todos los apóstoles ... si tomamos esto en consideración yo me pregunto ¿cómo fue posible que ellos fueran los primeros (puesto que fueron los primeros en ser tachados de herejes) en formar concepciones erróneas de las doctrinas y designios de Jesús? ¿Y cómo fue posible que los gentiles que creyeron en él, —después de su muerte y gracias a la predicación de personas que jamás lo conocieron— tengan nociones más ciertas de estos asuntos? ¿De dónde podían haber obtenido la información sino de los judíos creyentes?”¹¹

Exactamente, ¿cómo o de dónde si no?



Capítulo Cuarto

Los Primeros Unitarios en el Cristianismo

Los cristianos Apostólicos, forma con la que se llamó a los verdaderos seguidores de los seguidores de Jesús, la paz sea con él, produjeron un número de eruditos y santos cuya piedad y conocimiento son respetados incluso en nuestros días. La interpretación Apostólica de las Escrituras, conocida más comúnmente como exégesis de Antioquía, era de carácter histórico y a diferencia de lo que hoy se considera el enfoque “ortodoxo”, no buscaba significados alegóricos ocultos en el texto, sino que aceptaba el significado evidente de las palabras pronunciadas por el Profeta. Criticaban también la primacía de unas partes de la *Biblia* sobre otras. Insistían una y otra vez en la Unidad de Dios y aborrecían cualquier dogma que tuviera el más mínimo atisbo de tri-teísmo. Su referencia era el Jesús histórico y evitaban pronunciar el término “hijo” cuando hablaban de él. Además de vivir en la Tierra Santa, muchos vivieron en el norte de África. Algunos de los más importantes de estos seguidores de los seguidores de Jesús, fueron:

Irineo (130 - 200 d.C.)

En la época en que Ireneo nació, la llamada Iglesia de Antioquía se había extendido por todo el norte de África llegando incluso a España y al sur de Francia. Su nombre se menciona cuando actúa como portador de un mensaje de Potino, Obispo de Lyon, al Papa Eleuterio de Roma. En este mensaje se pedía al Papa que pusiera fin a las persecuciones dirigidas contra los cristianos que no aceptaban la doctrina de la Iglesia Paulina. Ireneo todavía estaba en Roma cuando se enteró de que todos los cristianos disidentes, incluido el obispo Potino, habían sido matados. A su regreso, Ireneo sucedió a Potino como Obispo de Lyon.

En el año 190 d.C., Ireneo escribió al Papa Víctor rogándole que detuviera la masacre de cristianos Unitarios que estaban siendo ase-

sinados por diferencias de creencia. La historia se repitió de nuevo y, como el obispo Potino, Irineo fue asesinado en el año 200 d.C. por abrazar la causa de los cristianos que no seguían al Papa.

Irineo creía en un Dios Único y defendía la doctrina de la naturaleza humana de Jesús. Criticó duramente a Pablo al que hacía responsable de haber introducido en el Cristianismo doctrinas provenientes de las religiones paganas europeas y de la filosofía platónica. Irineo citaba profusamente el *Evangelio de Bernabé*. Fue precisamente después de leer los escritos de Irineo cuando Fray Marino comenzó a indagar acerca de este Evangelio hasta llegar al descubrimiento, en la biblioteca Papal, del manuscrito italiano del *Evangelio de Bernabé*. Como veremos más adelante, este manuscrito es la versión más antigua del Evangelio que se conoce hoy en día.

Tertuliano (160 - 220 d.C.)

Tertuliano pertenecía a la Iglesia de África. Nacido en Cartago, creía en la Unidad de Dios e identificaba a Jesús con el Mesías judío. Se enfrentó al Papa Calixto porque éste predicaba que el pecado original quedaba perdonado tras cumplir con la penitencia canónica. Tertuliano ponía un énfasis especial en la unidad del corazón con la existencia.

Escribió: “La gente normal piensa de Cristo que es un hombre”.

No deja de ser irónico que fuera Tertuliano quien introdujo el término ‘*trinitas*’ en los escritos latinos eclesiásticos a la hora de analizar y refutar esta extraña y nueva doctrina. El término ‘trinidad’ no aparece ni una sola vez en las Escrituras reveladas, lo cual confirma que era un concepto totalmente extraño incluso para Jesús.

Orígenes (185 - 254 d.C.)

Orígenes era egipcio de nacimiento. Es posible que naciera en Alejandría. Leónidas, su padre, había fundado allí un centro de enseñanza al frente del cual puso al célebre teólogo Clemente. Orígenes recibió su educación en este centro. La Iglesia Paulina no aprobaba las creencias defendidas por Leónidas puesto que seguía el Cristianismo Apostólico y rehusaba aceptar las interpretaciones e innovaciones de Pablo. Fue asesinado en el año 208 d.C. Orígenes sufrió tal conmoción con este suceso que se quiso ofrecer al martirio, siendo disuadido por su madre.

El maestro de Orígenes, Clemente, al ver que su vida corría peligro huyó de Alejandría. Muerto su padre y sin maestro, Orígenes se sintió obligado a darse a conocer. Ocupó el puesto de nuevo líder de la escuela y pronto adquirió la reputación de ser persona de conocimiento y gran valor. Llevado por su piedad y un celo excesivo, llegó a auto-mutilarse siguiendo las palabras de *Mateo* 19: 12:

“Porque hay eunucos que nacieron así del seno materno, y hay eunucos hechos por los hombres, y hay eunucos que se hicieron tales a sí mismos por el Reino de los Cielos. Quien pueda entender que entienda”.

En el año 230 d.C. Orígenes fue ordenado sacerdote en Palestina, pero el obispo Demerio lo destituyó y lo mandó al exilio. Orígenes encontró refugio en Cesarea en el año 231 d.C. donde siguiendo el ejemplo de su padre, estableció un centro de enseñanza que adquirió gran renombre.

Jerónimo —no el Jerónimo autor de la célebre *Biblia Vulgata*, la primera traducción al latín de la Biblia griega— apoyó en principio a Orígenes, pero poco después empezó a creer en la doctrina de la trinidad y terminó convirtiéndose en su peor enemigo. Jerónimo intentó que la Iglesia condenara a Orígenes, pero debido a la popularidad de éste, el Obispo Juan no se atrevió a hacerlo. De hecho, el desterrado esta vez fue Jerónimo. Sin embargo, en el año 250 d.C., Jerónimo logró al fin su objetivo y Orígenes fue condenado por el Concilio de Alejandría. Puesto en prisión, fue sometido a una prolongada tortura que produjo su muerte en el año 254 d.C.

La razón esgrimida para el encarcelamiento de Orígenes fue su rechazo de la doctrina de la trinidad y su defensa de la Unidad de Dios. Orígenes creía que Dios era el Ser Supremo y que Jesús no era Su igual, sino Su siervo.

Orígenes escribió cerca de seiscientos opúsculos y tratados. Se le ha descrito como “uno de los personajes más atrayentes de la historia de la Iglesia”. Desde los tempranos días de su juventud hasta sus últimos momentos, Orígenes mostró siempre una valentía fuera de lo común. Tenía todas las cualidades del auténtico maestro y sus discípulos lo amaban. Su buen juicio, energía creativa y la universalidad de su conocimiento apenas han tenido parangón entre los cristianos.

Diodoro

Diodoro era Obispo de Tarso. Está considerado como uno de los líderes más importantes de la Iglesia de Antioquía. Sostenía que el mundo está sometido al cambio siendo éste una condición que implica la existencia de un principio y un fin que exige del observador darse cuenta de que el cambio oculta la inmutabilidad. En consecuencia, tanto la infinita variedad de formas presentes en la existencia como la sabiduría mostrada en el mismo proceso de cambio, al que todas las formas están sujetas, apuntan hacia una unidad de origen subyacente e indican la presencia y la existencia de un Creador y un Sostenedor —y este Creador sólo puede ser Uno.

Diodoro afirmó sin ambages la humanidad total de Jesús el cual, solía enfatizar, tenía alma y carne humanas.

Luciano (murió en el año 312 d.C.)

La reputación alcanzada por Luciano por su temor de Dios corrió paralela a la de hombre de conocimiento. Sabía hebreo y griego. Estuvo fuera de la comunión con la Iglesia desde el año 220 al 290 d.C. La pureza y profundidad de su conocimiento atrajo a un gran número de personas y su escuela se convirtió muy pronto en el semillero de lo que sería más tarde conocido como doctrina Arriana. Arrio fue uno de sus discípulos.

Luciano creía en la exégesis literal y gramatical de las Escrituras y se oponía a la tendencia a buscar significados simbólicos o alegóricos, creyendo más bien en el enfoque crítico y empírico de las Escrituras. El mero hecho de la existencia de esta controversia demuestra que a finales del siglo III d.C., la gente comenzaba a depender cada vez más de los documentos escritos y cada vez menos de la transmisión oral de la enseñanza de Jesús. Esto indica la rapidez con que se estaba perdiendo el cuerpo de las enseñanzas de Jesús.

Luciano era un gran erudito. Llevó a cabo la revisión de la *Septuaginta*, la primera traducción al griego del *Antiguo Testamento*, eliminando al tiempo muchos de los cambios que habían sido introducidos en los Evangelios cuando se tradujeron al griego desde el arameo o el hebreo. También seleccionó los cuatro Evangelios que, en su opinión, eran los más fiables entre los Evangelios auténticos.

Estos Evangelios no son los mismos que los que hoy en día acepta la Iglesia Paulina.

Luciano no creía que Jesús fuera equiparable a Dios y afirmaba que estaba subordinado a él. Esta fue la razón de que se granjeara la enemistad de la Iglesia Paulina y tras sufrir gran cantidad de torturas, fue finalmente asesinado en el año 312 d.C.

Arrio (250 - 336 d.C.) y Donato (murió el año 355 d.C.)

Las vidas de Arrio y Donato están tan interrelacionadas entre sí y con la del Emperador Constantino, que no es posible comprender una sin conocer las otras. La historia de cómo Constantino se vio involucrado con la Iglesia cristiana comienza en Roma:

Constantino tenía celos de su hijo mayor y heredero, Crispo. El joven príncipe se había convertido en una figura muy popular debido a su buena apariencia física, sus encantadores modales y su valentía en el campo de batalla. A fin de asegurarse en su puesto de Emperador, Constantino ordenó matarlo. La muerte de Crispo cayó como una maldición sobre todos. Era cosa sabida que su madrastra quería que fuera su propio hijo el sucesor de Constantino por lo que, en consecuencia, tenía un motivo para matar a Crispus. Constantino le echó toda la culpa del crimen y la mató sumergiéndola en un baño lleno de agua hirviendo. Es posible que confiara expiar un crimen con el otro. Sin embargo, el resultado fue justo lo contrario de lo que había planeado: los seguidores de la reina asesinada unieron sus fuerzas con las de los partidarios del hijo muerto y buscaron cómo obtener venganza. Constantino en su desesperación pidió ayuda a los sacerdotes del templo romano de Júpiter, pero éstos le contestaron que no había rezos ni sacrificios que pudieran absolverle de ambos crímenes. Su vida en Roma se hizo tan insostenible que Constantino decidió trasladarse a Bizancio.

Al llegar a esta ciudad, Constantino, en un alarde de modestia, decidió poner su nombre a la misma llamándola desde entonces Constantinopla. Aquí encontró la inesperada salvación a manos de la Iglesia Paulina cuyos dirigentes afirmaron que si hacía penitencia en el seno de esta Iglesia sus pecados serían perdonados. Constantino se aprovechó plenamente de esta posibilidad. Sus manos no sólo estaban manchadas con la sangre de los dos crímenes perpetrados en

Roma, sino que también tenía todo tipo de problemas relacionados con el gobierno de su Imperio. Una vez puesta a salvo la conciencia con la confesión, la Otra Vida dejó de preocuparle tanto como antes y dedicó toda su atención a los asuntos del Imperio. En esta ocasión Constantino se dio cuenta de las posibilidades que le brindaba el uso de la Iglesia cristiana, siempre y cuando lograra obtener su lealtad, y decidió prestarle todo su apoyo.

Con este respaldo inesperado, la Iglesia cristiana acrecentó su fuerza de la noche a la mañana y Constantino supo utilizarla a su favor. En esa época, el litoral Mediterráneo estaba salpicado de iglesias cristianas y el Emperador utilizó su presencia en las guerras en las que estaba empeñado. Muchos sacerdotes prestaban una especie de servicio de información para su causa, y ésta ayuda jugó un importante papel en los esfuerzos del Emperador que quería unir bajo su dominio a Europa y al Oriente Medio. En parte como muestra de gratitud y en parte para disminuir el poder de los sacerdotes romanos del Templo de Júpiter, que se habían negado a ayudarle, Constantino alentó a los cristianos de Constantinopla para que abrieran una iglesia en Roma. No obstante, decidió no hacerse cristiano de momento puesto que muchos de sus súbditos aún creían en Júpiter y el resto de dioses del Panteón romano. A fin de tranquilizar cualquier posible sospecha, Constantino tomó una serie de decisiones que parecían demostrar su propia adoración de los dioses romanos. Todo parecía ir bien cuando la antigua disputa entre las Iglesias Paulina y Apostólica cobró nuevos bríos y se intensificó sobremanera.

El líder de la Iglesia Apostólica, que continuaba afirmando la creencia en la Realidad Única, era en aquellos momentos un presbítero conocido en la historia con el nombre de Arrio. Era libio de nacimiento. Su presencia dio nuevas fuerzas a la Iglesia Apostólica. Arrio seguía las enseñanzas de Jesús y rehusaba aceptar las innovaciones introducidas por Pablo. La frase definitiva de Arrio era: "Seguid a Jesús tal y como él os ha enseñado". La importancia del papel jugado por Arrio es tal que su nombre se convirtió, y aún lo sigue siendo en nuestros días, en sinónimo del Unitarismo.

La Iglesia Paulina recibió una violenta sacudida a manos de Arrio. No se trataba de un mero "camorrista", como hubiesen deseado sus enemigos que creyera la gente, sino que incluso ellos mismos se

veían obligados a admitir que Arrio era un presbítero sincero e intachable. En un tiempo en el que la tradición oral que había mantenido viva la enseñanza de Jesús comenzaba a debilitarse, y cuando la comprensión de lo que se había puesto por escrito comenzaba a decaer, Arrio revitalizaba y renovaba ambas con su vigor y su sabiduría. Su postura ante la alianza establecida entre el Emperador Constantino y la Iglesia organizada, fue la de mantenerse al margen.

Arrio fue discípulo del crítico más destacado de la Iglesia Paulina: el venerado mártir Luciano de Antioquía. Luciano era conocido por su gran sabiduría y, al igual que sus predecesores, había sido asesinado por defender ideas contrarias a la Iglesia Paulina. Así pues, Arrio era de sobra consciente de los peligros contenidos en las creencias que diferían con las de esta Iglesia.

A pesar de la falta de datos sobre los comienzos de su vida, se sabe que en el año 318 d.C. Arrio estaba al frente de la iglesia de Bocalis en Alejandría. Esta iglesia era una de las más antiguas e importantes de la ciudad. Las pocas noticias de las que disponemos describen a un Arrio alto y delgado. Podría haber tenido un aspecto atractivo a no ser por su excesiva delgadez, la palidez de su rostro y su tendencia a mantener la mirada en el suelo a causa de una debilidad en la visión. Sus ropas y su porte en general eran los de un asceta. Solía vestirse con una larga túnica de manga corta. Los cabellos enmarañados caían sobre sus hombros. De natural callado, si se presentaba la ocasión irrumpía con una ardiente y excitada sucesión de palabras. Sin embargo, su voz tenía tal dulzura, y su talante, aunque firme, era tan cautivador, que todos los que se encontraban con él quedaban fascinados. Se le consideraba uno de los más destacados presbíteros de Alejandría y gozaba de la estima de todo el que le conocía:

“Su fama de trabajador infatigable que llevaba una vida estricta y ascética, de predicador enérgico que exponía con arrojo y franqueza los grandes principios de la fe, pronto se extendió más allá de los confines de la ciudad de Alejandría. A los dones de la facilidad de palabra unía su encanto personal y la capacidad de infundir en los demás el entusiasmo que él mismo sentía. Al igual que todos los grandes líderes religiosos era sincero hasta el fanatismo, y la doctrina que predicaba era fecunda y vitalista”.¹

Se sabe que entre sus seguidores había cerca de setecientas mujeres cristianas de Alejandría.²



Hasta esa época, la fe cristiana no había sido una cuestión compulsiva. Las diferencias entre las sectas eran a veces amargas y profundas, pero la creencia personal estaba basada en la convicción y en la sinceridad del individuo. En este periodo siguiente a la desaparición de Jesús de la faz de la Tierra, hubo santos y mártires capaces de renunciar a su propia vida antes que negar sus creencias. Las espadas que esgrimían los detentores del poder habían sido usadas para destruir estas creencias, pero no para imponerlas. Sin embargo, cuando Constantino estableció su primera alianza con la Iglesia, la situación experimentó un cambio dramático.

A pesar de seguir siendo Pontifex Maximus y máximo dirigente de la religión estatal pagana, Constantino empezó a mostrar abiertamente su apoyo a la Iglesia cristiana; es probable que en estos capítulos iniciales hiciera poca o nula distinción entre las ramas Paulina y Apostólica de la Iglesia. Estas muestras de favor pusieron al Cristianismo bajo una nueva luz y, con el paso del tiempo, se convirtió en el único culto oficial del Emperador Romano. Para mucha gente, el Cristianismo se había convertido de repente en una cuestión política y de conveniencia. Algunos de los que se habían mantenido a distancia no tardaron en afiliarse a la iglesia con la ayuda de una cierta presión gubernamental. Así fue como muchas de las conversiones al Cristianismo dejaron de ser motivadas por el corazón y pasaron a ser el resultado de un tipo de convicción totalmente diferente. El Cristianismo se había convertido en un movimiento de masas.³ Sin embargo, era un movimiento que propiciaba aún más la ruptura entre las Iglesias Paulina y Apostólica. Los que se hacían cristianos por conveniencia escogían las exigencias más suaves de la Iglesia Paulina. La Iglesia Apostólica sólo admitía a los que deseaban seguir el camino de Jesús de forma sincera.

Constantino, que en ese momento de su vida no entendía ni creía en el Cristianismo, vio no obstante el beneficio político de tener una Iglesia unificada que le obedeciera y cuyo centro estuviese basado en Roma en vez de en Jerusalén. Cuando los miembros de la Iglesia Apostólica se negaron a aceptar sus deseos, Constantino trató de

obligarles por la fuerza. Pero la presión externa no produjo el resultado esperado. Además, había un cierto número de comunidades de la Iglesia Apostólica que todavía se negaban a aceptar el mandato del Obispo de Roma. Pensaban que los deseos de Constantino eran parte de un diseño político concebido por un gobernante extranjero y que era totalmente extraño a las enseñanzas de Jesús.

La primera revuelta tuvo lugar entre las comunidades beréberes del norte de África. No fue dirigida por Arrio sino por un hombre llamado Donato. Como grupo, los beréberes habían mantenido siempre ciertas creencias básicas, la más firme de las cuales era la de la Unidad Divina. También podían creer en Jesús como Profeta pero no como Dios. Dado que Jesús jamás se había pronunciado sobre Roma como el centro de su enseñanza, los beréberes no admitían esa idea ni, por supuesto, se la atribuían a Jesús con carácter retrospectivo. En el año 313 d.C., Donato fue elegido obispo por su gente. Durante cuarenta años fue el líder de una Iglesia que siguió floreciendo en abierta oposición contra el Obispo de Roma. Según Jerónimo, en una generación el "Donatismo" se convirtió en la religión de la mayor parte del norte de África sin que hubiera fuerza ni argumento capaz de cambiarla.

El Obispo de Roma intentó instalar a uno de sus obispos en Cartago para remplazar a Donato. Su nombre era Caeliano. El prestigio alcanzado por Constantino era tal que, en el conflicto provocado por este nombramiento, las dos partes recurrieron a él. Es posible que pensarán que quien consiguiera el apoyo del Emperador ya no tendría más batallas que luchar. Este intento de obtener el patronazgo de Constantino significó un cambio importante en la historia del Cristianismo. Era la primera vez que el cisma y la heterodoxia se convertían en ofensa punible por la ley secular. Esta cobertura imperial estaba a disposición de todo aquél que pudiera probar su "ortodoxia" pudiendo luego ser utilizada en contra de los que diferían de este nuevo patrón ortodoxo. Constantino decidió a favor de Caeliano.

Cuando llegaron a Cartago las noticias de la decisión de Constantino, el populacho se reunió frente a la residencia del procónsul romano y denunció a Caeliano. A Constantino le desagradó sobremanera lo ocurrido pero nombró no obstante un tribunal presidido por el Obispo de Roma para oír a las dos partes en litigio. Donato no

estaba presente ni tampoco ningún otro que defendiera su postura. La decisión se tomó en su contra *in absentia*, pero la Iglesia Apostólica del norte de África rehusó aceptar este veredicto *ex parte* del Obispo Romano.

Constantino estaba escandalizado de que “los ministros de Dios disputaran entre ellos como los pleiteantes más comunes”.⁴ A pesar de su enojo, estableció un nuevo tribunal en Arles. Las dos partes en litigio debían acudir por caminos diferentes a fin de evitar cualquier confrontación antes del juicio. Los Donatistas perdieron otra vez. La decisión fue que “los obispos se encontraron en Arles tratando con personas peligrosas que no tenían ningún respeto por la autoridad ni por la tradición. Sólo servían para ser condenados”.⁵

Al igual que las sentencias anteriores, esta nueva decisión tampoco fue aceptada por los cristianos del norte de África. La realidad es que apenas respetaban ya al procónsul romano ni al resto de oficiales imperiales. Bajo sus órdenes, los cristianos habían sufrido persecuciones durante generaciones y los contemplaban como emisarios de Satán. Y ahora iban a ser perseguidos de nuevo por no ser buenos cristianos. Los cristianos del norte de África no podían tolerar el hecho de que los oficiales del Imperio Romano se hubiesen convertido en servidores de Dios de la noche a la mañana, simplemente porque querían hacer cumplir un veredicto procedente del obispo Paulino de Roma. Hasta ese momento Donato había sido su obispo. Ahora se convirtió en el líder del pueblo.

Muy poco es lo que se sabe de este hombre extraordinario. Tanto los libros que escribió como su preciada biblioteca de manuscritos fueron quemados por los soldados romanos. Y esto lo hicieron en nombre de una Iglesia Cristiana Romana que, con el apoyo de un Emperador pagano, estaba acrecentando cada vez más su fuerza e importancia. Así pues, poco es lo que se sabe de los orígenes de Donato, su aspecto personal, amigos y los acontecimientos que jalonaron su vida.

Nos ha llegado que era un gran orador y un líder nato. En los lugares que visitaba era recibido con tal entusiasmo que su recuerdo perduró incluso después de su muerte. Sus seguidores solían jurar por “sus canas”. Donato parece haber personificado la aversión popular hacia cierto tipo de eclesiásticos mundanos que estaban seguros de vivir bien en esta vida y en la otra siempre que supieran manio-

brar de forma políticamente correcta. La integridad y honestidad de Donato eran reconocidas tanto por amigos como por enemigos. Tenía fama de ser un reformador religioso “que había purificado la Iglesia de Cartago de todo error”.⁶ La gente lo consideraba dotado de la capacidad de hacer milagros y tenía fama de ser un santo más sabio que Daniel. Donato se mantuvo firme como una roca ante todos los intentos de destruir y alterar las enseñanzas de Jesús.

Constantino escribió una carta dirigida a las dos Iglesias apremiándoles a que olvidaran sus diferencias y se unieran bajo la Iglesia que él apoyaba. La importancia de esta carta es que muestra cómo Constantino se sentía superior a cualquier Iglesia, fuera ésta cual fuera, y cómo toda referencia a Jesús brillaba por su ausencia. La carta no surtió efecto ni tampoco hubo avance alguno con respecto a la decisión del tribunal que se había reunido en Arles.

En julio del año 315 d.C. el Emperador regresó a Roma. Era necesario ir a Milán para reprimir las incursiones de los Francos en el norte de Italia. Cuando pudo disponer de tiempo, Constantino nombró otra comisión para ir a África, examinar la situación y poner fin a la disputa. Cuando la comisión llegó al norte de África, fue boicoteada y se formó tal revuelta que los miembros de la comisión imperial tuvieron que regresar a Italia sin haber logrado ninguno de sus objetivos. Las noticias alcanzaron a Constantino en el año 316. Fue entonces cuando decidió ir a África en persona para definir de una vez por todas la forma en que debía ser adorada la Deidad Suprema.

Es interesante comprobar cómo Constantino consideraba competencia suya emitir un juicio sobre el culto debido. En la carta que había mandado a las dos Iglesias de África, concluía diciendo:

“Qué más puedo hacer yo, de acuerdo con mis prácticas constantes y mi oficio real de Príncipe, que una vez erradicados el error y destruida la mala opinión, conseguir que todos los hombres acuerden seguir la religión verdadera llevando una vida sencilla y prestando al Dios Todopoderoso la adoración que Le es debida”.⁷

Es evidente que una vez olvidado o ignorado el ejemplo de Jesús, la cuestión de la “religión verdadera” se había convertido en un asunto basado en la opinión —y no había opinión más favorecida

por Constantino que la suya propia. Que Constantino enfocara el tema del Cristianismo siguiendo este criterio justifica su interés por los asuntos internos de una religión que él mismo aún no seguía. Constantino se consideraba una persona que hablaba con autoridad superior a la de los dirigentes de las Iglesias, pareciendo incluso que se atribuía el papel de vicario de Dios por encima de cualquier otro mortal. Los obispos Paulinos presentes en el juicio de Arles parecen haber tenido la misma opinión que Constantino. Llegaron a declarar que sus “disposiciones” estaban siendo anotadas “en la presencia del Espíritu Santo y los ángeles”.⁸ Y sin embargo, cuando la sentencia fue ignorada en África, donde buscaron ayuda fue en el Emperador.

El tiempo pasaba y Constantino no llegó a viajar a África tal como había planeado. Le dijeron que los Donatistas habían adquirido tal fuerza que no era aconsejable tomar parte en la disputa entre Donato y Caeliano, ya que si su intervención personal no tenía éxito, el prestigio imperial se vería muy perjudicado. En lugar de viajar proclamó un decreto que condenaba a Donato al tiempo que le llamaba la atención sobre “las ventajas contenidas en la adoración correcta de la Deidad Suprema”.⁹ Al ser ignorado este decreto, se promulgó para África “una ley extremadamente severa”: las iglesias que estaban en manos de los Donatistas debían ser confiscadas y sus dirigentes enviados al exilio. Caeliano intentó primero sobornar a los líderes de la Iglesia Donatista, pero no tuvo éxito. Los Donatistas no sólo siguieron desafiando el mandato imperial, sino que ignoraron los sobornos e hicieron públicas las ofertas de dinero. Entonces Caeliano recurrió a la fuerza y pronto alcanzó la fama de actuar como “un hombre más cruel que un carnicero y más brutal que un tirano”.¹⁰

La Iglesia de Roma, que ahora había adoptado el epíteto de “Católica” para indicar la universalidad de su enfoque ecuménico con respecto a la adoración de Dios, pidió a los Donatistas que se unieran a ella. La llamada no tuvo éxito y Donato rehusó entregar sus iglesias a Caeliano. Finalmente el ejército romano entró en acción.

Hubo una masacre. Los cadáveres eran arrojados a los pozos y los obispos asesinados en sus iglesias. A pesar de todo, los Donatistas supervivientes se mantuvieron firmes y el movimiento cobró aún más fuerza. Llamaron a su Iglesia la “Iglesia de los Mártires”. Con

estos acontecimientos la brecha entre los Donatistas y la Iglesia Católica se hizo aún más profunda. Y dado que la Iglesia Católica trabajaba aliada con los magistrados paganos y sus soldados, sus seguidores fueron tachados de cismáticos y sus iglesias identificadas como lugares de “odiada idolatría”.

Constantino, que era un buen administrador, se dio cuenta de la futilidad del intento de restaurar por la fuerza la armonía religiosa y la unidad. Tras decidir que la prudencia era la mejor parte de la valentía, dejó en paz a la gente del norte de África. No obstante, estos sucesos y sus consecuencias jugaron un papel importante a la hora de tomar la decisión que le hizo convocar el famoso Concilio de Nicea.



Antes de volver a la historia de Arrio, que en esos momentos ya comenzaba a dejarse oír, sería interesante presentar un breve resumen de la historia de los Donatistas hasta la llegada del Islam. Cuando Constantino decidió prestar su atención a otras partes del Imperio y dejar en paz al norte de África, la persecución de los Donatistas disminuyó considerablemente con lo que su número aumentó de nuevo. Llegaron a ser tan poderosos que cuando el Emperador hizo construir en el año 330 d.C. una iglesia para los Católicos del norte de África, los Donatistas se apoderaron de ella. El Emperador se enfadó enormemente pero no pudo hacer nada excepto prometer a los Católicos suficiente dinero para que construyeran otra iglesia. El movimiento Donatista llegó incluso a Roma, donde llegaron incluso a tener un Obispo al que siempre se le consideró de rango inferior al de Cartago y Nicomedia.¹¹

Donato llegó a disfrutar de autoridad soberana en Cartago. La gente le consideraba superior al resto de los mortales. Jamás se le llamó obispo sino que era conocido como “Donato de Cartago”. En cierta ocasión San Agustín llegó a quejarse de que los Donatistas reaccionaban con más furor ante un insulto dirigido contra la memoria de Donato que ante una blasfemia contra Jesús, hecho fácilmente comprensible por el tipo de lenguaje utilizado por muchos de los Católicos cuando hablaban de Donato.

Cuando finalizó el reinado de Constantino, los Donatistas continuaron trabajando por la independencia de su Iglesia oponiéndose

a cualquier tipo de injerencia por parte del Emperador o sus representantes en cuestiones de religión. Sin embargo, los Donatistas no eran sectarios a ultranza. El mismo San Agustín tenía que reconocer que los Donatistas eran tolerantes con los Católicos a pesar incluso de sobrepasarlos en número.

Los Católicos, siempre dispuestos a exigir la tolerancia cuando sus intereses estaban en juego, no estaban dispuestos a concedérsela a los Donatistas, especialmente desde el momento en que las fuerzas imperiales tuvieron que ser enviadas otra vez a África para dominar a esa gente temeraria. A pesar de la continua persecución a la que eran de nuevo sometidos, los Donatistas no consintieron que el Emperador alterase su forma de adorar a Dios. Para los Donatistas “los Católicos eran sacerdotes depravados que se habían aliado con los reyes del mundo. Llevados por la confianza en los favores reales habían renunciado a Cristo”.¹²

Tras la muerte de Donato la mayor parte de los pueblos del norte de África continuó siguiendo su ejemplo, y durante trescientos años siguieron fieles a sus enseñanzas de lo que Jesús había traído. Cuando les llegó el Islam no dudaron en abrazarlo; estaban de sobra preparados para ello siendo como era, al fin y al cabo, una extensión y confirmación de la guía que habían seguido hasta entonces.



En el sur de Egipto existió otro movimiento similar al de Donato que, aun siendo simultáneo, era bastante independiente. Constantino estaba a punto de hacer otro intento en su afán de desenredar el embrollo del Cristianismo del norte de África cuando su atención se fijó en Egipto, un país que hervía con revueltas y descontento.

Cuando la persecución de Diocleciano contra los cristianos estaba en su punto álgido, muchos habían negado sus creencias a fin de evitar sus efectos. Un sacerdote llamado Melecio empezó a decir que los sacerdotes que habían renegado públicamente de su Cristianismo durante la persecución de Diocleciano, no podían asumir de nuevo las funciones clericales. Afirmaba también que no debían asistir a las reuniones dedicadas al culto a no ser que probaran suficientemente su penitencia. Pedro, que en esa época era patriarca de Alejandría, sugirió acciones menos tajantes. No obstante, la mayor parte de la

población apoyó las sugerencias de Melecio. Cuando Alejandro ocupó el trono episcopal, desterró a Melecio condenándole a trabajos forzados en las minas. Cuando Melecio volvió de su destierro, muchos seguidores comenzaron a reunirse en torno suyo. Ordenó obispos, sacerdotes y diáconos y fue responsable de la construcción de muchas iglesias. El grupo rehusó someterse a sus perseguidores. Al igual que los Donatistas, Melecio llamó a su Iglesia la “Iglesia de los Mártires” —en oposición a los seguidores de Alejandro que ahora se llamaban Católicos y seguían la versión Paulina del Cristianismo.

Tras la muerte de Melecio, Alejandro prohibió a sus seguidores celebrar reuniones para el culto. A fin de oponerse a esta orden, enviaron una delegación a Constantino. La ayuda de Eusebio de Nicomedia les permitió ver al Emperador. Su presencia en la corte fue otro de los factores que llevaron a Constantino a la convocatoria del Concilio de Nicea. Eusebio era amigo de Arrio y esta entrevista fue lo que propició el contacto entre los movimientos Arriano y Meleciano.



El movimiento liderado por Arrio tuvo como fondo los mismos acontecimientos históricos protagonizados por estas dos similares, aunque separadas, Iglesias de los Mártires. Todo lo que se ha escrito a favor de Arrio, o cualquier valoración imparcial de su movimiento, han sido prácticamente destruidos. Todos los libros que existen hoy en día sobre el tema de Arrio fueron escritos por sus enemigos. En consecuencia es imposible disponer de una relación completa de su vida. Si conectamos los restos de información que nos han llegado, surge la siguiente imagen:

Pedro, el Patriarca de Alejandría, ordenó como diácono a Arrio pero luego lo excomulgó. Aquilas, sucesor de Pedro, lo ordenó sacerdote otra vez. Arrio llegó a ser tan popular que cuando Aquilas murió, parecía ser su sucesor más seguro. No obstante, Arrio no quería verse envuelto en ninguna elección, así que Alejandro fue escogido para ocupar la sede patriarcal. Al poco tiempo se formularon quejas contra Arrio por lo que predicaba. Su rival se convirtió en juez y Arrio fue de nuevo excomulgado.

Hasta entonces había existido una gran libertad en lo que respecta a las creencias de los cristianos. Las creencias contenidas en la

doctrina de la trinidad eran aceptadas por muchos de los llamados cristianos a pesar de no estar nadie seguro de su significado. Algunos las afirmaban ciegamente; otros, como Melecio y Donato, las rechazaban enérgicamente; y los que se encontraban entre ambas posturas eran libres de explicar las nuevas doctrinas como mejor les pareciera. Después de más de dos siglos de discusiones, nadie había sido capaz de resumir dichas creencias de forma que estuvieran exentas de errores. Arrio lanzó un reto y desafió a cualquiera que osara definir las claramente.

Alejandro estaba desconcertado. Cuanto más trataba de explicarlas, mayor era su confusión. Arrio, haciendo uso del sentido común y basándose en la autoridad de las Escrituras, demostró la falsedad de las nuevas doctrinas.

Arrio comenzó la refutación de las explicaciones de Alejandro centrándose en el tema de la naturaleza de Jesús: si Jesús era en realidad el “hijo de Dios”, decía Arrio, ello implicaba que el padre tenía que haber existido antes que el hijo. De lo que se deduce que tuvo que haber un tiempo en el que el hijo no existía. A esto seguía la conclusión de que el hijo tenía que ser una criatura formada con una esencia o ser que necesariamente no había existido desde siempre. Como Dios es en esencia Eterno, sin principio ni fin, Jesús no podía tener la misma esencia que Dios.

Arrio utilizaba siempre la lógica y el sentido común, y como Alejandro no podía esgrimir argumentos razonables, éste último acababa siempre enfadándose. “Dadas las premisas” solía decir Arrio, “¿dónde está el fallo en mi deducción y dónde está lo que invalida mi silogismo?” Ya por el año 321 d.C. Arrio tenía fama de ser un sacerdote rebelde, sumamente popular, seguro de sí mismo y comprometido con sus creencias.

Después de recibir esta derrota personal, Alejandro convocó un sínodo provincial para que se pronunciara sobre la doctrina de Arrio. Asistieron al mismo cerca de cien obispos de Libia y Egipto. Arrio defendió su postura con valentía, exponiendo sus razonamientos con gran habilidad. El silogismo que proponía era el siguiente: hubo un momento en el que Jesús no existía mientras que Dios sí existía desde siempre. Dado que Jesús fue creado por Dios, su ser necesariamente era finito, y en consecuencia no podía poseer el atributo de

la Eternidad puesto que sólo Dios es Eterno. Como Jesús era un ser creado, tenía que estar sometido al cambio como el resto de los seres humanos. Y dado que sólo Dios es Inmutable es necesario admitir la evidencia de que Jesús no es Dios. Aparte de sus argumentaciones lógicas, Arrio se apoyaba en numerosos versículos de la *Biblia* en la que jamás se menciona que Jesús sea Dios.

Si Jesús había dicho: “Mi padre es superior a mí”,¹³ pensar que Dios y Jesús son iguales o idénticos de alguna manera, decía Arrio, significa negar la veracidad de las Escrituras.

Los argumentos de Arrio eran irrefutables pero Alejandro, en virtud de su posición en la jerarquía de la Iglesia, lo excomulgó. No obstante, Arrio tenía tal cantidad de seguidores que no podía ser ignorado por la Iglesia Paulina, precisamente cuando en aquellos momentos se estaba dando el caso de que muchos de los obispos de Oriente no admitían el decreto promulgado por Alejandro. La controversia que había estado fraguándose durante casi trescientos años llegaba ahora a su punto álgido. Alejandro estaba profundamente molesto de que tantos obispos del Oriente apoyaran a Arrio, cuyo principal aliado era Eusebio de Nicomedia.

Eusebio de Nicomedia y Arrio era antiguos amigos. Ambos habían sido discípulos de Luciano, hombre que, como ya hemos visto, había sido respetado universalmente por su pureza y su conocimiento. Es posible que el martirio de Luciano en el año 312 d.C. estrechara aún más los lazos de amistad y la decisión compartida por ambos discípulos.

Se ha conservado una carta que Arrio escribió a Eusebio desde Constantinopla después de su excomunión. Arrio se queja de la persecución a la que lo tiene sometido Alejandro que en aquel momento intentaba expulsarlo de Alejandría bajo la acusación de ateo, y esto sólo porque tanto él como sus amigos rehusaban admitir las doctrinas profesadas por el patriarca:

“Somos perseguidos” escribía Arrio “por decir que Jesús tuvo un comienzo mientras que Dios no lo ha tenido”.¹⁴

El resultado es que Arrio recibió el apoyo renovado de Eusebio que, además de ser su amigo, tenía mucha influencia no sólo entre la gente más sencilla, sino incluso en el palacio imperial. A pesar de este respaldo, Arrio parece haberse inclinado siempre más hacia la

reconciliación que a la oposición, al menos en lo que respecta a la disciplina interna de la Iglesia.

Desafortunadamente, las informaciones existentes sobre esta disputa son más bien escasas, aunque hay unas pocas cartas que nos muestran que la única intención de Arrio en todo el asunto era mantener las enseñanzas de Jesús en su forma más pura y a salvo de cualquier alteración, procurando siempre evitar las disputas entre los cristianos. Por contra, las cartas escritas por Alejandro demuestran que este Patriarca utilizaba siempre un lenguaje desmesurado contra Arrio y sus seguidores. En una de estas cartas, Alejandro escribe: “están poseídos por el diablo que mora en ellos y los incita a la furia; son fraudulentos y tramposos, conjuradores inteligentes de palabras seductoras; son bandidos que tiene guaridas donde maldicen a Cristo día y noche ... consiguen prosélitos sirviéndose para su fin de muchachas licenciosas de la ciudad”.¹⁵ El uso por parte del Patriarca de este lenguaje violento e inadmisibles, hace sospechar que él mismo era consciente de la debilidad de su postura.

Eusebio se sintió sumamente ofendido por el tono del Patriarca de Alejandría. Convocó el sínodo de los obispos del Oriente y presentó el caso ante ellos. El resultado de la reunión fue una carta enviada a todos los obispos, tanto de Oriente como de Occidente, en la que se les rogaba presionaran a Alejandro para que aceptara de nuevo a Arrio en el seno de la Iglesia. No obstante, lo que Alejandro buscaba era la rendición total de Arrio. Arrio regresó a Palestina y continuó ejerciendo las funciones eclesiásticas entre sus seguidores. Alejandro publicó entonces una extensa carta dirigida a “todos sus compañeros de la Iglesia Católica” en la que atacaba a Arrio otra vez. En la carta había una referencia mordaz sobre Eusebio en la que mencionaba su nombre y lo acusaba de creer “que el bienestar de la Iglesia dependía de su consentimiento”.¹⁶ Decía también que Eusebio apoyaba a Arrio, no porque creyera en la doctrina Arriana, sino por sus ambiciones personales. Con estas maneras, la controversia eclesiástica degeneró en un conflicto personal entre los obispos de Oriente y los de Occidente.

Los temas del debate trascendieron del círculo de los obispos a la gente del pueblo. Gregorio de Nicea escribe:

“Cada esquina de Constantinopla era en aquellos días un lugar de discusión: las calles, el mercado, las tiendas de los cambistas, los tenderos en general. Preguntad a un comerciante cuánto dinero quiere por uno de los artículos de su tienda y os contestará con una disquisición sobre el ser engendrado o no engendrado. Preguntad por el precio del pan y el panadero os dirá: ‘El hijo está subordinado al padre’. Preguntad al criado si está listo el baño y responderá: ‘El hijo salió de la nada’. ‘Grande es el único engendrado’, proclamaban los Católicos; y los Arrianos añadían: ‘más grande aún Quien lo ha engendrado’”.¹⁷

Los argumentos iban de lo más sublime a lo más ridículo, hasta el punto de que hubo gente que llegó a preguntar a las mujeres si un hijo podía existir antes de haber nacido. En los círculos eclesiásticos más elevados el debate era también mordaz y acalorado. Los textos dicen que “en todas la ciudades los obispos discutían obstinadamente con los obispos. Unas gentes se enfrentaban con otras ... y llegaban a enfrentarse con violencia”.¹⁸

Por lo que respecta a Constantino, las cosas empezaban a irle de mal en peor. Viéndose obligado a intervenir, escribió una carta dirigida a Alejandro y a Arrio. En ella decía que su único anhelo era la unificación de la opinión religiosa dado que ésta era la mejor garantía para obtener la paz. Profundamente molesto por los acontecimientos del norte de África, había confiado en la aparición de cosas mejores procedentes del “seno de Oriente” lugar donde antaño había surgido “el amanecer de la Luz Divina”. Y luego seguía diciendo:

“¡Pero ah, Gloriosa y Divina Providencia! Qué herida han recibido no sólo mis oídos sino también mi corazón, cuando fui informado de que entre vosotros había divisiones aún peores que las de África. Hasta el punto de ver que incluso vosotros dos, por cuya influencia confiaba vendría la cura de los otros, necesitáis un remedio más poderoso que el suyo. Y sin embargo, después de hacer una detallada investigación sobre el origen de tales disputas, me doy cuenta de que la causa de las mismas es insignificante y totalmente desproporcionada con la magnitud que ha tomado el con-

flicto ... Parece que la controversia actual se originó de la siguiente manera: por parte de ti Alejandro, surgió cuando preguntaste a cada uno de los presbíteros su opinión acerca de un pasaje de las Escrituras, o mejor dicho, lo que pensaba sobre ciertos aspectos de una pregunta estúpida. Y en cuanto a ti Arrio, surgió cuando sin el debido respeto impusiste unas condiciones que nunca debieron ser concebidas, o en caso de haberlo hecho, tenían que haber sido enterradas en el silencio. Ha aparecido la discordia, la comunión ha sido prohibida y la mayor parte de las gentes, escindidos en dos bandos, no han podido mantener la unidad de un cuerpo común a todos”.

El Emperador continúa exhortando a ambos a que olviden y perdonen tanto las preguntas imprudentes como las desconsideradas respuestas:

“La cuestión nunca debía haber sido sacada a colación, puesto que siempre habrá suficiente malicia para que las manos ociosas se ocupen y los cerebros desocupados trabajen. Las diferencias entre vosotros no han surgido a partir de doctrinas fundamentales contenidas en las Escrituras, ni tampoco por la introducción de nuevas doctrinas. Los dos defendéis una sola y única postura. Así pues, la reunificación aún es posible”.

El Emperador continúa en su carta mencionando el ejemplo de los filósofos paganos que acuerdan discrepar en algunos detalles sin abandonar por ello unos principios generales. ¿Cómo es posible —se preguntaba— que los hermanos actúen entre sí como si fueran enemigos por culpa de meras e insignificantes diferencias verbales? En su opinión esa conducta era:

“... vulgar, infantil y petulante, impropia de los sacerdotes de Dios y de las personas dotadas de sentido común ... Son tentaciones y artimañas del diablo. Acabemos con todo esto. Si no podemos estar de acuerdo en ciertos temas, unámonos al menos en las cuestiones esenciales. Y por lo que respecta a la Divina Providencia, procuremos que haya

una sola fe y una única comprensión, una opinión unificada con respecto a Dios”.

La carta termina diciendo:

“Devolvedme pues la quietud de mis días y la paz de mis noches para poder mantener la alegría y el contento de una vida tranquila. De lo contrario, gemiré y anegado de lágrimas no podré experimentar consuelo hasta la muerte. ¿Cómo poder estar tranquilo si el pueblo de Dios, mis súbditos queridos, se encuentra tan dividido, sumido en semejante controversia tan ilegítima como perniciosa?”¹⁹

La carta demuestra el profundo desconocimiento del Emperador, no sólo del Cristianismo, sino de cualquier religión, puesto que asume que para la persona es lo mismo adorar a Dios como le place o de la manera que ÉL ha indicado. Afirmar que la disputa entre Alejandro y Arrio era una mera algarada verbal sobre tópicos superficiales y carentes de importancia, es totalmente absurdo. Calificar las diferencias de “insignificantes”, demuestra claramente que Constantino no sabía de qué se estaba hablando. La presencia, por un lado, de la certeza absoluta sobre la Unidad Divina, y por el otro, la creencia en un concepto que inevitablemente llevaba a creer en la trinidad de Dios, son posturas radicalmente opuestas. El contenido de la carta indica que a Constantino no le concernía la naturaleza última de la Realidad; lo que realmente le preocupaba era su propia tranquilidad y la estabilidad de su imperio. No debe sorprendernos que la carta careciera de resultado alguno. Osio, Obispo de Córdoba fue quien la llevó a Alejandría. Tras una corta estancia en la ciudad, regresó con las manos vacías para informar al Emperador del fracaso de su misión.

Justo cuando esto sucedía, Constantino acababa de enfrentarse y dar muerte en el campo de batalla a su cuñado Licinus. Licinus había sido partidario de Arrio, y su pérdida debilitó aún más la posición de Arrio en la corte del Emperador. Con todo, Constantino se dio cuenta de que aún ganando una guerra, se podía perder la paz. Tras el fracaso de la misión de Osio, la situación en Oriente se desestabilizó aún más de lo que estaba. Las soflamas y los argumentos de Arrio habían producido ya derramamientos de sangre en Alejandría, y el malestar se había extendido por toda la zona oriental del Imperio. Los

disturbios llegaban también al norte de África. Constantino se daba cuenta de que sus amigos de la Iglesia Paulina carecían de la fuerza suficiente para acabar con estos problemas. Su experiencia al tratar con los norteafricanos, que había producido en parte su traslado a Oriente después de casi tener que quemar sus naves en Roma, parecía haberle enseñado una lección: no conviene tomar partido abiertamente.

Constantino decidió intentarlo de nuevo y convocó una reunión de todos los obispos cristianos a fin de zanjar el asunto de una vez por todas. Al ser “pagano”, decía, disfrutaba de una gran ventaja, puesto que al no pertenecer a ningún sector ni partido en la contienda, podía enjuiciar el asunto con imparcialidad. Esto resolvería el problema al que se enfrentaban los obispos que se habían mostrado incapaces de nombrar a un cristiano que, actuando como moderador, presidiera las reuniones. Esta reunión de obispos, que finalmente tuvo que ser presidida por Constantino, se conoce en nuestros días como el Concilio de Nicea (o Iznik, ciudad que hoy pertenece a Turquía).

El Concilio de Nicea: año 325 d.C.

Se cursaron las invitaciones y todos los gastos fueron sufragados por Constantino con los fondos del tesoro imperial. Aparte de los líderes de los dos grupos contendientes, de la mayor parte de los invitados no se podía decir que destacasen por su erudición. Es importante notar que ninguno de los miembros de la Iglesia de Donato fuera invitado —a pesar de que Caeliano, el principal opositor de Donato, sí que lo fue. Entre los obispos más importantes participantes en el Concilio estaban:

Eusebio de Cesarea

Eusebio de Cesarea es el padre de la historia eclesiástica. Su obra es la fuente principal de las tradiciones que unen el siglo I d.C. con el siglo IV d.C. de la era cristiana. Además de su vasta erudición, la importancia de su influencia se basaba en el hecho de ser el único de los prelados orientales capaz de adivinar lo que pensaba el Emperador. Esto se debía en parte a que actuaba de intérprete, de capellán oficial e incluso de confidente del Emperador. Y esto a pesar de ser partidario de Arrio en su interior y de disfrutar del apoyo de la mayor parte de los obispos de Palestina.

Eusebio de Nicomedia

Eusebio de Nicomedia procedía de una familia aristócrata y fue discípulo de Luciano en la misma época que Arrio. Su gran espiritualidad era reconocida universalmente. Existieron pues en esta época dos importantes hombres de Dios con el mismo nombre, hecho éste que causó gran confusión entre muchos de los historiadores de ese periodo.

Eusebio de Nicomedia era el más decidido de los partidarios de Arrio; el resto de seguidores lo conocían con el sobrenombre de Eusebio “el grande”. También se le atribuían milagros. En un principio fue Obispo de Beirut para ser trasladado luego a Nicomedia, capital del Imperio Oriental. Había sido gran amigo de Licinio, cuñado y rival del Emperador, y ejercía una cierta influencia sobre Constantina, hermana de Constantino. Hacía poco tiempo que Licinio se había enfrentado al Emperador, cosa que le costó la vida. Tras la muerte de su marido, Constantina se trasladó al Palacio Imperial. Así fue como a través de ella y de su propia, aunque distante, relación con la familia Imperial, Eusebio seguía manteniendo lazos con la corte. De hecho, gracias a esta influencia, Constantino acabó por aceptar el Cristianismo en la Iglesia de Arrio y murió como creyente en la Unidad Divina.

Atanasio

Atanasio era un joven y decidido partidario de las creencias y conceptos que llevaron a la formación de lo que más tarde sería conocido como la escuela Trinitaria de teología. Alejandro, que ya era persona de avanzada edad y había sido vencido por Arrio en numerosas ocasiones, decidió enviar a Atanasio como su representante en Nicea en vez de asistir él personalmente.

Osio

Osio era el principal consejero del Emperador. Su importancia residía en ser el representante de la Iglesia Paulina de Occidente, zona en la que la influencia del Emperador era más débil. Osio tenía fama de ser un erudito en teología por méritos propios. En la historia se le conoce como el venerable anciano al que Atanasio llama “santo”.

La rectitud de su carácter era un hecho admitido por todos. Su importancia había ido disminuyendo por tener relaciones demasiado estrechas con el Emperador.



Además de estos pocos eruditos, el Concilio estaba formado por hombres de piedad reconocida, hombres de corazón puro pero carentes de erudición cuyas lenguas no siempre podían expresar lo que sentían:



Espiridemo

Espiridemo era un obispo tosco, más bien simple y casi iletrado, tal como lo eran la mayor parte de los obispos de la Iglesia cristiana de esa época. El estudio detallado de su personalidad servirá de ilustración para entender la clase de hombres que eran los demás. Espiridemo era un pastor que había sufrido persecuciones y, no obstante, seguía firme en su creencia. Su conocimiento de las conveniencias políticas en cuestiones de religión era bastante superficial. Su nombramiento como obispo se debió a los milagros que se le atribuían. Una vez ocupado el cargo, no cambió sus vestimentas toscas y campesinas. Siempre se desplazaba a pie de un lado a otro. No era del agrado de los demás “príncipes” de la Iglesia Paulina que en el fondo hubiesen preferido que no llegara a tiempo para el Concilio de Nicea.

Cuando Espiridemo recibió la invitación del Emperador se dio cuenta de que, si quería llegar a tiempo, tendría que viajar utilizando un mulo como montura. Se puso en camino acompañado de un criado, a diferencia de los demás obispos que viajaban con todo un cortejo. Espiridemo y su criado viajaron en dos mulos, uno blanco y otro con manchas de varios colores. Se cuenta que una noche que estaban alojados en una posada llegaron a la misma un grupo de los obispos de los que no estaban muy seguros de que Espiridemo fuera la persona más adecuada para tomar parte en las deliberaciones del Concilio. A la mañana siguiente, mientras Espiridemo y su criado estaban dormidos, cortaron la cabeza a los dos mulos y siguieron su camino. Al despertar, Espiridemo dijo a su criado que ensillara los mulos y les diera de comer. El sirviente los encontró muertos y comunicó el suceso a su amo. Espiridemo le dijo que pusiera la cabeza de cada mulo en su sitio, junto al resto del cuerpo seccionado. En

la oscuridad del establo el criado se confundió y puso la cabeza del mulo blanco en el cuerpo del que tenía manchas y viceversa. Una vez terminada la operación, los dos mulos cobraron vida y Espiridemo y su criado pudieron continuar su camino. Al poco tiempo adelantaron a los obispos autores de la fechoría que ya daban por sentado que Espiridemo se había quedado atrás y jamás podría llegar a tiempo a Nicea. Su sorpresa fue aún mayor cuando vieron que ¡el mulo blanco tenía la cabeza del picazo y éste la del mulo blanco!²⁰

Patamon

Patamon era un sencillo ermitaño.

Esio

Esio se hizo famoso por su extremado puritanismo.

Myserio de Níkola

El nombre de Myserio de Níkola ha pasado a la historia, especialmente recogido por los historiadores de la Iglesia, porque cada vez que Arrio hablaba, Myserio se tapaba los oídos.



Como vemos, el Concilio estaba formado en su mayor parte por obispos de fe sincera y ardiente, pero sin demasiado conocimiento intelectual sobre las cuestiones de fondo que utilizaban como fundamento. De repente, estos hombres se encontraron frente a los más sutiles y eruditos exponentes de la filosofía griega de la época. La forma de expresión era tan retórica, que estos obispos, sinceros pero sencillos, apenas podían entender lo que decían. Incapaces de explicar racionalmente su conocimiento o de discutir con sus oponentes, la única posibilidad que les quedaba era aferrarse a sus creencias en silencio o asentir ante cualquier decisión del Emperador.



Los delegados llegaron a Nicea unos días antes del inicio del Concilio. A la espera de la solemne apertura, se reunían en pequeños grupos en los que los temas más candentes se discutían con emotivo fervor. En estas reuniones, que tenían lugar en el gimnasio o en espacios al aire libre, los expertos en filosofía griega lanzaban con precisión

sus dardos sofisticados o ridiculizantes que causaban gran confusión entre los delegados presentes.

Por fin llegó el día señalado y todos los invitados se reunieron para la ceremonia de inauguración del Concilio que iba a ser presidida por el Emperador en persona. El recinto preparado para celebrar las reuniones era un gran salón del palacio alargado y rectangular. En el centro de la sala se habían colocado copias de todos los Evangelios conocidos, que en ese entonces eran cerca de trescientos. Todas las miradas se dirigían al trono Imperial que era de madera tallada y estaba chapado en oro. El trono estaba colocado en un extremo del salón entre dos filas de asientos colocados frente a frente.

El profundo silencio se rompió con los sonidos lejanos de procesión que se acercaba a palacio. Poco tiempo después, los dignatarios de la corte fueron entrando uno tras otro. En un momento dado, una señal procedente del exterior anunció que el Emperador estaba a punto de llegar. La totalidad de los presentes se puso en pie y, por primera vez para muchos de ellos, posaron sus asombradas miradas en el Emperador Romano, Constantino, el Augusto, el Grande.

Su gran estatura, su cuerpo bien proporcionado, la anchura de sus hombros y la elegancia de sus rasgos estaban en total armonía con lo elevado de su posición. Su expresión era tal, que muchos de los presentes lo tomaron como una manifestación de Apolo, el dios-sol romano. Muchos de los obispos quedaron boquiabiertos por la deslumbrante suntuosidad de sus sobrecargadas vestiduras. Su larga cabellera aparecía coronada con una diadema imperial cuajada de perlas. El manto escarlata resplandecía con piedras preciosas y bordados de oro. Se calzaba con zapatos de color escarlata, privilegio exclusivo del Emperador ¡que ahora siguen utilizando los Papas!

Osio y Eusebio se sentaron a ambos lados del Emperador. Eusebio dio comienzo a la ceremonia con un discurso dirigido al Emperador. Este contestó con una corta alocución en latín que fue traducida al griego, lengua que pocos entendían, incluido el Emperador, cuyo conocimiento del griego era más bien escaso. Una vez iniciada la reunión, se abrieron de par en par las compuertas de la controversia. Con su griego vacilante, Constantino quería concentrar la energía de su discurso en un solo punto: conseguir una decisión unánime. Informó a los presentes cómo había quemado todas las peticiones

recibidas días antes procedentes de los diferentes partidos. Les aseguró que al no haberlas leído, su mente estaba abierta a cualquier postura sin mostrar predisposición hacia un grupo u otro.

El representante de la Iglesia Paulina intentaba poner tres “partes” de Dios en el Trono Divino, a pesar de que en las Escrituras sólo podía encontrar argumentos suficientes para dos. A pesar de ello, la tercera “parte” de Dios, esto es el “Espíritu Santo”, fue proclamada como la tercera persona de la “trinidad”, aunque sin esgrimir razón alguna en apoyo de esta innovación. Por otro lado, los discípulos de Luciano, seguros del terreno que pisaban, obligaron a los Trinitarios a cambiar de opinión haciendo que lo que antes era intolerable fuera ahora imposible.

Los Trinitarios tenían dificultades a la hora de definir al cristiano de manera tal que Arrio y el resto de los cristianos Unitarios quedasen excluidos de la definición, especialmente en lo que respecta a la creencia en la doctrina de la trinidad que, a pesar de ser el factor que diferenciaba ambos grupos, no aparece mencionada en los Evangelios. Los Trinitarios decían que el “Hijo” lo era “de Dios”. Los Arrianos contestaban diciendo que ellos también lo eran puesto que en las Escrituras se dice: “Todas las cosas son de Dios”.²¹ En consecuencia, decían, si se utiliza este argumento se demuestra la naturaleza Divina de todo lo que existe.

Los obispos Paulinos respondían diciendo que Jesús no sólo era “de Dios” sino también “de la Esencia de Dios”. Este nuevo matiz provocó la oposición de todos los cristianos ortodoxos ya que, según ellos, estas palabras no aparecían en las Escrituras. Así pues, el intento de probar que Jesús era Dios, en vez de unir a los cristianos los dividía cada vez más. En un intento desesperado, los Trinitarios llegaron a decir que las Escrituras afirman que “Jesús es la imagen eterna del Padre y el Dios Verdadero”.²² Los Arrianos replicaron diciendo que las Escrituras también dicen que “Los seres humanos son la imagen y la gloria de Dios”.²³ En consecuencia, si se utilizaba este argumento, no sólo Jesús sino todas las personas podían pretender la Divinidad.

La discusión continuaba, no sólo en la sala de reuniones sino también en todo el Palacio Imperial: Helena, la madre de Constantino, apoyaba a la Iglesia Paulina. Helena era un animal político y

la conveniencia administrativa corría por sus venas. Por otro lado, Constantina, la hermana del Emperador, creía en la Unidad Divina y era partidaria de Arrio. En su opinión, Arrio seguía la enseñanza original de Jesús. Constantina odiaba la política y amaba y temía a Dios. El debate empezó a extenderse por toda la corte. Lo que había empezado como un Concilio se había convertido en una intriga palaciega en la que el eunuco imperial y el cocinero de palacio jugaban papeles importantes. El Emperador, consumado estratega, se mantenía al margen haciendo que todo el mundo se preguntase cuál era su postura. Al ser “pagano”, no pertenecía a ninguna secta. En su opinión, y dadas las circunstancias, esta era la posición más favorable.

Cuanto más se prolongaba el debate más evidente era para los partidos en contienda que el Concilio no sería capaz de llegar a una decisión clara al respecto. No obstante, el apoyo del Emperador se consideraba necesario por ambas partes ya que, para la Iglesia Paulina significaría un mayor poder y para la Iglesia del norte de África el fin de las persecuciones. A fin de obtener el favor de Constantino, los obispos presentes acordaron introducir algunos cambios en su religión. La princesa Constantina había dicho a Eusebio de Nicomedia que el Emperador quería sobre todo una Iglesia unida, ya que la división era una amenaza para el Imperio. Si no se llegaba a un acuerdo en el seno de la Iglesia, bien pudiera ser que el Emperador perdiese la paciencia y terminara por retirar su apoyo al Cristianismo. En éste caso, la situación de los cristianos sería peor incluso que antes, y la enseñanza correría peligro. Aconsejado a su vez por Eusebio, Arrio y sus seguidores eligieron una postura pasiva aunque decidieron no apoyar los cambios adoptados por el Concilio:

Como en esa época la adoración del dios-sol romano era un culto muy extendido en el Imperio, y como al Emperador se le consideraba la encarnación en la tierra de dicha deidad, la Iglesia Paulina formuló la siguiente declaración:

- El sabbath cristiano sería el día del sol romano —por eso se llama día del sol (Sunday) y no porque Jesús le diera ese nombre.
- El día del nacimiento de Jesús se establecía el 25 de diciembre —día del nacimiento del dios sol— puesto

que para ese entonces nadie recordaba el día real en que Jesús había nacido.

- El emblema del Cristianismo sería el mismo emblema que el del dios sol, esto es, la cruz de luz.
- Aunque la imagen de Jesús ocuparía el lugar que hasta entonces ocupaba el ídolo del dios sol, se decidió sin embargo incorporar al culto cristiano muchas de las ceremonias que formaban parte de los ritos de la celebración del nacimiento del dios sol.

No cabe duda de que para Constantino fue muy reconfortante ver cómo disminuía el abismo existente entre el Cristianismo y la religión del Imperio. Y es más que probable que para la Iglesia Paulina esto supusiera un aumento de la estima imperial y el apoyo decidido a esta Iglesia que, a pesar de parecer debilitado, resurgía ahora con renovada firmeza.

Por último, las nuevas creencias y conceptos que hasta este momento apuntalaban el dogma de la trinidad, fueron aceptados como doctrinas fundamentales de lo que ahora se podía llamar “Cristianismo oficial”.

Es posible que incluso en estos primeros estadios, algunos de los defensores de las creencias y conceptos Paulinos tuvieran todavía un cierto grado de experiencia directa de la Unidad Divina y continuaran afirmándola, a pesar del nuevo lenguaje que ahora se veían obligados a utilizar. Para éstos, las nuevas doctrinas, que con el tiempo pasarían a formar parte de la doctrina oficial de la trinidad, eran en realidad un medio más para describir sus propias experiencias.

Como el lenguaje de la Unidad utilizado por Jesús se había perdido en su mayor parte, estas personas habían recurrido a la terminología de la filosofía neo-platónica que, a pesar de no ser la más adecuada para estos propósitos, era todo lo que les quedaba para indicar lo que sabían. Sin embargo, esta perspectiva sólo era accesible a muy pocas personas. “Paso por alto en silencio” escribía Apuleyo “esas doctrinas sublimes y platónicas que sólo comprenden unos pocos de entre los más piadosos y que son totalmente desconocidas para los profanos”.²⁴

De forma similar, Platón observaba que: “Descubrir al Creador es difícil, pero explicárselo al vulgo es imposible”.²⁵ Pitágoras había dicho: “Hablar de Dios entre personas con opiniones formadas de antemano no es seguro. En este caso, decir la verdad o la mentira es igualmente peligroso”.²⁶

Aunque el uso de la terminología griega tuviera justificación en el caso concreto de aquellos que intentaban explicar la naturaleza de la Unidad Divina, la realidad es que este intento conducía al fracaso. No había manera de que el concepto “*theos*” del griego, palabra que no estaba basada en ningún mensaje revelado, pudiera abarcar la enseñanza superior que había sido revelada a Jesús. Las innovaciones de Pablo y sus seguidores eran lo único que parecía hacer posible este “matrimonio” de conceptos.

Para los que no podían aprehender las ideas de los filósofos griegos, la confusión era aún mayor. Esta era la situación en que se encontraban la mayor parte de las personas que entraban en contacto con las nuevas creencias y conceptos que en un momento dado se amalgamaron y dieron luz a la doctrina “oficial” de la trinidad. La confusión provocada dio lugar a una incesante especulación, hecho de sobra demostrado por el desarrollo tomado en el Concilio de Nicea. Así pues, a pesar de que la doctrina de la trinidad sigue siendo algo incomprensible para todo aquél que sea intelectualmente honesto y sincero, sí que es al menos posible comprender cómo tomó cuerpo dicha doctrina y el por qué de su aceptación, al comienzo de forma informal, para terminar siendo la conclusión oficial del Concilio de Nicea. También está claro, debido a la confusión causada por la introducción de dicha doctrina, por qué Arrio insistía una y otra vez en buscar la guía volviendo a las fuentes del Cristianismo, en vez de recurrir al pensamiento de los filósofos griegos que, evidentemente, no procedía de la revelación confiada al Profeta Jesús.

Una vez que estos cambios fueron confirmados por el Concilio de Nicea, ya fue posible alejarse un paso más de la enseñanza de Jesús y lo que conocemos hoy en día como el Credo Niceno fue redactado y juramentado por todos los presentes con el apoyo total del Emperador Constantino. Este Credo vino a entronizar la visión de los cristianos Paulinos y tenía como apéndice los siguientes anatemas para refutar con ellos, y de una vez por todas, las enseñanzas de Arrio:

“Pero con respecto a los que dicen: ‘Ya existía cuando él no existía, y antes de nacer aún no era, y que vino a la existencia procedente de la nada’, o aquellos que afirman que el Hijo de Dios es de substancia o hipóstasis diferente, o ha sido creado, o está sujeto a alteración o cambio. Estas afirmaciones son anatematizadas por la Iglesia Católica”.

Entre los firmantes del Credo Niceno, algunos creían en él, otros pretendían hacerlo —a pesar de no saber en realidad qué estaban firmando— y otros, la mayoría de los delegados asistentes al Concilio, a pesar de no estar en absoluto de acuerdo con la doctrina de la trinidad, firmaron el Credo con cierta reserva mental para así complacer al Emperador. Uno de los asistentes llegó a decir: “El alma no va a empeorar por un poco de tinta”.²⁷ Refiriéndose a esta frase, el Profesor Gwatkin se lamenta de que ésta no sea una escena agradable para un historiador. Es posible que la queja del Profesor Gwatkin se deba a que escribió su comentario no como historiador, sino como ¡un abogado que acepta el encargo de defender un caso perdido!

Esta fue la gente que bajo la presidencia de un Emperador pagano decidió cuál iba a ser la prueba de validez del cristiano ortodoxo. El resultado fue una sorpresa tanto para los cristianos Paulinos como para el grupo Unitario de Arrio. Es posible que nadie, excepto Constantino, imaginara que el desenlace del Concilio iba a ser éste. La sola idea de someterse a una prueba de validez universal para determinar qué significa ser cristiano, era un cambio revolucionario. Y esto a nadie le gustó.

La inserción de una condena directa del Arrianismo era un paso mucho mas serio. Incluso los que habían consentido en juramentar el Credo lo habían hecho con cierto recelo; y ahora, cuando de lo que se trataba era de aceptar un anatema redactado en términos ajenos a las Escrituras, y que tampoco habían sido utilizados por Jesús ni por ninguno de sus compañeros más cercanos, los asistentes tuvieron que auto-convencerse de que lo habían firmado estando sometidos a una cierta coacción.

El Concilio que había comenzado con tanta fanfarria había fracasado por completo a la hora de obtener algún resultado.

La única persona que sabía exactamente lo que estaba haciendo era el Emperador Constantino. Era consciente de que un Credo que no se basa en la convicción sino en los votos no puede tomarse en serio. Se puede creer en Dios, pero no se le puede elegir con procedimientos democráticos. Constantino sabía cómo y por qué habían firmado el Credo los obispos, pero estaba decidido a impedir que se tuviera la impresión de que, en cierta manera, había obligado a los obispos a firmar en contra de sus propias convicciones. Así que decidió recurrir a un milagro divino para afianzar y confirmar las decisiones del Concilio:

Todas las copias de los Evangelios —los relatos escritos tanto de la enseñanza de Jesús y, en algunos casos, de lo que quedó de tal enseñanza después de haber sido cambiada— estaban todavía colocados en el centro del salón donde habían sido puestos al comienzo del Concilio. ¿Cuáles de estas Escrituras eran las más verídicas y fiables?

Según una de las fuentes, en aquella época existían al menos 270 versiones del Evangelio, aunque según otras había 4.000 Evangelios diferentes. Incluso en el caso de aceptar la cantidad más conservadora, este número de versiones tenía que desconcertar a cualquier cristiano erudito de la época. La formulación de un credo tomando como base conceptos ajenos a los Evangelios, o lo que es peor, en contradicción directa con lo dicho por éstos, hacía sin duda las cosas mucho más confusas para los que se basaban en su lectura; por otra parte, la existencia de tal número de Evangelios era sin duda incómoda para otras personas.

Se decidió que las copias de los diferentes Evangelios fueran colocadas debajo de una mesa en el Salón del Concilio. Hecho esto, todo el mundo abandonó la sala que se cerró con llave. Se pidió a los obispos que pasaran la noche en oración pidiendo que las versiones más correctas y fidedignas del Evangelio de Jesús aparecieran sobre la mesa. Lo que no se sabe es quién guardó la llave del Salón del Concilio aquella noche.

A la mañana siguiente, los Evangelios más aceptables para Atanasio, el representante del Patriarca Alejandro —los de Mateo, Marcos, Lucas y Juan— aparecieron cuidadosamente colocados sobre la mesa. Entonces se decidió, a fin de facilitar el asunto, quemar el resto de Evangelios que aún quedaban bajo la mesa.

A partir de aquel momento, la posesión de un Evangelio no autorizado se convirtió en un delito capital. El resultado de tal disposición fue la muerte de más de un millón de cristianos Unitarios en los tres años siguientes a las decisiones tomadas en el Concilio de Nicea. Esta fue la forma expedita que utilizó Atanasio en su intento de unir a los cristianos.

Al volver de Nicea, los obispos no tardaron en reiniciar la disputa que habían dejado interrumpida por la convocatoria del Emperador. La batalla comenzó de nuevo y el antiguo conflicto continuó con la fuerza de los episodios anteriores. Pronto se olvidaron de que el Credo que habían firmado en Nicea significaba la aceptación de una profesión de fe. Los partidarios de Arrio no hicieron nada por ocultar la cruda realidad: no creían que el Credo fuese una afirmación del auténtico Cristianismo. Atanasio era el único que seguía fiel al Credo, pero incluso sus partidarios tenían dudas al respecto.

Mientras tanto, en la parte occidental del imperio, el Credo apenas llegó a ser conocido. San Hilario aún no lo conocía treinta años después de la celebración del Concilio de Nicea. Respecto al caso, escribió lo siguiente:

“Anatemizamos a los mismos que defendemos. Condenamos las doctrinas de los demás en nosotros mismos o bien las nuestras en las de los demás y así, despedazándonos recíprocamente, nos hemos convertido en la causa de nuestra mutua ruina. La traducción que se hizo (del Credo) del griego al latín era imperfecta ya que los términos griegos tomados de la filosofía platónica, que habían sido consagrados por la Iglesia, no podían expresar los misterios de la fe cristiana. Los defectos de expresión en las Escrituras pueden introducir en la teología latina una larga serie de errores o incluso producir la confusión”.²⁸

Sabinas, uno de los primeros obispos de Tracia, describe a los que se reunieron en Nicea como un grupo de catetos ignorantes. Califica la declaración de fe efectuada por el Concilio de torpeza promulgada por personas ignorantes que no sabían nada sobre el tema. Socrito el historiador, comparó a los dos grupos en litigio con dos ejércitos que luchan en la oscuridad sin saber los significados de las palabras

que utilizan. Dr. Stanley dice que si Atanasio, de joven, hubiese actuado con la moderación que le caracterizó en la vejez, la Iglesia Católica no se habría dividido, evitándose así el derramamiento de mucha sangre.



Así fue como el Concilio de Nicea, en vez de eliminar la separación entre las sectas cristianas lo que hizo fue aumentarla, incrementándose además la inquina existente entre ambos grupos. La disposición de la Iglesia era tal, que olvidó las virtudes de la razón y la persuasión para descubrir la eficacia de la violencia, comenzando así la primera gran carnicería contra los Arrianos. Poco tiempo después, los Godos y los Lombardos fueron “convertidos” de la misma manera. Luego siguió la terrible pérdida de vidas humanas que fue la consecuencia inevitable de las cruzadas. Durante la Guerra de los Treinta años de Europa, se estableció que la creencia en la trinidad ya no era suficiente: debía obedecerse también a la élite de gobierno de la Iglesia Paulina. En la época de la Reforma, la situación era tal que incluso las acciones de Lutero no estaban dirigidas a asegurar el retorno a la enseñanza auténtica de Jesús, sino que demostraron ser una mera lucha de poder.



Volviendo a los acontecimientos ocurridos inmediatamente después del año 325 d.C., nos encontramos con el fallecimiento del obispo Alejandro en el año 328 d.C. La elección consiguiente para el patriarcado de Alejandría fue muy agitada. Los Arrianos y los melecianos presentaron batalla con todos los medios a su alcance, pero finalmente Atanasio fue elegido, proclamado y consagrado obispo. La elección fue puesta en duda. Los que se oponían a la misma se quejaron de persecución, intrigas políticas e incluso de artes mágicas.

Mientras tanto en la corte Imperial, Constantina, la hermana del Emperador amante y temerosa de Dios, seguía denunciando la matanza de cristianos. Esta princesa jamás intentó ocultar el hecho de que, para ella, Arrio representaba el Cristianismo verdadero. También se oponía al trato que había recibido Eusebio de Nicomedia, a quien su hermano el Emperador había desterrado por sus creencias. Por

fin consiguió su propósito y a Eusebio se le permitió regresar. Su vuelta fue un duro golpe para el grupo de Atanasio. Lo curioso es que, poco a poco, el Emperador comenzó a mostrar sus simpatías hacia el grupo de Arrio. Cuando Constantino se enteró de la controversia surgida en torno a la elección de Atanasio, le pidió que viniera a la capital del Imperio. Sin embargo, Atanasio esgrimió algunas excusas y no fue a Constantinopla.

En el año 335 d.C. se celebró un Concilio en Tiro para celebrar los treinta años del reinado de Constantino. Esta vez Atanasio se vio obligado a asistir. Fue acusado de tiranía episcopal y la atmósfera de oposición contra su persona se enrareció tanto, que decidió abandonar el Concilio sin esperar a oír las posibles decisiones tomadas sobre su persona. Atanasio fue condenado. A continuación, los obispos se reunieron de nuevo en Jerusalén donde se confirmó la condena de Atanasio y Arrio fue recibido de nuevo en el seno de la Iglesia permitiéndosele recibir la comunión.

Arrio y su amigo Euceo fueron invitados a Constantinopla por el Emperador. La paz entre Arrio y el Emperador estaba ya prácticamente sellada y, para ir aún más lejos, los obispos volvieron a condenar oficialmente a Atanasio, que en su desesperación decidió intentar enfrentarse al león en su propia guarida. Así que fue a Constantinopla y el Emperador le concedió audiencia. Eusebio de Nicomedia también estaba presente. Eusebio sabía que las decisiones tomadas contra Arrio en el Concilio de Nicea se tomaron por razones políticas. Así que para evitar malentendidos, en vez de iniciar un debate eclesial que el Emperador no habría comprendido, prefirió acusar a Atanasio de obstaculizar el suministro de grano con destino a la capital. Esta táctica de Eusebio tomó a Atanasio totalmente por sorpresa y le hizo descubrir con amargura que había otro tan hábil como él en el juego del que era tan experto. La acusación fue fácil de probar y Atanasio fue enviado a Trier en la Galia.

Arrio fue nombrado Obispo de Constantinopla. Sin embargo, murió envenenado poco tiempo después, en el año 336 d.C. La Iglesia Paulina dijo que era un milagro, pero el Emperador sospechaba el asesinato. Nombró una comisión para investigar la muerte que había ocurrido de forma tan misteriosa. Se descubrió que Atanasio era el responsable y fue condenado por el asesinato de Arrio.

El Emperador, profundamente conmovido por la muerte de Arrio y sin duda influenciado por su hermana, se convirtió al Cristianismo Unitario. Poco tiempo después fue bautizado por Eusebio de Nicomedia y murió un año más tarde, en 337 d.C. Así fue como Constantino, a pesar de haber dedicado parte de su reinado a perseguir a los que afirmaban la Unidad Divina y de haber apoyado a sus detractores, acabó sus días confesando la fe de los que había sentenciado a muerte.



Arrio jugó un papel fundamental en la historia del Cristianismo. No sólo fue el medio principal por el que Constantino aceptó el Cristianismo, sino que también representó a los que habían intentado seguir las enseñanzas de Jesús. Cuando la guía profética estaba empezando a ser seriamente erosionada, y cuando la memoria de Jesús como hombre que encarnaba su mensaje comenzaba a desvanecerse, Arrio destaca entre los hombres de su tiempo como una persona que no estaba dispuesta a aceptar con complacencia este desarrollo de los acontecimientos.

Arrio creía que Dios es Uno y que, en consecuencia, esta creencia es sumamente sencilla. Arrio creía que Dios es el Único no engendrado, el Único eterno, el Único sin principio, el Único bueno, el Único todopoderoso, el Único inmutable e inalterable y también que su Ser está oculto por un misterio eterno ante el ojo externo de todo ser creado. Arrio era contrario a cualquier idea que postulara características humanas a Dios.

Arrio predicaba con fervor el seguimiento a ciegas de Jesús. Estaba dispuesto a reconocer en Jesús cualquier atributo compatible con su naturaleza humana y que no estuviera en contradicción con los atributos y la Unidad de Dios. En consecuencia, se negaba a aceptar toda idea que propiciara la creencia en una Divinidad múltiple y rechazaba en concreto todo dogma que aceptase a Jesús como ser divino. Según su opinión, la esencia principal de la Divinidad es que ni engendra ni es engendrada, en virtud de lo cual Jesús jamás podría haber sido “hijo” de Dios en sentido estricto.

Si se atribuye a Dios la posibilidad de engendrar, decía Arrio, el concepto en sí constituye un ataque contra la singularidad Única de Dios. Es una forma de atribuir a Dios, aunque sólo sea de forma

indirecta, la corporalidad y las pasiones que son atributos del ser humano, además de implicar que el Todopoderoso está sometido a la necesidad, lo cual es evidentemente falso. Así pues, en cualquier caso, es imposible atribuir a Dios la posibilidad de engendrar.

Arrio decía también que Jesús, como ser finito, es diferente a Dios, que es Eterno. Es posible imaginar un momento en el que Jesús no existía, lo cual es un argumento más a favor de que Jesús sea diferente a Dios. Jesús no es parte de la Esencia de Dios sino una criatura de Dios, lo mismo que el resto de los seres creados, aunque es evidente su singularidad con respecto al resto de los seres humanos al carecer de padre y haber sido escogido como Profeta. Arrio argüía que en vez de compartir la Esencia Divina de alguna manera, Jesús ni siquiera contenía totalmente su propia esencia. Tenía que depender, como cualquier otro ser creado, de la ayuda de la gracia Divina —mientras que Dios es totalmente independiente. Jesús, como cualquier otro ser humano, tenía libre albedrío y una naturaleza humana que podía conducirlo a acciones agradables o no a Dios. Sin embargo, añadía Arrio, aunque Jesús fuera potencialmente capaz de actuar de manera desagradable ante Dios, la pureza y la virtud que Dios le había otorgado, le impedía hacerlo.

Estos postulados básicos contenidos en las creencias de Arrio han perdurado hasta nuestros días y son todavía los fundamentos de la creencia de muchos cristianos Unitarios.



Tras la muerte de Constantino en el año 337 d.C., el siguiente emperador, Constancio, aceptó también la fe de Arrio, y la creencia en la Unidad Divina siguió siendo oficialmente aceptada como la forma “ortodoxa” del Cristianismo. Una conferencia que tuvo lugar en Antioquía en el año 341 d.C. aceptaba el monoteísmo como la auténtica base del Cristianismo. Esta disposición fue confirmada por otro Concilio celebrado en Esmirna en el año 351 d.C. al que asistió el emperador que estaba entonces en el poder. Así pues, en esos momentos, la enseñanza a la que Arrio se había aferrado con tal convicción estaba siendo aceptada por la gran mayoría de cristianos, tanto del Imperio Romano Oriental como del norte de África. En el año 359, San Jerónimo escribía que: “el mundo entero suspiraba y se maravillaba de descubrirse Arriano”.²⁹

En los años siguientes, los cristianos Trinitarios aumentaron en número, pero incluso en el año 381 d.C. la religión oficial del Emperador de Constantinopla todavía se declaraba arriana. Sin embargo, el Concilio de Constantinopla del año 381 d.C. otorgó oficialmente el estatus divino al Espíritu Santo, y una vez “lograda tal hazaña”, ya fue más fácil que antes argumentar que la doctrina de la trinidad no sólo era posible, sino también correcta. Desde ese momento, la doctrina de la trinidad comenzó a ser aceptada gradualmente como la base del Cristianismo en Europa Occidental.

Este fenómeno de convocar “concilios” y hacer declaraciones “oficiales” demuestra por sí mismo lo mucho que los cristianos “ortodoxos” de la Europa oriental se habían ido apartando de lo enseñado por Jesús, la paz sea con él. Jesús jamás había recurrido a este tipo de procedimientos que solamente solían tener lugar en las cortes de los gobernantes, ¡puesto que la sabiduría y el debate son incompatibles!

En el año 387 d.C. Jerónimo había completado su conocida *Biblia Vulgata*. Ésta era la primera traducción al latín de las Escrituras que habían sido previamente traducidas al griego a partir de textos hebreos. Se incluía en ella lo que hoy conocemos como el *Antiguo Testamento*. Esta *Biblia* es la que se convirtió en el texto básico del resto de Biblias traducidas a otras lenguas y la que fue adoptada primero por las Iglesias Católicas Romanas —y más tarde también por los Protestantes— como libro canónico. Una vez establecida esta versión, el resto de Evangelios y Escrituras no incluidas en la selección hecha por Jerónimo, fueron casi destruidas en su totalidad por estas dos Iglesias Trinitarias en un momento u otro. Así fue como, conforme la versión “canónica” se iba asentando, el contacto con el Jesús real se iba perdiendo.

En nuestros días, por ejemplo, son pocos los cristianos conscientes de la gran cantidad de Evangelios que hubo en el pasado y por qué o cuándo fueron destruidos. La mayor parte de los que conocen esta realidad histórica la explican diciendo que los Evangelios desaparecidos habían sido escritos por “herejes”; otros por ser meros duplicados de lo que ya estaba en los cuatro Evangelios aceptados, y los más porque carecían de fiabilidad por alguna otra razón.

Y lo que es peor: la mayoría de los cristianos siguen desconociendo totalmente el exhaustivo trabajo de investigación llevado a cabo, especialmente durante este siglo, sobre la autenticidad, exactitud y fiabilidad de los contenidos de la *Biblia*. Al no estar informados de los descubrimientos y las conclusiones desmitificadoras de dicha investigación es probable que sigan afirmado, a pesar de que esto contradiga lo que ya saben los líderes de las Iglesias establecidas, que los contenidos de la *Biblia* son la “palabra de Dios” que ha sido traducida a su propio idioma a partir de textos auténticos que narran con toda exactitud los acontecimientos descritos por testigos presenciales. Todo esto es debido, como indica el Dr. Bucaille en su obra *La Biblia, el Corán y la Ciencia*, a que estos cristianos han sido deliberadamente engañados:

“En las ediciones de la Biblia producidas para el gran público, las notas introductorias presentan a menudo un repertorio de ideas encaminadas a persuadir al lector de que los Evangelios apenas presentan problemas en lo que se refiere a la personalidad de los autores, la autenticidad de los textos o lo verídico de las descripciones. A pesar de existir tanto desconocimiento con respecto a los autores, de cuya identidad ni siquiera estamos seguros, encontramos en estas notas introductorias una gran cantidad de información que a simple vista parece muy precisa. Sin embargo, a menudo presentan como certeza lo que es pura hipótesis, o declaran que tal y tal evangelista fue testigo presencial de los sucesos, a pesar de haber especialistas que afirman justo lo contrario. El tiempo transcurrido entre el fin de la presencia de Jesús y la aparición de los textos, es exageradamente reducido. Podría hacernos creer que estos textos fueron escritos por una persona a partir de tradiciones orales, cuando la realidad es que los especialistas han demostrado que se trata de adaptaciones hechas en los textos. Por supuesto que se mencionan ciertas dificultades de interpretación aquí y allí, pero pasan por alto contradicciones manifiestas que sin duda sorprenden a quien medite sobre ellas. En los pequeños glosarios, que junto con los

apéndices complementan estos prefacios tranquilizadores, se observa cómo las improbabilidades, las contradicciones o los errores más evidentes han sido ocultados o enterrados bajo inteligentes argucias de naturaleza apologética. Esta situación, que muestra la naturaleza engañosa de tales comentarios, no deja de ser preocupante”.³⁰

El Dr. Bucaille continúa diciendo:

“La mayor parte de los cristianos creen que los Evangelios fueron escritos por testigos presenciales de la vida de Jesús, y que por tanto constituyen una prueba incuestionable de la historicidad de los sucesos que marcan su vida y enseñanzas. Con tales garantías de autenticidad, es asombroso que haya gente que crea posible discutir las enseñanzas derivadas de los mismos y que alguien pueda poner en duda la validez de la Iglesia como institución si se aplican las instrucciones generales dadas por Jesús. Las ediciones más populares de los Evangelios de nuestros días están llenas de comentarios cuyo fin es la propagación de estas ideas entre el público en general.

La validez de los autores del Evangelio como testigos presenciales de la vida de Jesús se ha inculcado siempre a los creyentes como un principio indiscutible. A mediados del siglo II, San Justino tituló a los Evangelios: las *Memorias de los Apóstoles*. Por otra parte, hay tantos detalles concretos en relación con los autores que resulta asombroso dudar de su fiabilidad; se llega incluso a decir que hablaban arameo y griego. Mateo era una persona de sobra conocida, “un funcionario de aduanas que prestaba servicios en el fielato de Cafarnaúm”. Marcos es fácilmente identificable como el compañero de Pedro; no hay duda de que también él era un testigo presencial. Lucas es el “querido médico” mencionado por Pablo: la información sobre él es muy precisa. Juan es el apóstol que estaba siempre cerca de Jesús; era hijo de Zebedeo, un pescador del mar de Galilea.

Pero los estudios más recientes sobre los orígenes del Cristianismo demuestran que esta manera de presentar las

cosas apenas se corresponde con la verdad. Veamos quiénes eran en realidad los autores de los Evangelios. En lo que respecta a las décadas siguientes a la misión de Jesús, debe entenderse que los acontecimientos no ocurrieron de la manera que se describe y que la llegada de Pedro a Roma no significó para nada el establecimiento de las bases de la Iglesia. Antes al contrario, desde que Jesús dejó la Tierra y hasta la segunda mitad del siglo II, lo que se dio realmente fue una disputa entre dos grupos. Uno de ellos podría llamarse el del Cristianismo Paulino y el otro el Cristianismo Judaico. Lenta, pero paulatinamente, el primero suplantó al segundo y el Cristianismo Paulino ganó la partida”.³¹

Desde entonces, y como resultado de este “triunfo”, la naturaleza real del conflicto ha sido cuidadosamente ocultada por la Iglesia Trinitaria —hasta el punto de que la mayor parte de los cristianos son educados en la creencia de que los cristianos Trinitarios son los “verdaderos” cristianos y los Unitarios unos “herejes” extraviados cuyas creencias no deben ser tomadas en serio en ninguna circunstancia.

En este punto al que hemos llegado nos sería de gran ayuda considerar, aunque sólo sea brevemente, los orígenes, autenticidad, exactitud y fiabilidad no sólo del *Nuevo Testamento*, sino también de las dos primeras Escrituras que fueron condenadas por la Iglesia Trinitaria pero que sobrevivieron a los intentos de destrucción: *El Evangelio de Bernabé* y *El Pastor de Hermas*.



Capítulo Quinto

El Evangelio de Bernabé

A pesar de que ninguno de los Evangelios oficialmente aceptados hoy en día —o por lo que a ello respecta, el *Evangelio de Bernabé*, cuya autenticidad sigue siendo atacada por la Iglesia establecida porque su contenido contradice los dogmas oficiales en varios temas fundamentales— son capaces de ser autenticados objetivamente (en su lugar se proclama de forma aplastante que son “inspirados por la divinidad”), el *Evangelio de Bernabé* sigue siendo sin embargo una lectura fascinante, especialmente porque parece ser el único Evangelio que ha sobrevivido y fue escrito por un discípulo cercano a Jesús, la paz sea con él, durante los tres años en los que éste divulgó su mensaje.

Bernabé disponía de una experiencia directa y de un conocimiento de la enseñanza de Jesús que no tenía parangón con la de los autores de los cuatro Evangelios oficialmente aceptados. No se sabe cuando escribió lo que recordaba de Jesús y su enseñanza; no se sabe tampoco si los acontecimientos y los discursos fueron transcritos al mismo tiempo que tenían lugar o si lo hizo poco después de que Jesús abandonara la Tierra, llevado por el temor de que la enseñanza fuera alterada o se perdiera para siempre. Es posible que no escribiera nada hasta que regresó de Chipre a donde viajó con Juan Marcos. Como vimos, este viaje tuvo lugar poco tiempo después de la desaparición de Jesús y después de abandonar la compañía de Pablo de Tarso; recordemos que éste último había rehusado emprender otro viaje con Bernabé si Marcos estaba presente. Pero sin que nos importe cuándo fue escrito y a pesar de que, como los otros cuatro Evangelios aceptados, también sufriera las traducciones a varios idiomas, el Evangelio de Bernabé sigue siendo una relación de la vida de Jesús narrada por un testigo presencial.

Tanto los que tienen un interés personal en “demostrar” que el *Evangelio de Bernabé* es una falsificación, como los que quieren averiguar la verdad de la cuestión, sin importar cual sea, todos afirman con

prontitud que aunque los primeros Padres de la Iglesia mencionan a menudo en sus escritos el *Evangelio de Bernabé*, ello no implica que lo que parece ser una traducción al italiano del siglo XVI que se conserva en la Biblioteca Imperial de Viena, sea necesariamente una traducción fidedigna del texto original escrito en el siglo I d.C. Es evidente que entre los siglos intermedios se han podido introducir todo tipo de cambios.

Debe señalarse también que esta observación es aplicable por igual a los cuatro Evangelios oficialmente aceptados (los manuscritos más antiguos, base de los textos actuales, están escritos en griego, no en hebreo o arameo, y están fechados en el siglo IV d.C., tres siglos después de que la probable redacción original tuviera lugar). Esta posibilidad nunca ha sido admitida por la Iglesia establecida dado que su autoridad habría sido, y aún lo sería, inevitable y seriamente dañada por los resultados de esta observación.

También se puede argumentar que, una vez sopesadas las probabilidades, si los cuatro Evangelios aceptados son más o menos precisos, lo mismo puede decirse del *Evangelio de Bernabé*, puesto que gran parte de su contenido tiene mucho en común con los cuatro Evangelios, estando incluso a menudo de acuerdo. No obstante hay dos diferencias fundamentales entre el *Evangelio de Bernabé* y los otros Evangelios: la narración de quién fue crucificado y las referencias específicas a la futura venida del Profeta Muhammad, a quien Allah bendiga y conceda paz. Temas ambos que aparecen en el *Evangelio de Bernabé* pero no en los otros Evangelios.

En última instancia, la evaluación de los contenidos de cualquier Evangelio tiene que ser extremadamente subjetiva. Las palabras mencionadas en un versículo determinado pueden resonar en nosotros como ciertas o no, y la reacción de un lector en particular puede ser diferente a la de cualquier otro.

En lo que respecta a las citas que se han hecho del *Evangelio de Bernabé* durante los últimos dieciocho siglos—hecho que confirma la existencia del Evangelio, aunque en nuestros días ya no sea la versión original—se ha establecido sobradamente que el *Evangelio de Bernabé* era aceptado como Evangelio canónico en las iglesias de Alejandría hasta bien entrado el año 325 d.C.

Por los escritos de Irineo (130-200 d.C.), activo defensor de la Unidad Divina, se sabe que el *Evangelio de Bernabé* circulaba entre la gente durante los siglos I y II después del nacimiento de Jesús. Irineo se oponía a Pablo y a sus seguidores a los que acusaba de ser responsables de la asimilación, dentro de la enseñanza original de Jesús, de la religión pagana romana y de la filosofía platónica. Para defender sus ideas citaba profusamente el *Evangelio de Bernabé*.

También es evidente, a la luz de la investigación relativamente reciente —investigación conducida con el ánimo genuino de descubrir lo que había sucedido en vez de intentar presentar más “pruebas” a favor o en contra de dogmas y teorías establecidas que ya son insostenibles a la luz de los hechos históricos irrefutables y las patentes contradicciones— que el conflicto surgido entre los seguidores Unitarios de Jesús pertenecientes a las Tribus de Israel por un lado, y por el otro los seguidores europeos de Pablo que no pertenecían a las Tribus de Israel y cuyas vidas estaban enraizadas en un legado cultural y filosófico diferente, tuvo lugar en los primeros tiempos de la historia de la Iglesia cristiana —antes incluso de que los primeros cristianos comenzaran a utilizar cada vez más los textos escritos en sustitución de lo transmitido de boca a boca.

En su obra, *La Biblia, el Corán y la Ciencia*, el Dr. Maurice Bucaille se refiere a estos dos grupos con los nombres de judeocristianos y cristianos Paulinos. Su visión de los orígenes y las relaciones entre estos dos grupos —una visión a la que llegó tras una investigación exhaustiva y un análisis detallado— confirma que el conflicto entre ambos grupos era, al menos al principio, no tanto de tipo ideológico como de forma de comportamiento, tal y como indica su resumen de un artículo publicado por el Cardenal Daniélou en el año 1967 en el que se cita profusamente el texto original del Cardenal.

“Después de la partida de Jesús, el ‘pequeño grupo de apóstoles’ formó una ‘secta judía que siguió fielmente la forma de adoración que se practicaba en el Templo’. No obstante, cuando se introdujeron las costumbres de los nuevos conversos procedentes del paganismo, se les ofreció, en cierto modo, un ‘sistema especial’: el Concilio de Jerusalén del año 49 d.C. les permitía estar exentos de la circuncisión y otras

prácticas judías; 'pero muchos judeocristianos rechazaron estas concesiones'. Este grupo está claramente separado del de Pablo. Más aún, Pablo y los judeocristianos entraron en conflicto precisamente por este tema (el incidente de Antioquía, 49 d.C.). 'Para Pablo, la circuncisión, el sabbath y la forma de adoración que se practicaba en el Templo estaban, desde ese momento, desfasadas incluso para los judíos. El Cristianismo tenía que liberarse de su adhesión político-religiosa al Judaísmo y abrirse a los gentiles'.

Para los judeocristianos que seguían siendo 'judíos leales', Pablo era un traidor. Hay documentos que lo tachan de 'enemigo' y lo acusan de 'utilizar una doble táctica' ... 'Hasta el año 70 d.C. el grupo judeocristiano representa la mayoría de la Iglesia' y 'Pablo no es más que un caso aislado'. El líder de la comunidad en esa época era Santiago, el pariente de Jesús. Junto a él estaban Pedro (al principio) y Juan. 'Santiago puede ser considerado como el representante del grupo judeocristiano, grupo que se aferraba al Judaísmo en clara oposición al Cristianismo Paulino'. La familia de Jesús ocupa un lugar muy importante en la Iglesia judeocristiana de Jerusalén: 'el sucesor de Santiago fue Simeón, hijo de Cleofás, un primo del Señor'.

El Cardenal Daniélou cita aquí documentos judeocristianos que muestran la visión que tenía de Jesús la comunidad que se formó originalmente en torno a los apóstoles: *El Evangelio de los Hebreos* (procedente de una comunidad judeocristiana de Egipto), los escritos de Clemente: *Homilias y Reconocimientos*, *Hypotyposeis*, el *Segundo Apocalipsis* de Santiago, el *Evangelio de Tomás*. (Debe notarse aquí que todos estos escritos serían más tarde declarados *Apocryfa*, e.d.: tenían que ser ocultados por la Iglesia nacida del triunfo alcanzado por Pablo. Esta Iglesia suprimió partes de la literatura evangélica para al final quedarse sólo con los cuatro Evangelios canónicos). 'Los judeocristianos son los autores de los textos más antiguos de la literatura cristiana'. El Cardenal Daniélou los menciona con todo detalle.

‘Durante los primeros cien años de la Iglesia, los judeo-cristianos predominaron no sólo en Jerusalén y Palestina sino también en las misiones judeocristianas que parecen haberse propagado por todas partes antes del advenimiento Paulino. Esto es lo que explica el conflicto al que aluden las cartas de Pablo’. Se trataba de los mismos adversarios con los que iba a encontrarse una y otra vez: en Gálata, Corinto, Colosos, Roma y Antioquía.

La costa sirio-palestina desde Gaza hasta Antioquía era judeocristiana ‘tal y como atestiguan los *Hechos de los Apóstoles* y los escritos de Clemente’. En Asia Menor, la existencia de los judeocristianos aparece mencionada en las cartas de Pablo dirigidas a los Gálatas y los Colosenses. Los escritos de Papias proporcionan información sobre los judeocristianos de Frigia. En Grecia, la primera carta de Pablo a los Corintios menciona a los judeocristianos, especialmente en Apolonia. Según la carta de Clemente y el *Pastor de Hermas*, Roma era un ‘centro importante’. Para Tácito y Suetonio, los cristianos eran una secta judía. El Cardenal Daniélou cree que la primera evangelización de África fue judeocristiana. *El Evangelio de los Hebreos* y los escritos de Clemente de Alejandría comparten la misma visión.

Es importante conocer estos hechos a fin de comprender el conflicto entre comunidades que formaba el escenario en el que se escribieron los Evangelios. Los textos que tras numerosas adaptaciones de las fuentes originales han llegado a nuestros días, comenzaron a aparecer en el año 70 d.C., época en la que las dos comunidades rivales estaban enzarzadas en un fiero combate en el que aún dominaban los judeocristianos. El Cardenal Daniélou explica el posterior declive de la siguiente manera:

‘Una vez desacreditados los judíos en el Imperio, los cristianos comenzaron a separarse de éstos. Fue entonces cuando los pueblos helénicos sometidos a la persuasión cristiana obtuvieron ventaja: Pablo había logrado una victoria pós-

tuma. El Cristianismo se separó política y sociológicamente del Judaísmo: se convirtieron en un tercer grupo. Sin embargo, y en lo que se refiere al ámbito cultural, los judeocristianos siguieron siendo el elemento predominante hasta la revuelta judía del año 140 d.C.’.

Desde el año 70 d.C. hasta un periodo situado poco antes del 110 d.C., es cuando se componen los Evangelios de Marcos, Mateo, Lucas y Juan. Estos Evangelios sin embargo, no son los primeros documentos cristianos escritos: las cartas de Pablo son muy anteriores. Según O. Culmann, es probable que Pablo escribiera su carta a los Tesalonicenses en el 50 d.C., y que ya hubiera muerto algunos años antes de que el Evangelio de Marcos estuviera acabado por completo.

Pablo es sin duda la figura más controvertida de la Cristiandad. La familia de Jesús y los apóstoles que permanecieron en Jerusalén, en el círculo presidido por Santiago, lo consideraban un traidor al pensamiento de Jesús. Para crear el Cristianismo, Pablo se aprovechó de aquellos que Jesús había reunido en torno suyo para propagar sus enseñanzas. Pablo no había conocido a Jesús y legitimizaba su misión diciendo que Jesús, resucitado de entre los muertos, se le había aparecido en el camino de Damasco. Es totalmente razonable preguntarse qué habría sido del Cristianismo sin Pablo, e innumerables serían las hipótesis al respecto. Sin embargo, en lo que se refiere a los Evangelios, podría afirmarse con certeza que, en caso de no haberse dado este conflicto entre las dos comunidades, no tendríamos los escritos que han llegado hasta nuestros días. Aparecieron en un momento álgido de la contienda entre ambos grupos. Estos ‘escritos de combate’, como los denomina el Padre Kannengiesser, surgen como síntesis de otros muchos escritos que existían sobre Jesús. Esto ocurrió cuando el estilo Paulino de la Cristiandad ya había definitivamente triunfado y creado su propia colección de textos oficiales. Estos textos constituían el ‘*Canon*’ que condenaba y excluía como heterodoxo a todo documento que no estuviera de acuerdo con la línea del partido formado por la Iglesia.

Los judeocristianos, como comunidad influyente, desaparecieron de la historia, pero todavía se oyen voces que hablan de ellos englobándolos bajo el término general de ‘judaizante’. Así es como el Cardenal Daniélou describe su desaparición:

‘Cuando la Gran Iglesia, que poco a poco se iba liberando de sus vínculos judaicos, empezó a discriminarlos, los judeocristianos desaparecieron con gran rapidez en Occidente. No obstante, en Oriente todavía se pueden detectar pequeños grupos en los siglos III y IV d.C., especialmente en Palestina, Arabia, Transjordania, Siria y Mesopotamia. Hubo algunos que pasaron a engrosar la filas de la Gran Iglesia sin abandonar los restos de la cultura semítica; éstos son los que aún perduran integrados en las Iglesias de Etiopía y Caldea’.¹

La confirmación “oficial” de la “victoria” del Cristianismo Paulino sobre los verdaderos seguidores de Jesús fue, como ya hemos visto, entronizada con el resultado del famoso Concilio de Nicea que tuvo lugar en el año 325 d.C. En este Concilio, el emperador romano Constantino, que en esa época declaraba ser “neutral” basándose en que no era cristiano, decidió que la versión Paulina del Cristianismo era la que representaba la verdadera enseñanza de Jesús, y que los Evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan serían los Evangelios oficialmente aceptados. Decidió también que los demás Evangelios, incluido el *Evangelio de Bernabé*, debían ser destruidos —y con ellos sus propietarios— una decisión que causó la pérdida definitiva de muchos de los primeros Evangelios y el martirio de millones de cristianos Unitarios en los años siguientes.

Fue también en el Concilio de Nicea, y después de más de dos siglos de debate, donde se otorgó a Jesús el estatus divino de forma oficial. La posterior instauración oficial, en el Concilio de Constantinopla del año 381 d.C., del “Espíritu Santo” como la “tercera persona”, propició definitivamente que la doctrina de la trinidad, que ya había empezado a emerger anteriormente, alcanzara ahora la madurez absoluta a los tres siglos y medio después de la desaparición de Jesús.

Poco después del Concilio de Constantinopla, el Emperador Romano Teodosio declaró que el rechazo de la doctrina de la trinidad era

un delito de extrema gravedad; con ello establecía las bases sobre las que siglos después se asentaría la Inquisición medieval, sobre todo la española —puesto que en esa época, las doctrinas de la Nueva Alianza, el Pecado Original, la Expiación y el Perdón de los pecados y la de la trinidad, estaban arraigadas de tal forma en la psique cristiana que no hubo número de reformas, antiguas o modernas, por muy bien intencionadas que fuesen, capaces de erradicar dichas doctrinas.

Tenemos pues que la doctrina de la trinidad necesitó varios siglos para alcanzar su pleno desarrollo, —desarrollo que formó parte de un largo proceso cultural y filosófico caracterizado por un acalorado conflicto y a menudo un confuso debate— hecho que explica por qué la doctrina jamás aparece descrita con detalle en ninguno de los textos, ni siquiera en la versión oficial Paulina del *Nuevo Testamento*, núcleo central de la enseñanza de Jesús. Esto sólo pudo deberse a que los contenidos de los escritos cristianos originales —tanto los de los judeocristianos como los de los cristianos Paulinos— habían sido completados antes de la formulación de la doctrina y eran demasiado conocidos como para manipularlos excesivamente en la época en la que la doctrina había alcanzado el momento de ser puesta por escrito de forma ya oficial.

Lo más que podía conseguir la Iglesia Paulina era la supresión sistemática y total de todos los escritos judeocristianos que afirmasen de forma clara e inequívoca la Unidad de Dios, o que confirmaran también la continuidad de la enseñanza y la forma de vida practicada por Moisés y Jesús, con ambos sea la paz.

Así pues, una vez aceptada y proclamada formalmente la doctrina de la trinidad como doctrina oficial de la Iglesia Paulina, una de las consecuencias ineludibles de esta decisión fue que, de los casi trescientos Evangelios existentes en la época, sólo pudieran sobrevivir los cuatro que fueron seleccionados como Evangelios oficiales de la Iglesia Paulina. El resto de los Evangelios, incluido el *Evangelio de Bernabé*, fueron condenados a ser destruidos por completo. También se decidió la destrucción de los Evangelios escritos en hebreo. Se proclamaron edictos en los que se declaraba que el poseedor de uno de estos Evangelios sería sentenciado a muerte. Este fue el primer intento sistemático de erradicar toda transmisión de la enseñanza original de Jesús, tanto humana como escrita, que contradijera la

doctrina de la trinidad. En el caso del *Evangelio de Bernabé* las órdenes no tuvieron éxito, puesto que la mención de su existencia ha llegado hasta nuestros días:

El Papa Dámaso (304-384 d.C.) que llegó a ser Papa en el año 366 d.C., promulgó un decreto en el que prohibía la lectura del *Evangelium Barnabe*. Este decreto fue apoyado por Gelasio, Obispo de Cesarea, muerto en el año 395 d.C. El Evangelio estaba incluido en su lista de libros apócrifos. “*Apocrifa*” significa “oculto a la gente, reservado”. Así pues, en esos momentos el Evangelio dejó de estar a disposición de todo el mundo, aunque se seguía hablando de él por los líderes de la Iglesia. De hecho, se sabe que el Papa mencionado se procuró una copia del *Evangelio de Bernabé* en el año 383 d.C., copia que guardaba en su biblioteca privada.

Hubo más decretos relacionados con este Evangelio. El Decreto de las Iglesias Occidentales del año 382 d.C. y posteriormente el del Papa Inocencio, en el 465 d.C., decretaron su prohibición. El Decreto de Gelasian del año 496 d.C., incluye al *Evangelium Barnabe* en una lista de libros prohibidos. Este decreto fue confirmado por Hormisdas, que fue Papa desde el año 514 al 523 d.C.. Estos decretos están recogidos en el Catálogo de Manuscritos Griegos de la biblioteca del Canciller Seguer (1558-1672); el catálogo fue compilado por B. De Montfauton (1655-1741).

Los escritos de Bernabé —entre los que se incluyen además del Evangelio una Epístola— se mencionan de la siguiente manera en el texto de Nicéforo titulado *Stichometry*:

Serie N.º 3 : Epístola de Bernabé ... Líneas 1.300.

Y también en la lista de los *Sesenta Libros*:

Serie N.º 17 : Viajes y enseñanzas de los Apóstoles.

Serie N.º 18 : Epístola de Bernabé.

Serie N.º 24 : El Evangelio según Bernabé.

Esta famosa lista de libros prohibidos era conocida con el nombre de *El Índice*, y los cristianos no debían leer ninguno de los textos contenidos en ella so pena de merecer el castigo eterno.

Es interesante resaltar, aunque sólo sea de pasada, que una versión griega de la *Epístola de Bernabé* —mencionada en los escritos de dos de

los más conocidos y antiguos Padres de la Iglesia, Orígenes (185-254 d.C.) y Eusebio (265-340 d.C.)— se encuentra en el *Codex Sinaiticus* (probablemente la versión griega más antigua del *Nuevo Testamento* conocida en nuestros días y que data del siglo IV o V d.C.), epístola que ha sido excluida de todas las versiones modernas de la *Biblia*.

Los polemistas cristianos han alegado repetidamente no sólo que la traducción italiana del *Evangelio de Bernabé* es una falsificación medieval sino que el Evangelio entero también lo es y que fue escrito por un converso musulmán en el siglo XV o XVI de nuestra era. Esta afirmación no puede ser del todo correcta dado el número de referencias a este Evangelio, algunas anteriores a la venida del Profeta Muhammad, a quien Allah bendiga y conceda paz.

Otras menciones posteriores del *Evangelio de Bernabé* están recogidas en el manuscrito 206 de la Colección Baroccian de la Biblioteca Bodleian de Oxford cuya fecha aproximada es finales del siglo VI o principios del VII d.C.² Cotelerius, el encargado de confeccionar el catálogo de manuscritos de la Biblioteca de Luis XIV, incluía en su lista titulada *Índice de Escrituras* que elaboró en 1789, el *Evangelio de Bernabé*. En un museo de Atenas existe un fragmento de una versión griega del *Evangelio de Bernabé*, único resto de una copia destruida por el fuego:

**Βαρνάβας ὁ ἀπόστολος ἔφη· ἐν ἀμίλλαις πονηραῖς ἀθλιώτερο
ὁ νικῆσας, διότι ἀπέρχεται πλέον ἔχων τῆς ἁμαρτίας**³

Al mismo tiempo, y de acuerdo con las observaciones de Grabe en *Spicilegium Patrum*, i, 302, Toland descubrió que el manuscrito 39 Baroccian, contiene un fragmento del *Evangelio de Bernabé* que es un equivalente italiano del texto griego. La conclusión de Toland fue que la traducción italiana existente del *Evangelio de Bernabé* era idéntica al Evangelio original. En ese mismo año, Reland en su obra *De Religione Mahomedica* (1718) descubrió que el Evangelio también existía en árabe y en español.

Las conclusiones de Mr. S. A. Johnson en lo que respecta a las referencias que existen de las diferentes versiones del *Evangelio de Bernabé*, son sin duda importantes:

“El conocimiento por parte de Grabe de una versión griega del Evangelio y su equivalencia con el manuscrito italiano

posterior, hace admisible la posibilidad de que el *Evangelio de Bernabé* que conocemos sea en realidad el *Evangelium Barnabae* que aparece listado en el Decretal Gelasian del siglo VI y en la lista 206 del Códice Barocciano del siglo VI o VII en la que se relacionan otros 60 textos. Digo que esto es “posible” porque en nuestros días no se conoce la existencia de ningún manuscrito griego tan antiguo. No obstante, lo que sí queda fuera de toda duda, es que la pretensión cristiana que afirma que el *Evangelio de Bernabé* es una invención de un musulmán renegado del siglo XV o XVI, no es más que una vana tentativa de menospreciar un Evangelio que pone en evidencia el mismísimo fundamento de la cristología cristiana contemporánea. En su epístola a los Corintios, Pablo admitía la importancia de esta doctrina con respecto a la totalidad de la fe cristiana:

‘Ahora bien, si se predica que Cristo ha resucitado de entre los muertos ¿cómo andan diciendo algunos de entre vosotros que no hay resurrección de los muertos? Si no hay resurrección de los muertos Cristo tampoco resucitó. Y si no resucitó Cristo, vacía es nuestra predicación y vacía también es vuestra fe. Y somos convictos de ser falsos testigos de Dios, porque hemos atestiguado contra Dios que resucitó a Cristo, a quien no resucitó si es que los muertos no resucitan ...’ (*I Corintios* 15: 12-15) ⁴

Es evidente que si se encontrara en alguna parte una copia original en griego o en hebreo del *Evangelio de Bernabé*, su comparación con la traducción italiana pondría fin, de una vez por todas, a la disputa sobre la autenticidad y fiabilidad de la versión italiana.

En el año cuarto del reinado del Emperador Zenón (478 d.C.), se encontraron los restos de Bernabé; sobre su pecho se encontró una copia autógrafa de su Evangelio. El hecho quedó registrado en el *Acta Sanctorum*, Boland Junii, tomo II, págs. 422-450, publicado en Amberes en el año 1698. La Iglesia Católica Romana ha declarado que el Evangelio encontrado en la tumba de Bernabé era el de Mateo, pero no se ha dado ningún paso para mostrar dicha copia. Los contenidos exactos de la biblioteca del Vaticano, con sus 40 kilómetros de largo, siguen manteniéndose en la más completa oscuridad.

El manuscrito a partir del cual se hizo la actual versión inglesa del *Evangelio de Bernabé*, estaba originalmente en manos del Papa Sixto V (1589-1590). Este Papa era amigo de un monje llamado Fray Marino, que se mostraba muy interesado por el *Evangelio de Bernabé* después de haber leído los escritos de Irineo en los que se cita profusamente este Evangelio. El monje fue un día a visitar al Papa. Comieron juntos y después de la comida el Papa se durmió. El padre Marino se puso a hojear los libros de la biblioteca privada del Papa y descubrió un manuscrito en italiano del *Evangelio de Bernabé*. Lo ocultó en las mangas de su sotana y salió del Vaticano con la copia en su poder. El manuscrito pasó por varias manos hasta llegar a “una persona de renombre y autoridad” que vivía en Ámsterdam, “a quien durante toda su vida se le oyó hablar a menudo de esta obra con gran entusiasmo”. Tras la muerte de esta persona, el manuscrito llegó a manos de J.E. Cramer, un consejero del rey de Prusia. En el año 1713, Cramer mostró el libro al Príncipe Eugenio de Saboya, conocido por su saber bibliográfico. En 1738, el libro junto al resto de la biblioteca del Príncipe, llegó a parar a la Hofbibliothek de Viena, lugar en el que se encuentra en la actualidad.

Toland, un prestigioso historiador de los primeros tiempos de la Iglesia antigua, tuvo acceso al manuscrito; lo menciona en su obra *Miscellaneous Works* que fue publicada póstumamente en el año 1747. Hablando del Evangelio, dice: “Esta es una escritura hecha con todo detalle”; y sigue diciendo:

“La historia que se cuenta de Jesús difiere a veces de la de los Evangelios admitidos, amén de contener más detalles ... con la peculiaridad de ser este Evangelio ... casi tan extenso como muchos de los nuestros. Y puede que incluso alguien se sienta predispuesto a su favor, puesto que cuando mejor se saben estas cosas es justo después de que suceden; cuanto más alejado se está del original, más se desvanecen sus contenidos”.⁵

Tomemos como ejemplo el siguiente extracto del *Evangelio de Bernabé* (procedente de la traducción de Lonsdale y Laura Ragg) que trata de lo sucedido justo antes del milagro en el que se dio de comer a más de cinco mil personas —una narración que junto con el milagro nos da

una explicación acerca del por qué se había reunido tanta gente en ese lugar, cosa que no se encuentra en ninguno de los cuatro Evangelios canónicos por la obvia razón de presentar a Jesús demostrando en público que él no podía ser identificado con Dios mediante la sencilla comparación de sus atributos humanos con los atributos divinos de Dios. Un sacerdote judío corrobora sus palabras:

“Así pues, el gobernador, el sacerdote y el rey pidieron a Jesús que a fin de tranquilizar a la gente, subiera a un lugar elevado y hablara desde allí. Entonces Jesús subió a una de las doce piedras que Josué había hecho sacar del río Jordán a las doce tribus en la ocasión en que todo Israel pasó por allí sin que se mojaran ni siquiera los pies. Y dijo Jesús con voz muy alta: ‘Que nuestro sacerdote suba a un lugar elevado desde el que pueda confirmar mis palabras’.

El sacerdote subió; una vez allí, Jesús dijo con voz clara para que todos pudieran oírlo: ‘Está escrito en el Testamento y en la Alianza del Dios vivo que Dios no tiene principio; ni tampoco tendrá fin’.

A lo cual contestó el sacerdote: ‘Así está escrito’.

Dijo Jesús: ‘Está escrito que nuestro Dios ha creado todas las cosas sólo con Su palabra’.

‘Así es’, dijo el sacerdote.

Dijo Jesús: ‘Está escrito que Dios es invisible y está oculto a la mente del ser humano, dado que Él es incorpóreo e inmutable, no sujeto a cambio alguno’.

‘Cierto’, dijo el sacerdote.

Dijo Jesús: ‘También está escrito que el cielo de los cielos no Lo puede contener puesto que Dios es infinito’.

‘Así lo dijo Salomón el Profeta, Oh Jesús’, confirmó el sacerdote.

Dijo Jesús. ‘Está escrito que Dios no necesita cosa alguna ya que no come, no duerme ni tiene deficiencia alguna’.

‘Totalmente cierto’, dijo el sacerdote.

Dijo Jesús: ‘Está escrito que nuestro Dios está en todo lugar, y que no hay otro dios excepto Él; Él es quien derriba y edifica y hace todo lo que quiere’.

‘Así está escrito’, dijo el sacerdote.

Entonces Jesús, alzando sus manos al cielo dijo: ‘Oh Señor, Dios nuestro, ésta es mi fe con la que me presentaré en Tu juicio: y atestiguaré contra todo aquél que crea lo contrario’.

Y volviéndose a la gente, dijo: ‘Arrepentíos, a fin de que todo lo que ha dicho el sacerdote y que está escrito en el Libro de Moisés, la Alianza que Dios ha hecho con vosotros para siempre, os sirva para identificar vuestro pecado; puesto que yo soy un hombre que puede ser visto por todos, un pedazo de arcilla que camina sobre la Tierra, mortal como el resto de los mortales. Y tengo un principio del mismo modo que tendré un final, y mi condición es tal que no podría crear ni una mosca aunque quisiera’’. (*El Evangelio de Bernabé*: 59)

La publicidad que Toland dio al manuscrito de Viena imposibilitó que su destino fuera el mismo que sufrió otro manuscrito del Evangelio en español de cuya existencia se tenía constancia en aquel tiempo. El manuscrito en español fue entregado a la biblioteca de una institución educativa inglesa al mismo tiempo que se entregaba la versión italiana a la Hofbibliothek de Viena. Pero al poco tiempo de llegar a Inglaterra el manuscrito español desapareció misteriosamente.

El manuscrito italiano fue traducido al inglés por Canon Lonsdale y Laura Ragg. Fue luego impreso y publicado por la Oxford University Press en el año 1907. La casi totalidad de esta edición desapareció repentina y misteriosamente del mercado. Hoy sólo se sabe de la existencia de dos copias: una está en el British Museum y otra en la Biblioteca del Congreso de Washington. Una vez que se pudo conseguir una copia microfilmada del libro guardado en la Biblioteca del Congreso, se hizo una nueva edición en Paquistán. Esta edición fue utilizada más tarde para volver a publicar una versión revisada del *Evangelio de Bernabé*.

La nueva edición inglesa, comprensiblemente, causó una cierta irritación a la Iglesia cristiana de nuestros días, ya que si los contenidos del *Evangelio de Bernabé* son ciertos, de ello se deduce que la mayor parte de la versiones del Cristianismo existentes hoy en día —y

en consecuencia las Iglesias que lo divulgan— carecen de una base firme porque el *Evangelio de Bernabé* confirma que Jesús no era Dios, ni tampoco el “hijo de Dios”; que no fue crucificado y que, en consecuencia, no “resucitó de entre los muertos”. Como ya hemos visto, el mismo Pablo había declarado que si Jesús no había sido crucificado ni había resucitado, la tesis Paulina se desmoronaba por completo:

“Y si no resucitó Cristo, vacía es nuestra predicación, vacía también vuestra fe. Y somos convictos de falsos testigos de Dios porque hemos atestiguado contra Dios que resucitó a Cristo ...” (I Corintios 15: 14–15)

En consecuencia, casi todas las Iglesias establecidas, estuvieran o no distantes unas de otras en sus posturas, han unido sus esfuerzos para desacreditar la versión inglesa del *Evangelio de Bernabé*, desprestigiando para ello previamente la edición italiana de la que fue traducida.

De manera similar a lo que se hizo con la edición rusa de los *Protocolos de los Sabios de Sión*, que ha sido constantemente tachada de “falsificación” para con ello desprestigiar la traducción a cualquier otra lengua, se hace ahora lo mismo con las traducciones española e inglesa del *Evangelio de Bernabé*: decir que la versión italiana original es una falsificación —y en consecuencia afirmar que incluso las versiones mucho más antiguas, tanto griegas como hebreas, que como ya hemos visto se sabe que existían en los momentos iniciales del Cristianismo, ¡son, sin duda, también falsificaciones!

Es posible que el intento más erudito y documentado para desacreditar la edición inglesa del *Evangelio de Bernabé* haya sido el libro escrito por David Sox cuyo título, en cierta forma engañoso, es “*El Evangelio de Bernabé*”. El autor sólo cita unas pocas líneas de la traducción inglesa porque el propósito subyacente del libro es ¡disuadir a la mayor cantidad de gente de la lectura del *Evangelio de Bernabé* e impedir al mismo tiempo que se formen una opinión acerca de su autenticidad!

Como lo que pretendía el ensayo de David Sox era “demostrar” la falsedad de la versión italiana del *Evangelio de Bernabé*, empleaba una metodología que ponía de manifiesto las intenciones del autor: una vez comprobado que la “*encuadernación*” del manuscrito de Viena está fechada aproximadamente en los siglos XVI o XVII, —aunque

ello no implica que el manuscrito proceda de la misma fecha, puesto que puede proceder de una fecha muy anterior y haber sido encuadernado una y otra vez hasta llegar a la versión vienesa; lo que sí es cierto es que no puede tratarse de un manuscrito anterior que haya sido copiado, ni por supuesto un manuscrito aún más antiguo en griego o hebreo que habría sido traducido— el próximo paso para David Sox era encontrar al supuesto falsificador.

Tenía que tratarse de alguien familiarizado con el *Antiguo* y el *Nuevo Testamento* tal y como aparecen en la *Biblia Vulgata*, para así poder citar repetidamente los sucesos y profecías contenidos en el *Antiguo Testamento* cada vez que fuera necesario. Tenía que ser alguien convertido al Islam y al mismo tiempo lo suficientemente “inteligente” como para que la “falsificación” no correspondiera demasiado con lo que dice el *Corán* sobre Jesús (por ejemplo, describir al Profeta Muhammad como “el Mesías” que iba a venir después de Jesús cuando el *Corán* confirma que Jesús *era* el Mesías cuya venida había sido predicha por Moisés; o por ejemplo, confirmar la historia tradicional del nacimiento de Jesús tal y como aparece en los Evangelios oficiales, en vez de narrar el nacimiento de forma coincidente con lo que dice el *Corán*; o también por ejemplo, no mencionar varios de los milagros hechos por Jesús que, como veremos en el capítulo once, están descritos en el *Corán* pero no aparecen en los Evangelios oficiales).

Tenía que tratarse de alguien con habilidad suficiente como para asegurar no sólo que la “falsificación” no se correspondiera exactamente con lo que aparece en el *Corán*, sino que además, un tercio al menos del contenido de la “falsificación” confirmase al pie de la letra lo que aparece en los Evangelios oficiales, otro tercio abundara aún más en lo contenido en estos Evangelios sin llegar a contradecirlos y que el tercio restante, —aunque contradijera lo que está en los Evangelios oficiales— apareciera sin embargo como una “escritura hecha con todo detalle” parafraseando a Toland. ¡Seguro que la tarea no era nada fácil!

Y sin embargo sí que había un posible candidato: según el prefacio de la traducción española del *Evangelio de Bernabé*, Fray Marino —el monje que supuestamente robó al Papa la copia de la versión italiana— se había convertido al Islam. “Si pudiéramos demostrar que no sólo no robó la copia del Papa” (podemos imaginar que así pensaba

David Sox) “sino que incluso fue él quien la escribió, ¡habríamos logrado el objetivo!” Evidentemente, esta hipótesis dependía en gran medida de poder establecer fuera de toda duda que no sólo la encuadernación, sino también el manuscrito italiano databan ambos de los años 1580 al 1600 —pruebas de lo cual brillan por su ausencia.

A falta de una confesión refrendada y voluntaria de Fray Marino, es imposible “probar” esa tesis casi cuatrocientos años después del pretendido acontecimiento, aún acudiendo al “equilibrio de las probabilidades”. Y menos aún que podamos quedar “a salvo de toda duda razonable” —como acaba aceptando David Sox no sin cierta reticencia cuando admite que en su libro “el lector se enfrenta en gran medida a supuestos”. No obstante, el autor sigue con audacia empeñado en lo imposible, quizás confiando que al presentar lo supuesto como posible, pueda con ello desacreditar suficientemente cualquier versión del *Evangelio de Bernabé* y así impedir que se la tome en serio.

Por consiguiente, lo que encontramos en este ensayo es sólo el fruto de las trabajosas investigaciones llevadas a cabo por David Sox a través de los registros oficiales limitados al período en el que se encuadernó el manuscrito italiano. El objetivo de esta búsqueda no era otro que comprobar si existía alguna mención en esta época de un tal Fray Marino con el talento necesario para producir una “falsificación” de tal calibre y además con los motivos personales suficientes como para llevar a cabo y defender una tarea tan abrumadora y, en caso de ser descubierto por la Inquisición, tan peligrosa.

David Sox sólo pudo encontrar un posible candidato: un antiguo inquisidor de Venecia —¡que antes de escribir el *Evangelio de Bernabé* es más probable que lo quemara!— y que según consta en los relatos de la época, había sufrido dos amonestaciones solemnes por ser demasiado tolerante con los herejes, para acabar por fin siendo cesado de su cargo y sustituido por otra persona. Con datos tan insuficientes, David Sox deduce que Fray Marino no sólo se vio en cierto modo obligado a aceptar el Islam sino que también, y como venganza contra su sucesor, se decidió a falsificar la versión italiana del *Evangelio de Bernabé* —sin explicar jamás por qué una decisión de esta naturaleza tenía que afectar de modo adverso a su sucesor que probablemente estaría encantado de mandar a la hoguera la famosa falsificación).

Este argumento es poco convincente, especialmente si tenemos en cuenta que el manuscrito italiano apenas recibe mención alguna durante los cuatrocientos años siguientes a su aparición —¡ni tampoco se nombra hasta que la versión inglesa sale al público unos setenta años después de que la versión italiana fuera traducida al inglés por Canon Lonsdale y Laura Ragg!

Desgraciadamente para David Sox, en la actualidad no tenemos noticia de que haya un sucesor de un ex-inquisidor (que por casualidad se llame Fray Marino) y que esté preso de la más absoluta desesperación al ver que cientos de crédulos italianos están aceptando el Islam de forma incomprensible a causa de leer el infame *Evangelio de Bernabé*. La realidad del caso es que no existe “prueba” alguna de que el Fray Marino del que habla el prefacio de la versión española sea nuestro ex-inquisidor de Venecia. Probablemente, en la época del Papa Sixto V había decenas, e incluso cientos de Fray Marinos en Italia; es evidente que no todos han pasado a la historia en los pocos documentos que han llegado hasta nuestros días, y cualquiera de ellos habría podido ser el Fray Marino que robó la copia del Papa del *Evangelio de Bernabé*.

Más aún, en lo que respecta al Fray Marino elegido por David Sox, aunque consta que fuera un inquisidor y que sufriera serias reprimendas y que incluso fue degradado (aunque no cesado de su cargo), no hay constancia de que aceptase el Islam, de que fuera quemado en la hoguera por haberlo hecho, o de que huyera del país para escapar de las garras de la Inquisición. Si como David Sox intenta argumentar, Fray Marino escribió el *Evangelio de Bernabé* “para vengarse de su sucesor”, lo más seguro es que el Evangelio se hubiese publicado en esa época y el resultado habría sido un tremendo alboroto. Pero parece que David Sox no ha encontrado trazas del asunto.

Así pues, a pesar de las largas horas dedicadas a la investigación, de las notas a pie de página minuciosamente elaboradas, de sus continuas citas y lúcido estilo, la hipótesis de David Sox sigue siendo poco probable, inverosímil y en absoluto convincente. No es probable que cualquier tribunal imparcial de nuestros días, ante la “evidencia” presentada por David Sox, llegase a aceptar que el autor había logrado probar la conexión necesaria para justificar los cargos de falsificación, tal y como pretende en su libro. La verdad es que es

difícil de evitar la sospecha de que quizás la razón principal por la que el autor ha invertido tanto esfuerzo en demostrar lo indemostrable, no sea otra que poner en duda la autenticidad de los contenidos del *Evangelio de Bernabé*.

No obstante, hay que reconocer a favor de David Sox que, a pesar de todos los inverosímiles supuestos que, como el mismo autor admite “existen en enorme cantidad”, el autor tiene todavía la suficiente honestidad intelectual como para admitir que “el Jesús del *Evangelio de Bernabé* es en muchas ocasiones similar al de los Evangelios canónicos”.⁶ Lástima que luego lo estropee añadiendo: “porque, evidentemente, el *Evangelio de Bernabé* depende en gran manera del material contenido en estos últimos”. Pero más bien parece que la afirmación contraria sea la más cercana a la verdad.

Es posible que la razón de que exista tal similitud entre los contenidos del *Evangelio de Bernabé* y el de los otros Evangelios, sea precisamente que la traducción italiana no es una “falsificación” sino más bien una traducción exacta de una versión muy anterior, griega, hebrea o incluso del arameo, que existía mucho antes de la revelación del *Corán*, y de la cual dependieron los autores de los cuatro Evangelios canónicos —puesto que en la actualidad ya se acepta de forma general que los tres primeros Evangelios, conocidos con el nombre de Evangelios Sinópticos, procedían en parte de un Evangelio anterior desconocido al que los investigadores han dado el nombre de Evangelio “Q” a falta de otra denominación mejor.

Es posible que este Evangelio “Q” desconocido sea el *Evangelio de Bernabé* original, aunque parece que el análisis siguiente, que tomamos del libro del Dr. Bucaille *La Biblia, el Corán y la Ciencia*, aclara que el Evangelio “Q” podría muy bien haber sido una recopilación de narraciones diferentes en vez de un solo documento:

“En la época de los Padres de la Iglesia, el problema de las fuentes de procedencia fue un tema estudiado de manera mas bien simplista. En los primeros siglos del Cristianismo, la única fuente disponible era el primer Evangelio compilado a partir de manuscritos completos, esto es, el Evangelio de Mateo. El problema de las fuentes concernía solamente a Marcos y Lucas, ya que Juan era un caso aparte. San

Agustín defendía que Marcos, que aparece en segundo lugar en el orden tradicional de presentación, había sido inspirado por Mateo y que Marcos sólo había hecho un resumen de la obra de este último. También decía San Agustín que Lucas, el tercero en el orden de aparición de los manuscritos, utilizó datos procedentes de ambos; su prólogo parece confirmarlo y es una cuestión que ya ha sido ampliamente discutida.

Los expertos en la exégesis de este período, eran tan capaces como nosotros de evaluar el grado de confirmación de unos textos con otros hasta descubrir una gran cantidad de versículos comunes a los dos o tres sinópticos. Hoy en día, los comentaristas de la *Traducción Ecuménica de la Biblia* proporcionan las cifras siguientes:

Versículos comunes en los tres sinópticos	330
Versículos comunes en Marcos y Mateo	178
Versículos comunes en Marcos y Lucas	100
Versículos comunes en Mateo y Lucas	230

Los versículos que son únicos en cada uno de los tres primeros Evangelios son los siguientes: Mateo 330, Marcos 53 y Lucas 500.

Desde los Padres de la Iglesia hasta finales del siglo XVIII, pasó un milenio y medio sin que se plantearan problemas sobre las fuentes de los evangelistas: la gente simplemente seguía la tradición.

Fue en una época más reciente cuando se comprobó, basándose en estos datos, cómo cada uno de los evangelistas había tomado material proveniente de los demás para elaborar a partir de estos datos su propia narración específica que estaba condicionada por su visión personal. La recopilación del material utilizado en la narración tenía suma importancia. Por un lado, estaba la que procedía de tradiciones orales presentes en las comunidades en las que se había originado dicha narración y por otro, la que se tomaba de una fuente común escrita en arameo que aún no ha sido descubierta. Esta fuente escrita puede que formara

una masa compacta o que estuviera compuesta de múltiples fragmentos de narraciones diversas utilizadas por cada evangelista a la hora de elaborar su propia versión”.⁷

Es inevitable preguntarse entonces si el *Evangelio de Bernabé* apócrifo es este Evangelio no descubierto o al menos parte de la posible recopilación utilizada en las diferentes narraciones. Debe recordarse que Marcos, cuyo Evangelio es el primero de los cuatro Evangelios, era el hijo de la hermana de Bernabé. Nunca conoció a Jesús. Así pues, lo que contaba de la vida y enseñanzas de Jesús en su Evangelio, tenían que habérselo contado otras personas. Se sabe también, a partir de los libros del *Nuevo Testamento*, que acompañó a Pablo y Bernabé en muchos de sus viajes, hasta el punto de estallar el amargo conflicto entre ellos que produjo como resultado el que Bernabé y Marcos se fueran juntos a Chipre. Es poco probable que Marcos se fiara de Pablo como fuente de información ya que éste tampoco había conocido a Jesús.

La única conclusión razonable parece ser la de admitir que Marcos no hacía más que repetir lo que su tío Bernabé le contaba sobre Jesús. Algunos dicen que Marcos actuaba de intérprete de Pedro y que escribió lo que había aprendido de éste. Esta afirmación puede muy bien ser correcta, puesto que Marcos tuvo que entrar en contacto con los demás apóstoles cuando no estaba de viaje con Bernabé o Pablo. No obstante, Goodspeed nos muestra como resultado de su investigación, que lo que Marcos aprendió de Pedro no era una visión demasiado global:

“Había sido intérprete de Pedro y había escrito minuciosamente, aunque no de forma ordenada, todo lo que recordaba había sido dicho o hecho por Jesús. Puesto que Marcos nunca había oído al Señor, ni lo había seguido sino que, tiempo después como ya he dicho, ayudó a un Pedro que acomodaba sus enseñanzas a las necesidades de los oyentes, pero que no tenía intención de dar una descripción precisa de los oráculos del Señor”.⁸

Lucas, a quien también se le supone autor de los *Hechos de los Apóstoles*, tampoco conoció a Jesús y era el médico personal de Pablo. Mateo, que tampoco conoció a Jesús, era un recaudador de impuestos.

Se ha dicho que el Evangelio de Marcos bien pudiera ser el Evangelio “Q” y que tanto Mateo como Lucas lo utilizaron para elaborar los suyos. Sin embargo, en sus Evangelios relatan detalles que Marcos no menciona, lo cual quiere decir que el Evangelio de Marcos no pudo haber sido la única fuente utilizada. Hay personas que dicen que esto carece de importancia ya que se sabe que el Evangelio de Marcos fue escrito en hebreo, luego traducido al griego, y a partir de esta traducción al latín. Todas las versiones hebreas y griegas más antiguas han sido destruidas y lo único que podemos hacer es especular sobre lo mucho o poco que el Evangelio de Marcos fue alterado durante estas transcripciones de un lenguaje a otro, aunque ahora ya se acepta generalmente que la sección final (*Marcos* 16: 9-20) fue añadida posteriormente al final de la obra original para rematar la misma, razón de que no se encuentre en los dos manuscritos más antiguos y completos de los Evangelios, el *Codex Vaticanus* y el *Codex Sinaiticus* que se les fecha a finales del siglo IV o V d.C.

Es interesante señalar, aunque sólo sea de pasada, que ha habido intentos de retornar a las fuentes mediante una síntesis de los cuatro Evangelios, ya que las contradicciones surgidas entre unos y otros han sido, en ocasiones, demasiado incómodas para la Iglesia establecida. Titiano fue uno de los que intentó sintetizar los cuatro Evangelios aceptados, Evangelios que ya habían sido señalados como las Escrituras canónicas de la Iglesia Paulina en el siglo II. En el Evangelio resultado de esta síntesis, Titiano utilizó el 96% del Evangelio de Juan, el 75% del Evangelio de Mateo, el 66% del Evangelio de Lucas y el 50% del Evangelio de Marcos. El resto simplemente lo descartó. Es importante comprobar que puso poca confianza en los Evangelios más antiguos y que todo su énfasis se centró en el último Evangelio que se escribió. No obstante, este nuevo Evangelio no tuvo éxito.

Es discutible pues afirmar que el Evangelio de Marcos sea la fuente común de los tres Evangelios Sinópticos, sobre todo si se considera que la mayor parte de los acontecimientos registrados en estos tres Evangelios están contenidos en el *Evangelio de Bernabé* —aunque, como ya se ha señalado, existen diferencias notables y profundas— razón por la cual, según la introducción del *Evangelio de Bernabé*, su autor se decidió a escribirlo:

“Queridos míos: Dios grande y maravilloso nos ha visitado estos días pasados en la figura de Su Profeta Jesucristo con una gran misericordia de enseñanzas y milagros; por esta razón ha habido muchas personas que, engañados por Satán y bajo una pretendida piedad, están predicando una doctrina impía en la que llaman a Jesús hijo de Dios, rechazan la circuncisión ordenada por Dios y permiten alimentarse de carne impura; entre los engañados se encuentra el mismo Pablo, asunto que me aflige enormemente. Esta es la razón de que escriba la verdad que he visto y oído, en la relación que mantuve con Jesús, para que así podáis salvaros y no seáis engañados por Satán y tengáis que sufrir las consecuencias del Juicio Divino. En consecuencia, y a fin de poder obtener la salvación eterna, guardaos de todo aquél que predique una doctrina contraria a lo que aquí yo escribo.

Que el Dios supremo sea con vosotros y os proteja de Satán y de todo mal. Amen”. (*El Evangelio de Bernabé*)

Si la versión italiana del *Evangelio de Bernabé* es una traducción fidedigna de un manuscrito anterior que contenía lo escrito por Bernabé—y debe notarse que no hay manera de “probarlo” de forma concluyente, como tampoco es posible “probar” que los contenidos de los cuatro Evangelios aceptados que existen en la actualidad contengan lo escrito originalmente por sus autores— ello implica que el *Evangelio de Bernabé* bien pudiera ser el Evangelio “Q”, fuente común de los Evangelios Sinópticos; y esto a pesar de que nadie se ha atrevido todavía a efectuar una comparación versículo a versículo entre los contenidos del *Evangelio de Bernabé* y los contenidos de los cuatro Evangelios oficiales para así poder establecer exactamente qué versos son comunes y cuales no lo son.

Si el *Evangelio de Bernabé* fuera el Evangelio “Q”, y si se tiene en cuenta la manera en que se desarrolló la Iglesia Paulina, es fácil entonces comprender no sólo por qué los manuscritos de los demás Evangelios fueron destruidos —Evangelios cuya existencia era conocida en los primeros años del Cristianismo y que luego fueron rechazados en el Concilio de Nicea— sino por qué también lo fueron los primeros manuscritos de los cuatro Evangelios aceptados,

probablemente después de que los textos originales fueran alterados de forma definitiva.

Debe enfatizarse que, en lo que respecta a los cuatro Evangelios oficiales, no existen versiones en la forma original hebrea o aramea, y que, como confirma el Dr. Maurice Bucaille, las primeras versiones griegas proceden de una época *posterior* al Concilio de Nicea:

“Documentos anteriores a esto, es decir, un papiro del siglo III d.C. y otro más fechado probablemente en el siglo II d.C., sólo transmiten fragmentos. Los dos manuscritos en pergamino más antiguos están en griego y proceden del siglo IV d.C. Son el *Codex Vaticanus*, que se guarda en la Biblioteca del Vaticano y cuyo lugar de descubrimiento es desconocido, y el *Codex Sinaiticus* que se descubrió en el Monte Sinaí y está en el British Museum de Londres. El segundo manuscrito contiene dos libros apócrifos.

Según la *Traducción Ecuménica*, existen en el mundo otros doscientos cincuenta pergaminos, el más reciente de los cuales es del siglo XI d.C. Sin embargo, no todas las copias del *Nuevo Testamento* que han llegado a nuestros días, son idénticas. Antes al contrario, es posible distinguir en ellos diferencias de diversa magnitud que, dejando aparte la importancia de las mismas, lo principal a tomar en cuenta es su gran cantidad. En parte son sólo diferencias de tipo gramatical, vocabulario o de orden de las palabras. Pero en algunos pasajes las diferencias entre los manuscritos afectan el significado de partes enteras. Si se quiere ver la magnitud de las diferencias en los textos, sólo hay que echar un vistazo a la obra *Novum Testamentum Graece* (Nestlé-Alan, Pub., United Bible Societies, Londres, 1971). Esta obra contiene un texto griego que podríamos calificar de “moderado”. Es un texto de síntesis con notas abundantes que contiene todas las variaciones encontradas en las diferentes versiones”.⁹

Así pues dado que no sólo es posible, sino también muy probable, que se introdujeran cambios importantes tanto en los textos originales anteriores al Concilio de Nicea, textos todos destruidos, como también en los textos fechados *después* del Concilio que a veces se

contradicen entre sí, la consecuencia es evidente: los textos de los cuatro Evangelios oficiales no pueden considerarse totalmente precisos y, en toda lógica, es necesario admitir que han sido alterados:

“La autenticidad de un texto, incluso la del manuscrito más venerable, es un tema susceptible a debate. Un buen ejemplo de ello es el *Codex Vaticanus*. La reproducción facsímil publicada por la Ciudad del Vaticano en el año 1965, contiene una nota en la que informa que ‘varios siglos después de haber sido copiado (lo cual según parece se hizo entre los siglos X y XI d.C.), un escribano retocó a tinta las desvaídas letras escritas sobre pergamino dejando algunas que consideró erratas’. Hay partes del texto en las que aún se pueden distinguir letras originales de color marrón claro que contrastan claramente con el resto del texto que está en marrón oscuro. No hay indicación alguna respecto a la fiabilidad del trabajo de restauración. Más aún, la nota añade que ‘las diferentes manos que corrigieron e hicieron anotaciones en el manuscrito a lo largo de los siglos, aún no han podido ser claramente discernidas; pero de lo que podemos estar ciertos es de que se hicieron un cierto número de correcciones cuando se retocó la tinta de las palabras del texto’. En todos los manuales religiosos, este texto se presenta como una copia del siglo IV d.C. Hay que ir a las mismas fuentes bibliográficas del Vaticano para descubrir que es muy posible que varias manos cambiaran el texto siglos más tarde.

Podría aducirse que nada impide que se puedan utilizar otros textos para cotejarlos, pero ¿cómo se elige entre las diversas variantes que afectan a los significados? Es un hecho de sobra conocido que una antigua corrección de un amanuense puede conducir a que se fije una grafía que después se reproduce como versión definitiva de un texto corregido. Más adelante veremos cómo una sola palabra en un pasaje del Evangelio de Juan referida al Paráclito puede cambiar no sólo el significado sino también el sentido de todo el pasaje cuando se considera desde un punto de vista teológico.

O. Culmann en su obra *El Nuevo Testamento*, dice lo siguiente sobre el tema de las variaciones:

‘Hay veces en las que las variantes son el resultado de errores involuntarios: el que hace la copia salta una palabra o incluso la copia dos veces; o parte de una frase se omite por descuido o por estar entre dos palabras iguales. A veces las correcciones se hacen de forma deliberada, bien porque el escriba se ha tomado la libertad de corregir el texto según su propio albedrío, o bien porque ha intentado hacerlo similar a otro texto paralelo con el pretexto, más o menos logrado, de reducir el número de discrepancias. Conforme los escritos del *Nuevo Testamento* comenzaron a diferenciarse del resto de la literatura cristiana original y se transformaron en Escrituras Sagradas, los copistas fueron cada vez más prudentes a la hora de tomarse las mismas libertades de su predecesores: ahora creían estar copiando un texto auténtico, cuando en realidad estaban escribiendo las variantes. Como último ejemplo, tenemos el del copista que escribe anotaciones al margen para aclarar algún pasaje demasiado oscuro. El amanuense siguiente, creyendo que la anotación del margen había sido parte del texto omitido por su predecesor, decide que es necesario reintegrarla al mismo. Este proceso no hacía sino empeorar aún más las cosas’.

“Los amanuenses de algunos manuscritos se excedieron a la hora de tomar ciertas libertades con los textos. Este es el caso de uno de los más venerables manuscritos que sigue en orden de importancia a los dos mencionados anteriormente: el *Codex Bezae Cantabrigiensis* del siglo VI d.C. Es probable que el copista se diera cuenta de las diferencias entre las genealogías de Jesús escritas por Lucas y Mateo, así que, ni corto ni perezoso, puso la genealogía de Mateo en la copia de Lucas; pero como la copia de éste último no tenía tantos nombres como la del primero, decidió rellenarla con unos pocos nombres más (sin con esto conseguir llegar a un cierto equilibrio entre ambas).

¿Es posible afirmar que las traducciones latinas, tales como la *Vulgata* de San Jerónimo del siglo VI d.C., o traducciones más antiguas como el *Vetus Itala*, o incluso las traducciones al sirio y al copto son más fidedignas que los manuscritos griegos en los que se basaron? Puede también que se hicieran estas traducciones a partir de manuscritos más antiguos que los mencionados anteriormente y que luego éstos se perdieran. Lo cierto es que no sabemos gran cosa al respecto”.¹⁰

La verdad del asunto es que hasta hoy no tenemos ningún manuscrito completo anterior al Concilio de Nicea en el que aparezca alguno de los pasajes contenidos en el *Nuevo Testamento* que tenemos hoy en día —ni tampoco lo tenemos del *Evangelio de Bernabé* por lo que a éste respecta. Si los hay, quien lo tenga lo ha mantenido en silencio durante muchos siglos, probablemente por razones no demasiado claras.

En consecuencia, debemos hacer constar que los contenidos de los manuscritos griegos más antiguos de los cuatro Evangelios oficiales han podido ser objeto, en una etapa previa, de tantas falsificaciones como lo han podido ser los contenidos del manuscrito italiano del *Evangelio de Bernabé*. Simplemente no se sabe nada a ciencia cierta.

No obstante, la posibilidad contraria es igualmente cierta y aunque la introducción de la *Traducción Ecuménica* diga que “no nos queda la esperanza de poder volver al texto original”, todavía existe la posibilidad de que los Evangelios en conjunto —incluido el *Evangelio de Bernabé*— y en su forma presente, contengan todavía un cierto grado de veracidad y fiabilidad. Es posible leer todos estos Evangelios y encontrar atisbos de lo que pudiera ser la verdad —pero lo que sí es imposible es pretender que cualquiera de ellos es totalmente fiable o basarse por completo y sin reservas en uno de ellos.

Más aún, el Evangelio que nos falta es el Evangelio de Jesús, es decir, la revelación original que él recibió y fue transmitida en el lenguaje en el que fue revelada —para así poder garantizar y comprobar la autenticidad de cualquier traducción hecha de ese texto original cada vez que fuera necesario.

Como ya hemos mencionado anteriormente, es interesante recordar en este contexto que, según el *Evangelio de Bernabé*, la revelación

dada a Jesús —el *Injil*— jamás se conservó en forma escrita, sino que era más bien una especie de pozo de sabiduría colocado en su corazón por el ángel Gabriel y del que Jesús podía sacar el agua que fuera necesaria:

“Cuando Jesús alcanzó los treinta años de edad, tal y como él mismo me contó, subió con su madre al Monte de los Olivos a coger aceitunas. Estaba haciendo la oración del mediodía cuando al llegar a las palabras: ‘Señor, ten misericordia ...’ se vio rodeado de un intenso resplandor y de una multitud de ángeles que decían: ‘Bendito sea el Señor’. Entonces, el ángel Gabriel le mostró un libro brillante como un espejo que entró en el corazón de Jesús; con esto tuvo conocimiento de lo que Dios ha hecho y ha dicho, y también de lo que Dios quiere, hasta el punto en que todo se abrió y se manifestó ante sus ojos. Y luego Jesús me dijo: ‘Has de creer, Bernabé, que yo conozco cada profeta y cada profecía; y todo lo que digo procede de ese libro’”. (*El Evangelio de Bernabé*. 10)

Esta narración, en la que se detalla la naturaleza de la revelación recibida por Jesús, no contradice ningún relato histórico que afirme lo contrario. No consta en ninguna escritura que Jesús haya recibido unas tablas escritas como fue el caso de Moisés, ni de que fuera depositario de una serie de revelaciones como le sucedió a Muhammad, la paz y las bendiciones sean con todos los profetas; tampoco consta que ciertos discípulos fueran escogidos para poner por escrito estas revelaciones conforme sucedían —aunque no fuera con las palabras del mismo Jesús— a fin de asegurar que la revelación se preservara tal y como fue revelada.

No puede dudarse sin embargo que Jesús fue un ser iluminado cuyas palabras contenían una claridad y una franqueza que reflejaban todas las cualidades de la luz —y que penetraban en los corazones de las personas que se iluminaban como hace la luz en una habitación.

Y cuando llegó el momento de poner sus palabras por escrito es probable que algunas, junto a la descripción de la circunstancia en que fueron pronunciadas, hayan sobrevivido intactas, incluso cuando la oscuridad de otras personas tratara de oscurecerlas o incluso cubrirlas, cambiándolas o eliminándolas.

A pesar de todas las imperfecciones que contienen los textos actuales, no sólo del *Antiguo y Nuevo Testamento*, sino también las del *Evangelio de Bernabé* y las de otras obras similares, no cabe duda de que, al menos parte de este contenido, debe relatar de forma fidedigna parte de las palabras o actos de Jesús, la paz sea con él —aunque nunca podremos distinguir con certeza y exactitud entre lo que es auténtico y lo que no lo es.

En consecuencia es una lástima no poder disponer en nuestros días de un texto completo, original y auténtico del Evangelio de Jesús, verificado más allá de toda duda razonable.

Así pues, lo que dice David Sox de los cuatro Evangelios canónicos podemos aplicarlo por igual al *Evangelio de Bernabé*:

“Las diferencias, e incluso las contradicciones, entre las narraciones de los Evangelios no quitan mérito a las verdades espirituales que contienen; puede decirse incluso que proporcionan una comprensión mejor del mundo en el que fueron escritas”.¹¹

No obstante, cada vez que nos encontramos ante contradicciones importantes entre las diferentes narraciones, seguimos teniendo la necesidad de tener que decidir cuál de estas variantes es la más fidedigna y la más cercana a la verdad del asunto:

¿Era Jesús un Profeta de Dios o un “hijo” de Dios? ¿Quién fue crucificado, Jesús, Judas u otra persona? ¿Dijo Jesús a sus discípulos que después de él vendría un Profeta que se llamaría Muhammad, las bendiciones y la paz de Dios sean con todos los Profetas, y las referencias que hablan del Paráclito en el Evangelio de Juan tienen que ver con él?

Las respuestas a estas preguntas sólo pueden ser captadas si el lector comprende mejor el mundo en el que fueron escritas y, por supuesto, la naturaleza del enfrentamiento existente entre los dos grupos de cristianos a los que el Cardenal Daniélou denominó judeocristianos y cristianos-Paulinos, esto es, entre los que seguían de forma sincera el ejemplo de Jesús y los que seguían a Pablo; éstos últimos ponían en boca de Jesús, la paz sea con él, palabras que jamás había pronunciado, otorgándole además una condición divina que Jesús jamás pretendió ni tampoco poseía.

A pesar de que ninguno de los contenidos del *Nuevo Testamento* o del *Evangelio de Bernabé* puedan ser totalmente verificados; y a pesar de que es imposible establecer con exactitud lo que ha sido alterado, añadido o eliminado, o incluso dejado intacto; a pesar de no poder saber si los autores de los cuatro Evangelios —cada uno de ellos de ascendencia y condición distinta— han obtenido su conocimiento de la misma fuente o no, ni tampoco poder saber si ésta era en realidad el *Evangelio de Bernabé*, sea lo que fuere, el mandato con respecto a Bernabé es:

“Si viene a ti, recíbelo”.

(*Epístola a los Colosenses*, 4: 10)



Capítulo Seis

El Pastor de Hermas

Se ha establecido que *El Pastor* fue un libro escrito por Hermas en Patmos, cerca de Efeso, entre los años 88 al 97 d.C. En este texto, como en el *Evangelio de Bernabé*, se afirmaba la Unidad Divina, siendo ésta la razón de los esfuerzos tramados para lograr su destrucción, especialmente después de que la doctrina de la trinidad estuviera ya firmemente establecida en la Iglesia Paulina. *El Pastor* fue uno de los libros prohibidos como resultado de las decisiones tomadas en el Concilio de Nicea del año 325 d.C.

Parece que Hermas escribió *El Pastor* en la misma época en la que Juan escribía su Evangelio, aunque hay personas que piensan que *El Pastor* es anterior. Todos están de acuerdo en admitir que Hermas no había visto ni leído ninguno de los cuatro Evangelios contenidos en el *Nuevo Testamento*. Algunos creen que *El Pastor* recibió su inspiración del *Evangelio según los Hebreos*, un Evangelio anterior que ya no existe, pero esta teoría no concuerda con el relato en el que Hermas narra cómo surgió la idea de escribir el libro.

Hasta el Concilio de Nicea el libro de Hermas era aceptado y de lectura corriente entre los primeros seguidores de Jesús, la paz sea con él, que tomaban a Hermas por un Profeta. Hacia fines del siglo II d.C., *El Pastor* fue aceptado como parte del *Nuevo Testamento* por Clemente de Alejandría. Orígenes (185-254 d.C.) lo aceptó también como libro revelado y fue listado, junto con la *Epístola de Bernabé*, a fines del *Codex Sinaiticus* el cual, como ya hemos visto, procede de finales del siglo IV o principios del V d.C. Tertuliano (160-220 d.C.) comenzó aceptándolo aunque luego lo rechazó cuando se convirtió al Montanismo. Irineo (130-200 d.C.) lo aceptó como si fuera una Escritura. Eusebio de Cesarea lo rechazó, pero Atanasio lo volvió a aceptar en el año 367 d.C. como obra conveniente para ser leída en privado por los nuevos conversos. Maniqueo, un cristiano de Persia, lo introdujo en Oriente. Y no hay duda de que Dante fue influenciado por este libro.

Así pues, *El Pastor* era un libro que evidentemente no podía ser ignorado y que al mismo tiempo era aceptado como libro revelado por la mayor parte de los primeros pensadores cristianos amantes de Dios. Fue escrito cuando el movimiento para “helenizar” las enseñanzas de Jesús daba sus primeros pasos, momento en el que muchos de los seguidores de Jesús eran todavía conscientes de que Jesús había venido para restaurar y propagar la enseñanza que Moisés había traído a los judíos. Al igual que Jesús, sus seguidores eran judíos practicantes cuyo entendimiento de la ley mosaica estaba ahora iluminado con el conocimiento que había traído Jesús. Todavía creían y seguían los escritos del *Antiguo Testamento*, y como *El Pastor* no hacía sino confirmar lo que ya sabían, aceptaron el libro de Hermas como parte de sus Escrituras.

Como hemos visto, según las enseñanzas de algunos, especialmente en el caso de Pablo, las leyes de los judíos no tenían por qué ser seguidas por los cristianos. Esto dio lugar a la aparición de una serie de contradicciones entre el conjunto de lo que más tarde se llamaría “Nuevo” Testamento, y lo que ahora se empezaba a llamar el “Antiguo” Testamento. No obstante y a pesar de estas contradicciones, la Iglesia establecida decidió mantener el *Antiguo Testamento* puesto que el rechazo definitivo del mismo habría sido considerado como un rechazo del mismo Jesús. La confusión fue el resultado inevitable. En el ambiguo intento de aceptar y rechazar al mismo tiempo el *Antiguo Testamento*, las contradicciones alcanzaron también al *Nuevo Testamento*, ya que tenía que ser “nuevo” y al mismo tiempo no rechazar abiertamente al “antiguo”. Pero en los primeros días de la Iglesia no hubo ningún intento formal para disponer los libros de forma que las narraciones y las doctrinas que contenían sus textos correspondieran unas con otras. Los líderes de las primeras comunidades cristianas tenían libertad para ejercer su propio albedrío y citar las Escrituras que a su juicio mejor contenían las enseñanzas de Jesús.

Con el desarrollo, formulación y aceptación oficial de la doctrina de la trinidad en el año 325 d.C., esas libertades dejaron de ser aceptables para la Iglesia Paulina. Como ya hemos visto, se hizo una selección de los cuatro Evangelios que debían ser aceptados y el resto de Escrituras redactadas tras el nacimiento de Jesús fueron prohibidas. No obstante, algunos dirigentes de la Iglesia Paulina que no estaban

totalmente satisfechos con la doctrina de los “misterios” que ahora comenzaba a desarrollarse pero que al mismo tiempo reconocían la validez de algunos de los libros prohibidos, querían mantener algunos de estos textos a pesar de contradecir directamente las nuevas doctrinas de la Iglesia. En consecuencia, comenzaron a coleccionarlos, aunque el acceso a los mismos se limitó a la élite del poder en la nueva Iglesia. Esta colección de textos se llamaba *Los Apócrifos*, que significa “los ocultos a la gente”.

Cuando los contenidos de la *Biblia* se hicieron más accesibles al público en general, se eliminaron de la misma los textos *Apócrifos*. Esto tuvo lugar justo en el momento en el que sólo unos pocos tenían copias de los libros que estaban siendo destruidos públicamente, además de sus propietarios. Este fue el destino del *Pastor de Hermas*, destino compartido por el *Evangelio de Bernabé*. *El Pastor* fue eliminado del *Nuevo Testamento* y, dado que el primer “mandamiento” del libro creaba una total confusión en las mentes de aquellos a quienes se pedía creyeran en la doctrina de la trinidad, se intentó destruirlo por completo.

Pero estos intentos fueron vanos. A pesar de existir continuas referencias en las que se hablaba del *Pastor*, nadie en occidente había tenido la oportunidad de leerlo. Y de repente, en el año 1922, salió a la luz un manuscrito del texto escrito en papiro en el siglo III d.C.

Se descubrió entonces que el griego utilizado por Hermas era un sencillo dialecto regional. Era un lenguaje fácil de entender por la gente más sencilla, lo que demostró que era un texto escrito para todo el mundo y no sólo para una élite intelectual. El estilo era franco e informal, pero poseía al mismo tiempo un singular modo de expresión que facilitaba enormemente la lectura.

Herma comienza hablándonos de cuatro visiones que había tenido; a la última de estas visiones le da el carácter de revelación, ya que en ella aparece un ángel vestido de pastor. El ángel dice a Herma que ha sido enviado por el “ángel reverendísimo” (es decir, el ángel Gabriel), para vivir con Herma el resto de su vida.

A continuación, el ángel ordena a Herma poner por escrito todos “los Mandamientos y las Parábolas”. Como el libro era dictado por el ángel, y Herma sólo narraba lo que le decía el “ángel reverendísimo”, *El Pastor* fue aceptado y considerado como libro revelado por los primeros cristianos.

Los mandamientos que Hermas tuvo que escribir son los siguientes:

1. En primer lugar has de creer que Dios es Uno y que Él creó y organizó todas las cosas; y las creó de la nada, y Él contiene todas las cosas pero a Él nada Lo contiene. Confía en Él y en consecuencia témele, y al temerle, contrólate a ti mismo. Guarda Sus mandamientos y arrojarás de ti todo mal; pon en práctica las virtudes más elevadas y agradecerás a Dios si cumples con este mandamiento.
2. Se sincero y sencillo. No hables mal de nadie ni te complazcas en escuchar a quien lo haga. Haz el bien y se generoso.
3. Ama la verdad.
4. Observa las reglas de la pureza. Se puro tanto en las acciones como en los pensamientos.
5. Se paciente y comprensivo. El Señor se complace en la paciencia, pero Satán en el mal carácter.
6. Confía en lo correcto y desconfía de lo que no lo es. La corrección tiene un camino recto y nivelado, pero las acciones incorrectas tienen un camino sinuoso. Hay dos ángeles que acompañan al hombre: el ángel del bien y el ángel del mal.
7. Teme al Señor y cumple con Sus mandamientos.
8. Modérate frente a lo injusto y no hagas el mal. Pero no te contentes con lo correcto y haz el bien. Apártate del mal y sigue el camino recto.
9. Apártate de la duda. Pídele al Señor sin atisbo de duda y recibirás todo. Dios no es como los hombres que guardan rencor sino que Él es perdonador y se apiada de lo que ha creado. Limpia tu corazón de todas las vanidades de este mundo.
10. Aleja la tristeza de tu corazón puesto que es hermana de la duda y el mal carácter.

11. El hombre que consulta a un falso profeta es un ídola-tra desprovisto de la verdad.

(Hermas preguntó al ángel cómo distinguir al verdadero profeta del falso. El ángel contestó que, en primer lugar, el hombre que tiene el espíritu que procede de lo más elevado es bondadoso, tranquilo y humilde. Se abstiene de todo vicio y de los deseos vanos del mundo ... no es él quien habla ... sino que habla cuando Dios quiere que hable ... y todo el poder pertenece al Señor. Por el contrario, el falso profeta se ensalza a sí mismo y busca la posición más elevada. Es arrogante, no tiene vergüenza, es un charlatán, vive en el mayor de los lujos y acepta el pago por sus profecías. ¿Acaso puede un espíritu divino aceptar que se paguen sus profecías? El falso profeta evita encontrarse con las personas virtuosas y se junta con los que son vanos y de carácter dudoso; y les dice cosas falsas que satisfacen sus deseos. Cuando se pone un recipiente vacío junto a otros que también lo están no sólo no se rompe sino que armonizan entre sí. Tira una piedra al cielo; a ver si puedes alcanzarla. Las cosas terrenales son débiles e impotentes. Es mejor que hagas lo contrario: fíjate en el poder que viene de arriba. El granizo es muy pequeño, pero cuando cae sobre la cabeza de una persona ¡hay que ver que daño hace! O lo que es lo mismo: fíjate en la gota de agua que cae al suelo desde el techo y hace un agujero en la piedra. Así de Poderoso es el Poder Divino que procede de lo más alto).

12. Arroja de ti todo deseo malvado y vístete con deseos buenos y santos. Dios creó al mundo en provecho del ser humano, sometió la creación a su mandato y le dio autoridad completa para que ejerciera su dominio sobre todo lo que existe bajo los cielos. La persona que tiene al Señor en su corazón es capaz de dominar todas las cosas. Compórtate como un esclavo de Dios. El demonio no tiene poder sobre los esclavos de Dios. El demonio puede luchar contra ellos, pero no puede derribarlos”.¹

Ya hemos visto como, una vez separado el cristianismo Paulino del cristianismo Unitario y sus raíces judaicas, el primero se había convertido en su propia religión: el cristianismo Trinitario que continuó luego evolucionando según las directrices que Pablo, quizás de forma involuntaria, había preparado. Conforme pasaba el tiempo, las diferentes formas del cristianismo Trinitario que se habían desarrollado en Europa acabaron por ser muy diferentes del cristianismo Unitario que se estaba practicando en Tierra Santa y en el norte de África.



Capítulo Siete

El Cristianismo Trinitario en Europa

Una vez que las decisiones de los Concilios de Nicea (325 d.C.) y de Constantinopla (381 d.C.) abrieron el camino hacia la confirmación y formulación “definitiva” del dogma Trinitario —una doctrina que ni siquiera el mismo Pablo había expuesto en el siglo I d.C.— la evolución doctrinal y la transición del cristianismo Paulino al cristianismo Trinitario ocurrió a saltos, especialmente en el Imperio Romano Occidental.

Uno de los principales escollos intelectuales con el que tropezaban los defensores de la nueva doctrina, era la imposibilidad de aunar en una sola persona los aspectos divinos y humanos; estos aspectos eran necesarios cuando se quería presentar a Jesús no sólo como hombre sino también como “hijo” de Dios. La reconciliación de estos dos opuestos sólo se podía conseguir negando la existencia de alguna contradicción en esta paradoja y con la aceptación de la doctrina como un acto de fe ciega, sin condiciones ni crítica alguna. Esto no era siempre satisfactorio desde el punto de vista intelectual, llegando incluso a interpretarse como un acto de rendición y admisión de la derrota. Sin embargo, cada vez que alguien trataba de explicar racionalmente cómo o por qué no había contradicciones en la exposición, se veía finalmente llevado a concluir que Jesús tenía que ser una cosa u otra, pero nunca ambas a la vez —que era siempre el punto en el que los Unitarios, con gran regocijo por su parte, señalaban que si Jesús tenía uno de los dos aspectos, no podía tener el otro; y si era verdad que poseía todos los atributos del ser humano mortal entonces Jesús no podía ser Dios al mismo tiempo.

En el contexto de este debate, uno de los personajes más importantes en la historia de los principios del Cristianismo es el Papa Honorio. Contemporáneo del Profeta Muhammad, a quien Dios bendiga y conceda paz, el Papa Honorio era consciente del crecimiento

del Islam cuyos dogmas se parecían mucho a los de Arrio. El Papa todavía tenía frescas en la memoria las matanzas producidas por los cristianos cuando luchaban entre sí, y es posible que pensara que lo que había oído sobre el Islam bien pudiera aplicarse como remedio para curar las diferencias existentes entre las diversas sectas cristianas. En sus cartas comenzó a defender la doctrina de “una sola mente” en el contexto de la doctrina de la trinidad. En sus argumentaciones declaraba que si Dios tenía tres mentes independientes, el resultado sería el caos. Esta conclusión tan lógica y razonable propiciaba la creencia en la existencia de un Único Dios.

El Concilio de Calcedonia del año 451 d.C. había decidido que la naturaleza de Cristo era indivisible —en un intento por reconciliar la contradicción imposible de que si Jesús había sido hombre al tiempo que Dios, ello significaba que tenía dos naturalezas, una humana y otra divina. Es posible que esta decisión influyera en Honorio a la hora de concluir que en Cristo había una voluntad única. A renglón seguido afirmó que Cristo había adoptado una naturaleza humana libre del pecado original. Según esta opinión, Cristo tenía voluntad humana. Pero con ello, y al menos en esta etapa, el cristianismo Paulino afirmaba, de forma indirecta, la creencia en un Dios Único.

El que hubiera surgido este tipo de controversia —que jamás aparece mencionada en ninguno de los Evangelios— indica el grado de impregnación que habían alcanzado por aquel entonces los argumentos e innovaciones de Pablo, y el grado de confusión que se había sembrado en las mentes de la gente.

El Papa Honorio muere en octubre del año 638 d.C. En ese mismo año, el Emperador Heraclio —que ya había rechazado la invitación del Profeta Muhammad a convertirse al Islam— aceptó oficialmente la doctrina de Honorio y proclamó un dictado ordenando que “todos los súbditos del Emperador debían aceptar la doctrina de la voluntad única de Jesús”.¹ El Sínodo de Constantinopla, celebrado en ese mismo año, prestó su apoyo a esta doctrina que “estaba en consonancia con la enseñanza Apostólica”.²

La doctrina de Honorio estuvo en vigor durante casi medio siglo. Sin embargo, en el año 680 d.C., a los cuarenta y dos años de su muerte, un nuevo Concilio tuvo lugar en Constantinopla en el que el Papa Honorio fue excomulgado porque “desde un principio

no extinguió la llama de la enseñanza herética sino que la propició con su negligencia” y en consecuencia “permitió que se manchara la fe inmaculada”.³

Esta decisión, en la que un Papa es denunciado por su sucesor con el apoyo de la Iglesia, es un caso único en la historia de la Iglesia, especialmente en lo que concierne a la infalibilidad papal, y parece indicar que, al menos en este periodo, ¡algunos Papas eran menos infalibles que otros!

Lo que esta decisión muestra en realidad es cómo los límites de lo que se entendía por infalibilidad papal se estaban definiendo gradualmente a lo largo de un periodo de tiempo hasta llegar al punto en el que, suficientemente formulada, se acepta oficialmente su inmutabilidad y veracidad porque, como “Verdad Evangélica”, había llegado a una fase en la que se podía afirmar con toda certeza que las declaraciones papales estaban determinadas por Dios y no por el hombre que las pronunciaba.

La Iglesia Paulina, o mejor dicho, la Iglesia Católica Romana como llegó a ser conocida posteriormente, creció gradualmente en poder y tamaño. Parte de este crecimiento se lo debía a las alianzas establecidas con los emperadores romanos. Cuanto más se comprometía la Iglesia con los que detentaban el poder, más se identificaba con éstos. Durante los ocho siglos siguientes al Concilio de Nicea, la Iglesia Católica Romana se estableció sólidamente estando su cuartel general, ya no en Jerusalén, sino en Roma, ciudad donde adquirió enormes cantidades de terreno y propiedades tanto en la ciudad como en los alrededores de la misma. Este patrimonio recibía el nombre de “La Donación de Constantino”.

Pronto se vio lo peligroso que era diferir de la Iglesia Católica Romana, puesto que tenía el apoyo del ejército imperial además de su propio poder. A partir del año 325 d.C. millones de cristianos fueron ejecutados por no admitir las doctrinas de la Iglesia Católica. Fue una época terriblemente oscura para los que deseaban o confesaban seguir a Jesús, y en Europa era muy poca la gente que se atrevía a afirmar abiertamente su creencia en la Unidad de Dios.

Mientras que en Europa la Iglesia Católica dedicaba sus energías a eliminar a los disidentes, que eran tachados de “herejes”, los musulmanes comenzaron a darse a conocer en la periferia del

mundo cristiano. Casi todos los seguidores Unitarios de Jesús en Tierra Santa y en el norte de África reconocieron el Islam como un nuevo mensaje de su Señor, una continuación sin interrupciones que confirmaba y reemplazaba la guía que habían estado siguiendo. Se hicieron musulmanes de la forma más natural —razón de que haya tan pocos cristianos Unitarios hoy en día en el Oriente Medio y en el norte de África. Así fue como a partir de mediados del siglo VIII d.C. en adelante, sólo quedara la versión Paulina del Cristianismo, versión que se practicaba fundamentalmente en Europa.

Es probable que los dirigentes del Vaticano vieran las similitudes entre las enseñanzas del Islam y el Unitarismo predicado por Arrio. Ambas doctrinas defendían la existencia de un Dios Único. Ambas aceptaban a Jesús como un Profeta que, no obstante, seguía siendo hombre. Creían en la Virgen María y la inmaculada concepción de Jesús. Y ambas doctrinas rechazaban la divinidad imputada a Jesús. Así pues, no debe sorprendernos que el odio sentido por la Iglesia Católica Romana hacia los Arrianos Unitarios se dirigiera también ahora en contra de los musulmanes.

Si se contemplan desde esta perspectiva las cruzadas del Medievo —que son idénticas a las modernas cruzadas de nuestros días que se están luchando en los Balcanes— ya no se pueden considerar como un fenómeno aislado de la historia de la Iglesia, sino que son una mera prolongación de la masacre perpetrada contra los Arrianos y los Donatistas instigada por la Iglesia Paulina original.

El Islam procedente de Arabia comenzó a propagarse, pasando por Tierra Santa, hacia Siria y Turquía. En esa época, una tribu que vivía en el Cáucaso, los Jázaros, descendientes de Gog y Magog, se convirtió al judaísmo por razones de conveniencia. En esta misma época tiene también lugar la primera de las grandes divisiones en el seno de la Iglesia Trinitaria: de un lado quedó la Iglesia Católica Romana y en el otro, la Iglesia Griega Ortodoxa. El pretexto que dio lugar a esta división era el culto a las imágenes:

Durante los primeros años de la historia del Cristianismo, cuando la religión no estaba aún demasiado desconectada de sus fuentes y orígenes —es decir, de Jesús, la paz sea con él— el uso de imágenes había sido algo que los cristianos evitaban, sea por la razón que fuera, tanto entre los verdaderos seguidores de Jesús como entre los de

Pablo. Con ello no hacían sino cumplir con el segundo mandamiento del *Antiguo Testamento* en el que se prohíbe claramente la representación de cualquier ser vivo:

“No te harás escultura ni imagen alguna, ni de lo que hay arriba en los cielos, ni de lo que hay abajo en la tierra, ni de lo que hay en las aguas bajo la tierra. No te postrarás ante ellas ni les darás culto, porque Yo, Yahvé, tu Dios, soy un Dios celoso que castigo la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me odian; y tengo misericordia por millares con los que Me aman y guardan Mis mandamientos”. (*Éxodo* 20: 4-6)

Sin embargo, la veneración y posterior culto de imágenes y reliquias comenzó a infiltrarse en las prácticas y ritos de la Iglesia Trinitaria hasta tal punto que, en el siglo VII d.C. esta práctica estaba muy arraigada, principalmente en el Imperio Romano Occidental.

Mientras tanto, en el Imperio Romano Oriental se daba un resurgimiento del Unitarismo, centrado en Constantinopla y sus alrededores, que culminó en el año 726 d.C. con la campaña de León el Iconoclasta quien, con el mayor celo, se dedicó a romper todo tipo de ídolos e imágenes. El Papa Gregorio II, temiendo que el fervor puritano de León pudiera propagarse hasta Italia, le advirtió seriamente de las terribles consecuencias que acarrearían sus acciones. Leo ignoró las amenazas llegando incluso a invadir Italia llevado por su determinación de purificar las Iglesias tanto orientales como occidentales. Sin embargo, Leo y su ejército fueron derrotados cerca de Rávena por las tropas de la Iglesia Católica Romana.

Tras esta confrontación las dos Iglesias ya no volvieron jamás a reunificarse —a pesar de que ambas suscribían básicamente las mismas doctrinas paulinas y Trinitarias— especialmente después de que el hijo de León, Constantino el Adopcionista, convocara el séptimo Sínodo de Constantinopla, en el año 774 d.C., en el que se declaró que el culto de imágenes era una corrupción del cristianismo y una renovación del paganismo, razón por la que todas las imágenes debían ser destruidas.

Como era de esperar, hubo una reacción contra este intento de erradicar y eliminar el uso de imágenes, práctica que tan fácil y

confortablemente se había establecido en el cristianismo europeo; no debería sorprendernos entonces que el segundo Concilio de Nicea, celebrado en el año 787 d.C., permitiera de nuevo el uso de las mismas. Esta decisión produjo como resultado, después de muchos años, el uso extensivo de imágenes no sólo por la Iglesia Ortodoxa Griega sino también por la que luego se llamaría Iglesia Ortodoxa Rusa. Pero cuando parecía que las Iglesias Trinitarias orientales y occidentales estaban unificadas en lo que respecta al uso de las imágenes, otra serie de aspectos las habían separado de tal manera —especialmente en lo que respecta a las jerarquías respectivas— que ya era imposible que se unificaran de nuevo bajo el título de “Iglesia Cristiana”.

Esta ruptura entre las Iglesias orientales y occidentales es lo que permite comprender el saqueo de Constantinopla en tiempos de la cuarta cruzada, año 1203 d.C., perpetrado por un ejército Católico Romano cuya misión oficial era la de liberar Jerusalén de la ocupación musulmana. A pesar de que en dicha época la mayoría de los habitantes de Constantinopla eran cristianos Trinitarios, profesando en consecuencia las mismas doctrinas religiosas básicas que la mayor parte de los miembros del ejército que los estaba atacando, ello no impedía sin embargo que estuviesen tan alejados ideológicamente entre sí como para considerarse mutuamente como “el enemigo”.

En estos momentos de la evolución del cristianismo europeo, la supremacía de la Iglesia Católica Romana estaba siendo amenazada no sólo por la Iglesia Bizantina de oriente, sino también por la rápida expansión del imperio musulmán en el sur. Por otra parte, las doctrinas y prácticas del cristianismo europeo estaban ahora más enraizadas en la cultura y filosofía europea que en la propia forma de vida de Jesús y sus seguidores de entre las doce tribus de la Tribu de Israel. Y como además, y de forma casi inexplicable, los cristianos Unitarios seguían resurgiendo en Europa, especialmente en Francia, la Iglesia Católica Romana decidió establecer la Inquisición, a principios del siglo XIII, para poner orden en su propia casa eliminando primero la corrupción existente en el clero para luego seguir con la erradicación de los “herejes” en sus congregaciones, haciendo con ello una demostración tal de despiadada “compasión” y de cruel “misericordia”, que no ha sido igualada desde entonces.

Quizás no cause sorpresa que la Inquisición del Medioevo se

concentrase más en las congregaciones que en el clero a la hora de investigar y eliminar cualquier indicio de “desviación” con respecto a las ahora firmemente establecidas, aunque erróneas, doctrinas de la Iglesia Trinitaria. La relación exacta del número de personas asesinadas en nombre de Jesús por esta famosa institución de bandidos medievales no es conocida, pero no por ello deja de ser cierto el hecho de que muchos sufrieran y perecieran a sus manos, especialmente después de que la Inquisición Medieval desarrollara tanto las técnicas de tortura como la tortuosa polémica en su nuevo brazo armado: la Inquisición Española, una parte más del elaborado y brutal mecanismo con el que todos los judíos, cristianos Unitarios y musulmanes que vivían en la Península Ibérica fueron sistemáticamente perseguidos, matados o forzados a huir para salvar sus vidas, durante el periodo que comprende desde el siglo XIII al XVI d.C.

Una vez probada y perfeccionada en Europa, la Inquisición Trinitaria se exportó al “Nuevo Mundo”, donde cientos de miles de indígenas de las Américas o de las Indias Occidentales fueron eliminados o esclavizados para mayor gloria de Dios, además de haber mucho oro de por medio.

Esta exagerada manifestación de tiranía y de codicia, que tan flagrantemente contradecía el ejemplo de compasión y generosidad enseñado por Jesús, fue temida aunque no aceptada por muchos de los cristianos Trinitarios europeos, especialmente ahora que la mayor parte de los judíos, cristianos Unitarios y musulmanes de Europa habían sido eliminados. Temida, porque significaba que ahora los inquisidores se veían obligados a volverse hacia sus propios compañeros cristianos, aunque tuvieran que llegar a acusarlos de practicar las artes mágicas y la brujería, para así mantener y financiar el estilo de vida al que se habían acostumbrado.

La consecuencia inevitable de esta situación fue la aparición de un resentimiento y una protesta que desembocó en la aparición de varios movimientos, entre los que se incluyen los de Lutero y Calvino, durante los siglos XV y XVI y que son generalmente conocidos con el nombre de “La Reforma”.

A pesar de que la Inquisición comenzó a decaer y fue finalmente desmantelada el 15 de Julio de 1834, el resultado del movimiento Reformista —y del ineludible movimiento de la Contra-Reforma que

se produjo en el seno de la Iglesia Católica Romana— fue la mera instauración de nuevas jerarquías en la Iglesia Trinitaria, acompañada de un atrincheramiento más profundo de las doctrinas Trinitarias fundamentales.

Con el advenimiento de la Reforma y el posterior establecimiento de varias Iglesias Protestantes —que como la Iglesia Católica Romana llegó a convertirse en muy poderosa— la doctrina de la trinidad se estableció aún más firmemente, a pesar de que los Protestantes y los Católicos Romanos seguían discutiendo encarnizadamente sobre temas tales como quién debería ser la figura máxima de la Iglesia Trinitaria y cuál era la situación con respecto al documento que autorizaba la “Donación de Constantino” —documento, debe recordarse, que especificaba que la Iglesia Católica Romana había adquirido un gran número de propiedades en Roma y sus alrededores. (Hay algunos eruditos que después de estudiar el documento con detalle descubrieron que se trataba de una falsificación. Desde ese día, el Vaticano no ha vuelto a mencionarlo).

La conocida Guerra de los Treinta años (1618-1648) que enfrentó a Protestantes y Católicos, fue una indicación más de que las batallas de estas Iglesias no tenían como objetivo la implantación de la verdadera guía de Jesús. Al igual que las agresiones de la Iglesia Paulina primero contra los seguidores de Arrio y Donato y luego contra los musulmanes, lo que esta guerra mostró fue la lucha por el poder entre varias jerarquías de la Iglesia. Es evidente que ya desde sus comienzos, la Iglesia Paulina Trinitaria había combatido con el único objetivo de establecer y consolidar su propia existencia como institución, y no para propagar lo que Jesús había enseñado.

Aunque varios movimientos Reformistas declaraban, desde el siglo XV en adelante, que su deseo era retornar a las enseñanzas originales de Jesús, para ese entonces las enseñanzas hacía ya mucho tiempo que se habían perdido. Todos los cristianos, sin importar su denominación o grado de sinceridad, estaban condicionados por unas Escrituras que no eran completas, ni precisas, ni siquiera fiables, y en consecuencia, condicionaban también las doctrinas que estaban basadas y procedían de estas Escrituras.

Así pues, a pesar de que los nuevos movimientos Reformistas confrontaban la autoridad Papal y el comportamiento del clero es-

tablecido, jamás llegaron ni siquiera a soñar con poner en cuestión la validez de las doctrinas de la “Nueva Alianza”, la Trinidad, el Pecado Original y el Perdón y Redención de los pecados —doctrinas no enseñadas por Jesús y que dependían de una crucifixión y una resurrección inexistentes.

Si consideramos la cantidad de esfuerzo, sacrificio e inspiración digna de mejor causa que ha sido invertida en el arte y la música “sagrada” utilizada para perpetuar estos mitos, ¿no sabemos si reír o llorar!

Quizás el más honesto de los varios reformadores que ha habido fuera el Rey Enrique VIII de Inglaterra quien, después de ostentar el título de “Defensor de la Fe” otorgado por el Papa en el año 1521 —defensor de la fe Católica Romana, por supuesto— por haberse opuesto a las ideas de los Reformadores, decidió de repente separarse de la Iglesia de Roma y convertirse en la cabeza de la nueva “Iglesia de Inglaterra”. Hizo esto para obtener el divorcio de Catalina de Aragón para luego volver a casarse y volver a divorciarse cada vez que quisiera, sin tener que desconectarse del poder de la Iglesia y poder así beneficiarse de ello según le conviniera.

El rey Enrique VIII jamás declaró seguir las enseñanzas originales de Jesús, la paz sea con él, ni tampoco trató nunca de encubrir o disimular sus razones o motivos, que por cierto siempre fueron claros. Llegó incluso a permitir la legalización de la usura, una práctica parasitaria que había sido siempre prohibida por todos los Profetas, incluidos Moisés, Jesús y Muhammad, a quienes Dios bendiga y conceda paz.

No deja pues de ser irónico que desde ese entonces, los monarcas ingleses hayan seguido utilizando el título de “Defensor de la Fe” —título originalmente concedido al Rey Enrique VIII por el Papa Católico Romano— cuando al mismo tiempo están obligados por las leyes inglesas no sólo a no casarse con miembros de la Iglesia Católica Romana sino también a no ser Católicos!

También puede decirse que es correcta, por parte de los monarcas de Inglaterra, la decisión por fin tomada de pagar el impuesto sobre la renta —ya que gran parte de los ingresos procedentes de estos impuestos son hoy necesarios para pagar la deuda nacional que fue contraída originalmente por el Rey Guillermo de Orange; esta deuda,

incrementada con el interés legalizado por el Rey Enrique VIII, ha seguido un patrón con un aumento creciente en espiral desde ese entonces.

En este periodo de la Reforma, los cristianos europeos —tanto Trinitarios como Unitarios, Católicos Romanos o Protestantes— comenzaron un proceso de expansión y reforma más allá de los límites de Europa y a expensas de diferentes culturas. No pudiendo ir demasiado lejos por vía terrestre, por estar bloqueado el camino hacia Oriente y hacia el Sur por los musulmanes, decidieron ir por mar, convirtiendo de paso a todos los que podían dondequiera que fueran.

Al ver la rápida expansión del Islam, con muchos de los cristianos Unitarios haciéndose musulmanes al recibir el mensaje, se formuló una gran estrategia para atacarlos sometiéndolos a una especie de movimiento global que les atenazara por Oriente y Occidente; esta estrategia iba a ser ejecutada principalmente por los cristianos Trinitarios apoyados financieramente por los judíos europeos (muchos de los cuales descendían de los Jázaros, con lo que en consecuencia, y como también era el caso de los cristianos europeos, ya ni siquiera descendían de las doce tribus de la Tribu de Israel).

Los impulsores de esta estrategia confiaban en establecer una alianza con un legendario rey cristiano de la India, al que llamaban el Preste Juan, para con su ayuda, lograr la conquista del mundo entero. Llevado por el interés en llegar a la India por el camino más largo, Colón “descubrió” América unos doscientos años después de que los musulmanes del África Occidental ya estuvieran allí establecidos; al mismo tiempo, Vasco de Gama “descubría” una nueva ruta marítima a la India que rodeaba el Cabo de Buena Esperanza.

Estos descubrimientos resultaron ser, desde el punto de vista financiero, aventuras sumamente provechosas. Los cristianos europeos no encontraron a su rey legendario de la India ni tampoco lograron erradicar el Islam, pero unidos a los judíos europeos colonizaron gran parte del mundo —incluida Palestina que los judíos Jázaros europeos reclamaron exitosamente como su “patria” perdida, a pesar de ser “turcos” y no “semitas” al proceder del Cáucaso; el resultado fue que sus respectivos dirigentes, los mercaderes y los banqueros amasaron enormes fortunas.

El conflicto entre Católicos Romanos y Protestantes —y de vez en cuando, cada vez que resurgía un nuevo movimiento de cristianos Unitarios, el conflicto entre éstos y los Trinitarios— continuó representando el drama ya conocido; sólo que ahora el escenario tenía dimensiones mundiales y cada uno de los bandos estaba aliado y dependía de los servicios financieros de los judíos europeos. Cada “bando” estaba también unido en el intento de derrocar a los musulmanes y cada “bando” seguía empeñado en una guerra ideológica cuyo objetivo era la supremacía política y doctrinal.

A comienzos del siglo XIX, cualquier conexión existente entre los cristianos (Trinitarios o Unitarios) y los seguidores originales de Jesús había desaparecido hace ya tiempo. Las controversias y los debates doctrinales que habían caracterizado a los primeros Sínodos y Concilios cristianos habían sido simplificados y decididos de una u otra forma. Cualquier intento de oposición sería al cristianismo Trinitario europeo había sido eliminado.

No obstante, y a pesar del tremendo poder que ejercían en Europa las Iglesias Católica Romana y Protestante, no podían eliminar por completo la creencia en la Unidad Divina en todos aquellos que profesaban el cristianismo; ya fuera denominado Arrianismo, Socianismo o Unitarismo, la creencia en la Unidad Divina —en Un Dios Único— ha sobrevivido dentro del movimiento cristiano hasta llegar a nuestros días, tal y como demuestran las siguientes biografías de algunos de sus más fervientes defensores.



Capítulo Octavo

Los Unitarios más Recientes en el Cristianismo

Mientras que los primeros Unitarios de la historia del cristianismo solían proceder de la Tierra Santa y del norte de África, y eran Unitarios porque habían tenido acceso a las enseñanzas originales de Jesús, la paz sea con él, los más recientes solían proceder de Europa —y luego de América y del resto del mundo colonizado— y se habían hecho Unitarios usando el sentido común y el pensamiento racional.

Dicho con otras palabras: mientras que los primeros Unitarios estaban en la posición de poder beneficiarse de la transmisión directa, tanto del conocimiento como del comportamiento, los que vinieron después ya no tenían acceso a este tipo de sabiduría, aunque todavía podían descubrir las cosas por sí mismos —gracias a, y a veces a pesar de, los limitados documentos escritos que todavía existían, y a pesar del error compartido con los Trinitarios respecto a la crucifixión y posterior resurrección de Jesús.

Los Unitarios más recientes ya no tenían acceso a las enseñanzas originales de Jesús en su forma completa, ni tampoco a su forma de vida; ambas se habían perdido para la posteridad y, en cualquier caso, estaban superadas por el advenimiento del Islam. Pero cuando contemplaban lo sucedido con la Iglesia Trinitaria y sus doctrinas, se daban cuenta de que algo no iba bien y, una vez utilizado el intelecto para evaluar las principales doctrinas y prácticas de los Trinitarios, llegaban al fin a un reconocimiento intelectual de la Unidad Divina, sobre todo si tenían la buena fortuna y el coraje necesario para comprender que muchos de los dogmas y prácticas religiosas que habían sido desarrollados por los cristianos Trinitarios europeos a lo largo de muchos siglos, no sólo no procedían de Jesús, sino que ni siquiera tenían el menor sentido.

El reconocimiento intelectual de la Unidad Divina experimentada en ocasiones por los cristianos Unitarios —esto es, la unidad subyacente de todo lo que existe y en consecuencia de Aquel que lo

ha creado— nunca podría tener la misma profundidad ni calidad que la comprensión de la Unidad Divina que está prometida por Dios a los que siguen la forma de vida profética y cumplen con el patrón de adoración que ha sido siempre encarnado y enseñado por todos los Profetas, desde Adán hasta Muhammad —incluidos Abraham, Moisés y Jesús, a quienes Dios bendiga y conceda paz. En todo caso, debe quedar claro que este reconocimiento de la Unidad Divina es un regalo que el Creador otorgó a Sus Profetas.

El conocimiento de Dios puede darse de muchas maneras; cada persona sabe algo que los demás no saben y sólo Dios es el Conocedor de todas las cosas.

En lo que respecta a los seguidores originales de Jesús, el acceso a la forma de vida Profética encarnada por Jesús, había sido perdido a fines del siglo VII d.C., puesto que con la llegada del Profeta Muhammad, a quien Dios bendiga y conceda paz, —muerto en el año 632 d.C. una vez entregado el mensaje y establecido la forma del Islam como realidad social— los últimos de los relativamente pocos cristianos que aún tenían acceso a las enseñanzas originales de Jesús, la paz sea con él, reconocieron al Profeta cuya venida había profetizado Jesús y abrazaron el Islam.

A partir de este momento —cuando el Papa Honorio seguía todavía esforzándose por reconciliar lo imposible, pobre hombre— la única manera de seguir el modo de vida profético, y en consecuencia comprender la naturaleza de la Unidad Divina, era mediante la aceptación del Islam y la práctica del camino de Muhammad —opción que, como veremos más adelante, eligieron muchos cristianos Unitarios cuando se dieron cuenta de la existencia de la misma y muy a pesar de los cristianos Trinitarios en sus intentos de desprestigiar al Islam y obstaculizar su aceptación.

Las cortas biografías que siguen a continuación no son más que una pequeña selección de algunos de los más conocidos y recientes Unitarios, tanto de Europa como de América, que aparecen de vez en cuando en las páginas de la historia de la cristiandad. No se intenta con ello proporcionar una relación detallada o de conjunto del movimiento Unitario dentro del cristianismo europeo. Las citas extraídas de sus escritos pueden parecer a veces excesivamente intelectuales, pero dados los elementos filosóficos que se estaban

introduciendo en el Cristianismo a lo largo de esos siglos en los que esta religión mutante estaba dominada por el “pensamiento europeo”, esta tendencia hacia lo puramente mental era tan inevitable como también lo eran las formas más emocionales del cristianismo que, oponiéndose a esta tradición, han aparecido en nuestro siglo: “Olvida la discusiones — ¡Jesús te ama!”

Debe no obstante recordarse, conforme retrocedemos en el tiempo una vez más, que aunque los nuevos cristianos del siglo XXI tocan la guitarra y se acompañan con palmas cuando cantan “Jesús te ama”, (al mismo tiempo que los cristianos Trinitarios serbios gravan cruces en los cuerpos de los prisioneros musulmanes que están a punto de asesinar porque se niegan a ser bautizados por la fuerza) —debemos recordar, repito, que la otra cara de la moneda nunca está lejos y que cada cosa reside en su opuesto: cualquier cristiano de la Europa del siglo XVI que escribiese o dijera en público “Yo creo que Dios es Uno”, se enfrentaba al empobrecimiento, a la tortura e incluso la muerte.

Miguel Servet (1511-1553)

Miguel Servet nació en el pueblo de Villanueva, en la España de 1511. Era hijo de un juez de esta localidad. Le tocó vivir en una época de malestar en la Iglesia establecida y en un periodo en el que todo el mundo cuestionaba la naturaleza del Cristianismo. En 1517, cuando Servet tenía seis años, Martín Lutero comenzó su revuelta contra la Iglesia Católica. Lutero fue excomulgado y se convirtió en el líder de la nueva y reformada religión “protestante”. Este movimiento, conocido hoy con el nombre de “La Reforma”, se propagó como un fuego incontrolado e incluso los que no estaban de acuerdo con Lutero se vieron obligados a tenerlo en consideración. Pero aparte de este conflicto, Servet tenía otro más cerca de casa: a pesar de que los musulmanes y los cristianos habían tenido buenas relaciones en el pasado, los resultados de las cruzadas en Oriente habían fomentado que la ira de los cristianos se volviera contra los musulmanes de España. La organización conocida con el nombre de la Inquisición Española se propuso convertir al Catolicismo Romano a todos los no cristianos. Cualquier tipo de relajó en la práctica de los ritos externos de la Iglesia era causa inmediata de un severo castigo, incluso la muerte.

Conforme crecía en edad y conocimiento, aumentaba la consternación del joven Servet ante tal derramamiento de sangre. En España había un gran número de musulmanes y algunos judíos —para ese entonces la mayor parte de los judíos habían sido matados o expulsados tanto de España como de Portugal— y la única manera que tenían de librarse de la espada era la afirmación pública de la fe Católica Romana, la admisión de la fórmula de la trinidad, la aceptación del bautismo y vivir desde entonces como cristianos Trinitarios Paulinos.

Al examinar la *Biblia* con detalle, Servet descubrió que la doctrina de la trinidad no aparecía por ningún lado como parte de las enseñanzas de la misma. Luego descubrió que la *Biblia* no siempre respaldaba lo que estaba siendo enseñado o practicado por los representantes de la Iglesia establecida. Servet tenía sólo veinte años cuando decidió dar a conocer la verdad que había descubierto, ya que el resultado de su descubrimiento fue que si los cristianos aceptaban la existencia de un Dios Único, se pondría fin a la causa de la confrontación entre cristianos y musulmanes y las dos comunidades podrían vivir en paz.

Este joven sensible pero inexperto, con la imaginación ardiendo de entusiasmo, pensó que este objetivo sería fácil de conseguir con la ayuda de los dirigentes de la Reforma, los cuales, al fin y al cabo, se habían separado de la Iglesia Católica Romana. Las nuevas Iglesias Protestantes se harían Unitarias, pensaba Servet, y con su ayuda, los cristianos, musulmanes y judíos podrían vivir juntos y en paz. Sería entonces posible tener un mundo tolerante basado en un Dios Único, el “Padre” de la familia del género humano.

Servet era demasiado joven para darse cuenta de que las mentes de los líderes de la Reforma estaban todavía atrapadas en la misma falsa metafísica que las de los Católicos Romanos. Pronto descubrió que tanto Lutero como Calvino no querían saber nada sobre la creencia en la Unidad Divina. Temían que la Reforma llegara demasiado lejos. Habían abolido un cierto número de ritos practicados por la Iglesia Católica y habían rechazado la autoridad del Papa, pero temían redescubrir la enseñanza original de Jesús puesto que con ello aumentarían las dificultades de los Reformistas, además de disminuir su poder y su reputación. Puede que incluso no se dieran

cuenta de lo mucho que las prácticas de los Católicos Romanos se habían desviado de la forma de vida de Jesús. La verdad es que los Reformistas hicieron todo lo posible para mantener la religión reformada dentro del marco de la ortodoxia Católica.

Las creencias de Servet constituían una amenaza para las dos organizaciones, la antigua y la nueva, dado que su autoridad dependía de las mismas fuentes Paulinas —de forma que, irónicamente, la llamada que Servet dirigió a los Reformistas sólo sirvió para que éstos unieran sus fuerzas con los Católicos Romanos a fin de proteger sus intereses comunes, aunque en ese momento quizás no se dieran cuenta de sus reacciones respectivas frente a las conclusiones de Servet. Desgraciadamente, el joven Servet fue incapaz de darse cuenta de la situación.

Servet había depositado todas sus esperanzas en los líderes de la Reforma al estar convencido de que el Catolicismo Romano no era la religión de Jesús. Sus estudios habían erradicado su creencia en la doctrina de la trinidad confirmando su creencia en un Dios Único y en Jesús como uno de Sus Profetas. Sus convicciones se reafirmaron cuando fue testigo de la coronación de Carlos V de España a manos del Papa.

En el año 1527, Carlos V invadió y saqueó Roma. Al principio llegó incluso a encarcelar al Papa, pero luego se dio cuenta de la conveniencia de tener al Papa como aliado más que como enemigo. Un Papa cautivo apenas podría influenciar a la gente de la manera deseada por Carlos V así que, hasta cierto punto, le devolvió la libertad. Para demostrar las buenas relaciones entre ambos, Carlos V decidió que fuera el mismo Papa quien presidiera la ceremonia de su coronación. Desde un punto de vista formal, esto no era necesario. Era como celebrar el matrimonio por la Iglesia después de haberlo hecho por lo civil. Los predecesores del rey —que rechazaban totalmente estar sometidos a la autoridad de la Iglesia— habían abandonado esta práctica, pero Carlos V se sentía lo suficientemente poderoso, y el Papa demasiado débil, como para atreverse a reinstaurar la ceremonia.

La coronación no tuvo lugar en Roma sino en Bolonia ya que, según una de las doctrinas de la Iglesia, “donde está el Papa, está Roma”. Servet fue testigo del espléndido espectáculo que le llenó de repugnancia con respecto a la Iglesia Católica. Al hablar del acontecimiento, Servet escribe:

“Y vi con mis propios ojos (al Papa) llevado con toda pompa sobre los hombros de los príncipes, haciendo con su mano la señal de la cruz y siendo adorado en las calles por una gente que se arrodillaba hasta tal punto que los que eran capaces de besar sus pies o sus zapatos se creían más afortunados que los demás y presumían de haber obtenido muchas indulgencias y que con ello se librarían de los tormentos del infierno. ¡Oh la más vil de las bestias, la más descarada de las ramera!”¹

Servet depositó sus esperanzas en los líderes de la Reforma. Estaba seguro de que si podía hacerles ver el error de la doctrina de la trinidad, éstos abandonarían la creencia en este dogma. Este error iba a costarle la vida.

Servet abandonó España y se trasladó a Toulouse donde estudió medicina obteniendo la licenciatura en el año 1534. Durante los años siguientes practicó diligentemente su especialidad pero, durante todo este tiempo, su interés primordial era el restablecimiento del Cristianismo en su forma más pura. No permaneció demasiado tiempo en un sólo lugar viajando de un lado para otro buscando gente lo suficientemente abierta como para escuchar lo que él creía era el Cristianismo verdadero enseñado por Jesús.

Servet fue a Basilea para encontrarse con el renombrado Oecolompadio, uno de los líderes de la Reforma. Tuvieron varias reuniones en las que el tema principal era la doble naturaleza de Jesús. Servet negaba la creencia que afirmaba que Jesús existía antes de la creación del mundo. Para demostrarlo apuntaba que los Profetas judíos hablaban siempre del “Mesías” en tiempo futuro. Servet pronto descubrió que sus ideas no eran aceptadas por los Protestantes suizos y abandonó Basilea en el año 1530.

Este rechazo produjo gran consternación en un Servet que esperaba que, a diferencia de lo que ocurría en Francia, los Protestantes escucharan con paciencia su exposición sobre Jesús y su enseñanza. Se trasladó a Estrasburgo pero descubrió que no podía ganarse la vida en esa ciudad. Al no saber alemán no podía ejercer la medicina, razón de que se viera obligado a trasladarse a Lyon.

Al poco tiempo de abandonar España, Servet inició una larga correspondencia con Calvino sin obtener resultados favorables; Calvino

no estaba realmente interesado en personificar las enseñanzas de Jesús sino más bien en seguir siendo el líder de su movimiento.

Al fracasar todos los intentos de influenciar a las personas mediante el contacto personal, Servet decidió publicar sus opiniones en un libro que tituló *Los Errores de la Trinidad*. Se publicó en el año 1531. En ese mismo año publicó otro libro titulado *Dos Diálogos sobre la Trinidad*. Los textos causaron una tremenda conmoción en Europa. No se recordaba a nadie capaz de tal atrevimiento. El resultado fue que la Iglesia persiguió a Servet sin tregua ni descanso obligándole a cambiar su nombre pero no sus convicciones. A partir del año 1532 y hasta la hora de su muerte tuvo que vivir con un nombre ficticio.

Servet seguía teniendo una fe casi infantil en un Calvino que, una vez leídos sus libros, comenzó a tener una profunda aversión por este joven presuntuoso que pretendía enseñarle teología. Servet siguió escribiendo a Calvino cuya ira aumentaba al comprobar que Servet insistía en rechazar sus opiniones. Los líderes del movimiento Protestante temían las posibles represalias que pudieran surgir cuando la opinión pública se enterara de las ideas del joven entusiasta. Los Reformistas temían también que aumentara la persecución por parte de la Iglesia Católica si la doctrina Protestante se apartaba demasiado de la norma Católica Romana.

Así fue como Servet, en vez de convencer a los Protestantes de sus opiniones, hizo que éstos abrazaran con más fuerza el dogma de la trinidad. Sirva como ejemplo el que Lutero lo condenara públicamente en el año 1539.

Durante todo este tiempo Servet continuó ejerciendo como médico llegando incluso a obtener un cierto renombre. A pesar de que la profesión de médico exige dedicación plena, Servet tuvo tiempo todavía para supervisar la publicación de la *Biblia*. Se publicó por fin en el año 1540. En la misma, Servet escribió un prefacio donde cuestionaba si un texto de la Escritura podía tener más de un significado. Calvino contestó afirmando que sí era posible, pero Servet no compartía su opinión. Servet declaró que seguía las opiniones de los primeros apóstoles que pertenecían a la escuela cristiana de Antioquía. Hoy en día la Iglesia Calvinista acepta el principio de interpretación que Calvino calificó como una de las mayores ofensas cometidas por Servet contra la ortodoxia vigente.

Es un alivio descubrir que en el punto más álgido de esta amarga controversia, Servet lograra encontrar refugio en casa de su viejo amigo Peter Palmier, el arzobispo Católico Romano de Viena. Servet vivió en su casa durante trece años, con total libertad para practicar la medicina e incrementar su fama como médico. Fue una de las primeras personas en Europa que escribió acerca del principio de la circulación de la sangre en el cuerpo. Escribió también un libro sobre geografía.

A pesar de sus logros literarios, las cuestiones relacionadas con el Cristianismo ocupaban el centro de su atención. Siguió escribiendo a Calvino, confiando todavía en poder ganarlo para su causa, pero Calvino rechazaba con firmeza las creencias que Servet exponía en sus cartas. Servet rehusó admitir la *obiter dicta* promulgada por Calvino que en esa época estaba considerado como el pensador más brillante de la religión Protestante y que se sentía totalmente justificado a la hora de expresar el disgusto que le causaba Servet por atreverse a desafiar sus dictámenes en cuestiones de religión. Pero Servet no admitía a Calvino como autoridad indiscutible. Calvino respondía iracundo y Servet lo hacía lleno de sarcasmo. Servet escribió un nuevo libro titulado *La Restauración del Cristianismo* y envió una copia del manuscrito a Calvino antes de ser publicado. Cuando por fin salió a la luz, se descubrió que el libro tenía siete capítulos, el primero y el último de los cuales se ocupaban por entero de las doctrinas del Cristianismo. El capítulo quinto contenía las copias de las treinta cartas que se habían intercambiado Servet y Calvino. Lo que se traslucía en este capítulo, es que por muchos que fueran los méritos poseídos por Calvino, le faltaba lo que se llama la mansedumbre cristiana. El libro hizo que Servet fuera condenado de nuevo, tanto por la Iglesia Católica como por la Protestante. Ambas unieron sus esfuerzos para que el libro fuera destruido, y hasta tal punto fueron concienzudas en su esfuerzo, que sólo dos copias han llegado hasta nuestros días. En el año 1791 se publicó una edición facsímil, pero las copias fueron de nuevo destruidas.

En una carta escrita en el año 1546, Calvino amenazó a Servet diciendo que si alguna vez iba a Ginebra no le dejaría salir con vida de la ciudad. Parece que Servet no tomó en serio la amenaza, pero Calvino era de los que cumplen las promesas. Cuando Servet fue

a Ginebra para entrevistarse con Calvino, pensando todavía en un posible entendimiento, Calvino hizo que los Católicos Romanos lo arrestaran y encarcelaran bajo la acusación de herejía.

Servet había alcanzado tal prestigio como médico que logró escapar de la prisión con la ayuda de unos antiguos pacientes. Decidió entonces ir a Nápoles, pero el camino pasaba por la ciudad de Ginebra. Pensó disfrazarse convenientemente para evitar ser descubierto, pero se equivocó de lleno. Al pasar por la ciudad fue reconocido y encarcelado otra vez. Esta vez no pudo escapar. Fue juzgado y condenado por hereje. Parte de la sentencia decía lo siguiente:

“Servet confiesa que en su libro llama a los que creen en la trinidad: Trinitarios y ateos. Dice que esta trinidad es un monstruo diabólico con tres cabezas ... Del bautismo de los niños afirma que es una invención del demonio y una práctica de brujería ... Todo esto ocasiona la muerte y la ruina de muchas almas. Más aún, ha escrito una carta a uno de los pastores en la que, además de muchas blasfemias, declara que nuestra religión carece de fe y no tiene Dios, y que en Su lugar tenemos un Cerbero de tres cabezas. Este tribunal dice, dirigiéndose a Servet, que no habéis tenido vergüenza ni honor al enfrentaros a la Majestad Divina de la Sagrada trinidad y que, con enorme obstinación, habéis intentado infectar el mundo con vuestro veneno hereje y ponzoñoso ... Por estas y otras razones queremos curar a la Iglesia de Dios de esta infección seccionando el miembro gangrenado ... En este momento y por escrito, dictaminamos la sentencia definitiva y os condenamos, Miguel Servet, a ser encadenado y llevado a la Capilla donde se os atará a un poste y seréis quemado y reducido a cenizas junto con todos vuestros libros. Así pondréis fin a vuestros días y serviréis de ejemplo a los que cometan transgresiones similares”.²

El 26 de octubre de 1553, Servet fue encadenado al tronco de un árbol sin que sus pies apenas tocasen el suelo. Sobre la cabeza se colocó una corona de paja y hojas secas espolvoreada con azufre. Apilados en torno a sus piernas se pusieron haces de leña mezclados con hojas

y ramas de roble aún verdes. El cuerpo estaba sujeto al tronco con una cadena de hierro y una cuerda atada al cuello inmovilizaba la cabeza. Se encendió la pira. El fuego le hacía sufrir enormemente, pero no le quemaba demasiado. Al verlo, algunos de los espectadores se apiadaron de él y añadieron más leña para acabar cuanto antes el tormento. Según cuenta uno de los testigos, Servet estuvo retorciéndose de dolor durante más de dos horas antes de morir. Antes de encender la leña le habían atado a la cintura una copia del libro *Los Errores de la Trinidad*. Se cuenta que alguien logró salvar el libro que todavía existe medio quemado en algún lugar.

Celso narra que la fortaleza mostrada por Servet en el tormento hizo que muchos meditaran sobre sus propias creencias. Calvino se quejó amargamente de que hubiera tanta gente honrando y reverenciando la memoria de Servet. Castillo, uno de los seguidores de Servet, dijo: “Quemar a un hombre no significa demostrar una doctrina”.³ Años después, los habitantes de Ginebra decidieron rendir homenaje a la memoria de Servet erigiendo una estatua, no a Calvino, sino al hombre que fue quemado vivo, acto del que Calvino era responsable. Cowper, honrando la memoria de Servet, escribió lo siguiente:

“Vivieron en el anonimato
 hasta que la persecución los llevó a la fama
 persiguiéndoles hasta el cielo.
 Sus cenizas volaron, aunque el mármol no nos dice dónde.
 Con sus nombres no hay bardo que embalsame
 y santifique su canción.
 Y la historia, que es tan cálida en temas inferiores,
 Permanece fría ante estos hechos”.⁴

La muerte de Servet no fue un caso aislado. Este tipo de sucesos eran comunes en la Europa de la época, tal y como indica el siguiente pasaje de la obra de Motley *Crecimiento y Desarrollo de la República Holandesa*:

“El 15 de febrero de 1568, una sentencia del Santo Oficio condenaba a muerte por herejes a todos los habitantes de Holanda. De esta maldición universal sólo se salvaban unas pocas personas nombradas a dedo. Diez días más

tarde, un decreto del Rey Felipe II de España confirmaba el juicio de la Inquisición y ordenaba su inmediata ejecución ... Tres millones de personas, hombres, mujeres y niños, fueron sentenciados al patíbulo en filas de tres en fondo. Con el nuevo decreto, las ejecuciones no disminuyeron sino más bien todo lo contrario. Personas en las posiciones más humildes y más elevadas eran llevadas a la hoguera cada día y cada hora. El duque de Alba, en una concisa carta a Felipe II, calcula fríamente el número de ejecuciones listas para ser llevadas a cabo una vez finalizada la Semana Santa en unas “ochocientas cabezas”.⁵

He aquí algunos extractos de *Los Errores de la Trinidad*, el libro que costó la vida a Servet:

“Los filósofos han inventado un tercer ser aparte, totalmente distinto a los dos primeros y al que llaman tercera persona o Espíritu Santo; y así es como han inventado una trinidad imaginaria, tres seres en una sola naturaleza. Pero en realidad se trata de tres dioses, o un dios triple, que tratan de imponernos bajo la pretensión y en nombre de la Unidad ... Parece que para ellos es muy fácil, tomando las palabras en su sentido más estricto, admitir la existencia de tres seres que dicen ser estricta, simple, y realmente diferentes y distintos; pero luego dicen que uno nace del otro, y cada uno procede del aliento del otro, a pesar sin embargo de que los tres están encerrados en un mismo recipiente. Como no estoy dispuesto a hacer mal uso de la palabra personas, los denominaré el primer ser, el segundo ser y el tercer ser, ya que en las Escrituras no encuentro otra forma de llamarlos ... Al admitir a estos tres seres, que en su lenguaje particular llaman personas, admiten también una pluralidad de seres, una pluralidad de entidades, una pluralidad de esencias, una pluralidad de substancias, y si tomamos la palabra Dios en su sentido más estricto, acabarán por tener una pluralidad de dioses”.

Servet continúa diciendo:

“Si es este el caso, ¿por qué entonces se culpa a los Tritoritas, que afirman la existencia de tres dioses? Ellos también han inventado tres dioses o un dios que dicen ser triple. Estos dioses triples forman una substancia compuesta. Y aunque haya algunos Trinitarios que no utilicen esta palabra, insinuando con ello que los tres han sido juntados, lo que sí hacen es usar una palabra que indica que están constituidos juntos y que Dios está formado por tres seres. Está claro en consecuencia que son como los Tritoritas y que presentan a un dios triple. Nosotros, mientras tanto, nos hemos convertido en ateos, en gente sin Dios. Puesto que cuando intentamos pensar sobre Dios nos encontramos con tres fantasmas y ya no nos queda el más mínimo atisbo de Unidad. ¿Qué otra cosa es estar sin Dios sino el no poder pensar sobre Él por estar siempre presente en nuestra comprensión una especie de confusión obsesiva causada por tres seres, una confusión que nos engaña al suponer que estamos pensando sobre Dios ...? Los que esto afirman parecen vivir en un mundo donde se sueñan estas cosas; mientras tanto, el reino de los cielos no sabe nada de estas insensateces; y cuando las Escrituras hablan del Espíritu Santo, lo hacen de una manera que éstos no conocen”.

Y luego añade:

“¡Sólo Dios sabe la irrisión que ha causado entre los mahometanos esta tradición Trinitaria! Los judíos tampoco quieren sumarse a este capricho nuestro y se ríen también de nuestra locura; y a causa de las blasfemias que contiene ni siquiera creen que se trate del Mesías prometido en su ley. Y no sólo los mahometanos y los hebreos se burlan de nosotros, sino que las mismas bestias de los campos se reirían de nosotros si entendieran nuestros desvaríos, ya que todos los trabajadores del Señor bendicen al Dios Único ... Esta plaga devastadora, en consecuencia, ha sido añadida y sobre impuesta sobre los nuevos dioses que han venido recientemente y que nuestros padres no adoraban. Esta plaga de la filosofía la trajeron los griegos, puesto que de entre todos los hombres ellos son los más dados a la filosofía; y

nosotros, fascinados con sus discursos, nos hemos convertido en filósofos, cuando de hecho los griegos jamás han entendido los pasajes que citan de las Escrituras al hablar de estas cuestiones”.

Servet también enfatizó lo que él creía que era la verdadera naturaleza de Jesús:

“Algunos se escandalizan de que yo llame profeta a Cristo porque ellos nunca lo hacen; les ha dado por pensar que a los que así lo llamamos se nos puede acusar de aliados del Judaísmo y Mahometanismo, cuando lo que ocurre es que no tienen en cuenta que las Escrituras y los escritores más antiguos lo llaman el Profeta”.⁶

Miguel Servet fue uno de los críticos más valientes contra la Iglesia establecida de su época. Ello le valió la distinción especial de ser quemado en la hoguera por los Católicos ayudados por los Protestantes. Servet aunaba en su persona lo mejor del Renacimiento y de la Reforma y se acercó mucho a la encarnación del ideal de su época que consistía en producir un “hombre universal” dotado de conocimiento “pansófico”. Era un experto en temas como la medicina, la geografía, la erudición bíblica y la teología. La diversidad de su conocimiento daba a Servet una amplitud de miras que estaba vetada a personas menos eruditas. Es posible que el episodio más importante de su vida fuese la confrontación con Calvino. No hay duda de que se trataba de un conflicto personal, pero al mismo tiempo era más que eso: era también el rechazo de una Reforma que estaba dispuesta a cambiar la forma pero no el contenido de una Iglesia decadente. Esto le costó la vida; pero aunque está muerto, su creencia en la Unidad Divina aún perdura entre nosotros. Hay muchos que todavía lo consideran el “fundador del Unitarismo moderno”.



No todos los que compartieron las ideas de Servet tuvieron su mismo destino, tal y como muestra la siguiente carta escrita por Adam Neuser, uno de sus contemporáneos. Esta carta está dirigida al Emperador Selim II, líder de los musulmanes de Constantinopla y forma parte de *Antiquities Palatinae*, obra que se conserva en los archivos de la ciudad de Heidelberg.

“Yo, Adam Neuser, cristiano nacido en Alemania y promovido a la dignidad de sacerdote de las gentes de Heidelberg, ciudad donde se encuentran las personas de mayor conocimiento de la Alemania de hoy en día, pido refugio a vuestra majestad con absoluta sumisión, cosa que os pido por amor a Dios y a vuestro Profeta, sobre él la paz. Os pido me admitáis como uno de vuestros súbditos y como parte de la gente que cree en Dios. Por la gracia del Dios Omnipotente yo soy capaz de ver, saber y creer con todo mi corazón, que vuestra doctrina y vuestra religión son puras, claras y aceptadas por Dios. Estoy también firmemente convencido de que mi alejamiento de los cristianos idólatras provocará que personas de importancia abracen vuestra creencia y vuestra religión, ya que se da el caso de que las personas más eruditas e importantes comparten mi misma opinión, tema del que informaré a su majestad personalmente. Por lo que a mí respecta, soy ciertamente uno de esos que menciona Al-Corán en la azora XII: Los cristianos muestran mejor voluntad que los judíos; y cuando sus sacerdotes y obispos, siempre y cuando no sean imprudentes y llenos de opiniones personales, comprendan los mandamientos ordenados por el Profeta de Dios, reconozcan la verdad y digan con lágrimas en los ojos: ¡Oh Dios! Esperamos desde lo más profundo de nuestros corazones que, dado que creemos en las mismas cosas que cree la buena gente, hagáis que nosotros también entremos en la comunión, ¿por qué no iríamos a creer nosotros en Dios y en aquél (Muhammad) que se nos ha hecho manifiesto por la Verdad?

¡Ciertamente, oh Emperador! Yo soy uno de los que se deleita leyendo Al-Corán. Soy uno de los que quiere ser parte de vuestra gente y da testimonio ante Dios de que la doctrina de vuestro Profeta, sobre él la paz de Dios, es de una certeza que no admite duda. Por este motivo, suplico a vuestra majestad, por amor a Dios y a vuestro Profeta, que tengáis a bien escucharme y así saber de qué manera el Dios de la Misericordia me ha revelado esta verdad.

Pero antes de nada debéis saber que no recurro a vuestra protección de la manera en que acostumbran algunos cristianos que debido a sus transgresiones, robos, crímenes o adulterios ya no pueden estar a salvo entre la gente de su misma religión. Puesto que yo ya había decidido hace más de un año pedir os asilo, habiendo incluso llegado en mi camino hasta la villa de Presburgo; mas al no poder entender la lengua húngara, no pude seguir adelante viéndome obligado a volver a mi país, cosa que no hubiese osado hacer si huyera por alguna ofensa cometida. Más aún, no hay nada ni nadie que me obligue a abrazar vuestra religión; ¿Quién podría hacerlo si soy un desconocido para la gente y es tan grande la distancia que me separa de ellos?

Vuestra majestad tampoco debe contarme entre el número de cristianos que al ser conquistados y hechos prisioneros por vuestros súbditos abrazan vuestra religión; lo hacen sin buena voluntad y en cuanto se presenta la ocasión se escapan y renuncian a la fe verdadera. En consecuencia, suplico de nuevo a vuestra majestad preste atención a lo que tengo que decir para que podáis ser informado de los motivos que me llevan a solicitar asilo en vuestros dominios.

Al ser ascendido al cargo de sacerdote en la renombrada Universidad de Heidelberg por el Elector Palatino, que junto al Emperador es el príncipe más poderoso de Alemania, comencé a reflexionar con gravedad acerca de las diferencias y divisiones que existen en nuestra religión cristiana: puesto que en ella parece haber tantas opiniones y sentimientos como personas la profesan. Empecé haciendo abstracción de todos los doctores e intérpretes de las Escrituras que han escrito y predicado desde los días del Profeta Jesucristo. Me quedé solamente con los mandamientos de Moisés y con el Evangelio. Luego me dirigí a Dios desde mi fuero interno con el mayor celo religioso y Le supliqué me enseñara el camino correcto para no caer en el peligro de la desviación tanto en mi caso como en el de mis feligreses. El favor de Dios hizo que me revelara

los *Artículos de la Invocación del Dios Único*; basado en el Artículo I, escribí un libro en el que demuestro que la doctrina de Jesucristo jamás afirmó que éste fuera Dios, cosa que los cristianos declaran con toda falsedad, sino que hay un sólo Dios que no tiene junto a Él hijo consubstancial. He dedicado este libro a vuestra majestad y estoy seguro de que no hay entre los cristianos persona capaz de refutarlo. ¿Por qué razón debería yo asociar a Dios otro dios similar a Él? Moisés lo había prohibido y Jesucristo jamás lo predicó. Después de esto, fortaleciéndome con la gracia de Dios y comprendiendo que los cristianos abusan de los bienes que trajo Jesucristo, como los judíos habían abusado antes de la serpiente dorada, llegué a la conclusión de que ya no queda nada puro entre los cristianos y que todo lo que tienen está falseado. Puesto que han pervertido con sus falsas interpretaciones la mayor parte de los escritos de Moisés y el Evangelio, todo lo cual he demostrado en un libro que he escrito y que mostraré a vuestra majestad. Cuando digo que los cristianos han falseado y corrompido los mandamientos de Moisés y el Evangelio, me estoy refiriendo a las palabras y al sentido de las mismas. Puesto que las doctrinas de Moisés, Jesús y Muhammad están de acuerdo en todo y no hay discrepancias entre ellas ... El Corán habla con gran respeto de Moisés y de Jesucristo. Pero insiste principalmente en cómo los cristianos han corrompido los mandamientos de Moisés y el Evangelio de Jesucristo con sus falsas interpretaciones. Si la Palabra de Dios fuera interpretada de forma fidedigna no habría diferencias entre judíos, cristianos y turcos. Así pues, lo que Al-Corán repite tan a menudo es totalmente cierto. La doctrina de Muhammad destruye todas las falsas interpretaciones de las Escrituras y enseña el sentido verdadero de la Palabra de Dios ...

Después de esto, y siempre por la gracia de Dios, comprendí que había un solo Dios, observé que la doctrina de Jesucristo no estaba siendo enseñada como se debía y que todas las ceremonias de los cristianos diferían mucho con respecto a su primera instauración. Comencé a pensar que

yo era la única persona en el mundo que pensaba de esta manera. No conocía Al-Corán y entre nosotros los cristianos había un enorme interés por propagar informes escandalosos e infames contra todo aquello relacionado con la doctrina de Muhammad; hasta tal punto es así que las pobres gentes a las que se les hace creer estas cosas, como muchas otras, son presas del pánico y huyen despavoridas ante la mera mención de Al-Corán. No obstante, y gracias al poder de la Divina Providencia, Al-Corán llegó por fin a mis manos, hecho que agradezco a Dios profundamente. Digo que se lo agradezco a Dios, y Él sabe que en todas mis oraciones Le pido por vuestra Majestad y por todos vuestros súbditos. A partir de entonces busqué la manera de impartir el conocimiento de estas verdades a mis feligreses; y si se daba el caso de no haber interés por esta doctrina, decidiría pedir a los que me habían elegido la excedencia de mi puesto para exiliarme en vuestros dominios. Empecé a cuestionar en todas las iglesias y escuelas algunos de los puntos de nuestra doctrina y por fin conseguí lo que quería: llevar las cosas hasta tal punto que pronto se supo mi postura en todos los Estados del Imperio y algunos eruditos se pasaron a mi bando. El Elector (temiendo las represalias del Emperador Maximiliano) me depuso de mi cargo ...”⁷

La carta llegó a manos del Emperador Maximiliano. Neuser y sus amigos fueron arrestados; entre ellos se encontraban dos hombres llamados Silvano y Matías Vehe. Todos fueron encarcelados. El 15 de julio de 1570 Neuser logró escapar, pero fue detenido poco tiempo después. Se escapó una segunda vez y de nuevo fue arrestado. El juicio duró dos años y en él se decidió decapitar a Silvano. En ese momento Neuser escapó de nuevo. Esta vez logró llegar a Constantinopla y allí abrazó el Islam.

Francis David (1510 - 1579)

Francis David nació en Kolozsvár, Transilvania, en el año 1510. Estudiante brillante, logró obtener una beca para Wittenberg donde se preparó durante cuatro años para ser sacerdote Católico. A su

regreso a Kolozsar fue nombrado rector de una iglesia Católica. Después de esto se hizo Protestante, abandonó la Iglesia Católica en 1555 y pasó a ser rector de una iglesia luterana. Cuando se produjo la división entre Lutero y Calvino en el seno del movimiento Reformista, David se unió al partido calvinista. La Reforma estaba todavía en sus primeros días y en esa atmósfera, el espíritu de investigación aún se mantenía con cierta frescura. Se permitía la discusión sobre todos los aspectos del Cristianismo. La Iglesia Reformada aún no había adoptado una doctrina establecida por lo que todavía había espacio para pensar con total libertad. En este clima intelectual era posible defender una libertad de creencia en la que cada individuo sólo daba cuentas a Dios.

Los dos dogmas que causaban mayor confusión en las mentes de la gente de la época, y que desafiaban todo tipo de explicación racional, eran los relacionados con la divinidad de Jesús y la trinidad. El intelecto de David estaba agitado con estos inexplicables artículos de fe. No podía entender cómo era posible que a los que creían en estos “misterios”, sin tratar de entenderlos, se les considerase mejores cristianos que a los que sí lo intentaban. David no estaba dispuesto a tener una fe ciega. Poco a poco llegó a la conclusión de que Jesús carecía de naturaleza divina y afirmó creer en la existencia de un Dios Único.

Esta creencia tenía en Polonia un considerable número de seguidores. Los líderes de este grupo eran dos: Blandrata, el médico de la corte, y un hombre llamado Sociano. Mientras David intentaba aún formular su creencia, el Rey Juan de Transilvania cayó enfermo y Blandrata fue llamado para curarlo. David conoció a Blandrata en esos días y con ello confirmó que la creencia en un Dios Único era la base auténtica del Cristianismo.

En el año 1566, David hizo una profesión de fe en la que mostraba el estatus del dogma de la trinidad basándose en lo que la *Biblia* decía en realidad. En su confesión, David repudiaba el concepto escolástico del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Blandrata, por su parte, publicó un documento que exponía siete postulados con los que refutaba estas doctrinas tanto afirmativa como negativamente. En ese mismo año, y por recomendación de Blandrata, el Rey Juan nombró a David predicador de la corte. Actuando como tal, David se convirtió en el representante del partido Unitario en los debates

nacionales convocados por el rey para clarificar los temas religiosos de la época. David era un orador sin parangón, alguien que, como afirmaba uno de sus contemporáneos, “parecía tener en la punta de la lengua el *Antiguo y Nuevo Testamentos*”.⁸

Los debates más importantes celebrados en el reino del Rey Juan, tuvieron lugar en Gyualafehervat en los años 1566 y 1568, y en Nagyvarad en 1569. El primer debate no tuvo carácter decisivo. No obstante, el rey se mostró sumamente impresionado con los argumentos expuestos por Blandrata y David. En 1567 se promulgó el Decreto de la Tolerancia. Decía:

“En cada lugar, los predicadores expondrán y comentarán el Evangelio según su propio entendimiento; si le gusta a los feligreses, mejor que mejor; en caso contrario, nadie puede obligarlos y tendrán al predicador cuya doctrina aprueben. Nadie podrá molestar o denigrar al predicador, ni tampoco se permitirá encarcelar o castigar a nadie por culpa de su enseñanza, puesto que la fe es un regalo de Dios”.⁹

El segundo sínodo, celebrado en el año 1568, se convocó con el fin de establecer de forma definitiva si la doctrina de la trinidad y la deidad eterna de Jesús figuraban o no en las Escrituras. David, que era un orador poderoso y convincente, no podía ser rebatido. Cuando sus oponentes se dieron cuenta de que perdían el debate, comenzaron a denigrarle, lo cual convenció aún más al rey de la autenticidad de los argumentos expuestos por David. El debate duró diez días. El resultado fue el establecimiento del Unitarismo como fe popular y a David como su principal defensor.

Durante este periodo, los escritos de Miguel Servet, que habían sido casi destruidos por completo por las autoridades de la Iglesia Trinitaria, fueron introducidos subrepticamente en Transilvania y traducidos a la lengua local. Leídos profusamente, los documentos reforzaron aún más la posición del movimiento Unitario en la Europa Oriental.

El tercer sínodo, celebrado en Hungría en el año 1569, fue, según un historiador húngaro, “el debate decisivo” que produjo el “triunfo definitivo del Unitarismo”.¹⁰ El rey en persona presidió las sesiones acompañado de las personalidades más relevantes del reino tanto civiles como militares. Los argumentos de David eran los siguientes:

- La visión que el Papa de Roma tiene de la trinidad es en realidad la creencia en cuatro o cinco dioses a la vez: una substancia que es Dios; tres personas separadas, cada una de las cuales se dice que es Dios; y un hombre, Cristo a quien también se le considera Dios. Sin embargo, Dios es sólo Uno, el Padre a partir de Quien y por Quien todo existe: Él que todo lo ha creado, Él que está por encima de todo y junto a Quien no hay otro dios, ya sean tres o cuatro, ni en substancia ni en personas, puesto que la Escritura no enseña la existencia de un Dios triple.
- El Dios/Hijo de la Iglesia que se pretende ha nacido de la misma substancia que Dios desde el inicio de la eternidad, no aparece mencionado en las Escrituras; ni tampoco aparece el Dios/Hijo que es la supuesta segunda persona de la trinidad descendida desde los cielos y que se hizo carne. Esto no es más que una invención humana y una superstición que debe ser rechazada como tal.
- Jesús no se creó a sí mismo. Dios fue quien le dio la personalidad. Dios, por mediación del Espíritu Santo, fue Quien hizo que fuera engendrado. Dios fue Quien lo santificó y lo envió a este mundo.
- La relación entre Dios y Cristo está determinada sólo por Dios, un Dios en su más absoluta Soberanía Divina, claramente distinto y por encima de todo lo que hay en Su creación, incluido Jesús.
- Para Dios el tiempo no pasa, para Él todo está en tiempo presente. Jesús nació en el tiempo y fue sacado del tiempo; y no hay lugar en las Escrituras donde se mencione que Jesús procede del inicio de la eternidad”.

El debate duró cinco días. Una vez más fue definitivo. En el discurso que cerraba el sínodo, el rey ordenó que se concediera libertad total de conciencia a los Unitarios. Melio, líder del partido Luterano, fue advertido de no convertirse en Papa, que no quemara libros y que

no convirtiese a la gente por la fuerza. Poco tiempo después, David resumía el debate con las siguientes palabras:

“Yo seguí las líneas de las Escrituras pero mis oponentes lo ocultaron como pudieron; y cuando hicieron tres del Dios Padre y dos de Cristo, convirtieron la luz en oscuridad. Su religión es contradictoria hasta el punto de no poder presentarse como un todo completo. Sin embargo ya verán como a pesar incluso de sus propios deseos, Dios demostrará Su Verdad”.¹¹

El resultado del debate fue que la casi totalidad de los habitantes de la ciudad de Kolozsar se convirtieron en creyentes del Dios Único. La creencia se extendió a las zonas rurales y se convirtió en la fe de la gran mayoría de la gente. El Unitarismo llegó a ser una de las cuatro religiones oficialmente “aceptadas”, es decir, protegida por la ley, y en el año 1571 había cerca de 500 congregaciones Unitarias en Transilvania.

Este fue el año en el que murió el Rey Juan. A pesar de que la popularidad del Unitarismo siguió aumentando, el nuevo rey, Esteban, no era tan tolerante como su predecesor y dio marcha atrás a la política de libertad de conciencia decretada por el Rey Juan. La vida empezó a ser difícil para los que afirmaban la Unidad Divina y, para empeorar aún más las cosas, David riñó con Blandrata y con Sociano. David era un Unitarista inflexible que no podía soportar la asociación de cosa alguna con Dios, aunque fuera incluso de forma indirecta. Sociano, por su parte, hacía una distinción entre la adoración y la invocación dirigidas a Jesús. No se le podía invocar, pero sí se le podía adorar. Esto era algo que David no podía aceptar ni tolerar.

Los Unitarios polacos encontraron la distinción demasiado sutil, puesto que era demasiado difícil percibir la diferencia entre una cosa y la otra. En la práctica diaria y bajo la forma de pensar más común, la distinción parecía desvanecerse y, cuando se practicaba el culto, era prácticamente imposible poder afirmar si una persona estaba adorando o invocando.

Los Católicos Romanos gozaban del apoyo del nuevo rey y la división entre los líderes del movimiento Unitario les confería una fuerza adicional. En una asamblea celebrada en Torda en el año

1571, surgió la queja generalizada de que algunos pastores de la iglesia eran culpables de crear innovaciones. La misma acusación fue repetida en las asambleas de 1573, 1576 y 1578, y las quejas tomaron un carácter cada vez más específico hasta que apuntaron hacia la persona de Francis David. Mientras ocurría todo esto, Blandrata había afianzado su amistad con el nuevo rey y dándose cuenta de la reputación y riqueza que proporcionaba esta amistad, se opuso directamente a David en el año 1578 aconsejándole que abandonara sus creencias. Sin embargo, David no estaba dispuesto a abandonar sus convicciones para poner a salvo su vida. Blandrata, después de haber luchado toda su vida por establecer la creencia en la Unidad Divina, estaba ahora débil y viejo y sólo quería descansar. No quería problemas para sí mismo o para sus amigos. Sabían que lo que estaba haciendo David era muy peligroso y pensaban que sería más fácil para todos si David siguiera el ejemplo marcado por ellos.

Pero David permanecía firme. No sólo continuó predicando, sino que a pesar de la creciente oposición, comenzó ahora a escribir y distribuir panfletos en los que exponía sus creencias. Blandrata invitó a Sociano a venir a Transilvania para persuadir a David de que cambiara sus ideas y aceptara la diferencia hecha anteriormente entre la adoración y la invocación de Jesús. Sociano llegó y fue invitado a alojarse en casa de David. Los intentos de persuadirle no tuvieron éxito, pero sí se acordó que David pondría sus creencias por escrito y que éstas se presentarían a un sínodo de la Iglesia Unitaria Polaca. David cumplió lo acordado resumiéndolo en cuatro puntos fundamentales:

- “El mandamiento estricto de Dios es que nadie debe ser invocado excepto Dios, el Padre, el Creador de los cielos y de la tierra.
- Cristo, el predicador de la Verdad, enseñó que nadie debe ser invocado junto con el Padre celestial.
- La verdadera invocación está definida como la que se dirige al Padre tanto en espíritu como en veracidad.
- Todas las maneras de oración están dirigidas al Padre, no a Cristo”.

Socioano escribió una respuesta refutando estas ideas y David le respondió, también por escrito, defendiéndolas. La discusión se hizo cada vez más acalorada y pronto se convirtió en amarga y personal. El resultado fue que Blandrata y David se convirtieron en enemigos a ultranza. Esto proporcionó al rey Católico el apoyo necesario; sin más dilación ordenó que David fuera sometido a arresto domiciliario sin la posibilidad de recibir visitas. David se enteró de la orden antes de que fuera ejecutada. Comenzó a predicar en todos los lugares posibles, tanto iglesias como plazas públicas, comunicando a la gente la razón del inminente arresto. Decía: “No importa lo que intenten puesto que a pesar de todo, el mundo entero sabrá que Dios es Uno”.¹²

Tras el arresto, David fue llevado ante una asamblea. Blandrata actuaba de fiscal y de testigo principal. La presión soportada por David era tan intensa que cayó enfermo. Tuvo que ser llevado en una silla ya que apenas podía mover los brazos y las piernas. Condenado a cadena perpetua fue encarcelado en la mazmorra de un castillo situado en la cima de una colina. Nadie sabe lo que David sufrió en los cinco meses que duró su encierro. Murió en noviembre de 1579 y fue enterrado como un delincuente común en una tumba sin distinción alguna.

Después de la muerte de Francis David se descubrió un poema escrito en la pared de la celda que ocupaba. Parte del mismo dice:

“Dos veces en diez años he servido fielmente a mi país
Y mi fidelidad al Príncipe ha sido siempre demostrada.
¿Os preguntáis por el delito tan odiado por la Patria?

No es más que éste:

‘He adorado a un Dios Único, no a tres’.

Los últimos versos del poema dicen:

“No hay alivio ni martirio, ni espada Papal
ni el rostro visible de la mismísima muerte;
No hay poder capaz de resistir el avance de la Verdad.
Lo que pensaba es lo que he escrito
Y he hablado con corazón sincero.

Después de mi muerte
los dogmas de la mentira serán derrocados”.¹³



David murió pero el movimiento siguió su avance, hasta el punto que durante muchos años a los Unitarios de Transilvania se los conocía con el nombre de los “de la religión de Francis David”. En nuestros días, sus argumentos están admitidos como “claros, directos y bíblicos. El veredicto de toda persona dotada de sentido común es favorable a David”.¹⁴

Blandrata, que había jugado un papel tan importante en la muerte de David, se convirtió en un personaje muy popular, tanto entre los Católicos como con el rey. Llegó a ser tan rico que su heredero no quiso esperar a que llegara la hora de la muerte natural y lo mató. A pesar de que la persecución de los Unitarios continuó con virulencia, no logró, como suele ocurrir, conseguir los resultados deseados por los perseguidores. David terminó por ser santificado como mártir y su ejemplo sirvió a los Unitarios como fuente de una inspiración que sobrevivió a las generaciones posteriores y a todo tipo de persecución.

No obstante, el número de Unitarios disminuyó considerablemente en Transilvania; donde sí aumentó fue en el sur de Hungría, zona que estaba bajo el gobierno turco, ya que los gobernantes musulmanes seguían las instrucciones del *Corán* en las que se permite vivir en paz a los seguidores de otras creencias, siempre y cuando no interfieran con las prácticas del Islam. Así fue como bajo el mandato turco todos los cristianos —tanto Trinitarios como Unitarios— disfrutaron de una libertad inexistente en cualquier otro país cristiano. Se les permitía incluso practicar sus leyes personales.

Aprovechándose de esta libertad, por ejemplo, un obispo calvinista mandó a la horca a un Unitario acusado de herejía. Uno de los sacerdotes Unitarios informó de esta acción al gobernador turco de Buda. El gobernador hizo traer a su presencia al obispo calvinista y a dos de sus ayudantes; tras someterlos a juicio, los condenó a muerte acusados de asesinato. El sacerdote Unitario solicitó clemencia para el obispo calvinista aduciendo que no era venganza lo que buscaba, sino impedir que se repitieran este tipo de incidentes. Al final, los culpables no fueron colgados en la horca y tras el pago de una cuantiosa multa, fueron puestos en libertad.

Bajo el gobierno turco los Unitarios disfrutaron de un periodo de paz que duró casi un siglo; en un momento dado había cerca de sesenta

iglesias en todo el país. No obstante, con el declive del poder turco, la libertad de creencia de la que disfrutaban los Unitarios comenzó también a disminuir y de nuevo se obligaba a la gente a convertirse al Catolicismo Romano. Los que rehusaban hacerlo eran despiadadamente perseguidos. Pero a finales del siglo XIX ya no era posible perseguir a la gente de forma tan abierta, con lo que el número de Unitarios comenzó a aumentar de nuevo. El movimiento Unitario aún perdura en la Europa Oriental de nuestros días y la influencia de David sigue presente en los corazones de la gente.

Hay una cierta especulación sobre los contactos entre Francis David y los musulmanes. Es cierto que sus creencias se acercan mucho al Islam y existe un pasaje en sus escritos donde menciona el *Corán* para defender sus convicciones:

“En el Corán se afirma con toda razón que Jesús no puede ayudar a los que lo adoran porque acabarían convirtiéndolo en Dios, cosa contraria a la doctrina que él mismo enseñó ... Así pues, los que predicán que deberíamos adorar e invocar a Jesús tienen un comportamiento censurable; Jesús enseñó que se debe invocar al Padre ... Dios no es tres sino Uno”.¹⁵

A pesar de los insultos y calumnias tramadas contra David, éste jamás fue denunciado como musulmán; es posible que tanto los Calvinistas como los Católicos temieran que dicha acusación hiciera que los en ese entonces poderosos gobernantes turcos ayudaran a los Unitarios. El aparente desconocimiento del movimiento Unitario por parte de los gobernantes turcos, a pesar de tener creencias tan próximas, puede quizás atribuirse a la degeneración de su Islam.

Una de las críticas principales esgrimidas contra David era que si sus ideas se aceptaban desaparecería la distinción entre Judaísmo y Cristianismo, y este último sería incluido en el primero. El mismo Blandrata provocó abiertamente a David acusándolo de querer volver al Judaísmo. Jamás refutó los argumentos de David sino que intentó desacreditarle utilizando el sentimiento popular contra los judíos —a quienes los ignorantes cristianos europeos hacían responsables del “asesinato de Cristo”— olvidando que cada nuevo Profeta ha venido para confirmar y ampliar las enseñanzas de los Profetas anteriores.

Parte de la importancia de David reside en el hecho de que al afirmar la Unidad Divina estaba también confirmando el lugar de Jesús en la tradición Profética, sin con ello negar en absoluto a los Profetas anteriores ni al que le iba a seguir, Muhammad, que la paz sea con todos ellos. Además de esto, recordaba a la gente que la verdadera fe y la confianza en Dios, junto con una vida que sigue el ejemplo y las enseñanzas de Jesús, la paz sea con él, son suficientes para esta vida y para la que ha de venir.¹⁶



Lelio Francesco Maria Sozini (1525 - 1562)

Lelio Sozini nació en Bolonia en el año 1525. Era un jurista cuyos estudios sobre el derecho lo llevaron a investigar la *Biblia* y la lengua hebrea. Siendo todavía joven dejó Bolonia para trasladarse a los alrededores de Venecia, lugar en el que existía un grado de libertad religiosa desconocido en otras partes de Italia. Los escritos de Servet habían llegado hasta allí e influenciado a mucha gente. Entre los que seguían sus creencias, dice Wallace en sus *Biografías Antitrinitarias*, había “muchas personas de posición distinguida y logros eminentes de la ciudad de Venecia”.¹⁷ Como el Senado no toleraba abiertamente estas creencias, los seguidores de las mismas comenzaron a reunirse en secreto. Su intención era el estudio de la verdad contenida en el Cristianismo y el restablecimiento de la enseñanza de Jesús en toda su pureza. Lubinietski, en su *Historia de la Reforma en Polonia*, escribe:

“Llegaron a la conclusión de que no hay más que un Dios Único. Jesús no era más que un hombre en realidad, concebido por la intervención del Espíritu Santo en el vientre casto de una virgen. La doctrina de la trinidad y la divinidad de Jesús fueron opiniones introducidas por filósofos paganos”.¹⁸

Lelio conoció a este grupo de Unitarios y, según Wallace, “pronto quedó prendado de estas ideas, abrazándolas con todo el candor y la pasión propias de una mente joven que buscaba y deseaba adquirir las verdades religiosas”.¹⁹ Un gnóstico llamado Camilo fue quien más influyó en él. Ante Lelio se abrían nuevos horizontes. Hasta ese entonces su mente había estado ocupada por los rígidos dogmas

de la Iglesia Trinitaria establecida. Ahora sin embargo sentía una nueva libertad jamás experimentada hasta ese entonces. Su vida cobraba nuevo sentido y decidió dedicarse por entero a la búsqueda de la verdad.

Se sabe que el número de miembros de la Sociedad Secreta de Vinecenza, nombre con la que se conoce hoy en día, era de más de cuarenta. Cuando por fin se descubrió la existencia de esta sociedad, algunos de los miembros fueron arrestados y condenados a muerte mientras que los demás tuvieron la suerte suficiente como para poder escapar y refugiarse en otros países. Además de Lelio Sozini, otros miembros conocidos de la sociedad eran Ochinus, Darío Sozini (primo de Lelio), Alciati y Bucalis. Se dice con bastante certeza que estos dos últimos se convirtieron al Islam. El Dr. White, en las conferencias dadas en Brompton, llama a los discípulos de Sozini “seguidores del Profeta árabe”.²⁰

Mientras se mantuvo en secreto la existencia de la sociedad, la atención de Lelio Sozini fue cautivada por dos hombres ajenos a ella. Uno era Servet y el otro Calvino. Servet tuvo la valentía de proclamar abiertamente su creencia en la Unidad Divina, mientras que Calvino se había dado a conocer como un poder con el que había que contar en los círculos Reformistas de Europa. Lelio Sozini quería conocer a ambos y decidió encontrarse con Calvino en primer lugar. En el encuentro Sozini sufrió un enorme descontento al comprobar que Calvino era de miras tan estrechas como cualquier otro sacerdote Católico Romano. La sensación de descontento se transformó en profunda indignación cuando Lelio descubrió la intervención de Calvino en el arresto de Servet. A partir de ese momento Sozini se basó en el ejemplo de Servet y en la inspiración de Camilo en los estudios de las doctrinas aceptadas por la Iglesia establecida. En 1559, Lelio Sozini fue a Zurich, ciudad en la que pasó los últimos tres años de su vida entregado al estudio y a la meditación. Murió en 1562 a la edad de treinta y siete años.

Fausto Paolo Sozini (1539 - 1604)

Fausto Paolo Sozini, sobrino de Lelio Sozini, nació en el año 1539. Su tío le había transmitido todo lo que había adquirido durante su corta pero provechosa vida. A la edad de veintitrés años, el joven

Fausto Sozini, o Sociano como se le conocía popularmente, se convirtió en heredero no sólo del legado de su tío Lelio, sino también de la luz de Camilo y la erudición de Servet. Sin embargo, el legado más precioso fue el gran número de manuscritos y notas exegéticas dejadas por su tío.

Sociano recibió su primera educación en Siena, la ciudad donde nació. Posteriormente visitó Lyon y Ginebra. Regresó a Italia en 1565. En la ciudad de Florencia entró al servicio de Isabella de Médici. Con ella obtuvo honor y posición. Tras la muerte de Isabella, Sociano se estableció en Basilea. En esta ciudad, el joven erudito atrajo la atención de todos los interesados en el estudio de la teología. Publicó un libro, anónimo y sólo para la distribución privada por lo peligroso que era diferir en público de las enseñanzas oficiales de la Iglesia Trinitaria.

El libro llegó a manos de Blandrata que, como ya hemos visto, era el médico de la corte de Polonia. En esa época, Blandrata tenía el valor, la visión, la capacidad y la ambición de liberar las mentes de la gente de la opresión dogmática impuesta por la Iglesia Trinitaria establecida. La tolerancia religiosa de los gobernantes de Polonia había convertido este país en un lugar sumamente atractivo para los que querían discutir y actuar con libertad según sus propias creencias religiosas sin seguir ciegamente los oscuros dogmas de la Iglesia. Blandrata invitó a Sociano a Polonia y la oferta fue aceptada de inmediato. En la atmósfera de libertad y camaradería que encontró Sociano tuvo libertad para escribir y firmar sus textos sin temer la persecución de la Iglesia Trinitaria. En Italia, y a pesar de que su persona aún seguía a salvo, se confiscaron sus propiedades. Sociano se casó con una mujer polaca y cortó todas las conexiones con su tierra natal.

En esta época los gobernantes de Polonia no creían en la doctrina de la trinidad, pero todavía estaban sumidos en la oscuridad. No sabían qué camino tomar para encontrar un dogma coherente. La presencia de Sociano llenaba este vacío y satisfacía por igual a los gobernantes y al pueblo entero. El conocimiento que le había pasado su tío, además de los frutos obtenidos por su propio estudio, se habían amalgamado en su intelecto y sus escritos tenían un impacto tremendo sobre la Iglesia Trinitaria establecida.

Presa de la ira, la Iglesia Católica Romana lo mandó arrestar y lo condenó a morir en la hoguera. Sin embargo, el apoyo popular hacia Sociano fue tan grande que el tribunal decidió someterle a la prueba del agua a fin de aportar al juicio mayor seriedad. Esta prueba, junto con la del fuego, había sido adoptada por la Iglesia Trinitaria con el nombre de *judicium dei*, “el juicio de Dios”, a pesar de no haber sido jamás parte de las enseñanzas de Jesús, ni siquiera de Pablo. El resultado de dicha prueba estaba considerado como el juicio inmediato proveniente de Dios. En la prueba del agua se arrojaba al acusado a un lugar de aguas profundas. Si se ahogaba era culpable. Sabiendo de antemano que Sociano no sabía nadar, los representantes del clero oficial lo arrojaron al mar. Sin embargo, Sociano logró salvarse y siguió viviendo hasta la hora de su muerte en el año 1604.

En 1605, los escritos de Sociano fueron compilados en un libro. Al ser publicado en Rokow llegó a ser conocido popularmente como el *Catecismo Racoviano*. Publicado originalmente en lengua polaca, fue traducido a casi todos los idiomas europeos. Con el tiempo, la enseñanza se propagó por todas partes, y su escuela de teología fue conocida con el nombre de Socianismo. Harnack, en su obra *Resumen de la Historia de los Dogmas*, equipara al Socianismo con el Catolicismo Romano y el Protestantismo como parte de los últimos estadios de los dogmas cristianos. Fue en gran parte gracias a Sociano que los Unitarios llegaron a ser reconocidos como una entidad separada dentro del Cristianismo moderno. Harnack afirma en su obra que el Socianismo tenía cuatro características fundamentales:

- Tuvo la valentía de simplificar las cuestiones relacionadas con la realidad y el contenido de la religión, al tiempo que eliminó el peso del pasado eclesiástico.
- Rompió el vínculo entre la religión y la filosofía, entre el Cristianismo y el Platonismo.
- Ayudó a propagar la idea de que las declaraciones religiosas sobre la verdad han de ser claras e inteligibles, si se quiere preservar su poder.
- Trató de librar el estudio de las Sagradas Escrituras

de las ataduras de los dogmas antiguos, dogmas que ni siquiera estaban en las Escrituras. Alguien dijo que “la ignorancia del laico es el beneficio del clérigo”. Las enseñanzas de Sociano contribuyeron en gran medida a la disminución de ambas.

La religión Sociana cruzó toda Europa y se propagó hasta Inglaterra. Consta que el obispo Hall de Norwich se lamentaba del hecho de que “las mentes de los cristianos habían sido seducidas ... por la herejía infernal del Socianismo propagada por los antitrinitarios y los nuevos Arrianos, hasta el punto de que hay que temer la destrucción total del Cristianismo”.²¹

En 1638 comenzó en Polonia una persecución brutal y exhaustiva contra todos los Socianos. El Colegio de Rokow fue cerrado y a los seguidores de Sociano se les privó de todos los derechos ciudadanos. Muchas de las personas que afirmaban la Unidad de Dios fueron a parar a la hoguera. Como ejemplo de la situación, en 1639, Catherine Vogal, esposa de un joyero de Polonia, fue quemada viva a la edad de 80 años. Su crimen fue creer que Dios era Uno; que Él es el Creador de los mundos visible e invisible y que no puede ser abarcado por el intelecto humano. Todo esto, por supuesto, es el más puro Islam. Fuller escribe que “toda esa quema de herejes sorprendió a la gente del pueblo por la atrocidad del castigo ... y ello les motivaba a pensar bien de las opiniones que los herejes defendían incluso con su propia sangre”.²²

“Al menos James I —añade Wallace— daba rienda suelta a sus tendencias pirómanas con la práctica no tan atroz de quemar libros en vez de personas”.²³

En 1658 se obligó a escoger a las gentes de Polonia entre la aceptación del Catolicismo Romano o el exilio. Los Unitarios se dispersaron por toda Europa junto con sus enseñanzas, que siguieron siendo una entidad aparte durante muchos años.

Con el rechazo de la doctrina de la Redención del *Catecismo Racoviano*, Sociano atacaba las raíces del Cristianismo ortodoxo. A pesar de ignorar si Jesús había sido o no crucificado, con lo que en consecuencia dicha doctrina carece por completo de fundamento, Sociano fue capaz de establecer lo absurdo de la misma basándose en otros postulados.

La doctrina de la Redención postula que el ser humano nace en estado de pecado por el error cometido por Adán, y que Jesús, con su (supuesta) crucifixión, redime este pecado y el resto de acciones erróneas de los que se bautizan y lo siguen. Según el Cristianismo ortodoxo, la Iglesia es una comunidad religiosa, una sociedad de origen divino fundada por Cristo para esta obra redentora. Sólo dentro de esta congregación, y gracias a su influencia, el pecador puede encontrar el camino hacia Dios. La Iglesia —es decir, el clero de la Iglesia— tiene importancia y prioridad absoluta sobre el creyente individual.

Sociano negaba todo lo anterior. Estaba convencido de que una persona podía acceder directamente a Dios sin necesidad de intermediarios. Para conseguir la salvación, dijo, lo que hace falta no es el bautismo, sino “el racionamiento correcto”, y en consecuencia, seguir ciegamente a la Iglesia está fuera de lugar. Al negar esta doctrina, Sociano ponía en cuestión no sólo la autoridad de la Iglesia, sino incluso su *raison d’être*. Esta era la razón de que Católicos y Protestantes unieran sus fuerzas con tanto ardor en la lucha contra el Socianismo. Sociano refutaba la doctrina de la Redención basándose en las siguientes razones:

- Cristo no estaba en situación de ofrecer un sacrificio eterno por los pecados cometidos ya que Cristo, según lo narrado en el Evangelio, sólo sufrió durante un tiempo limitado.
- Incluso el sufrimiento más intenso que ha sido soportado en la Tierra durante un cierto periodo de tiempo, no es nada comparado con el castigo eterno del Infierno al que está expuesto el ser humano.
- Si se dice que el sufrimiento de Cristo fue mayor por su cualidad de ser infinito, debe aceptarse también que su capacidad para soportar dicho sufrimiento era también infinita. Pero incluso el sufrimiento de un ser infinito no puede redimir el sufrimiento eterno.
- Si para defender este argumento se admite que Cristo propició de alguna manera la redención infinita, con ello se impide hablar de la misericordia de Dios, o de

la gratitud del hombre cuando Él concede Su perdón —ya que cualquier persona bautizada en el nombre de Cristo está automáticamente cualificada para la redención de sus pecados, incluso antes de que Dios lo perdone y anule la penitencia que merecen.

- Aceptar la doctrina de la Redención significa que la Ley de Dios ya no es obligatoria para Su siervo puesto que haga lo que haga, la penitencia por sus pecados ya ha sido redimida.
- Parece pues que la persona que cree en Cristo tiene total libertad para hacer lo que le venga en gana, puesto que al ser la expiación de Cristo absoluta e infinita, debemos concluir que comprende toda cosa y que, en consecuencia, la salvación universal es parte de la misma.
- Dicho con otras palabras: la lógica inherente en la doctrina de la Redención, implica que Dios no puede exigir más condiciones de las que ya ha impuesto sobre el ser humano. El precio ha sido pagado —pasado, presente y futuro— así que los deudores están libres, incluso antes de contraer una posible deuda.
- Si suponemos que cierto número de personas deben una gran cantidad de dinero a un acreedor de este mundo y alguien se presenta y salda la deuda por completo, ¿qué derecho tiene entonces el acreedor a imponer o exigir cosa alguna sobre estas personas que ya no deben nada?

La doctrina de la redención estaba también implícitamente criticada por Sociano al afirmar que Jesús no era Dios, sino sólo un hombre —puesto que es evidente que es imposible que un hombre pueda redimir las acciones incorrectas de los que creen en él, por más grande que haya sido él mismo o el sufrimiento que padeció. Este hecho es suficiente para demostrar lo erróneo del razonamiento en el que se basa la Iglesia establecida, y así dismantelar esta mítica doctrina.

Sociano afirmaba que Jesús era un ser humano mortal a pesar de haber nacido de una mujer virgen. Su grado de elevación con respecto a los otros seres humanos se basaba en la santidad que caracterizaba

su vida. No era Dios, pero recibía inspiraciones procedentes de Dios. Tenía una misión y poderes divinos, pero él no era la fuente de esa visión ni de ese poder. Había sido enviado por Dios y disfrutaba de Su autoridad suprema en esa misión cuyo objetivo era la humanidad.

Sociano apoyaba estas creencias con citas y exégesis de los pasajes más importantes de las Escrituras. Sus argumentos sutiles y capaces conferían a las palabras de Cristo un significado racional: Jesús no era la Palabra hecha carne. Era un hombre que en su vida había logrado dominar las acciones incorrectas de la carne. Tampoco existió antes de la creación del mundo. Estaba permitido invocar la ayuda de Jesús en la oración, siempre que no fuera considerado o adorado como Dios.

Sociano declaraba que Dios es el Señor supremo de todo lo que existe: la Omnipotencia no sólo es Su atributo, decía Sociano, sino que además es el atributo que gobierna sobre todos los demás. Dios no admite duda alguna. Lo finito no puede ser medida de lo infinito. En consecuencia, las concepciones humanas sobre la naturaleza de Dios son incompletas y no pueden ser consideradas como fundamentos en los que basar juicios críticos sobre Él. La voluntad de Dios es absolutamente libre y no está limitada por las leyes formuladas o concebidas por la mente humana. El deseo y el propósito de Dios están ocultos a los ojos del ser humano. El dominio de Dios implica Su absoluto derecho y autoridad suprema a determinar cualquier cosa que Él elija con respecto a nosotros y al resto de todas las cosas. Puede leer nuestros pensamientos aunque se oculten en lo más profundo de nuestros corazones. Él puede, como y cuando quiere, ordenar leyes y determinar premios y castigos según las acciones e intenciones de la persona. A los seres humanos se les ha dado libertad de elección, aunque en realidad carecen de poder alguno.

Como no puede haber más de un ser que ejerza el dominio absoluto sobre todo lo creado, afirmaba Sociano, hablar de tres personas supremas es totalmente irracional. La esencia de Dios es Una, no sólo en atributo sino también en número. No puede contener una pluralidad de personas. Por ejemplo, un individuo es poseedor de una esencia inteligente individual, y en el caso de tres personas numéricas debe haber también tres esencias individuales. Si se dice que hay una sola esencia numérica tiene que afirmarse en consecuencia que sólo hay una persona numérica.

La doctrina de la trinidad fue refutada por Sociano, como por otros antes que él, basándose en la declaración de que Jesús no podía tener dos naturalezas de forma simultánea. Sociano decía que dos sustancias con características opuestas no se pueden combinar en una sola persona, y que en el caso de Dios y de Jesús estas características son: mortalidad – inmortalidad, tener comienzo – carecer de comienzo, estar sujeto a cambios – ser inmutable, ser finito – ser infinito.

Además, seguía diciendo Sociano, dos naturalezas capaces de ser personas separadas, no pueden contenerse en una sola persona. Puesto que en vez de una, lo que aparecería necesariamente son dos personas; en consecuencia y en el caso de Jesús, se convierten en dos Cristos, uno divino y otro humano. La Iglesia dice que Cristo está compuesto de una naturaleza humana y otra divina, como cualquier individuo dotado de cuerpo y alma. Sociano responde diciendo que este caso es muy diferente a la creencia que postula que las dos naturalezas están tan unidas que Cristo está constituido de un cuerpo divino y otro humano. En el caso del ser humano, el cuerpo y el alma están tan unidos que la persona no es sólo alma ni sólo cuerpo, ya que el alma y el cuerpo por separado forman la persona. En el caso de Jesús, la naturaleza divina constituye una persona en sí —lo cual, necesariamente, implica que la naturaleza humana en sí constituye también una persona separada.

Más aún, argumentaba Sociano, las Escrituras consideran aborrecible afirmar que Jesús tiene una naturaleza divina: en primer lugar, porque Dios creó a Jesús; en segundo lugar, porque las Escrituras afirman que Jesús era un hombre; en tercer lugar, porque en las Escrituras se describen las excelencias de Jesús como un regalo de Dios y en cuarto lugar, porque las Escrituras indican claramente que Jesús no atribuye jamás los milagros a sí mismo ni a una naturaleza divina que le es propia, sino que afirma vienen del Padre. Jesús confirmó siempre la Voluntad Divina.

La cita siguiente del *Catecismo Racoviano* está contenida en la obra de Reland titulada *Reflexiones Críticas e Históricas sobre el Mahometanismo y el Socianismo*:

“La opinión de los que adscriben la divinidad a Jesús es un hecho aberrante no sólo a la razón sino a las propias Es-

crituras Sagradas, y están cometiendo un craso error los que creen que no sólo el Padre, sino también el Hijo y el Espíritu Santo son tres personas en una sola deidad ...

La esencia de Dios es una, pura y llanamente, de forma que es una contradicción manifiesta inventar otra más si ya existen tres personas independientes. Las pobres y débiles razones de nuestros adversarios, con las que tratan de probar que el Padre había engendrado al Hijo a partir de Su propia substancia, son ridículas e impertinentes ...

Hasta el Concilio de Nicea, e incluso después como demuestran los escritos de los que vivían en ese entonces, el Padre era reconocido como el Dios verdadero y los que sostenían opiniones contrarias eran considerados herejes ...

El mismo espíritu del Anticristo no habría sido capaz de introducir un error más peligroso en la Iglesia de Cristo que esta doctrina que predica la existencia, en la esencia única de Dios, de tres personas distintas, siendo Dios cada una de ellas; esta doctrina postula que el Padre no es el Único Dios verdadero puesto que el Hijo y el Espíritu Santo están unidos con Él. La verdad es que no existe cosa más absurda, más imposible ni más repugnante a la razón ...

Los cristianos creen también que Jesucristo murió para salvarnos y para pagar las deudas contraídas con nuestros pecados; sin embargo, esta opinión es falsa, errónea y extremadamente perniciosa”.²⁴

Sociano afirma que una de las causas que motiva la aceptación de la doctrina de la trinidad es la influencia de la filosofía pagana, tal y como indica el siguiente pasaje extraído de la obra de Toland *Los Nazarenos*:

“Los Socianistas y los otros Unitarios declaran con firmeza que los gentiles introdujeron en el Cristianismo su politeísmo anterior, además de la deificación de los muertos. Mantuvieron el nombre de Cristianismo al tiempo que lo alteraban según requieran acomodarse a las opiniones y costumbres de aquellos tiempos los intereses o las exigencias de sus asuntos”.²⁵

La razón de que los escritos de Sociano alcanzaran tal aceptación es evidente. No sólo llevaron a la gente a una imagen más precisa de quién era Jesús y de lo que vino a enseñar, sino que también ayudó a destruir gran parte del poder ejercido por la Iglesia.

La grandeza de Sociano reside en la capacidad de haber producido una teología que era a la vez lógica y basada en la *Biblia*. Este hecho dificultaba enormemente la tarea de sus adversarios. Por ejemplo: cuando en 1680, el Reverendo George Ashwell se percató de que los libros de Sociano comenzaban a gozar de gran popularidad entre los estudiantes, decidió escribir un texto para refutar la religión Sociana. Citarlo es importante puesto que proviene de la pluma de uno de sus enemigos:

“Grande era el patrón de esta secta; una persona en la que confluían todas las cualidades que provocan la admiración y atraen las miradas de la gente; encantaba, por así decirlo, con una especie de fascinación a todos los que con él conversaban, y dejaba en la mente de los presentes una profunda impresión llena de amor y admiración. Destacaba sobremanera lo elevado de su ingenio y la dulzura de su carácter, la fortaleza de sus razonamientos y el poder de su elocuencia. Poseía en grado sumo las virtudes que mostraba a quienes lo contemplaban. Eran tan grandes sus cualidades naturales y tan ejemplar el curso de su vida que parecía cautivar el afecto de toda la humanidad”.

Y luego, una vez dicho lo anterior, Ashwell llega a la conclusión de que Sociano jera una trampa tendida por el mismísimo diablo!²⁶

Hoy en día son pocos los cristianos que comparten sobre Sociano los mismos sentimientos contradictorios del Reverendo Ashwell. Hay una simpatía creciente hacia el Socianismo, al tiempo que una cierta inquietud sobre la manera brutal en la que fue suprimido —y junto a todo ello hay una reacción más que manifiesta en contra del Trinitarismo. Muchos de los cristianos capaces de ejercitar la reflexión están ahora de acuerdo con las tesis de Sociano y rehúsan aceptar la pretendida divinidad de Jesús y todo lo que conlleva esta doctrina errónea.

John Biddle (1615-1662)

John Biddle, padre del Unitarismo en Inglaterra, nació en el año 1615. Estudiante brillante, fue descrito como una persona que “sobrepasó a sus maestros llegando a convertirse en tutor de sí mismo”.²⁷ Fue a la Universidad de Oxford en 1634 logrando la distinción de B.A. en 1638 y la de M.A. en 1641. Terminados sus estudios en Oxford, fue nombrado profesor de la Escuela Libre St. Mary de Crypt en el condado de Gloucester. Aquí es donde Biddle comenzó a examinar sus opiniones religiosas y llegó a dudar de la doctrina de la trinidad. En esa época estuvo influenciado por el pensamiento de los Unitarios europeos —puesto que las enseñanzas de Sociano habían logrado llegar hasta Inglaterra.

Una versión en latín del *Catecismo Racoviano* había sido enviada a Inglaterra con una dedicatoria dirigida al Rey James I. El libro fue quemado públicamente por el verdugo en el año 1614. A pesar de ser destruido, su contenido había logrado interesar al público, razón de que fuera necesario desacreditarlo. John Owen, encargado de refutar las enseñanzas de Sociano por el Consejo de Estado presidido por Oliver Cromwell, llegó a decir: “No contempléis estos temas como algo lejano o que no es de vuestra incumbencia; el diablo está al acecho en cada esquina. No hay ciudad, pueblo o aldea de Inglaterra en la que no se esté inoculando algo del veneno”.²⁸

Los intentos de defender los dogmas oficiales de la Iglesia establecida encontraron cierta oposición. William Chillingworth (1602-1644), por ejemplo, condenó el “daño causado por lo credos que conducen a la persecución, a la quema en la hoguera, a la maledicencia y la condena de personas que no aceptan las palabras de los hombres como si fueran las palabras del mismo Dios”.²⁹ Jeremy Taylor y John Milton afirmaron que: “Las búsquedas sinceras de la razón no producen herejes. El daño está en las influencias que pervierten la voluntad”.³⁰

El debate comenzó a propagarse y los detentores de la autoridad tomaron nuevas medidas para “proteger” la creencia en la doctrina de la trinidad. En junio de 1640, las Asambleas de Canterbury y York acordaron prohibir la importación, impresión y circulación de los libros Socianos. Se ordenó a los sacerdotes que no enseñaran las doctrinas de Sociano y se dio aviso de que serían excomulgados los

que creyeran en esas doctrinas. Hubo un cierto número de pensadores y escritores que denunciaron esta orden, aunque sin resultado alguno.

Este clima de revaluación y examen es el que sirvió de marco al cambio en las opiniones de Biddle, especialmente en lo que respecta a la doctrina de la trinidad. Comenzó a exponer libremente sus opiniones, hecho que provocó que, en 1644, los magistrados le exigieran una profesión de fe por escrito. Lo hizo con palabras sencillas: “Creo que hay una Esencia Todopoderosa llamada Dios. Y sólo hay Una persona en esta Esencia”.³¹

Biddle publicó también un breve ensayo titulado *Doce Razones para Refutar la Divinidad del Espíritu Santo*. Estaba dirigido “al lector cristiano”.

En 1645 el manuscrito de las *Doce Razones* fue confiscado y Biddle llevado a prisión. Compareció ante el Parlamento y siguió rehusando aceptar la divinidad del Espíritu Santo. En 1647 publicó de nuevo su opúsculo. El 6 de septiembre de ese mismo año, el Parlamento ordenó la quema del texto. El 2 de Mayo de 1648 se decretó una “Ordenanza Capital”. Esta declaraba que todo aquél que negase la trinidad, la divinidad de Jesús o del Espíritu Santo, sería condenado a muerte, incluidos los miembros del clero. He aquí un resumen de las *Doce Razones*, causa de esas medidas extremas:

1. “Todo lo que se distingue de Dios no es Dios.
El Espíritu Santo se distingue de Dios.
En consecuencia el Espíritu Santo no es Dios.
2. Quien dio el Espíritu Santo a los Israelitas fue Jehová.
En consecuencia, el Espíritu Santo no es Jehová,
ni tampoco Dios.
3. Quien habla sin depender de su propia voluntad
no es Dios.
El Espíritu Santo no habla según su propia voluntad.
En consecuencia el Espíritu Santo no es Dios.
4. Quien es enseñado no es Dios.
A quien se le indica lo que tiene que decir
está siendo enseñado.
Cristo dice lo que se le ordena.

En consecuencia Cristo no es Dios.

(Aquí Biddle cita a *Juan* 8: 26 cuando Jesús dice:
“Lo que yo oigo procedente de Él, eso es lo que digo”).

5. En *Juan* 16:14 Jesús dice:
“Dios es Quien ha dado a las cosas todo lo que tienen”.
El que recibe de otro no es Dios.

6. Quien es enviado por otro no es Dios.
El Espíritu Santo ha sido enviado por Dios.
En consecuencia el Espíritu Santo no es Dios.

7. Quien no es dador de todas las cosas no es Dios.
Quien es un regalo de Dios no es dador
de todas las cosas.
Quien es un regalo de Dios es, de por sí, un ser dado.
El regalo está bajo el poder del dador.
Dios nunca puede estar bajo el poder de otro.

(Aquí Biddle cita *Hechos* 17: 25: “Dios es el que a todos
da la vida, el aliento y todas las cosas”).

8. El que cambia de lugar no es Dios.
El Espíritu Santo cambia de lugar.
En consecuencia el Espíritu Santo no es Dios.

(Biddle amplía la explicación de este silogismo diciendo que si Dios cambia de lugar significa que ya no está donde antes estaba y que comenzaría a estar donde antes no estaba —lo cual estaría en contradicción con Su atributo de la Omnipresencia y en consecuencia con Su Deidad. Así pues no pudo ser Dios quien vino a Jesús, sino un ángel que se manifestó como persona en el Nombre de Dios.)

9. El que reza para que Cristo venga a juzgar no es Dios.
El Espíritu Santo lo hace.
En consecuencia el Espíritu Santo no es Dios.

10. En *Romanos* 10: 14 se dice: “¿Cómo creerán a aquél a quien no han oído, aquél en quien las personas no han creído y sin embargo eran discípulos?”

Aquel en quien no se cree no es Dios.
 Las personas no han creído en el Espíritu Santo,
 y sin embargo eran discípulos.
 En consecuencia el Espíritu Santo no es Dios.

11. Aquel a quien Dios ordena decir algo a través de un intermediario— e.d. Jesús—
 tiene una comprensión distinta a la de Dios.
 En consecuencia Jesús no es Dios.
 Y el que oye de Dios lo que tiene que decir
 está siendo enseñado por Dios.
 Este es el caso del Espíritu Santo.
 En consecuencia el Espíritu Santo no es Dios.

12. Quien tiene una voluntad distinta
 a la voluntad de Dios no es Dios.
 El Espíritu Santo tiene una voluntad distinta
 a la de Dios.
 En consecuencia el Espíritu Santo no es Dios”.

(Aquí Biddle cita *Romanos* 8: 26-27 donde se dice: “Y de igual manera el espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos cómo pedir para orar como conviene; mas el espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables ... y su intercesión a favor de los santos es según Dios”).

Biddle estudió también el versículo del *Nuevo Testamento* que el clero de la Iglesia Trinitaria solía citar como demostración de la doctrina de la trinidad, *I Juan* 5: 7, que dice: “Pues tres son los que dan testimonio: el espíritu, el agua y la sangre, y los tres convienen en lo mismo”.

Biddle declaró que el versículo no estaba de acuerdo con el sentido común. Contradecía además otros versículos de las Escrituras y sólo significaba unión de consentimiento y acuerdo, pero no de esencia. Más aún, indicaba Biddle, el versículo ni siquiera aparece en las copias griegas más antiguas del Evangelio, ni tampoco en las traducciones siríacas ni en las ediciones latinas más antiguas. Parece pues que el versículo había sido interpolado, y como tal, rechazado por los intérpretes tanto antiguos como modernos.³²

A pesar del acta de 1648, Biddle publicó otros dos opúsculos que provocaron su inmediato encarcelamiento y muy probablemente la muerte en la horca de no haber sido por la ayuda de unos cuantos miembros independientes del Parlamento. Una de las obras se titulaba *Confesión de Fe sobre la Santísima Trinidad según las Escrituras*. Estaba compuesta de seis artículos, ilustrado cada uno de ellos con pasajes de la *Biblia* y apoyado con sus propios argumentos. En el prefacio comienza hablando con valentía sobre los peligros que surgen de la creencia en la doctrina de la trinidad y añade que los argumentos utilizados por los Trinitarios son “más propios de prestidigitadores que de cristianos”.³³ He aquí un extracto de la *Confesión de Fe*:

“Yo creo en la existencia de un Dios Supremo, Creador de los cielos y de la tierra, Causa primera de todas las cosas y objeto último de nuestra fe y adoración.

Creo en Jesús, hasta el punto de creer que puede ser incluso nuestro hermano y con ello tener una comprensión tal de nuestras debilidades que lo predispongan a prestarnos su ayuda. Jesús sólo tiene una naturaleza humana. Está subordinado a Dios. Jesús no es otro Dios. No existen dos Dioses.

El Espíritu Santo es un ángel que, debido a su eminencia e intimidad con Dios, ha sido nombrado portador de Su mensaje”.³⁴

La otra obra publicada por Biddle se titula: *Los Testimonios de Irineo, Justiniano mártir, etc . . . , con respecto al Dios Único y las Personas de la Santísima Trinidad*.

Tras una larga estancia en la prisión, uno de los magistrados salió fiador de Biddle y éste logró la libertad. El nombre del magistrado se mantuvo en secreto dado que temía por su seguridad personal. No obstante, Biddle no disfrutó de libertad por mucho tiempo antes de ser encarcelado de nuevo. El magistrado amigo murió poco tiempo después, y a pesar de dejarle a Biddle una pequeña herencia, ésta desapareció muy pronto con los gastos que generaba la estancia en la prisión; los alimentos de Biddle se reducían a un poco de leche que ingería en la mañana y por la tarde. La situación mejoró cuando un editor de Londres lo contrató, aun estando encarcelado, como corrector de una nueva edición de la *Septuaginta*, la primera traducción al

griego del *Antiguo Testamento* hecha, según se dice, en setenta días por un grupo de setenta y dos eruditos judíos, en la isla griega de Faros en el siglo III d.C.

El 16 de Febrero de 1652, se decretó el Acta de Amnistía y Biddle fue puesto en libertad. En ese mismo año se publicó en Ámsterdam una versión inglesa del *Catecismo Racoviano* que llegó a ser muy popular en toda Inglaterra. A su vez, Biddle publicó también en Ámsterdam, otro libro sobre el Unitarismo que leyó mucha gente en Inglaterra. Durante este periodo de relativa libertad, Biddle comenzó a reunirse cada domingo con otros Unitarios para adorar a Dios según sus propios ritos. Los que asistían a estas reuniones no creían en el Pecado Original ni en la Redención. El 13 de diciembre de 1654, Biddle, que había publicado hace poco tiempo dos catecismos, fue de nuevo arrestado y encarcelado. Se le prohibió el uso de pluma, tinta y papel y se le negó la posibilidad de recibir visitas. Al mismo tiempo se ordenó la quema de todos sus libros.

Biddle apeló la sentencia y fue puesto en libertad el 28 de mayo de 1655. No obstante, no pasó mucho tiempo antes de que, una vez más, Biddle se enfrentara a las autoridades. Ocurrió mientras se celebraba un debate público. El orador comenzó la reunión preguntando si alguno de los presentes negaba que Cristo era el Dios Supremo. Biddle declaró con aplomo y rapidez: “Yo lo niego”. Cuando comenzó a exponer su tesis con argumentos que sus adversarios no podían refutar, se decidió poner fin a la reunión y aplazarla para el día siguiente. Biddle fue denunciado a las autoridades y antes de que llegara el día fijado para la nueva reunión, Biddle fue de nuevo arrestado y llevado a prisión.

Para empezar, a Biddle le negaron la posibilidad de contar con un abogado, temiendo quizás que no existiera una ley por la que pudiera ser condenado. Conscientes de esto, sus amigos decidieron dirigirse directamente a Cromwell. Redactaron un escrito y se lo enviaron. Pero antes de que llegara a Cromwell, el escrito había sido tan alterado y tergiversado que sus propios autores tuvieron que desautorizarlo como falso.³⁵

Desbordado por el tema, Cromwell encontró una salida al ordenar el destierro de Biddle a Sicilia el 5 de octubre de 1655. En esta isla Biddle debía permanecer bajo custodia de por vida en el Castillo

de St. Mary con una asignación anual de cien coronas. Durante el cautiverio, Biddle escribió un poema lleno de indignación; he aquí algunos de los versos:

“Se formó la reunión y se nombró al juez
Un hombre sentado en el trono de Dios;
Y se pusieron a enjuiciar un caso
Que sólo compete a Él;
Convirtieron en delito la fe de un hermano,
Y aplastaron el derecho sublime
del pensamiento innato”.³⁶

Cuanto más sufría Biddle, más convencido estaba de los errores contenidos en la religión que gozaba del apoyo de la Iglesia Trinitaria establecida. Thomas Firmin, uno de los que habían ayudado a Biddle en el pasado, siguió prestándole su apoyo mandando dinero para hacer más soportable su vida en la prisión.

Mientras tanto, las simpatías hacia Biddle crecían por doquier. Cuanto más sufría Biddle más aceptación tenían sus creencias, hasta el punto en que el gobierno tuvo que pedir al Dr. John Owen que interviniera para contrarrestar los efectos producidos por las enseñanzas de Biddle.

Lo primero que hizo Owen fue un estudio que demostró que una gran parte del pueblo inglés era Unitario; a continuación publicó una respuesta dirigida a Biddle en 1655. En cierto modo, el destierro de Cromwell ayudaba a Biddle: contaba con una asignación anual y al estar fuera del alcance de sus enemigos podía dedicar su tiempo a la oración y la meditación. Siguió prisionero en el Castillo de St. Mary hasta que en 1658, gracias a la enorme presión con la que se exigía su liberación, volvió a obtener la libertad.

Nada más salir de la prisión Biddle comenzó a celebrar reuniones públicas en las que examinaba las Escrituras con el fin de demostrar la Unidad de Dios y exponer la falsedad de la doctrina de la trinidad. Las reuniones se convirtieron en prácticas de culto Unitario según las exigencias de esta fe. Esto era algo inaudito en Inglaterra.

El 1 de junio de 1662 Biddle y varios de sus amigos fueron arrestados cuando estaban celebrando una de estas reuniones. Llevados a prisión, se les negó la posibilidad de obtener la libertad bajo

fianza. Al no haber estatuto legal con el que ser castigados se decidió perseguirlos por la Ley Ordinaria (Consuetudinaria). A Biddle se le impuso una multa de cien libras con la obligación de permanecer en prisión hasta el pago de la misma. A sus compañeros los condenaron a pagar multas de veinte libras por cabeza. En la prisión, Biddle fue maltratado y confinado a celdas de castigo. Este trato, agravado por el aire viciado de la prisión, produjo en Biddle una enfermedad que acabó con su vida en menos de cinco semanas. Murió el 22 de septiembre de 1662.

La muerte de Biddle, combinada con las resoluciones del Acta de Uniformidad decretada ese mismo año, significó la prohibición de las prácticas de culto públicas que seguían el modelo establecido por Biddle. La aplicación del acta provocó el destierro de 2.257 sacerdotes. Sus destinos todavía son un enigma. Pero lo que sí se sabe es que durante este periodo de la historia de Inglaterra, cerca de 8.000 personas murieron en prisión por el mero hecho de rechazar la doctrina de la trinidad. El autor de una biografía sobre Biddle, escrita veinte años después de su muerte, prefirió el anonimato por razones de seguridad. Sin embargo, el Unitarismo siguió presente como escuela de pensamiento y el número de sus seguidores continuó aumentando. El uso de la fuerza para obligar que la gente volviera a la Iglesia establecida produjo el efecto contrario: aumentó el número de seguidores de las creencias de Sociano y de Biddle y muchos de los más destacados intelectuales de la época, entre los que se incluyen John Milton, Sir Isaac Newton y John Locke, confirmaban en secreto la Unidad Divina.

Las leyes promulgadas durante este periodo muestran el empeño de las autoridades por erradicar completamente el Unitarismo: Un Acta de 1664 condenaba al destierro a todos aquellos que rehusaran asistir a las ceremonias religiosas de las iglesias establecidas. Si uno de los desterrados osaba volver a Inglaterra, la pena era la muerte en el patíbulo. Había también castigos para los que asistiesen a toda reunión religiosa de cinco o más personas no autorizada por la Iglesia Trinitaria oficial. Quien cometiera este delito por segunda vez era desterrado a América y, en caso de regreso o huida, la pena era la muerte incluso para los miembros del clero.

El Acta Probatoria de 1673 establecía que además de los castigos estipulados en el Acta de 1664, toda persona que no recibiera los sacramentos según las normas de la Iglesia de Inglaterra sería privada de la posibilidad de denuncia o reclamación ante los tribunales de justicia. Perdería los derechos de potestad sobre sus hijos o la posibilidad de ejecutar o recibir cualquier tipo de herencia o de legado. Quien siendo convicto de esta ley, intentara saltarse una de estas prohibiciones, sería multado con quinientas libras.

En 1689 se promulgó el Acta de la Tolerancia. Sin embargo, esta tolerancia se negó a los que rechazaban la doctrina de la trinidad. Como es natural, los Unitarios denunciaron la intolerancia de esta Acta. El Parlamento respondió condenando al Unitarismo de "herejía repugnante". La condena por este "crimen" era la pérdida de todos los derechos civiles y el encarcelamiento durante tres años. No obstante, aquello por lo que Biddle había luchado no podía eliminarse de los corazones de las personas con un simple decreto, a pesar de que dichas leyes impidieron que mucha gente profesara su fe abiertamente.

A fin de tranquilizar los remordimientos de sus conciencias, los que se veían incapaces de desafiar la ley y denunciar en público la doctrina de la trinidad, tuvieron que recurrir a todo tipo de estratagemas. Algunos omitían en secreto las partes del Credo Atanasio en las que no creían. Otros hacían que lo leyese el sacristán. Se cuenta que uno de los sacerdotes mostró su desprecio por el Credo cantándolo con la melodía de una conocida canción de caza. Otro sacerdote, antes de leer el credo Trinitario que ordenaba la ley, solía decir: "Hermanos, éste es el Credo de San Atanasio, ¡pero Dios impida que sea el Credo de cualquier otra persona!"³⁷ No obstante, la norma general era que los que creían en la Unidad Divina no se atrevían a declarar su fe.

Biddle era un erudito extremadamente íntegro y sus tesis eran el resultado de profundos estudios. Estaba convencido de que la mejor manera de ayudar a la humanidad era dar testimonio de la verdad sin miedo alguno, incluso bajo las amenazas del denuesto y la persecución. Estaba dispuesto a soportar la pobreza, el destierro y la prisión. Quería que se abandonaran las iglesias que consideraba corruptas y que se renunciara a todo tipo de conveniencia ante cualquier declaración que fuera falsa. Tenía la valentía de los mártires —y así fue como murió.

John Milton (1608-1674)

Milton, contemporáneo de Biddle y partícipe de muchas de sus ideas, no era tan decidido como Biddle y prefirió vivir fuera de la prisión. En el volumen segundo de su obra *Tratado de la Religión Verdadera*, sus críticas son más bien veladas. Dice:

“Se acusa a los Arrianos y los Socianos de ir en contra de la doctrina de la trinidad. Declaran creer en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo según las Escrituras y el Credo Apostólico. Pero en lo que respecta a términos tales como ‘trinidad’, ‘tri-unidad’, ‘co-esencialidad’ y ‘tri-personalidad’, los rechazan diciendo que son nociones escolásticas que no se encuentran en las Escrituras. Según la creencia generalizada de los Protestantes, estos conceptos son claros y sobradamente capaces de expresar esta doctrina, en caso de existir, con las palabras más apropiadas para hacer comprensible una cuestión tan importante y necesaria. Las sofistas sutilezas de los Protestantes han convertido en un misterio lo que en realidad debería ser una doctrina sencilla, si hubiese formado parte de las Escrituras”.³⁸

En otro de sus libros, Milton fue más directo. Decía que el poder ejercido por los Papas, los Concilios, los obispos y los presbíteros debía clasificarse como una de las formas de tiranía más odiosas y vulgares. Luego sigue diciendo: “Toda imposición de ordenanzas, ceremonias y doctrinas es, en realidad, una injustificada intromisión en la libertad ajena”.³⁹

El poeta jamás desafió abiertamente la autoridad civil de su país sino que se mantuvo al margen como forma de protesta ante el fanatismo e intolerancia de la Iglesia establecida. Como hacía gran parte de los intelectuales más destacados, Milton dejó de asistir a la iglesia. El Dr. Johnson dijo de Milton:

“Milton no se asoció con ninguno de los grupos Protestantes. Sabemos bien lo que él no era antes que lo que sí era. No pertenecía a la Iglesia de Roma. No era de la Iglesia de Inglaterra. Milton pasó su vida sin conocersele ningún tipo de culto manifiesto. En su horario cotidiano no había

horas de oración —el trabajo y la reflexión eran su oración habitual”.⁴⁰

Es evidente que el Dr. Johnson no conocía la existencia de un libro escrito por Milton que fue descubierto en 1823, unos ciento cincuenta años después de su muerte. El manuscrito fue hallado en la antigua State Paper Office de Whitehall y tiene por título *Un Tratado sobre Dios*. Escrito durante el periodo en el que Milton fue secretario de latín con Cromwell, parece obvio que no estaba destinado a publicarse estando Milton aún con vida. En la parte primera, capítulo segundo, Milton habla de los atributos de Dios y de la Unidad Divina:

“A pesar de no ser pocos los que niegan la existencia de Dios, ‘Dice en su corazón el insensato ¡No hay Dios!’ (*Salmos*, 14-1), no cabe duda sin embargo de que la Divinidad ha impreso en la mente humana pruebas abundantes e indudables de Su existencia; y en la naturaleza entera hay tantos indicios de Su presencia que nadie con sentido común puede ignorar esta verdad. Es evidente que todo lo que hay en el mundo, la belleza de su ordenación y la evidencia de un propósito determinado y benéfico que todo lo impregna, dan testimonio de la existencia de un Poder supremo y eficiente que ha ordenado la creación con un fin determinado.

Y sin embargo no hay nadie que pueda pensar sobre Dios correctamente de forma natural o con la razón como única guía, independiente de la palabra o el mensaje de Dios ... Así pues, Dios ha hecho una revelación de Sí mismo que lo más lejos que nuestras mentes puedan concebir o la debilidad de nuestra naturaleza pueda soportar ... Este conocimiento de la Deidad, necesario para la salvación del ser humano, Él ha consentido, por su Bondad, revelarlo por doquier ... Los nombres y atributos de Dios muestran Su naturaleza, Su poder y las excelencias divinas ...”

Milton enumera a continuación algunos de los atributos de Dios: Veracidad, Espíritu (Yo soy el que soy), Inmensidad e Infinitud, Eternidad, Inmutabilidad (Yo no cambio), Incorruptibilidad, Inmortalidad, Omnipresencia, Omnipotencia y por último la Unidad

que, según Milton, “procede necesariamente de todos los atributos precedentes”. Y a renglón seguido Milton aporta las pruebas contenidas en la *Biblia*:

“Yahvé es el verdadero Dios y no hay otro fuera de Él”.
(*Deuteronomio*, 4: 35)

“Yahvé es el Único Dios allá arriba en el cielo, y aquí abajo en la tierra; no hay otro”.
(*Deuteronomio*, 4: 39)

“Yo, sólo Yo soy, y no hay otro Dios junto a Mí”.
(*Deuteronomio*, 32: 39)

“... Para que todos los pueblos de la tierra sepan que Yahvé es Dios y no hay otro”.
(*I Reyes*, 8: 60)

“... Tú sólo eres el Dios en todos los reinos de la tierra”.
(*II Reyes*, 19: 15)

“Vosotros sois testigos; ¿Hay otro dios fuera de Mí? ¡No hay otra Roca, Yo no la conozco!”
(*Isaías*, 44: 8)

“Yo soy Yahvé, no hay ningún otro; fuera de Mí ningún dios existe”.
(*Isaías*, 45: 5)

“No hay otro dios fuera de Mí”.
(*Isaías*, 45: 21)

“Porque Yo soy Dios, no existe ningún otro”.
(*Isaías*, 45: 22)

(Al comentar este versículo, Milton dice: ‘Es decir, que no hay espíritu, persona, o ser junto a Él que sea dios, puesto que “ningún” es una negación universal.’)

“Yo soy Dios y no hay ningún otro. Yo soy Dios, no hay otro como Yo”.
(*Isaías*, 46: 9)

Milton continúa diciendo:

“¿Qué puede ser más claro, evidente y adecuado a la comprensión general y a las formas comunes del lenguaje, cuando lo que se busca es elucidar ante el pueblo de Dios que lo que existe es Un sólo Dios y Un sólo espíritu según la aceptación más general de la unidad numérica? Es sin duda apropiado y sumamente placentero a la razón que el man-

damiento primero, y en consecuencia el más importante y al que incluso la más inferior de las personas debe escrupulosa obediencia, nos llegara de manera clara y desprovisto de expresiones ambiguas u oscuras que podrían haber inducido a Sus adoradores al error o haberles sumido en la duda o la zozobra. De acuerdo con esto, los Profetas y los Israelitas que vivían bajo la Ley entendieron desde siempre que Dios era, desde el punto de vista numérico, un Dios Único a cuyo lado no había otro dios, ni por supuesto alguien igual a Él. Y aún no ha aparecido el erudito que basado en la confianza de su propia sagacidad, o mejor dicho, utilizando argumentos absolutamente contradictorios, haya impugnado la doctrina de la Unidad Divina. En lo que respecta a la Omnipotencia de la Deidad, está universalmente admitido que Él no puede hacer cosa alguna en la que esté presente la contradicción: en consecuencia debemos recordar aquí y ahora que no puede decirse cosa alguna sobre el Dios Único que contradiga Su Unidad, si al mismo tiempo se reconocen Sus atributos de Unidad y Pluralidad. En *Marcos* 12: 29-32: “Escucha Israel: El Señor nuestro Dios, es el Único Señor”. Y dijo el escriba: ‘Muy bien Maestro; tienes razón al decir que Él es Único y que no hay otro fuera de Él’”.

Milton señala a continuación que el Espíritu Santo tiene que ser inferior tanto a Dios como a Jesús, dado que su obligación era la de llevar mensajes de Uno al otro. Por sí mismo era incapaz de hacer nada. En consecuencia estaba supeditado y obedecía a Dios en todos los asuntos. Era enviado por Dios y decía justo lo que se le había ordenado.

Milton llega después a las siguientes conclusiones basándose en su conocimiento de la *Biblia*: “El Espíritu Santo no es omnisciente. El Espíritu Santo no es omnipresente. Y no puede decirse que si el Espíritu Santo hace el trabajo ordenado por Dios, sea por ello parte de Dios. Si fuera éste el caso, ¿por qué entonces se llama al Espíritu Santo ‘El Consolador’ (Paráclito), alguien que vendrá después de Jesús, que no habla de sí mismo ni por cuenta propia y cuyo poder es en consecuencia adquirido? (*Juan* 16: 7-14). Es evidente que si en vez de aceptar el término “Consolador” (Paráclito) en su sentido más

obvio de Profeta que vendrá después de Jesús, se le llama Espíritu Santo y además Dios, la confusión que se crea no tendrá fin”.⁴¹

Milton está de acuerdo con Arrio al afirmar que Jesús no era eterno. Señala que en el poder de Dios estaba la decisión de crear o no a Jesús. Concluye diciendo que Jesús nació “dentro de los límites del tiempo” y que no hay pasaje alguno en las Escrituras que describa la “engendración eterna de Jesús”. Milton es tajante al afirmar que la hipótesis que presenta a Jesús como parte de Dios, a pesar de ser personal y numéricamente otra, es extraña y aberrante para el sentido común. Este dogma, añade Milton, es una violación de la razón y de la evidencia contenida en las Escrituras. Milton está de acuerdo con el “pueblo de Israel” a la hora de afirmar que Dios es Uno y Único. Es tan evidente que no necesita explicación alguna —Dios es el Único Dios que existe por Sí mismo, y todo ser que carezca de esta cualidad no puede ser Dios. Termina diciendo:

“Es asombroso comprobar las fútiles sutilezas, o mejor dicho, las intrincadas artimañas con las que ciertos individuos han tratado de eludir o enturbiar el significado claro y evidente de ciertos pasajes de las Escrituras”.⁴²

Milton temía expresar sus ideas en público puesto que de haberlo hecho habría puesto en peligro su seguridad personal arriesgándose a sufrir el mismo trato que Biddle y tantos otros que como él habían sufrido lo indecible en el pasado.

En 1611, por ejemplo, durante el periodo en que Milton vivió, dos hombres llamados Mr. Legatt y Mr. Wightman fueron quemados vivos con la autorización del rey por creer que en la Unidad del Dios Supremo no había una Trinidad de personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo; que Jesucristo no era el hijo natural y verdadero de Dios ni tampoco tenía la misma substancia que Él; y por creer que Jesucristo era sólo un hombre, un mero ser creado y no Dios y hombre en una misma persona.

El silencio que Milton mantuvo durante su vida es fácil de entender.

John Locke (1632-1704)

John Locke, conocido principalmente por sus ensayos sobre el contrato social, era también una persona que compartía las ideas Unitarias

pero que temía manifestarlas abiertamente. En un momento dado fue obligado a abandonar Inglaterra por sus ideas políticas. Al regresar de nuevo a su país después de la revolución de 1688, y por temor a sufrir más represalias, Locke se aseguró de no confrontar directamente a los poderes de la Iglesia oficial. Pero ésta ya desconfiaba de una obra monográfica escrita por Locke en defensa de la razón, hecho que motivó que la siguiente obra escrita por Locke fuera publicada en el más absoluto anonimato.

Se sabe sin embargo que Locke estudió las enseñanzas de los primeros discípulos de Jesús sin encontrar en ellas justificación alguna para defender la creencia en la trinidad. Era amigo íntimo de Newton y es evidente que discutía con éste la cuestión que era uno de los temas más candentes de la época. Leclére, amigo de ambos, señala que no conoció disputa que tuviera tanta profundidad por un lado, y por el otro tanta confusión, engaño e ignorancia. Se dice que los contenidos del Acta de la Tolerancia de 1689, fueron consecuencia de las negociaciones propiciadas por Locke.

Sir Isaac Newton (1642-1727)

La ilustre vida de Newton ha sido descrita por Pope, el conocido poeta inglés, con las siguientes palabras:

“La naturaleza y sus leyes estaban ocultas en la noche
Y Dios dijo: ‘¡Que aparezca Newton!’
—y entonces se hizo la luz”.⁴³

No obstante, Newton fue otra de las personas que consideró una temeridad exponer abiertamente sus creencias.

En 1690, por ejemplo, Newton envió a Locke un pequeño paquete que contenía sus reflexiones escritas sobre las alteraciones de los textos del *Nuevo Testamento*; más en concreto los pasajes *I Juan* 5: 7 y *I Timoteo* 3: 16. Según Newton, estos versículos habían sido introducidos en el *Nuevo Testamento* en épocas posteriores puesto que no aparecen en los manuscritos griegos más antiguos ni tampoco se citaban en los debates y discusiones que tuvieron lugar entre los cristianos Unitarios y Paulinos en los primeros días de la Iglesia —sencillamente porque los versículos en cuestión no existían en aquél entonces y aún no habían sido inventados.

Newton confiaba en que Locke le ayudaría a traducir el manuscrito al francés e incluso a publicarlo en Francia, ya que hacerlo en Inglaterra era demasiado peligroso. La obra se titulaba *Una Relación Histórica sobre Dos Alteraciones Notables de las Escrituras*. En el año 1692 se intentó publicar de forma anónima una traducción al latín. Al enterarse, Newton rogó a Locke que hiciera lo posible para impedirlo ya que no creía que fuera el momento más adecuado. En su obra *Una Relación Histórica*, Newton dice refiriéndose a *I Juan 5: 7*:

“En toda la vehemente, universal y constante controversia que tuvo lugar en la época de Jerónimo sobre el tema de la trinidad, tanto antes como incluso mucho después, este texto de los “tres en los cielos” jamás fue utilizado. Pero curiosamente, en nuestros días está en boca de todos y se cita como texto principal con respecto a la cuestión; pero si este texto hubiese estado en los libros de aquella época ¿acaso no lo habrían utilizado ellos también?”

Sigue diciendo:

“Que lo expliquen los que puedan, porque yo por mi parte no entiendo nada. Se dice que no debemos utilizar nuestro propio raciocinio para determinar lo que forma parte o no de las Escrituras. A ello me someto en los pasajes que no admiten controversia, pero en aquellos que no son tan evidentes prefiero seguir lo que dicta mi propio entendimiento. En las cuestiones relacionadas con la religión, uno de los rasgos de carácter del grupo de la humanidad más apasionado y supersticioso es la pasión por el misterio y el preferir lo que menos se comprende. Ese tipo de personas pueden utilizar al apóstol Juan de la manera que les plazca, pero mi profundo respeto hacia él me hace pensar que escribió de manera clara y concisa, razón de que tome como suyo lo que me parece mejor”.⁴⁴

Según Newton, el versículo *I Juan 5: 7* aparece por primera vez en la tercera edición que hizo Erasmo del *Nuevo Testamento*. Newton creía que antes de la publicación de esta edición, el “texto falso” no formaba parte del *Nuevo Testamento*: “Cuando consiguieron meter la trinidad en esta edición se desprendieron del manuscrito, si es que tenían uno,

como quien tira un almanaque del año anterior. ¿Pero pueden estas manipulaciones satisfacer a personas estudiosas?” Y sigue diciendo Newton: “En las cuestiones de religión es más un peligro que una ventaja intentar apoyarse en una rama quebrada”.

Al referirse al versículo *I Timoteo* 3: 16, Newton dice: “Jamás fue citado en ninguna de las acaloradas y constantes controversias Arrianas ... Pero éstos que ahora citan ‘Dios se manifestó en la carne’ creen que es uno de los textos más obvios y apropiados para refrendar esta cuestión”.⁴⁵

Newton se oponía a la interpretación alegórica o paralela del *Antiguo Testamento*. Tampoco aceptaba que los diferentes textos de las Escrituras tuviesen la misma autoridad. Según Whiston, Newton escribió una disertación sobre otros dos textos que Atanasio había intentado alterar pero de los que ya no quedan restos.

Por último, Newton tuvo que decir:

“La palabra ‘Deidad’ implica el dominio que se ejerce sobre los seres subordinados, y la palabra ‘Dios’ significa, generalmente, Señor. El ejercicio del dominio por un ser espiritual es lo que constituye un Dios. Si este dominio es real, ese ser es el Dios real; si es ficticio, el dios es falso; si es supremo, es el Dios Supremo”.⁴⁶

Thomas Emlyn (1663-1741)

Thomas Emlyn nació el 27 de mayo de 1663. En 1678 fue a Cambridge y una vez finalizados sus estudios en dicha ciudad, volvió a Dublín donde pronto se convirtió en un predicador muy conocido. Este ministro presbiteriano dio su primer sermón en 1682 y durante los diez años siguientes su reputación como orador no hizo más que aumentar.

Cerca del año 1702, un miembro de su congregación observó que Emlyn evitaba mencionar ciertas expresiones que se mencionaban con frecuencia en los púlpitos, además de los argumentos que se utilizaban generalmente a la hora de defender el dogma de la trinidad. Esto motivó que un día preguntaran a Emlyn qué es lo que pensaba sobre el concepto de la trinidad. Preguntado de forma tan directa, Emlyn se vio obligado a manifestar sus ideas sin ningún tipo de reserva:

Admitió creer en un Dios Único. Declaró que Dios era el Único Ser Supremo y que Jesús obtenía todo el poder y la autoridad sólo de Él. Emlyn añadió que si la congregación veía que sus ideas eran execrables, estaba dispuesto a renunciar a su cargo para con ello permitirles encontrar a otro pastor que no contradijera las opiniones de los feligreses. La mayoría no quiso su renuncia, pero la situación era tal que no le quedó más remedio que hacerlo, muy a pesar de su propia gente. Se le aconsejó ir a Inglaterra por un tiempo hasta que las cosas se calmaran. Emlyn así lo hizo.

Después de haber estado en Inglaterra unas diez semanas, Emlyn volvió a Dublín para reunir a su familia y regresar de nuevo a Inglaterra. No obstante, y antes de poder llevar a cabo sus intenciones, fue arrestado en 1703 bajo la acusación de hereje. Se había descubierto que Emlyn era responsable de la publicación de una obra sobre el Unitarismo titulada *Una Humilde Investigación sobre las Menciones que se hacen sobre Jesucristo en las Escrituras*. El libro era prueba suficiente para los perseguidores. La obra está basada fundamentalmente en el texto de *Juan 14: 28* en el que Jesús aparece diciendo: ‘El Padre es más grande que yo’. Lo que Emlyn trataba de probar era que Jesús es un mediador entre Dios y el ser humano. De esta forma, plagada de sutilezas, indicaba al mismo tiempo que Jesús está separado de Dios —destruyendo con ello el concepto de la trinidad.

Al encontrarse sus adversarios con grandes dificultades a la hora de redactar la acusación, el juicio contra Emlyn se retrasó unos cuantos meses, tiempo que pasó en prisión. Cuando por fin comenzó el juicio, un caballero “vestido con toga” le informó que no le estaba permitido defenderse, porque el juicio estaba preparado para “acosarle como a un lobo sin leyes ni excusas”.⁴⁷ No debe sorprendernos pues que Emlyn fuera declarado culpable de “haber escrito y publicado un libelo infame y escandaloso en el que se declara que Jesucristo no es el Dios Supremo”.⁴⁸ A Emlyn se le permitió elegir entre ir a la cárcel por un año o pagar una multa de mil libras. En todo caso debía permanecer en prisión hasta que la multa fuese pagada.

En las apelaciones que siguieron contra el juicio y la condena, Emlyn fue arrastrado de tribunal en tribunal y exhibido ante el público como un hereje recalcitrante. Este desafortunado tratamiento fue descrito por sus perseguidores como una prueba de misericordia

—puesto que se dijo que, de haber ocurrido en España o Francia, la Inquisición ya le habría llevado a la hoguera. Tras una enorme presión ejercida sobre el gobierno, la multa se redujo a setenta libras. Cuando se pagó, Emlyn pudo abandonar la prisión y regresar a Irlanda. Uno de los clérigos más destacados, comentando el tratamiento que se daba a los herejes, dijo que “Las propiedades esclarecedoras de los calabozos y las multas son más que evidentes”.⁴⁹

Emlyn entonces se unió a los santos más distinguidos en su lucha contra la doctrina de la trinidad y la afirmación de la fe en el Dios Único. En la revelación Divina del *Corán*, la cuestión no admite dudas: Dios es el Ser Supremo y no hay nadie como Él. A nadie más se menciona como Dios. Pero desgraciadamente en la *Biblia* no ocurre lo mismo. Esta es la razón de que Emlyn intentara aclarar esta confusión en sus escritos.

Según Emlyn, Dios “significa a veces el más Elevado, el Perfecto, el Ser Infinito que está Solo y nada debe a Su Ser o a Su Autoridad, o a nadie más; esto es lo que afirmamos cuando hablamos de Dios en la conversación habitual, en la oración y en la alabanza; esto es lo que atribuimos a Dios en el sentido más elevado”.

Emlyn continúa tratando de demostrar que en la *Biblia*, a pesar de que la palabra Dios se emplea con frecuencia, se utiliza a veces para indicar ciertas personas que están investidas de autoridad y poder subordinados al compararlos con el Ser Supremo:

“Los ángeles aparecen como dioses ... ‘Apenas inferior a un Dios le hiciste’ (*Salmos* 8: 5); Los magistrados son como dioses. (*Éxodo* 22: 28, *Salmos* 82: 1, *Juan* 10: 34-35); Hay veces en las que una persona recibe el título de Dios: a Moisés se le llama Dios dos veces ante su hermano Aarón y luego recibe el mismo tratamiento ante Faraón; al mismo demonio se le llama el Dios de este Mundo, es decir, el príncipe y poderoso gobernante que mediante la usurpación injusta y el permiso de Dios, disfruta de esta posición. Ahora bien, dado que Aquél que en sí mismo es el Dios Único en el sentido original, está infinitamente por encima de todos los demás y ello nos basta para distinguirlo de todos aquellos a los que se llaman dioses”.

Para enfatizar aún más esta distinción, Emlyn citaba a Filo que describe al Ser Supremo “no sólo como el Dios de los hombres, sino como el Dios de los Dioses”. Este es el epíteto más elevado y glorioso que se otorga a Dios en el *Antiguo Testamento* y que se utiliza cuando se quiere hacer una mención excelsa de Su Gloria y Su Grandeza.

Una vez establecido que la *Biblia* utiliza el término “Dios” para describir a Dios y describir a los seres inferiores a Él, Emlyn intenta responder a la cuestión: “¿En cuál de los dos sentidos se menciona a Cristo en las Sagradas Escrituras con el nombre de Dios?”

Emlyn llegó a la conclusión de que Cristo era un ser inferior comparado con el Dios de Dioses (ver *I Corintios* 8: 5). La conclusión fue el resultado de formular la siguiente pregunta: “¿Acaso tiene Jesucristo algún Dios por encima de él, un Dios con autoridad y capacidad superiores?” La respuesta a esta pregunta decide el status de Jesús de una manera u otra. Si Dios está por encima, es evidente que Jesús no puede ser también el Supremo Dios Absoluto. La respuesta de Emlyn a la pregunta formulada por él mismo fue “Sí”, añadiendo a continuación tres argumentos con los que demostrar su tesis:

- Jesús habla expresamente de Dios como alguien diferente.
- Jesús admite que su Dios está por encima.
- Jesús pide obtener la perfección porque es consciente de que le faltan las cualidades infinitas y eminentes que pertenecen sólo a Dios, el Ser Supremo.

Emlyn pensaba que estos tres postulados debían ser desarrollados de forma que fueran entendidos por el público en general. Criticaba la práctica de los que escribían sobre las Escrituras de manera ininteligible para la gente, esperando además que se creyeran los dogmas descritos en sus obras. Emlyn explicó los tres puntos anteriores de la siguiente manera:

Primero: Jesús habla de otro Dios diferente a sí mismo. En varias ocasiones vemos que Jesús dice: “Dios mío”, hablando de otro: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me habéis abandonado?” (*Mateo* 27: 46); “Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios”. (*Juan* 20: 17). Es evi-

dente que Jesús no dice: “¿Por qué me he abandonado a mí mismo?” Este Dios al que Jesús se dirige es diferente, como de hecho declara en otros lugares, véase *Juan 8: 42*, donde puede verse que Jesús no se distingue de Él como Padre, sino como Dios; en consecuencia, Jesús no puede ser considerado Dios, puesto que el mismo Jesús ha establecido la diferencia ...

Segundo: Jesús no sólo admite que Dios es alguien distinto, sino que está por encima o sobre él, algo que se trasluce también de las declaraciones de los apóstoles. Hay muchas ocasiones en las que Jesús proclama abiertamente su sometimiento al Padre. La declaración más usual es que el Padre es más grande que él. Jesús dice que no vino a hacer sus propios asuntos, sino en el nombre y bajo la autoridad del Padre. No buscaba su gloria sino la del Padre; no era su voluntad la que actuaba, sino el mandato de Dios. En esta situación de sometimiento es como bajó de los cielos a esta Tierra. Jesús admite su dependencia de Dios incluso en las cosas que parecen pertenecerle, como por ejemplo, el poder de realizar milagros, de resucitar a los muertos, de emitir juicios generales; de estas cosas Jesús dice: ‘Yo no puedo hacer nada por mi cuenta’. (*Juan 5: 30*)

Tercero: Jesús niega poseer las perfecciones infinitas que pertenecen solamente al Supremo Dios de Dioses (poder absoluto, bondad plena, conocimiento ilimitado). Y es absolutamente cierto que si Jesús carece de alguna de estas perfecciones que forman parte esencial de la Deidad, Jesús ya no es Dios. Si vemos que renuncia a una de ellas es evidente que no reclama la posesión de las demás, ya que renunciar a la posesión de las Perfecciones Divinas o negar ser el Dios Infinito es una y la misma cosa”.

A continuación Emlyn cita algunos ejemplos con los que ilustrar este último punto:

“Una de las más excelsas perfecciones de la Deidad es la Omnipotencia. El que no puede hacer todo tipo de mila-

gros ni tampoco hacer lo que desea sin la ayuda de otro, jamás podrá ser el Ser Supremo. Lo que de hecho demuestra es que es un ser imperfecto, comparativamente hablando, puesto que necesita ayuda y pide una fuerza adicional que proviene de otro ser diferente.

Ahora bien, es evidente que Jesús, (fuera cual fuese su poder), confiesa una y otra vez que carecía de poder ilimitado: “Yo no puedo hacer nada por mi cuenta” (*Juan 5: 30*). Jesús había hablado de grandes milagros: resucitar a los muertos, emitir juicios generales, etc.; pero una y otra vez pone de manifiesto que la gente debe saber que el poder para hacer estas cosas proviene de Dios. Al principio dice: “El hijo no puede hacer más que lo que ve hacer al Padre”. A la mitad vuelve a decir lo mismo. Y al final, y como si no hubiese repetido lo bastante esta gran verdad, vuelve a decir: “Yo no puedo hacer nada por mí mismo”. ¡No cabe duda de que ésta no es la voz de Dios, sino la de un hombre! El Altísimo no recibe poderes de nadie. No puede ser más sabio o poderoso porque la perfección absoluta no puede aumentar. Y como en Dios el poder es una perfección que forma parte de la esencia, si éste procediese de algún otro lugar, ocurriría lo mismo con la esencia del propio Ser, lo cual es una blasfemia contra el Altísimo. Contar a Dios entre el número de seres dependientes sería similar a des-Deificarle. El Dios Supremo sólo puede ser la causa primera y el origen absoluto de todo lo que existe”.

Otra de las frases comentadas por Emlyn, es la que se atribuye a Jesús en *Marcos 13: 32*. Al hablar del Día del Juicio Final, Jesús dijo: “De ese día y hora, nadie sabe nada, ni los ángeles del cielo ni tampoco el hijo, sino sólo el Padre”. Emlyn hacía notar que para todo aquél que creyera en la divinidad de Jesús, esta declaración significaba que Dios tenía dos naturalezas o dos estados de consciencia simultáneos. Esto pondría a Dios en la ridícula posición de saber y no saber al mismo tiempo. Si Jesús era divino y Dios tenía ese conocimiento, Jesús no habría dicho tal cosa puesto que, en virtud de su naturaleza divina, también él poseería ese conocimiento.

Thomas Emlyn, cuya muerte tuvo lugar en julio de 1741, era consciente de que iba a ser mal interpretado por muchos cristianos. Para defender sus creencias, utilizó su obra *Confesión del Cristianismo* en la que explicaba que él veía a Jesús como su maestro, al que admiraba y amaba más que a su padre, madre o amigos más cercanos. Luego decía: “Yo sé que Jesús ama la Verdad por encima de todo y jamás será ofendido por quien se aferre a sus palabras: ‘El Padre es más grande que yo’” (*Juan 14: 28*). Basados en esta declaración, decía Emlyn, sería peligroso decir: ‘Dios no es más grande que Jesús’.⁵⁰

Thomas Emlyn era un erudito y un hombre de Dios que gozó del respeto de la gente por su conocimiento, su integridad y por la entereza con la que prefirió aguantar la persecución antes que renunciar a sus creencias. Pertenece a una constelación de santos que desafió a los que les rebatían y les perseguían. Sufrieron la prisión, la tortura e incluso la muerte, pero no se amilanaron ante el poder de la Iglesia Trinitaria establecida ni el del Estado que con excesiva frecuencia aunaban sus fuerzas para conseguir eliminarlos. Cada nueva fase de la persecución sólo servía para otorgar una mayor difusión al mensaje que era, sencillamente:

“No hay tres Dioses sino un solo Dios”

Emlyn fue uno de los primeros Protestantes que tuvo el valor de proclamar públicamente su rechazo a la doctrina de la trinidad. El número de pastores presbiterianos que se unieron a él y abrazaron las creencias de Arrio y de los Unitarios a comienzos del siglo XVIII, fue ciertamente considerable. Sirva como ejemplo decir que, diez años después del juicio contra Emlyn, la insatisfacción que se había dejado sentir en la Iglesia de Inglaterra como resultado de las dudas a las que se sometió la supuesta divinidad de Jesús, explotó al fin con la publicación en el año 1712 de la obra de Samuel Clarke *Un Escrito sobre la Doctrina de la Trinidad*. En este libro, el autor citaba 1.251 pasajes de las Escrituras para probar que el Dios Padre era el Dios Supremo, y que Cristo y el Espíritu Santo Le estaban subordinados. Clarke publicó a continuación una versión corregida del *Libro de Oraciones* en la que se omitían el Credo Atanasio y otros contenidos Trinitarios.

Theophilus Lindsey (1723-1808)

Theophilus Lindsey nació en 1723. Organizador de la primera congregación Unitaria de Inglaterra, se basó en la liturgia reformada por Samuel Clarke sesenta años antes, y vestido con el sobrepelliz blanco tradicional, Lindsey dirigió la primera misa en una sala de subastas de la calle Essex de Londres. Era el 17 de abril de 1774. A la misa asistió una numerosa congregación entre los que se encontraban Benjamín Franklin y Joseph Priestley. A continuación se incluye el relato que el mismo Lindsey hizo de ese día y que está contenido en una carta que mandó a un amigo al día siguiente de la celebración:

“Te gustará saber que el día de ayer transcurrió a las mil maravillas; me encontré con una audiencia mayor y más respetable de lo que yo podía imaginar, que se comportó con gran decencia y que por lo general parecía, algo que más tarde muchos confirmaron, estar muy satisfecha con el acto religioso. Se temía algún tipo de conflicto, vaticinado por nombres importantes, pero al final no ocurrió absolutamente nada. El único fallo fue que el local era demasiado pequeño. De las impresiones obtenidas y por la satisfacción y seriedad de los asistentes en general, estoy convencido de que este intento será, si contamos con la bendición divina, de especial utilidad. El contraste entre lo nuestro y la liturgia de la Iglesia es algo que ha sorprendido a todos. Perdona que te diga que sentí cierto rubor al aparecer con las vestiduras blancas. Pero a nadie pareció molestarle en absoluto. En realidad me hace feliz no sentirme coaccionado y estoy sumamente satisfecho con todo lo ocurrido, una satisfacción jamás conocida en el pasado. Debo repetir, y que Dios sea bendecido por ello, que ha sido algo extraordinario. Lo que ahora deseamos es continuar, con Su bendición, de la misma manera que hemos comenzado ...”⁵¹

El establecimiento de la congregación de la calle Essex sirvió de inspiración para que se construyeran más “capillas” Unitarias en Birmingham, Manchester y otras ciudades inglesas. La independencia eclesiástica propició la libertad doctrinal de forma que en una alocución dirigida a los estudiantes de Oxford y Cambridge en 1790,

Lindsey expuso los siguientes “hechos, claros y sencillos para todo tipo de comprensión ... ante los que todas las personas que creen en las Escrituras deben, tarde o temprano, doblegarse y admitirlos”:

- No hay más que un Dios Único, una sola persona que es Dios, el Creador Único y el Señor soberano de todo lo que existe.
- Jesús era un hombre que pertenecía a la nación judía, el siervo de su Señor, honrado y distinguido por Él.
- El espíritu, o Espíritu Santo, no era una persona ni un ser inteligente, sino que era el poder extraordinario o el regalo que Dios otorgó a Jesucristo durante su vida. Regalo que fue luego concedido a los apóstoles y a muchos de los primeros cristianos para ayudarles a predicar y propagar con éxito el Evangelio. (*Hechos* 1: 2)
- Esta fue la doctrina que enseñaron los apóstoles y predicaron a los judíos y paganos”.⁵²

Con estas convicciones, que podríamos calificar de modernas, el Unitarismo inglés entraba en su era de máximo apogeo. En sus escritos Lindsey recogía los puntos siguientes con los que demostrar el hecho de que Jesús no es Dios:

- Jesús jamás se dio a sí mismo el nombre de Dios; ni tampoco da la mínima indicación de ser la persona que creó todo lo que existe.
- Las Escrituras del *Antiguo Testamento* hablan constantemente de una Persona, un Yahvé como el Dios Único, Solo y Creador de todas las cosas. Por lo que respecta a *I Juan* 5: 7, es poco creíble que Juan, un hebreo piadoso, se permitiera introducir a un nuevo Creador, un nuevo Dios, sin previo aviso. No se sabe dónde obtuvo esta extraña doctrina o con qué autoridad se permitió manifestarla; especialmente cuando se considera que, según la ley de Moisés cuya autoridad divina Juan reconocía, temer o adorar a otro dios que no fuera Yahvé constituía un delito de idolatría y una blasfemia. Su señor y maestro Jesús, jamás hizo mención de otro dios distinto

a Yahvé ni jamás habló de sí mismo como tal. Dejó bien claro que el Padre, del cual era fiel mensajero, era quien le ordenaba qué decir y cuando hablar. (*Juan* 12: 49).

(Nota: Por lo que Lindsey dice aquí, parece que en ese tiempo aún no era conocido el descubrimiento, por parte de Sir Isaac Newton, de la falsificación del versículo *I Juan* 5: 7).

- Los que narran la historia del Evangelio hablan siempre de una persona divina, el Padre, como Único Dios verdadero. (*Juan* 17: 3)
- Parece que Marcos, Mateo y Lucas escribieron sus Evangelios sin consultarse mutuamente. Jamás ninguno de ellos da la menor indicación de que Jesús fuera Dios. No podemos querer ni tampoco imaginar que si estos hombres sabían que Jesús era Dios y Creador del Universo, hubiesen silenciado una cuestión de tanta importancia.
- Juan, que empieza su Evangelio diciendo que la Palabra era Dios y que Jesús era la Palabra hecha carne, nunca vuelve a otorgarle ese nombre en el resto del Evangelio.
- Un examen detallado del Evangelio de Lucas demuestra que creía que Jesús no había existido antes de nacer de su madre, María, dado que:
 - En *Lucas* 3: 23-38 se muestra la genealogía de Jesús.
 - En *Lucas* 4: 24 y 13: 33, a Jesús se le reconoce como Profeta de Dios.
 - En *Lucas* 7: 16 y 24: 19, a Jesús se le llama Profeta.
 - En *Lucas* 9: 20 y 26 y en *Lucas* 22: 27 y 29, Pedro y algunos de los apóstoles llaman a Jesús el siervo de Dios.
 - En *Lucas* 5: 24 y en *Lucas* 17: 24 y 30, se describe a Jesús como el “hijo del hombre” designado para una importante misión por el Dios que creó al mundo.

Lindsey preguntaba a los que adoraban a Jesús como si fuera Dios, cuales serían sus respuestas si Jesús —que es a menudo descrito en los Evangelios rezando a Dios, pero nunca a sí mismo— apareciese ante ellos y les hiciera las preguntas siguientes:

- ¿Por qué habéis dirigido vuestras oraciones hacia mí?
¿Os he dicho que lo hagáis o acaso me he definido como objeto de culto?
- ¿Acaso no os he servido de ejemplo, constantemente y hasta el final, de cómo rezar al Padre, mi Padre y vuestro Padre, mi Dios y vuestro Dios? (*Juan* 20: 17).
- Cuando mis discípulos me pidieron que les enseñara cómo rezar (*Lucas* 11: 1-4) ¿Acaso les dije que rezaran a mí o a otra persona que no fuera el Padre?
- ¿Me he llamado a mí mismo Dios? ¿Os he dicho que era yo el Creador del mundo y que debía ser adorado?
- ¿Acaso Salomón, después de haber construido el Templo, no dijo?: ‘¿Es que verdaderamente habitará Dios con los hombres sobre la tierra? Si los cielos y los cielos de los cielos no Te contienen, ¡cuánto menos esta casa que yo he construido!’ (*I Reyes* 8: 27) ⁵³

La creencia de Lindsey en la Unidad Divina es un hecho evidente a partir de sus propias palabras:

“El Creador Infinito debe ser adorado en todo lugar puesto que Él también está en todas partes ... no hay un lugar más sagrado que otro; para la oración todo lugar es sagrado. El que adora es el que crea el lugar de la oración. Dondequiera que haya una mente humilde y devota que se fija en Dios, allí está Él. El corazón que está libre de pecado es el verdadero templo de Dios”. ⁵⁴

Joseph Priestley (1733-1804)

Joseph Priestley nació en 1733 en la pequeña aldea de Fieldhead, seis millas al suroeste de la ciudad de Leeds. Era el primogénito de un artesano que fabricaba telas en su propia casa. Su madre murió cuando

Priestley tenía seis años. En el hogar familiar recibió una formación Calvinista estricta, pero en la escuela sus maestros eran pastores disidentes que no aceptaban las doctrinas de la Iglesia Trinitaria de Inglaterra. Como Priestley pensaba ser sacerdote, cursó estudios de latín, griego y hebreo. Los cuáqueros rehusaron admitirle por no demostrar suficiente arrepentimiento por los pecados cometidos por Adán. Las universidades rechazaban también la admisión de todo aquél que no admitiese las doctrinas de la Iglesia ortodoxa.

Priestley acabó siendo enviado a una conocida academia donde profesores y estudiantes estaban divididos entre la "ortodoxia" de la Iglesia establecida y la creencia en el Dios Único. Fue aquí donde Priestley comenzó a dudar acerca de la veracidad de los dogmas fundamentales de la Iglesia cristiana oficial, y en especial la doctrina de la trinidad. Cuanto más estudiaba la *Biblia* más se convencía de sus propias opiniones. Los escritos de Arrio, Servet y Sociano causaron en él una profunda impresión, y como ellos, llegó a la conclusión de que las Escrituras no servían de apoyo a las doctrinas de la Trinidad, el Pecado Original y el Perdón y la Redención de los pecados. El resultado fue que al término de sus estudios salió de la academia convertido en un Arriano convencido.

Priestley fue nombrado poco tiempo después ayudante de un pastor con un salario de treinta libras anuales. Pero fue cesado de su puesto cuando se descubrió que era Arriano. En 1758 consiguió el puesto de pastor en Nantwich, en Cheshire. Allí sirvió durante tres años. Su salario era más bien escaso, pero lo completaba dando clases particulares. Pronto gozó de la reputación de ser un buen maestro.

En 1757, los Arrianos habían establecido una academia en Warrington; al terminar su estancia en Nantwich, Priestley entró en ésta como profesor. Solía visitar Londres en los períodos de vacaciones y en una de esas visitas conoció a Benjamín Franklin. En 1767 Priestley obtuvo la plaza de pastor en Mill Hill, Leeds, cerca de la antigua casa de sus padres. Permaneció allí durante seis años. Durante su estancia en Leeds, Priestley publicó cierto número de obras que le hicieron ser muy conocido como defensor capaz y destacado del Unitarismo.

En su tiempo libre Priestley comenzó a estudiar química con éxito considerable. Obtuvo el reconocimiento de la Royal Society y

en 1774 logró descubrir el oxígeno, hecho que le hizo famoso. En las investigaciones siguientes Priestley descubrió más gases que ninguno de sus predecesores. No obstante, sus intereses se decantaban más por la religión que por las ciencias físicas y para Priestley estos descubrimientos no eran más que el mero pasatiempo de un teólogo. En sus memorias personales describe estos acontecimientos en una sola página. En cierta ocasión escribió: "He logrado hacer algunos descubrimientos en las ramas de la química. Jamás presté excesiva atención a la rutina de los mismos y apenas sé algo de los procesos más comunes".⁵⁵

Priestley entró al servicio del conde de Selburne en calidad de bibliotecario y colaborador literario. Se le asignó un salario generoso y una renta vitalicia con total libertad para hacer lo que quisiera. Permaneció en este puesto durante siete años pasando los veranos en la casa de campo del conde y los inviernos en Londres. Acompañó también al conde en sus viajes a París, Holanda, Bélgica y Alemania. Pero el conde no veía con buenos ojos la amistad de Priestley con Benjamín Franklin ya que este último estaba a favor de la Revolución Francesa que estaba teniendo lugar en esa época. Priestley decidió poner fin a la amistad con Franklin y poco tiempo después se trasladó a Birmingham. Su estancia en esta ciudad duró once años, y aunque terminó siendo una tragedia, fue quizás el periodo más feliz de su vida. Sus deberes como sacerdote se limitaban a las funciones del domingo, de forma que el resto de la semana gozaba de total libertad para trabajar en su laboratorio y escribir lo que quería.

Birmingham fue la ciudad donde Priestley produjo su trabajo más importante e influyente, la *Historia de las Corrupciones del Cristianismo*, una obra que provocó la ira de la Iglesia establecida. En el libro no sólo negaba la validez de la doctrina de la trinidad sino que afirmaba también la naturaleza humana de Jesús. Demostraba en el texto que las narraciones bíblicas en las que se cuenta el nacimiento de Jesús divergían unas de otras. Priestley creía que Jesús era un hombre, formado como el resto de los hombres en todos los aspectos, sujeto a las mismas debilidades, la misma ignorancia, los mismos prejuicios y las mismas flaquezas. Sin embargo, Jesús había sido escogido por Dios para introducir en el mundo una renovación de tipo moral. Adiestrado en la naturaleza de su misión, fue al mis-

mo tiempo dotado de poderes milagrosos. Jesús fue enviado para desvelar el conocimiento de la otra vida en la que los hombres serán recompensados según sus acciones y no por el mero hecho de haber sido bautizados. Es evidente que estas ideas no fueron del agrado del gobierno ni de la Iglesia oficial.

Priestley no sólo afirmaba la naturaleza humana de Jesús, sino que también negaba la inmaculada concepción de María. Con ello establecía las bases de un pensamiento nuevo en el que el Unitarismo se convertía en una especie de barco que surcaba sin timón en un océano encrespado de olas. En el movimiento llamado Unitarismo Universalista falta por completo un sentido definido de la dirección.

La negación de la inmaculada concepción —concepción confirmada por el *Corán*— dio lugar a una amarga e innecesaria controversia que produjo más daño que beneficio a los defensores de la Unidad Divina. Un movimiento similar había formado parte de la Revolución Francesa y su Reinado del Terror. Estos sucesos ocurridos al otro lado del Canal habían desconcertado a muchas personas de Inglaterra. La Iglesia ortodoxa hizo todo lo posible para demostrar que las enseñanzas de Priestley producirían la misma tragedia en Inglaterra. Pronto comenzaron a llegar a su puerta innumerables cartas llenas de insultos y amenazas y su efigie fue quemada en varias partes del país.

El 14 de julio de 1791, un grupo de personas celebraba el aniversario de la toma de la Bastilla en un hotel de Birmingham. Una muchedumbre, alentada por las fuerzas de la justicia de la ciudad, se concentró a las puertas del hotel y, creyendo que Priestley estaba presente en los actos, apedreó las ventanas del edificio. Pero el Dr. Priestley no estaba allí. La multitud se dirigió entonces a su casa que, según cuenta Priestley en sus memorias, fue “saqueada y quemada sin compasión alguna”.⁵⁶ La biblioteca, el laboratorio y todos sus papeles y manuscritos fueron destruidos por el fuego. Avisado de antemano por un amigo, Priestley logró apenas escapar con vida.

Al día siguiente fueron quemadas las casas de los Unitarios más importantes de Birmingham y durante los dos días siguientes la muchedumbre empezó a quemar las casas de personas que ni siquiera eran Unitarios declarados pero que habían acogido y protegido a los que se habían quedado sin hogar. Durante estos días los habitantes

de Birmingham eran presa del pánico. Se cerraron todas las tiendas y las personas gritaban y pintaban en las fachadas de sus casas “Iglesia y Rey” para escapar las iras de la turba. Por fin el ejército intervino y los agitadores desaparecieron.

Quedarse en Birmingham era demasiado peligroso para Priestley por lo que decidió viajar a Londres convenientemente disfrazado. Al describir sus experiencias de Birmingham, dice: “En vez de huir de la violencia anárquica me encontré huyendo de la justicia pública. No podría haber sido perseguido con más rencor”.⁵⁷ Priestley no podía andar con libertad por las calles de Londres por temor a ser reconocido y poner en peligro la casa de su anfitrión en esta ciudad. Pasado cierto tiempo alquiló su propia casa. El propietario de la misma temía no sólo por la casa que alquilaba sino incluso por la suya propia.

En 1794, Priestley se embarcó rumbo a América en compañía de Benjamín Franklin. Allí abrieron una de las primeras iglesias Unitarias de Filadelfia. En los años siguientes, la situación en Inglaterra comenzó a calmarse. En 1802, la antigua congregación de Priestley abrió una capilla y Bilsham, uno de los principales Unitarios, fue invitado a dar el sermón de la inauguración. Priestley prefirió quedarse en América, donde murió en el año 1804.

La principal contribución de Joseph Priestley al Unitarismo inglés fueron sus extensos argumentos, tanto históricos como filosóficos, en apoyo de la Unidad Divina. Estaban extraídos de las Escrituras y de los escritos de los primeros Padres cristianos, interpretados razonadamente y aplicados con todo rigor a los problemas políticos y religiosos de la época. Priestley escribió: “El absurdo propiciado por el poder jamás podrá defenderse frente a los esfuerzos de la razón”.⁵⁸

De toda la obras religiosas de Priestley, el texto más influyente fue su *Historia de las Corrupciones del Cristianismo*, un texto en dos volúmenes en el que intentaba demostrar que el verdadero Cristianismo, encarnado en las creencias de la Iglesia antigua, era Unitario —y que todas las desviaciones de esta fe original eran meras corrupciones. El libro atrajo la ira de los ortodoxos y fue el deleite de los liberales tanto de Inglaterra como de América. En Holanda fue quemado en público. He aquí parte del resumen hecho por el mismo Priestley:

“Si se examina el sistema del Cristianismo nos hace pensar que es propenso a la corrupción o al abuso. Un esbozo del mismo indica que el Padre Universal de la humanidad encargó a Jesús que invitara a los hombres a que practicaran la virtud con la promesa de Su misericordia para con el penitente y Su propósito de llevar a la vida eterna y feliz a todas las personas buenas y virtuosas. Esta exposición no contiene indicio alguno que incitara a la especulación. La doctrina es tan clara que nos hace pensar que, tanto los dotados de conocimiento como los que no lo son, la verían con los mismos ojos. La persona que no estuviese familiarizada con la situación en el momento de su promulgación, buscaría en vano la fuente de abusos y corrupciones monstruosas que se introdujeron posteriormente en el sistema de creencias.

Sin embargo, tanto Jesús como sus apóstoles predijeron que con el tiempo se produciría un alejamiento de la verdad, surgiendo en la Iglesia algo que sería diferente, e incluso contrario a la doctrina enseñada por ellos.

Las causas de las corrupciones posteriores ya existían en aquél entonces y con el mero desarrollo natural del sistema de creencias, los abusos alcanzaron su mayor medida. Lo que es aún más sorprendente es que, de nuevo mediante la intervención de causas naturales, se puede ver cómo los abusos se corrigen de forma gradual y el Cristianismo recobra su belleza y gloria primitivas.

Las causas de estas corrupciones estaban casi por completo contenidas en las opiniones establecidas del mundo pagano, especialmente en el aspecto filosófico del mismo. Cuando estos paganos se convertían al Cristianismo introducían sus antiguos dogmas y prejuicios. Por otra parte, tanto los judíos como los paganos estaban tan escandalizados con la idea de ser discípulos de un hombre que había sido crucificado como un malhechor cualquiera, que los cristianos en general estaban más que dispuestos a aceptar cualquier idea u opinión que erradicara este malestar.

La opinión que defiende que las facultades mentales de un ser humano pertenecen a una substancia distinta a la de su cuerpo o mente, y que esta parte invisible y espiritual, el alma, es capaz de subsistir antes y después de su unión con el cuerpo —tema que se había enraizado profundamente en todas las escuelas de filosofía— era una cuestión minuciosamente calculada para cumplir este propósito. Con esta visión de las cosas, los cristianos eran capaces de conferir al alma de Cristo el rango que querían en la región celestial anterior a su nacimiento. Este es el principio que siguieron los gnósticos que derivaban su doctrina de la recién adquirida filosofía oriental. Más tarde, las especulaciones filosóficas de los cristianos los llevaron a un nuevo principio: la personificación de la sabiduría, Logos, de Dios el Padre que se equiparaba al mismísimo Dios Padre ...

Los abusos cometidos por las instituciones del Cristianismo, realmente monstruosos, surgieron de forma natural de la opinión que defendía las virtudes purificadoras y santificadoras de los ritos y ceremonias, algo que era precisamente ¡la base y fundamento de todas las prácticas de adoración paganas! Y que además eran similares a los abusos de la religión judía. Podemos ver también cómo los rudimentos de las prácticas ascéticas de los monjes están basados en las prácticas y las opiniones de los paganos que creían purificar y enaltecer el alma con la mortificación del cuerpo.

En lo que respecta a los abusos cometidos por el gobierno de la Iglesia son tan fáciles de discernir como los cometidos por el gobierno civil: están propiciados por personas con ambiciones mundanas siempre dispuestas a aprovecharse de cualquier oportunidad que aumente su poder. Desgraciadamente, en las épocas más oscuras concurren demasiadas circunstancias que permitieron al clero cristiano obtener determinadas ventajas a costa de la sociedad laica.

Visto en su conjunto, creo poder congratularme de que, para el lector observador, le será de sobra manifiesto que la

corrupción del cristianismo en cada una de las prácticas o artículos de fe, era una consecuencia natural de las circunstancias en las que fue promulgado. Y también que la erradicación de esas corrupciones es la consecuencia natural de circunstancias totalmente diferentes.

Si queremos resumir la totalidad de la falsa postura cristiana, fijémonos en los siguientes puntos:

1. El Concilio General otorgó al Hijo la misma naturaleza que el Padre.
2. Se admitió al Espíritu Santo como parte de la trinidad.
3. Otorgó a Cristo un alma humana que estaba en conjunción con el Logos.
4. Estableció la unión hipotética de las naturalezas humana y divina de Cristo.
5. Afirmó que, debido a esta unión, las dos naturalezas constituían una sola persona.

Para retener estas distinciones hace falta tener una memoria considerable, puesto que se trata de un asunto de meras palabras en el que las ideas no juegan papel alguno”.⁵⁹

Priestley escribió otro libro titulado *La Historia de Jesucristo* parte del cual citamos a continuación:

“Cuando investigamos la doctrina contenida en un texto que trata de un tema determinado, si vemos que se citan algunos pasajes como prueba de ciertas opiniones debemos considerar principalmente cuál es el tono general de la obra con respecto a dicha doctrina o qué tipo de impresión produciría una primera lectura en un lector imparcial ...

Si nos fijamos en la narración de la creación tal y como es contada por Moisés, descubrimos que siempre menciona a un sólo Dios, Creador de los cielos y la tierra, que pobló a ésta con plantas y animales y que por último creó al hombre. El género plural se utiliza cuando Dios dice: “Hagamos al ser humano” (*Génesis* 1: 26). Comprobar que se trata de mera fraseología es un hecho evidente puesto que poco después se dice esta vez en singular: “Creó, pues, Dios al

ser humano a imagen suya” (*Génesis* 1: 27). El Creador era todavía un Ser Único. De igual manera, en la narración de la Torre de Babel Dios dice (utilizando el plural): “Ea, pues, bajemos, y una vez allí confundamos su lenguaje”, para encontrar en el versículo siguiente que fue un Ser Único el que llevó a cabo la acción. (*Génesis* 11: 7)

En todas las relaciones entre Dios y Adán, Noé y los demás patriarcas, jamás se hace mención de otro Ser Único. El nombre que se utiliza es a veces “Yahvé”, otras “el Dios de Abraham”, etc., pero lo que no admite duda es que se trata del mismo Ser mencionado anteriormente con el título genérico de Dios, el Creador de los cielos y la tierra.

En las Escrituras se menciona con frecuencia a los “ángeles”; aunque hay veces en las que hablan en nombre de Dios, son siempre descritos como criaturas y siervos de Dios ... Bajo ninguna circunstancia estos ángeles pueden ser considerados “dioses”, rivales del Ser Supremo o con Su mismo rango.

Las declaraciones más expresas con respecto a la Unidad de Dios y la importancia de esta creencia, son frecuentes en el *Antiguo Testamento*. El primer mandamiento es: “No habrá para ti otros dioses delante de Mí”. (*Éxodo* 20: 3). Esta declaración se repite de manera enfática en (*Deuteronomio* 6: 4): “Escucha Israel: Yahvé, nuestro Dios, es el Único Yahvé”. Lamento no tener ocasión de repetir lo que ocurre con este tema en los profetas posteriores, pero lo que sí se trasluce es que el gran objetivo de la religión de los judíos, y lo que les distinguía del resto de las naciones por la superior presencia y supervisión de Dios, era la preservación del conocimiento de la Unidad Divina en una época en la que el resto del mundo caía en la más absoluta idolatría. Y fue gracias a esta nación, y a la disciplina a la que fue sometida, que esta gran doctrina se preservó entre los seres humanos y aún continúa en nuestros días.

De haber existido alguna distinción de personas en la naturaleza Divina, tal y como preconiza la doctrina de la trinidad, sería considerado una violación de la doctrina fundamental de la religión judía que debía ser demostrada

y de la cual sería necesario protegerse. Si el Padre Eterno hubiese tenido un Hijo, y también un espíritu, iguales en gloria y poder al mismo Dios, —aunque tendría que haber un cierto sentido por el que cada uno fuera un auténtico Dios—, seguiríamos teniendo un Dios Único. No obstante, la conclusión lógica es que si cada una de las tres personas es realmente Dios, puestas las tres juntas dan tres Dioses. Pero como el *Antiguo Testamento* no menciona nada al respecto, es evidente que esta idea no existía. En aquella época no hay expresión, ni mención alguna, que dé lugar a este escabroso tema.

Si nos guiamos por el sentido con el que los judíos comprendían sus libros sagrados, no nos queda más remedio que concluir que estos textos no contenían la doctrina de la trinidad cristiana, puesto que no hubo judío alguno, tanto en los tiempos más antiguos como en los más recientes, que expusiera tal doctrina. Los judíos han interpretado siempre que sus Escrituras afirman que Dios es Uno, sin ningún tipo de distinción de personas; y fue este Ser quien creó al mundo y habló a los Patriarcas y a los Profetas sin ningún tipo de mediación por parte de otros seres que no fueran los ángeles.

Los cristianos han imaginado que el Mesías era la segunda persona de la trinidad. Pero los mismos judíos, que tenían grandes expectativas con respecto al Mesías, jamás afirmaron tal cosa. Y si consideramos las profecías que hablan del Mesías, se puede concluir satisfactoriamente que éstas no hubieran podido hacerles esperar otra cosa que no fuera un hombre. El Mesías es anunciado a nuestros primeros padres como procediendo de la “semilla de la mujer” (*Génesis* 3: 15)

Dios prometió a Abraham (*Génesis* 12: 3), que “Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra”. Si esto tiene relación alguna con el Mesías, nos hace pensar que una de sus semillas o uno de sus descendientes, iba a ser el medio de conferir grandes bendiciones a la humanidad. ¿Qué puede sino deducirse de la descripción que da Moisés del Mesías cuando dijo (*Deuteronomio* 18: 18): “Yo suscitaré, de en

medio de sus hermanos, un profeta semejante a ti, pondré palabras en su boca y él les dirá todo lo que Yo les mande?” Aquí no aparece una segunda persona de la trinidad, una persona igual al Padre, sino que es un mero Profeta que, en el nombre de Dios, hace lo que se le ha ordenado.

Cuando se habla de Dios en el *Nuevo Testamento* encontramos la misma doctrina que en el *Antiguo*. Al escriba que preguntó cuál era el primero y más grande de los mandamientos, nuestro Salvador contestó diciendo: “¿Cuál es el primero de todos los mandamientos? El primero de todos los mandamientos es, ‘Escucha Israel, el Señor nuestro Dios es el Único Señor ...’” Y el escriba, al oír la respuesta dijo: “Muy bien Maestro; tienes razón al decir que Él es Único y que no hay otro fuera de Él”. (*Marcos 12: 28-29*)

Cristo rezó siempre a este Dios Único como Dios y como Padre. Repitió una y otra vez que había recibido de Él su doctrina y su poder y que él (Jesús) carecía de poder alguno. (*Juan 5: 19*): “Jesús, pues, tomando la palabra, les decía, ‘En verdad, en verdad os digo, el Hijo no puede hacer nada por su cuenta’”. (*Juan 14: 10*): “Las palabras que os digo no las digo por mi cuenta; el Padre que permanece en mí es el que realiza las obras”. (*Juan 20: 17*): “Pero vete a donde mis hermanos y diles: subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios”. Es evidente que no es Dios el que utiliza este lenguaje.

Hasta el fin del periodo que abarcan sus escritos los apóstoles utilizan el mismo lenguaje: el Padre es representado como el Único Dios verdadero y Cristo aparece como un hombre, el siervo del Dios que lo resucitó de entre los muertos y le dio el poder del que disponía como recompensa a su obediencia. Pedro dice. “Israelitas, escuchad estas palabras: A Jesús, el Nazareno, hombre acreditado por Dios entre vosotros con milagros, prodigios y señales que Dios hizo por su medio ... etc ... Dios le resucitó librándole de los dolores del Hades ...” (*Hechos 2: 22*) Y Pablo dice también: “Porque hay un solo Dios, y también un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también ...” (*I Timoteo 2: 5*)

Priestley continúa diciendo:

“En el curso de esta historia se verá que el pueblo llano, para cuyo uso se escribieron los libros del *Nuevo Testamento*, jamás vio en ellos doctrinas que hablasen de la preexistencia o de la divinidad de Cristo, doctrinas que muchas personas de nuestros días están seguros de ver en esos textos ... Y si fuera verdad, ¿por qué no se ha enseñado la doctrina de la trinidad de forma tan explícita y definitiva en el *Nuevo Testamento* como lo es la doctrina de la Unidad Divina tanto en el *Nuevo* como en el *Antiguo Testamento*? ¿Y por qué la doctrina de la Unidad es siempre expuesta de manera tan descuidada, sin mención explícita en contra de la trinidad y con ello prevenir cualquier posible error, tal y como se hace ahora en nuestro catecismo ortodoxo, en los credos y discursos sobre el tema? ... Los teólogos parecen satisfechos de construir la extraña e inexplicable doctrina de la trinidad sobre meras deducciones extraídas a partir de expresiones fortuitas ... y lo que resulta evidente es que no pueden remitirse a una fuente clara, manifiesta e inequívoca.

Hay muchos, muchísimos pasajes de las Escrituras que expresan la doctrina de la Unidad Divina de manera clara y definitiva. ¿Dónde hay un pasaje similar a favor de la trinidad? ¿Y por qué debemos creer en cosas misteriosas que carecen de la evidencia más clara y manifiesta?

Existe otra consideración que debe mencionarse a los que defienden la postura de que Cristo es Dios o el creador del mundo con un rango inferior a Dios. Se trata de lo siguiente: la manera en la que nuestro Señor (Jesús) hablaba de sí mismo y del poder con el que efectuaba los milagros, es totalmente inconsistente, según las reglas más comunes del lenguaje, con la idea de que su ser poseyera poderes propios, superiores a los de cualquier otro ser humano.

Si Cristo hubiese sido el creador del mundo, no habría hablado de sí mismo como incapaz de hacer cosa alguna, no habría dicho que las palabras que pronunciaba ni siquiera eran suyas y que era el Padre en su interior quien realizaba

las acciones. Puesto que en el caso de cualquier otra persona que aplicara este lenguaje a sí mismo diciendo que no era él el que hablaba o actuaba —era Dios el que lo hacía a través de él— y que de no ser así era incapaz de hablar o actuar totalmente, nosotros no dudaríamos de calificar este tipo de declaración como falso o incluso blasfemo ...

Otra corrupción del lenguaje sería suponer que cuando Cristo dice que su Padre era superior a él se refiere, en secreto, a su naturaleza humana solamente, mientras que su naturaleza divina era igual a la del Padre. En los Evangelios de Mateo, Marcos o Lucas no hay indicio alguno que hable de la naturaleza divina, o incluso supra-angélica de Cristo; y si se concede que en la introducción al Evangelio de Juan existe una cierta mención al respecto, es importante constatar que en este mismo Evangelio hay numerosos pasajes que confirman claramente su humanidad.

Es imposible suponer que cuando estos evangelistas pensaban sobre los judíos y gentiles, para los cuales estaban destinados los Evangelios, no tuviesen en cuenta la necesidad de informarles acerca de un tema de tanta transcendencia; tema extraño a la comprensión de ambos grupos y que al mismo tiempo dispensaba el reproche de la cruz, asunto abyecto para los cristianos de la época. Las doctrinas de la divinidad y la preexistencia de Cristo, son sin duda sumamente importantes. Pero como estos evangelistas no las mencionan con claridad ni dicen nada sobre su importancia, podemos deducir con toda seguridad que estas doctrinas les eran absolutamente desconocidas.

Otra de las preguntas que debemos hacernos es por qué los apóstoles seguían llamando hombre a Cristo, tanto en el libro de los *Hechos* como en las epístolas, una vez descubierto que era Dios o un ser supra-angélico, el creador del mundo bajo Dios. De haberlo sabido, tenía que ser sumamente degradante, antinatural e incorrecto, a pesar de su apariencia de forma humana ...

Pongámonos en el lugar de los apóstoles y los primeros discípulos de Cristo. Es evidente que al principio lo vieron y conversaron con él suponiendo que era un hombre como

ellos. No hay duda al respecto. Una vez informados de que no era hombre sino Dios, o incluso el creador del mundo bajo Dios, su sorpresa sería la misma que si nosotros descubriéramos que una de nuestras amistades era en realidad Dios o el creador del mundo. Pensemos por un momento cómo nos sentiríamos, cómo actuaríamos con respecto a esta persona o cómo hablaríamos de ella tiempo después. Estoy seguro de que nadie calificaría a esa persona de hombre una vez convencido de que era Dios o un ángel. Siempre se hablaría de ella de manera acorde con su rango.

Supongamos que dos de nuestras amistades resultaran ser, tras una investigación exhaustiva, los ángeles Miguel y Gabriel; ¿Seguiríamos llamándoles hombres? Por supuesto que no. Cada vez que habláramos con nuestros amigos diríamos: “Esas dos personas que creíamos seres humanos son en realidad ángeles disfrazados”. Esta sería la forma más natural de hablar sobre el tema. Así pues, si antes de venir a este mundo Cristo hubiera sido algo más que un mero ser humano y, más aún, si hubiera sido Dios o el creador del mundo, jamás se le habría tomado por un hombre; puesto que sería imposible para él renunciar a su naturaleza auténtica y superior. Por muy disfrazado que estuviera siempre habría sido lo que antes era y habría sido tratado en consecuencia por todos aquellos que lo conocían de verdad ...

Toda persona que estudie con atención la fraseología del *Nuevo Testamento* debe ser consciente de que los términos “Cristo” y “Dios” se utilizan constantemente en contradistinción el uno con el otro, de la misma manera que entre “Dios” y “hombre”. Si consideramos el uso natural de las palabras, nos damos cuenta de que este no era el caso si Cristo hubiera sido Dios.

Decimos “el príncipe y el rey” porque el príncipe no es rey. De haberlo sido, tendríamos que recurrir a otro tipo de distinción, como por ejemplo “el mayor y el menor”, “padre e hijo”, etc. Así pues cuando el apóstol Pablo dijo que la Iglesia de Corinto era la Iglesia de Cristo, y que Cristo era de Dios, forma ésta que aparece una y otra vez en el

Nuevo Testamento, es evidente que no albergaba la menor pretensión de que Cristo era Dios, en el sentido propio de la palabra.

De la misma manera, cuando Clemente Romano habla de Cristo como “el cetro de la Majestad de Dios”, demuestra que el cetro era una cosa y Dios, poseedor de dicho cetro, era otra. Esta, afirmo, debió haber sido la situación cuando comenzó a utilizarse este lenguaje por primera vez.

Una vez demostrado que el tono general de las Escrituras, y las varias consideraciones que se deducen de éstas, no prestan apoyo a la doctrina de la trinidad, la divinidad y la preexistencia de Cristo, surge ahora una nueva consideración a la que se ha prestado poca atención pero que parece demostrar que estas doctrinas no se conocían en tiempos de los apóstoles ni tampoco eran parte de las Escrituras. El hecho de que Jesús fuera el Mesías fue divulgado con suma cautela tanto a los apóstoles como al grupo principal de los judíos. Durante mucho tiempo nuestro señor (Jesús) no dijo nada explícito al respecto sino que dejó que sus discípulos y los judíos juzgasen por lo que veían. Esta es la respuesta que dio a los mensajeros enviados por Juan el Bautista.

Si el Sumo Sacerdote se horrorizó y desgarró sus vestiduras cuando Jesús admitió ser el Mesías, ¿qué habría hecho en el caso de oír o sospechar que Jesús tenía pretensiones aún más elevadas? Si Jesús hubiese manifestado estas pretensiones seguro que habrían transcendido. Cuando la gente veía sus milagros, lo único que se preguntaban era por qué había dado Dios tales poderes a ese hombre: “Y al ver esto, la gente temió y glorificó a Dios, que había dado tal poder a los hombres”. (*Mateo* 9: 8)

Cuando Herodes oyó hablar de Jesús existían las conjeturas de que se trataba de Elías, de un Profeta o de incluso Juan que había resucitado de entre los muertos. Lo que sí es seguro es que ninguno imaginaba que se tratase del mismísimo Dios o del creador del mundo bajo Dios. No había persona alguna que se atreviera incluso a sugerir que Jesús hacía estas hazañas portentosas mediante sus propios poderes.

Si la doctrina de la divinidad de Cristo hubiese sido predicada por los apóstoles, y aceptada por los judíos conversos, seguro que también habría sido conocida por los judíos no creyentes. ¿Y acaso no es más que posible que éstos, tan celosos en aquél entonces como también ahora, de la doctrina de la Unidad Divina, hubiesen dado la voz de alarma y denunciado este aspecto del Cristianismo que predicaba la creencia en varios dioses en plena era apostólica?

Y sin embargo no hay indicio alguno que pueda encontrarse en la historia de los libros de los *Hechos* o en ningún otro lugar del *Nuevo Testamento*. En los escritos de los primeros Padres cristianos, las cuestiones relacionadas con la creencia en varios dioses era un tema de suma importancia. ¿Por qué entonces no existe nada al respecto en la época de los apóstoles? La única respuesta posible es que no era necesario puesto que la doctrina de la divinidad de Cristo no había sido mencionada.

¿De qué trató la acusación contra Esteban (*Hechos* 6: 13) sino de haber dicho palabras blasfemas en contra del Templo y de la Ley? Si acompañamos al apóstol Pablo en sus viajes y oímos los discursos que dirigía a los judíos en las sinagogas y la persecución continua y empedernida a la que éstos lo sometían, jamás encontraremos traza alguna que indique que los judíos sospecharan que Pablo predicaba la existencia de una nueva divinidad, sospecha que sería suscitada por la pretendida divinidad de Cristo.

¿Es posible prestar atención a estas consideraciones sin darse cuenta al mismo tiempo de que los apóstoles jamás habían sido enseñados doctrinas tales como la divinidad o la preexistencia de Cristo? De haberlo sido, y dado que las doctrinas eran absolutamente novedosas y por supuesto extraordinarias, seguro que tendríamos ahora indicios claros de cuando y como habían sido enseñadas. Es natural que hubiesen manifestado su sorpresa, siempre y cuando no albergasen dudas con respecto a la veracidad de la información. Si los apóstoles hubieran recibido estas doctrinas con una fe firme, las habrían enseñado a otros que probablemente

no las habrían admitido de tan buena gana. Habrían tenido que disipar las dudas de unos y las objeciones de otros. Y sin embargo, a pesar de toda la historia y la gran cantidad de escritos, no hay constancia alguna de su propia sorpresa, ni de las dudas, objeciones y sorpresas de los demás.

En lo tocante a la oración debemos reconocer que el destinatario primordial de la misma es Dios el Padre, a Quien se llama primera persona de la trinidad. Ciertamente; en las Escrituras no encontramos precepto ni ejemplo alguno que autorice dirigirnos a otra persona. Las posibles alegaciones que puedan presentarse al respecto, como la corta invocación de Esteban tras haber visto a Cristo en una visión, es realmente insignificante. El mismo Jesús rezaba al Padre con tanta humildad y sometimiento como pudiera hacerlo el ser más dependiente de todo el universo; siempre se dirigía a Él como su Padre o el Creador de su ser; y Jesús enseñó a sus discípulos a rezar a este mismo Ser, el Uno, dijo, al que debemos servir.

La práctica de rezar solamente al Padre era algo inmemorial en la Iglesia cristiana. Las cortas invocaciones dirigidas a Cristo, como las de la letanía que dice: “Señor ten misericordia de nosotros, Cristo, ten misericordia de nosotros” son, comparativamente hablando, de fecha mucho más reciente. En la liturgia Clementina, la más antigua de las que existen contenidas en las Constituciones Apostólicas, compuestas probablemente en el siglo IV, no hay el menor indicio de dicha práctica. Orígenes, en un extenso tratado sobre la oración, insta con urgencia a rezar sólo al Padre y no a Cristo. Y como al mismo tiempo no parece indicar que las formas públicas de oración tuviesen algo censurable, ello nos lleva a la conclusión de que en su época, las invocaciones dirigidas a Cristo eran desconocidas en las reuniones públicas de los cristianos.

Fijémonos ahora en ciertos aspectos de la historia de los apóstoles. Cuando Herodes condenó a muerte a Santiago, hermano de Juan, y encarceló a Pedro, leemos (*Hechos* 12: 5) que “La Iglesia oraba insistentemente por él a

Dios”, no a Cristo. Cuando Pablo y Silas estaban en prisión en Filipo, leemos (*Hechos* 16: 25) que “estaban en oración cantando himnos a Dios”, no a Cristo. Y cuando Pablo fue advertido de lo que le ocurriría si iba a Jerusalén, (*Hechos* 21: 14), dijo: “Hágase la voluntad del Señor”. Suponemos que era la voluntad de Dios Padre, ya que Jesús utilizaba la misma expresión; cuando rezaba al Padre, Jesús decía (*Lucas* 22: 42): “No se haga mi voluntad sino la Tuya ...”

Hemos mostrado aquí que la doctrina de la trinidad no existe en las Escrituras. Esta doctrina resulta imposible de aceptar por las personas dotadas de sentido común, puesto que contiene una serie de contradicciones que anulan la posibilidad de su existencia.

La doctrina Atanasia de la trinidad afirma que ni al Padre, ni al Hijo ni al Espíritu Santo les falta nada que les impida ser un Dios auténtico, ya que todos son iguales en eternidad y perfecciones divinas; y sin embargo, no son tres Dioses, sino un sólo Dios. Así que son uno y muchos al mismo tiempo —cada uno de ellos un Dios perfecto.

Esto es una contradicción tan enorme como decir que Pedro, Santiago y Juan, dotados cada uno de ellos de los atributos necesarios para ser un hombre completo, si se ponen juntos no son tres hombres sino uno sólo. Después del Concilio de Nicea hubo situaciones en las que se intentó explicar la doctrina de la trinidad. Los Padres de aquella época, especialmente sensibles a la cuestión de preservar la igualdad absoluta de la tres personas, perdieron totalmente la visión de su posible unidad. Así que no importa cómo se explique esta doctrina: la igualdad o la unidad siempre salen perdiendo Y como la gente puede confundirse con el uso de términos tales como “persona” o “ser”, deben definirse con claridad.

El término “ser” es aplicable a cada una de las tres personas de la trinidad. Decir que Cristo es Dios pero que no hay un ser, una substancia a la que puedan referirse Sus atributos, es totalmente absurdo. Así pues, cuando se dice que cada una de las tres personas es un Dios por se-

parado, el significado contenido en la frase debe ser que el Padre, considerado individualmente, tiene un ser; que el Hijo, como individuo, tiene un ser y que lo mismo ocurre con el Espíritu Santo. Tenemos pues tres seres, al mismo tiempo que tres personas, así que ¿qué pueden ser estos tres sino tres Dioses, sin imaginar siquiera que hay “tres personas coordinadas, o tres Padres, tres Hijos o tres espíritus Santos”?

Si este misterioso poder de engendración es característico del Padre, ¿por qué ha dejado de operar? ¿Acaso no es un Ser inmutable, tanto ahora como en el principio, con las mismas perfecciones y el mismo poder? ¿Por qué entonces no hay más hijos? ¿Ha perdido el poder de engendrar, tal y como solían cuestionar los Padres ortodoxos, o es que depende de Su voluntad ejercer o no este poder? Si es este el caso ¿no tenemos entonces que el Hijo es como cualquier otro ser creado, dependiente de la voluntad del Creador, igual que todo lo que Él ha creado, aunque sea de otra manera? ¿Y se aplica esto al caso de tener la misma substancia que Él?

Debemos preguntarnos también cómo fue producida la tercera persona de la trinidad. ¿Se debió al esfuerzo conjunto de las dos primeras al contemplar sus respectivas perfecciones? Y si fue así, ¿por qué el mismo proceso no ha producido una cuarta, quinta o incluso más personas?

Admitamos de momento esta extraña exposición de la generación de la trinidad que postula que la existencia personal del Hijo surge del esfuerzo consciente en el intelecto del Padre ... Esto implica necesariamente una prioridad real, una supremacía por parte del Padre con respecto al Hijo; y un ser que tiene a otro por encima no puede considerarse como Dios. En resumen: esta exposición acaba con la doctrina de la igualdad, y también con la de la unidad de las tres personas de la trinidad.

La objeción más importante contra la doctrina de la trinidad es que constituye una infracción de la doctrina de la Unidad de Dios, objeto único de adoración y primer

patrón establecido por la Revelación Divina. En consecuencia, cualquier modificación de esta doctrina original debe ser analizada con suma sospecha puesto que crea una multiplicidad de objetos de adoración y con ello, la introducción de la idolatría”.⁶⁰



El movimiento Unitario que se dio en Inglaterra tuvo un efecto profundo sobre América, país en el que comenzó como un vástago del Calvinismo; no obstante, en el siglo XVII las diferentes entidades fundadoras comenzaron a cambiar gradualmente hacia otras denominaciones religiosas sin poner tanto énfasis en los dogmas. El resultado fue que con ello se abrió camino hacia un cambio teológico:

Charles Chauncy (1705-1757), de Boston, dio un impulso y dirección definitivos al establecimiento de la creencia en la Unidad Divina. Bajo la dirección de James Freeman (1759-1835), la congregación de la King's Chapel de Boston, llevó a cabo una purga en la liturgia anglicana de todas las referencias existentes con respecto a la doctrina de la trinidad. Esto ocurrió en el año 1785. Así fue como apareció la primera Iglesia Unitaria del Nuevo Mundo. Las doctrinas de Priestley fueron publicadas y distribuidas gratuitamente, siendo aceptadas por la mayoría de los habitantes de la ciudad de Boston. El resultado fue que el Unitarismo acabó siendo aceptado por todos los pastores de Boston excepto uno.

Dicho con otras palabras: la intolerancia religiosa que había caracterizado la actitud de las diversas Iglesias Trinitarias establecidas en Europa —ya fueran Católicas o Protestantes— no se exportó enteramente al Nuevo Mundo. A pesar de que los ejércitos Católicos Romanos lograron masacrar grandes cantidades de indígenas de la Indias Occidentales y Sudamérica —siempre en el nombre de Jesucristo— y a pesar también de que los Protestantes hicieron lo mismo con los indígenas del norte de América —también en el nombre de Jesucristo—, había sin embargo espacio suficiente y tolerancia humana también suficiente como para permitir el crecimiento del Unitarismo en el Nuevo Mundo.



William Ellery Channing (1780-1842)

William Channing nació en el año 1780. A la edad de veintitrés años llegó a la ciudad de Boston donde inició una labor pastoral que iba a tener gran influencia sobre el pensamiento Unitario. Channing jamás había aceptado la doctrina de la trinidad pero todavía seguía siendo poco aconsejable denunciarla abiertamente. A pesar de todo fue acusado, junto con otros pastores Unitarios, de propagar secretamente ideas en contra de la doctrina de la trinidad. Channing respondió a la acusación diciendo que ellos no ocultaban sus opiniones sobre la doctrina de la trinidad, sino que las predicaban como si esta doctrina no fuera conocida. Channing dijo que habían escogido esta forma de hacer las cosas a fin de no dividir a los cristianos. En ese periodo, el movimiento Unitario aún no se había manifestado públicamente.

En 1819 Channing pronunció un discurso en la ceremonia de ordenación del reverendo Jared Sparks. Haciendo uso de su inimitable forma de expresión, expuso los rasgos más característicos de la creencia Unitaria. Afirmó que el *Nuevo Testamento* estaba basado en el *Antiguo Testamento*, y que la enseñanza que había sido transmitida a los cristianos era la continuación de la transmitida a los judíos. Era la culminación de un vasto esquema diseñado por la Providencia que requería una amplia perspectiva para ser comprendido.

(Es evidente que Channing no tuvo acceso a una traducción fidedigna del *Corán*, donde no sólo se confirman el vínculo y la continuidad de la enseñanzas de Jesús y Moisés, sino que también se confirma que las enseñanzas de Muhammad, a quien Allah bendiga y conceda paz, son continuación de las anteriores y la culminación de la tradición Profética dentro de este “vasto esquema de la Providencia” que requiere una amplia perspectiva para poder ser comprendido.)

Si recordamos lo dicho anteriormente, dijo Channing, la creencia en Dios jamás se contradice en ningún lugar de las Escrituras, del mismo modo que lo que Él enseña mediante Sus acciones y providencia tampoco contradice lo que aparece en la Revelación. En consecuencia, debemos desconfiar de toda interpretación que tras un minucioso examen parezca estar en contradicción con alguna de las verdades establecidas. Channing insistía en que el ser humano debe hacer uso del sentido común:

“Dios nos ha dado una naturaleza racional y nos pedirá cuentas por ello. Podemos dejarla dormida, pero esto es nuestra entera responsabilidad. La Revelación descien- de sobre nosotros en cuanto seres racionales. A partir de nuestra indolencia podríamos haber deseado que Dios nos diera un sistema que no exigiese el trabajo de compara- ción, delimitación y deducción. Pero un sistema de estas características estaría en discrepancia con el carácter de nuestra existencia presente. Parte de la sabiduría es tomar la Revelación tal y como viene e interpretarla con la ayuda de nuestras facultades, cuya existencia se supone y sobre la cual se fundamenta”.

Channing continúa diciendo:

“Si Dios es infinitamente sabio no puede jugar con el enten- dimiento de Sus criaturas. Un maestro inteligente muestra su saber cuando se adapta a las capacidades de sus discí- pulos y no intenta anonadarles con lo que no entienden ni busca desconcertarles con aparentes contradicciones ... No es propio de sabios utilizar una fraseología incompren- sible que esté por encima de las capacidades de los demás para así confundir y desconcertar el intelecto ... La revela- ción es un regalo luminoso. Jamás podrá aumentar nuestra oscuridad ni multiplicar nuestra perplejidad”.

Siguiendo estos principios, Channing dijo:

“En primer lugar, creemos en la doctrina de la Unidad de Dios, es decir, en la existencia de un Dios Único y sólo Uno. Esta es una verdad a la que damos enorme importancia y que debemos tener siempre presente, no vaya a ser que al- guien intente desviarnos con sus vanas filosofías. La premi- sa de que hay un Dios Único nos parece clara y manifiesta. Entendemos con ello que hay un Ser Único, una Mente, una Persona, un Agente Inteligente y Uno sólo a Quien perte- necen la perfección y el dominio absolutos. Nosotros pensa- mos que estas palabras son las más idóneas para transmitir estos significados a la gente sencilla e iletrada que fue la de- signada para ser los depositarios de esta gran verdad; gente

que al mismo tiempo era totalmente incapaz de comprender esas sutiles distinciones entre el ser y la persona, distinciones descubiertas por la sagacidad de tiempos posteriores. Para nosotros, la Unidad de Dios es similar a la unidad de los demás seres inteligentes.

Tenemos objeciones en contra de la doctrina de la trinidad porque aunque las palabras reconocen la Unidad de Dios, el efecto producido es justo lo contrario. Según esta doctrina existen tres personas iguales e infinitas, poseedoras de la divinidad suprema y que se llaman Padre, Hijo y Espíritu Santo. Los teólogos afirman que cada una de estas personas tiene su propia conciencia, voluntad y percepción. Se aman y conversan entre sí y gozan de la mutua compañía. Cada una de ellas juega un papel determinado en la redención del ser humano y no interfieren en sus funciones. El Hijo es mediador, el Padre no lo es. El Padre envía al Hijo, pero Él no es enviado. El Padre no es consciente, como sí lo es el Hijo, de la encarnación. Así pues, tenemos tres agentes inteligentes, poseedores de conciencias diferentes, voluntades diferentes y percepciones también diferentes que realizan actos diferentes y mantienen relaciones diferentes. Si esto no implica la existencia de tres mentes o tres seres diferenciados nos encontramos totalmente desconcertados a la hora de saber cómo se forman tres mentes o tres seres diferentes.

Las diferencias de propiedades, acciones y consciencia es lo que nos permite creer en los seres inteligentes. Si nos falla esta facultad de distinción, fallará la totalidad de nuestro conocimiento. No tenemos pruebas de que los agentes y personas del universo sean una única mente. Cuando tratamos de pensar sobre tres Dioses, no podemos más que imaginar tres agentes que se distinguen entre sí por los mismos rasgos y peculiaridades que los que separan a las tres personas de la trinidad. Y cuando el más común de los cristianos oye decir que estas personas conversan y se aman entre sí y realizan acciones diferentes ¿cómo podrá evitar pensar que se trata de seres diferentes, de mentes diferentes?

No nos queda más remedio que protestar con todo énfasis, aunque sin reproche, en contra de nuestros hermanos, por la irracional y anti-escritural doctrina de la trinidad. “Para nosotros” igual que para los apóstoles y primeros cristianos, “no hay más que un Único Dios”. A través de Jesús adoramos al Padre en cuanto Dios Único, Viviente y Verdadero. No deja de asombrarnos el poder constatar que haya personas que lean el *Nuevo Testamento* y que al mismo tiempo pretendan obviar que sólo el Padre es Dios.

¿Acaso no oímos que a nuestro Salvador se le distingue constantemente de Jesús mediante las frases: “Dios envió a Su Hijo”, “Dios ungió a Jesús”? Ahora bien, ¿no sería inexplicable que esta fraseología, presente en todo el *Nuevo Testamento*, se aplicara por igual a Jesús y que el objetivo principal de este libro fuera mostrarle como a un Dios que comparte con el Padre la divinidad suprema? Retamos a nuestros adversarios a que presenten un pasaje del *Nuevo Testamento* en el que la palabra Dios signifique tres personas, sin que esté limitada a una sola, y donde no se esté hablando del Padre. ¿Puede darse mayor prueba de que la doctrina de las tres personas en una sola Divinidad, no es una doctrina fundamental del Cristianismo?

Si fuera cierta esta doctrina, dada su dificultad, singularidad e importancia, habría sido expuesta con gran claridad, protegida con sumo cuidado y predicada con la precisión más absoluta. ¿Pero dónde aparece tal cosa? De los muchos pasajes que hablan de Dios, pedimos uno, sólo uno, donde se nos diga que Dios es un ser triple, o que es tres personas, o que es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Antes al contrario: en el *Nuevo Testamento*, lugar donde podríamos esperar encontrar declaraciones expresas de esta naturaleza, a Dios se le proclama Uno, sin que haya el más mínimo intento de evitar la aceptación de estas palabras en el sentido más ordinario. Y siempre se habla de Él o se hace referencia a Él en singular, es decir, con el lenguaje universalmente aceptado aplicable a una sola persona a la que no pueden añadirse otras ideas a no ser mediante advertencias expre-

sas. Hasta tal punto omiten las Escrituras pronunciarse sobre la trinidad, que cuando nuestros adversarios quieren incorporarla a sus credos y doxologías, se ven obligados a abandonar la *Biblia* para inventar composiciones de palabras que carecen del refrendo fraseológico de las Escrituras. Que una doctrina tan extraña, tan susceptible a la mala interpretación, tan fundamental como dicen que es, y que requiere una exposición tan cuidadosa, esté al mismo tiempo tan falta de definición y protección que obliga a ser descubierta por deducción y exige ser documentada con partes distantes y separadas de las Escrituras, es una dificultad que, según nuestra opinión, carece de todo tipo de explicación.

Pero tenemos aún otra dificultad. El Cristianismo, debe recordarse, se plantó y creció entre enemigos sumamente astutos que no estaban dispuestos a pasar por alto parte alguna del sistema y que sin duda prestarían gran atención a una doctrina que contenía contradicciones tan obvias como las de la trinidad. Es difícil pensar en una idea contra la que los judíos, tan orgullosos de su defensa de la Unidad Divina, pudieran alzar un clamor parecido. ¿Cómo es posible entonces que en los escritos apostólicos, en los que tanto se habla de las objeciones y las controversias surgidas con el Cristianismo, no se diga una sola palabra en defensa, aclaración o explicación de esta doctrina? Este argumento tiene casi la validez de una demostración. Nosotros estamos convencidos de que si las tres personas divinas hubiesen sido anunciadas por los primeros predicadores del Cristianismo —con sus características de igualdad, infinitud, y siendo una de ellas el Jesús que había muerto en la cruz— esta peculiaridad del Cristianismo habría sin duda predominado sobre las demás, y el gran trabajo de los apóstoles habría consistido en rechazar los continuos ataques producidos por esta doctrina. Pero la realidad es que no hay ni la más mínima referencia que llegue a nuestros oídos desde esa época apostólica. En las Epístolas no hay el menor rastro de la controversia producida por la trinidad.

Pero aún tenemos más objeciones contra esta doctrina que proceden de su influencia práctica. Creemos que no favorece la devoción puesto que divide y distrae la mente de su comunión con Dios. Una de las grandes excelencias de la doctrina que preconiza la Unidad de Dios, es que nos ofrece un único objeto de honra suprema, de adoración y de amor. Un Padre Infinito, un Ser de seres, un Origen y una Fuente a la que referir todo bien, en Quien todos nuestros poderes y afectos pueden ser concentrados y Cuya naturaleza amable y venerable impregna todos nuestros pensamientos. La verdadera piedad, cuando está concentrada en una Deidad indivisible, tiene una castidad y una unicidad que propicia en grado sumo el respeto y el amor religioso.

La trinidad, sin embargo, pone ante nosotros a tres objetos diferentes de adoración suprema; tres personas infinitas que tienen los mismos derechos en nuestros corazones; tres agentes divinos con responsabilidades diferentes que deben ser reconocidos y adorados de maneras también diferentes. ¿Es acaso posible, nos preguntamos, para la débil y limitada mente humana, relacionarse con estas tres personas con el mismo poder y gozo que cuando se dirige a un Padre Infinito, la única Causa Primera, en Quien coinciden, como centro y origen, todas las bendiciones de la naturaleza y la redención? ¿Acaso no son un elemento perturbador las pretensiones idénticas y rivales de tres personas iguales? ¿Y acaso la adoración del cristiano escrupuloso y coherente no estaría coaccionada por la preocupación de dar a cada una de las tres personas el homenaje que le es debido?

Otra de las razones por las que creemos que la doctrina de la trinidad perjudica la devoción, y no sólo porque añade al Padre otros objetos de adoración, es porque priva al Padre de la afección suprema, que es Su derecho, afección que acaba siendo transferida al Hijo. Este argumento es de suma importancia. El hecho de que Jesucristo, si es exaltado a la Divinidad infinita, llegue a ser más interesante que el Padre, es precisamente lo que debería esperarse de

la historia y de los principios de la naturaleza humana. Los seres humanos quieren tener un objeto de adoración que sea como ellos, y el gran secreto de la idolatría está basado en esta tendencia. Un Dios revestido de nuestra forma y que experimenta nuestros mismos deseos y tristezas, habla mejor a nuestra débil naturaleza que un Padre que reside en los cielos, un espíritu puro, invisible e inalcanzable excepto por las mentes puras y reflexivas.

Hay que tener en cuenta también que las funciones particulares de Jesús, según son descritas por la teología popular, lo convierten en la persona más atractiva de la Divinidad. El Padre es el depositario de la justicia, el defensor de los derechos, el vengador de las leyes divinas. El Hijo, por el contrario, revestido de la luminosidad que confiere la misericordia divina, está entre la Deidad tronante y la humanidad culpable, exponiendo su dócil cabeza a todo tipo de tormentas y su compasivo pecho a la espada de la justicia divina. El Hijo lleva sobre sus hombros el fardo de nuestro castigo y compra con su propia sangre las bendiciones que descenden de los cielos. ¿Necesitamos describir el efecto que producen estas representaciones, especialmente en las mentes más sencillas para las que el Cristianismo fue principalmente diseñado, y que trata de presentarlo ante el Padre como la más gentil de las criaturas?

Una vez expuestas nuestras ideas sobre la Unidad de Dios, voy a proceder en segundo lugar a indicar que creemos en la unidad de Jesucristo. Creemos que Jesús es una mente, un alma, un ser, tan real como nosotros mismos e igualmente distinto del Único Dios. Y lamentamos que la doctrina de la trinidad, no satisfecha con convertir a Dios en tres seres diferentes, hace dos de Jesucristo, propiciando así una confusión insospechada en nuestra percepción de su carácter. Esta corrupción del Cristianismo, repugnante tanto al sentido común como a las Escrituras, es una prueba manifiesta del poder ejercido por la falsa filosofía a la hora de desfigurar la sencilla verdad contenida en la figura de Jesús.

Según esta doctrina, Jesucristo, en vez de ser una mente, un principio consciente inteligente al alcance de nuestra comprensión, consiste de dos almas, de dos mentes: una divina y otra humana. Nosotros afirmamos que con esto se transforma a Cristo en dos seres. Decir que es una sola persona, un solo ser y suponer sin embargo que está compuesto de dos mentes, infinitamente distintas la una de la otra, es un abuso y una tergiversación del lenguaje con el que se llena de oscuridad nuestra concepción de las naturalezas inteligentes. Según la doctrina común, cada una de estas dos mentes presentes en Cristo tiene consciencia, voluntad y percepciones propias. Lo que se está diciendo en realidad es que carecen de propiedades comunes entre sí. La mente divina no siente ninguno de los deseos o pesares propios de la humana, y esta última está infinitamente alejada de la perfección y felicidad experimentadas por la divina. ¿Se pueden concebir dos seres más distintos en el universo? Siempre hemos creído que lo que constituía y diferenciaba a una persona era la consciencia. La doctrina que afirma que una sola persona tiene dos consciencias, dos voluntades y dos almas totalmente diferentes entre sí, es una tremenda imposición sobre la credulidad humana.

Lo que nosotros decimos es que si una doctrina tan extraña, tan difícil, tan distante de las concepciones anteriores del ser humano, era en realidad parte esencial de la revelación, debería ser enseñada con toda claridad. Y es entonces cuando preguntamos a nuestros hermanos que nos indiquen algún pasaje manifiesto en el que se diga que Cristo está compuesto de dos mentes absolutamente diferentes y que al mismo tiempo, sea una sola persona. Lo cierto es que no existe pasaje alguno. Y a pesar de todo, hay cristianos que afirman que esta doctrina es necesaria para la armonía de las Escrituras puesto que algunos textos atribuyen a Jesucristo propiedades humanas y otras divinas. Para reconciliar ambas naturalezas, debemos presuponer la existencia de dos mentes a las que referir dichas propiedades. Dicho con otras palabras: a fin de reconciliar

algunos pasajes oscuros de las Escrituras, tenemos que inventar una hipótesis mucho más oscura y que está plagada de absurdos. Es como ponerse a buscar la salida de un laberinto siguiendo un método que conduce a situaciones cada vez más farragosas.

Es evidente que si Jesucristo tenía dos mentes, y que esto constituía un elemento clave de su religión, toda la fraseología que lo describiera estaría marcada por esta peculiaridad. El lenguaje universal de los seres humanos está basado en la idea de que un hombre es una persona, una mente y un alma, y cuando la gente oía este lenguaje de labios de Jesús es indudable que lo entendía en su sentido más usual, esto es, como referido a un alma única a no ser que se especificara lo contrario. Y entonces, ¿Dónde encontramos tal especificación? ¿Dónde existe en el *Nuevo Testamento* la fraseología que tanto abunda en los textos Trinitarios y que procede de la doctrina que predica la doble naturaleza de Jesús? ¿Dónde dice este maestro divino: “Esto lo digo como Dios y esto como hombre; esto pertenece a mi naturaleza humana y esto sólo a la divina? ¿Dónde hay en las Epístolas indicaciones de esta extraña fraseología? En ninguna parte. No era necesario en aquella época. Fue el resultado de errores posteriores.

En consecuencia creemos que Cristo es una sola mente, un sólo ser y, yo añadido, un ser distinto al de Dios ... Y nos gustaría que aquellos que no comparten estas ideas reflexionaran sobre un hecho importante: en sus enseñanzas, Jesús habla constantemente de Dios. Esta palabra está siempre en sus labios. Y nosotros nos preguntamos, ¿Se refería acaso a sí mismo? Contestamos: no. Más bien al contrario, puesto que tanto él como sus discípulos distinguen claramente entre una cosa y otra. Toca pues a nuestros adversarios determinar cómo reconciliar esta afirmación con el hecho, por ellos propuesto, de que la manifestación de Cristo como Dios era uno de los objetivos principales del Cristianismo.

Si examinamos los pasajes en los que Jesús aparece diferenciado de Dios, veremos que no sólo hablan de Jesús como un ser diferente, sino que parecen enfatizar su inferioridad. A Jesús se le describe como el Hijo de Dios, el enviado de Dios, el que recibe de Dios todos sus poderes, el que hace milagros porque Dios está con él, el que juzga justamente porque Dios le ha enseñado, el que tiene derechos sobre nuestras creencias porque fue ungido y determinado por Dios; y que Jesús, por sí mismo, era incapaz de cosa alguna. El *Nuevo Testamento* está lleno de este tipo de frases. Y entonces nos preguntamos, ¿Qué tipo de impresión se quería producir con este lenguaje? ¿Es posible que quien lo oyera pudiese haber imaginado que Jesús era el Dios ante Quien tan claramente se declaraba inferior; el Ser que lo envió y de Quien profesó haber recibido su mensaje y su poder?

Los Trinitarios afirman obtener grandes ventajas de su forma de entender a Cristo. Proporciona, nos dicen, una redención infinita puesto que muestra a un ser infinito que sufre por sus pecados. La seguridad con la que se repite esta falacia no deja de asombrarnos. Cuando se les pregunta si realmente creen que el Dios infinito e inmutable sufrió y murió en la cruz, admiten que esto no es realmente cierto puesto que fue sólo la mente humana de Cristo la que soportó los sufrimientos de la muerte. ¿Pero cómo puede entenderse el hecho de un sufridor infinito? En nuestra opinión este tipo de lenguaje es una imposición sobre las mentes más sencillas; sugiere además un menosprecio de la justicia de Dios puesto que parece que este atributo puede satisfacerse simplemente con un mero sofisma y una ficción

... ” 61

A pesar de que Channing creía erróneamente en la crucifixión y resurrección de Jesús, fue todavía capaz de demostrar lo absurdo de la doctrina de la Redención y la Expiación de los pecados. Channing continúa refutando la doctrina de la trinidad basado en lo siguiente:

- No hay pasaje de la *Biblia* que afirme que el hijo del hombre es infinito y necesita una expiación también infinita. Esta

doctrina de la Redención predica que el hombre, a pesar de haber sido creado por Dios como un ser imperfecto, débil y susceptible al extravío, está considerado por su Creador como un transgresor infinito. Pero estamos seguros de que Dios es capaz de perdonar el pecado sin recurrir a tan rígido recurso.

- La doctrina que habla de un Dios que se convierte en víctima y objeto de sacrificio en aras de Sus rebeldes súbditos es tan irracional como carente de fundamento en las Escrituras. El arrepentimiento por los pecados es algo que debe hacerse a Dios y no por Dios. Y si la expiación infinita era necesaria, algo que sólo Dios puede exigir, Él mismo tendría que convertirse en víctima y asumir nuestro dolor y nuestra pena —pensamiento éste que la mente rehúsa admitir. Para eludir esta dificultad se nos dice que Cristo sufrió como hombre y no como Dios. Pero si sólo sufrió durante un periodo de tiempo corto y limitado ¿Cómo pudo entonces satisfacerse la necesidad de expiación infinita?
- Si tenemos en los cielos a un Dios dotado de infinita bondad y poder es obvio que no necesitamos a otra persona infinita para salvarnos. Esta doctrina supone una deshonra ante Dios cuando afirma que sin la ayuda de una segunda y tercera deidad, Él no hubiese podido salvar al ser humano.
- Si la redención infinita era necesaria para satisfacer las exigencias de la justicia e indispensable para la salvación del ser humano, ello habría sido expuesto en la *Biblia* de forma clara y contundente en alguno de sus pasajes. Esta doctrina es comparable al caso del juez que se castiga a sí mismo por los delitos cometidos por alguien que comparece ante su tribunal. La *Biblia* dice: “Porque es necesario que todos nosotros seamos puestos al descubierto ante el tribunal de Cristo, para que cada cual reciba conforme a lo que hizo durante su vida mortal, sea bueno o malo”. (2 Corintios 5: 10). Y también: “Así pues, cada uno de vosotros dará cuenta de sí mismo ante Dios”. (Romanos 14: 12).

- Si con la crucifixión de Jesús se satisfizo la justicia de Dios por los pecados pasados, presentes y futuros, ello significa que Dios ha perdido el poder de exigir una vida correcta y virtuosa, además de la prerrogativa de perdonar o castigar la desobediencia. Si Dios castiga a un pecador cristiano en el Día del Juicio Final, esto significa que Dios ha hecho un incumplimiento de la fe —o que la doctrina de la expiación no es cierta.



Hasta el año 1819, las reuniones de los Unitarios en Boston se celebraban en casas particulares o en el salón del Medical College de Barclay Street. En 1820 se inició la construcción de un edificio para el culto Unitario. Las obras finalizaron en 1821. A pesar de que este hecho parece indicar que los Unitarios asentaban su presencia, todavía se les calificaba de “montón de herejes, infieles o ateos”.⁶²

No obstante sí que hubo un cambio en su cautelosa política de predicación; Channing, que hasta entonces había soportado sin replicar los ataques encarnizados de los pulpitos de la Iglesia Trinitaria, sintió que había llegado el momento de responder para defender su fe sin reticencias y en contra de los prejuicios de la ortodoxia. En su libro *Historia del Unitarismo* E. M. Wilber dice de Channing:

“Su tema principal era que las Escrituras, interpretadas conforme a la razón, enseñaban las doctrinas que defendían los Unitarios. Tomaba las doctrinas en las que los Unitarios difieren de la ortodoxia y las examinaba una por una ... hacía una apelación elocuente y sublime en contra de un esquema tan lleno de insensatez, inhumanidad y pesimismo como es el Calvinismo ... y citaba a la ortodoxia de la época ante el tribunal de la consciencia y el sentido común”.⁶³

La causa del Unitarismo en América recibió el apoyo de una convención celebrada en Massachusetts en el año 1823. La Iglesia ortodoxa había intentado sin éxito imponer un examen doctrinal a los pastores que quisieran predicar en las congregaciones Unitarias. El fracaso de la Iglesia ortodoxa propició la presentación pública del movimiento Unitario y unió a sus afiliados en defensa de una causa común.

En 1827 se inauguró una segunda Iglesia Unitaria con un famoso sermón pronunciado por Channing. E.M. Wilber dice en su libro que Channing fue merecedor del triunfo que significó el hecho de que “Sin estar aún abiertamente reconocido, la doctrina de la trinidad había dejado de ser el centro de la fe ortodoxa y ya no disfrutaba del énfasis de etapas anteriores. Y las excepcionales doctrinas Calvinistas habían sido expuestas a nuevas interpretaciones cuyos padres habrían rechazado con horror”.⁶⁴

Es evidente que estos acontecimientos no tuvieron lugar sin contar con la consabida oposición. En 1833 los Unitarios fueron tachados de “infeles sin piedad” y se produjeron insultos que “carecían de parangón incluso en los peores días de la intolerancia y el fanatismo teológicos”.⁶⁵ Consta que en fecha tan tardía como el año 1924, treinta o cuarenta Unitarios se reunieron en Boston para constituir una asociación secreta, hecho que parece indicar que a pesar de no existir la posibilidad de compartir el mismo destino que sus predecesores Unitarios, había todavía un cierto elemento de peligro para el cristiano que afirmaba la Unidad Divina.

Channing siguió siendo un Unitario convencido hasta el fin de sus días. Para él, Jesús no sólo era un ser humano sino también un Profeta inspirado por Dios. A diferencia de las doctrinas atribuidas a Calvino que se concentran en la “depravación humana”, la “ira de Dios” y el “sacrificio expiatorio de Cristo”, Channing proclamaba “una idea sublime” que definía como “la grandeza del alma, su unión con Dios a través de la similitud espiritual, la receptividad a Su espíritu, su poder auto-formativo, su destino hacia lo inefable y su inmortalidad”.⁶⁶

Era un cambio refrescante con respecto a la fría lógica y el énfasis que Priestley confería al mundo fenoménico. Channing insuflaba vida al movimiento Unitario, no sólo de América, sino también de Inglaterra. Priestley era un científico especializado en la ciencia física. Sus razonamientos eran profundos pero su visión de las cosas era materialista. Al afirmar que “la naturaleza racional del hombre procedía de Dios”,⁶⁷ Channing elevó el pensamiento Unitario a nuevas dimensiones espirituales y sus palabras causaron una impresión profunda a ambos lados del océano Atlántico.

Las palabras de Channing estaban dirigidas contra todo tipo de fundamentalismo sectario. La agresión religiosa era contraria a su naturaleza y éste fue el espíritu inculcado en los líderes del movimiento que culminó con el establecimiento de la “Escuela de la Divinidad” en la Universidad de Harvard en 1861. Parte de sus estatutos dicen lo siguiente:

“Debe entenderse que se fomenta la investigación seria, imparcial y razonable de la verdad cristiana, y que no se requiere consentimiento a las peculiaridades de cualquier tipo de confesión, ya sea por parte de los estudiantes, los profesores o los tutores”.⁶⁸

En 1825 se estableció la American Association, año en el que también se estableció en Inglaterra. Ralph Waldo Emerson (1803-1882) renunció a su puesto en el púlpito de Boston completando con ello la separación entre el antiguo y el nuevo pensamiento. La religión de Jesús fue declarada como amor a Dios y servicio al hombre y también “una religión absoluta”.



El Unitarismo ha continuado existiendo dentro del Cristianismo hasta llegar a nuestros días. Muchas de la sectas cristianas, a pesar de no disponer de acceso a la realidad existencial de Jesús —cómo se relacionaba con la gente y cómo llevaba a cabo las transacciones con ellos, cómo actuó y vivió su vida— creen en un Dios Único y tratan de vivir de acuerdo con las enseñanzas de la *Biblia* a pesar de las contradicciones que contiene. No obstante, la confusión causada por las doctrinas del Pecado Original, de la Expiación y Redención de los Pecados y de la Trinidad, unido a la ausencia de transmisión de una guía real que enseñe a vivir como Jesús vivía, la paz sea con él, ha causado el rechazo casi absoluto de las diversas formas del Cristianismo existentes hace cien años.

Hoy en día las iglesias están vacías y las relativamente nuevas y más animosas, a veces incluso extáticas, congregaciones que tienden a ser cada vez más populares en ciertos sectores, se caracterizan más por su rechazo a ser encorsetadas por los dogmas cristianos europeos del pasado que por ninguna otra cosa.

No obstante, es interesante constatar que las doctrinas antiguas siguen manifestándose con nuevas maneras. Aunque ya se pone menos énfasis sobre la doctrina del Pecado Original, la mayoría de los cristianos “modernos” siguen creyendo que la creencia en Jesucristo es la única manera de llegar a los cielos; un Jesús que, afirman con entusiasmo, murió en la cruz para redimir los pecados de los que creen en él.

La doctrina de la Expiación y Redención de los pecados representa todavía una parte importante del Cristianismo “moderno” y a ello se debe que Jesús sea todavía considerado una “especie de Dios”, o incluso el mismo Dios. En ciertos contextos y situaciones, y a pesar de que muchos cristianos no lo creen en realidad, Jesús sigue siendo considerado Dios. Dicho con otras palabras: a pesar de que varios —no todos por supuesto— de los cristianos Trinitarios de hoy en día ya no cultivan la semántica, la sofistería y la casuística de sus predecesores europeos, existe sin embargo una ortodoxia subyacente en las formas modernas del Cristianismo que sigue enraizada en el pasado, apoyada por el movimiento ecuménico, de carácter Trinitario, y que en la actualidad se propaga e impone con métodos más sutiles que los utilizados por la famosa Inquisición —especialmente a través de las diversas formas de comunicación de masas. La ausencia de cualquier debate entre Unitarios y Trinitarios es una prueba del “éxito” de estas técnicas.

Aunque muchos de los cristianos de nuestros días aseguran con alegría que sólo hay un Dios y afirman que son Unitarios, la estructura subyacente de su sistema de creencias sigue siendo Trinitaria, puesto que sus orígenes son Trinitarios. Aunque la mayor parte de los cristianos “renacidos” están de acuerdo con que Dios no puede morir, la mayor parte de los mismos son capaces de decir en una frase que Jesús es su Señor —Dios— para luego afirmar en la siguiente que Jesús murió para redimir los pecados de los que creen en él; no contentos con esto, en la frase siguiente dicen que los que creen de verdad están llenos del Espíritu Santo, “renacidos” en este mundo y salvados en el que ha de venir —salvados por Dios. Y aunque la palabra “trinidad” no aparezca en el transcurso de la conversación, es evidente que en esta estructura de creencias cíclica hay tres elementos o personas diferentes: Dios, Jesús (que es Dios) y el Espíritu

Santo (de Dios), tres que están unidas y producen una sola. ¡Así pues, la doctrina de la trinidad sobrevive todavía, aunque de nuevo carece de sentido alguno!

Mientras se sigan ignorando cuestiones tales como “si Jesús es Dios, ¿cómo es que Dios puede morir?”, o “si Jesús es Dios, y Dios estuvo muerto durante tres días ¿quién mantuvo en orden durante ese periodo el Universo y todo lo que contiene?”, o “si Jesús era Dios, ¿a quién rezaba?” La falta de respuesta a estas preguntas embarazosas permite que haya muchos que todavía mantienen viva la estructura de la creencia Trinitaria, incluso en esta época moderna, con la ayuda añadida de un sentimiento de euforia presente en todos aquellos que creen haber sido “salvados”.

Esta respuesta emocional con respecto a Jesús —¡Jesús te ama!— cuyo vínculo original con la Tribu de Israel y su compromiso inicial de defender y vivir según la Ley de Moisés ya no se conoce, se ignora, o incluso se veta con la doctrina de la “Nueva Alianza” (doctrina de Pablo, debe enfatizarse, no de Jesús ni de Dios), esta respuesta, repetimos, es la que ha permitido al movimiento ecuménico obtener cierto tipo de “progreso” en los últimos cincuenta años.

El sentido común parece indicar que los pretendidos seguidores de Jesús debían estar unidos; no obstante, los principios compartidos por todos y sobre los que debía basarse esta unidad, han sido una cuestión sometida a intensos debates y virulentas discusiones, e incluso derramamiento de sangre.

En el pasado más reciente ha sido posible evitar la desunión, al menos hasta cierto punto, mediante la elusión del debate racional y la mención selectiva de pasajes de la *Biblia* que parecen prestar apoyo a las hipótesis paulinas sin al mismo tiempo contradecirse mutuamente. La aceptación absoluta de la “redención total”, que aparentemente ofrece Dios a cambio de la creencia ilimitada en Jesús, ejercitada conjuntamente con la aceptación absoluta de las palabras de Pablo: “Pues toda la ley alcanza su plenitud en este sólo precepto: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (*Gálatas* 5: 14), ha dado como resultado que los temas principales se difuminaran y se encubrieran los dilemas y discrepancias intelectuales que han caracterizado los debates y conflictos dentro y en contra de la Iglesia Trinitaria.

Cualquier Iglesia Unitaria moderna que insista todavía en la existencia de un Dios Único —y que Jesús no era más que un Profeta de Dios, y que cada persona es responsable de sus acciones teniendo que responder por ellas en el Día de la Resurrección— verá que no es especialmente bienvenida por el movimiento ecuménico que es esencialmente Trinitario tanto en su naturaleza religiosa como en su visión general de las cosas; lo que encontrará esta Iglesia Unitaria es que será ignorada, aislada y alienada por este movimiento en una sociedad, ahora tan fragmentada, que cualquiera puede permitirse discrepar con los demás sin temor alguno, sencillamente porque cualquier voz disidente ya no supone una amenaza contra los que ahora detentan el *status quo*, los cuales y en cualquier caso, ya no son cristianos Trinitarios.

Dicho con otras palabras: a pesar de que las formas actuales del Cristianismo Trinitario siguen prestando su apoyo a la estructura del Estado moderno, en el que las nuevas catedrales son los bancos internacionales, ya no lo controlan y en esta situación lo más a lo que pueden aspirar los cristianos creyentes es a cooperar de alguna manera a fin de proteger por igual tanto sus intereses comunes como su propia religión.

A pesar de la situación de asedio en la que vive el Cristianismo moderno, las concepciones de los Unitarios y los Trinitarios siguen siendo absolutamente opuestas —tanto en el presente como en el pasado— y esto es algo que jamás ha de cambiar.

Si la concepción Unitaria es inaceptable para los Trinitarios, la visión musulmana —que no sólo confirma las ideas Unitarias sino que llega incluso a afirmar, basándose en la revelación divina del *Corán*, que Jesús ni siquiera fue crucificado— es para los Trinitarios todavía más imposible de admitir puesto que ello significa aceptar que no hay fundamento ni verdad en las doctrinas de la trinidad ni en la Expiación y la Redención de los pecados, por mucho que éstas se expongan en su forma antigua o más moderna.



Capítulo Noveno

El Cristianismo en Nuestros Días

Para descubrir cuál es la naturaleza del Cristianismo de nuestros días es necesario tener presente la distinción entre el conocimiento alcanzado mediante la observación y la deducción y el conocimiento que ha sido revelado al hombre sin la intervención de éste. El conocimiento deductivo cambia con el descubrimiento de nuevas observaciones y experiencias. Es un conocimiento al que le falta certeza. El conocimiento revelado procede de Dios. En todo mensaje revelado hay un aspecto físico y otro metafísico. El metafísico es el que enseña la naturaleza de la Unidad Divina. El aspecto físico es el encargado de proporcionar un patrón de conducta. El conocimiento revelado ha sido siempre traído por un mensajero que lo encarnaba en sí mismo. El mensaje era su forma de vivir. Comportarse tal y como lo hacía el mensajero es tener conocimiento del mensaje, y este conocimiento es certeza.

Se dice que el Cristianismo de nuestros días está basado en un conocimiento revelado, pero no hay pasaje de la *Biblia* que contenga inalterado el mensaje de Jesús tal y como fue revelado, la paz sea con él. Apenas hay una descripción de su código de conducta. Los libros del *Nuevo Testamento* ni siquiera contienen narraciones testimoniales de sus dichos o sus acciones. Fueron escritos por personas que obtuvieron su conocimiento a partir de otras, de segunda mano como si dijéramos. Estas narraciones no dan una visión de conjunto y jamás han sido satisfactoriamente confirmadas. Todo lo que Jesús dijo e hizo sin que fuera registrado está ya perdido para siempre.

Los que tratan de prestar validez a los contenidos del *Nuevo Testamento* proclaman que, aún careciendo de una visión de conjunto, al menos sí que es preciso. Sin embargo es importante observar que los manuscritos más antiguos que se conservan del *Nuevo Testamento*, manuscritos de los que proceden las traducciones actuales de la *Biblia*, fueron escritos **después** del Concilio de Nicea. El *Codex*

Sinaiticus y el *Codex Vaticanus* datan de finales del siglo IV o principios del V d.C., y el *Codex Alexandrinus* del siglo V d.C. Como resultado del Concilio de Nicea, cerca de trescientas narraciones de la vida de Jesús, muchas de ellas procedentes de testigos presenciales, fueron sistemáticamente destruidas. Y como ya hemos visto, los sucesos que desembocaron en el Concilio de Nicea indican que la Iglesia Paulina tenía razones de peso para cambiar los contenidos de los cuatro Evangelios supervivientes.

Es evidente que los manuscritos del *Nuevo Testamento* escritos después del Concilio de Nicea son diferentes a los manuscritos existentes antes del Concilio. Otro hecho importante es que la publicación de algunos de los *Rollos del Mar Muerto*, que no autentifican los manuscritos posteriores al Concilio, haya sido convenientemente detenida.

La incertidumbre que contienen los Evangelios oficialmente aceptados parece ser un hecho admitido por la propia Iglesia: ni siquiera la metafísica del Cristianismo actual está basada en lo que contienen los Evangelios. Los dogmas de la Iglesia son las doctrinas del Pecado Original, la Expiación y Redención de los pecados, la divinidad de Jesús, la divinidad del Espíritu Santo, la Trinidad y la Nueva Alianza. Ninguna de estas doctrinas está en los Evangelios ni tampoco fueron enseñadas por Jesús. Son el resultado de las innovaciones introducidas por Pablo, combinadas con la influencia de la cultura y la filosofía griegas y amalgamadas con la especulación de los posteriores cristianos europeos que ni siquiera sabían lo que decían. Pablo jamás experimentó en su persona la compañía ni la transmisión directa del conocimiento de Jesús. Antes de su “conversión” era uno de los más encarnizados perseguidores de los seguidores de Jesús; después de la misma, fue en gran medida responsable de abandonar el código de conducta de Jesús cuando llevó el “Cristianismo” a los gentiles de Grecia y otros lugares. La figura de un “Cristo” a quien Pablo atribuye la enseñanza de su nueva doctrina es pura ficción. Su rechazo de la Ley de Moisés —a la que sin embargo hacía referencia cuando le convenía— carece de sanción divina, y su enseñanza está basada en un suceso que jamás ocurrió: la supuesta muerte y resurrección de Jesús.

A pesar de sus orígenes extremadamente dudosos, las doctrinas de la Iglesia Trinitaria establecida forman parte integral del condi-

cionamiento social de todo aquél que recibe una “educación cristiana”. Aunque hay muchos que han rechazado algunas o la totalidad de estas doctrinas, la magia que ejercen es tal que todos los que creen en ellas son llevados a creer en el conocido principio: “fuera de la Iglesia no hay salvación posible”. La construcción metafísica de la Iglesia es la siguiente: La doctrina de la Expiación y Redención de los pecados afirma que Cristo, que era Dios, tomó la forma humana y se convirtió en el Jesús que muere en la cruz para redimir los pecados de todos los creyentes. En consecuencia, la Iglesia garantiza el perdón de los pecados y la salvación en el Día del Juicio para todo aquél que cree en “Cristo” y sigue la guía de la Iglesia. Más aún, se dice también que este contrato está a disposición de todo el mundo hasta el fin de los tiempos. Las consecuencias naturales de esta creencia son las siguientes:

En primer lugar, significa que los creyentes cristianos no son responsables de sus acciones en este mundo ni se les pedirán cuentas de las mismas después de la muerte —puesto que no importa lo que hagan ya que siempre estarán redimidos por el “sacrificio de Cristo”; por otra parte, todos los que no son creyentes cristianos están automáticamente condenados al fuego eterno, sin que importe lo virtuoso de sus vidas. Pero esto no significa que los cristianos tendrán en la tierra una vida placentera. Su creencia en la doctrina del Pecado Original, en la que se declara que debido al error cometido por Adán todos los seres humanos nacen en pecado, significa que mientras estén vivos su condición está caracterizada por la indignidad y la imperfección. Esta trágica visión de la vida se refleja en la siguiente declaración de J.G. Vos, un cristiano que hace una comparación entre el Islam y el Cristianismo:

“En el Islam no hay motivo para que la persona diga: ‘Ay, pobre de mí, ¿quién podrá librarme de la muerte de este cuerpo?’ o ‘Yo sé que en mí, es decir, en mi carne, no mora nada bueno’. Una religión que tiene objetivos razonablemente alcanzables ... no infunde en el pecador la angustia de una consciencia culpable ni la frustración de intentar vivir, sin conseguirlo, de acuerdo con las exigencias de un patrón moral absolutamente perfecto. En resumen: el Islam hace que la persona se sienta bien mientras que el

Cristianismo hace que tanto al principio como a menudo después, la persona se sienta mal. La religión del corazón destrozado es el Cristianismo, no el Islam”.¹

En segundo lugar, la creencia en la doctrina de la Expiación y Redención de los pecados produce confusión en los creyentes cristianos que intentan reconciliar con sus propias creencias el resto de enseñanzas que Dios ha revelado a los seres humanos. La doctrina declara que el “sacrificio de Cristo” y el “mensaje” son únicos y definitivos, motivo por el que los creyentes cristianos no pueden aceptar las enseñanzas de otros Profetas. Pero es evidente que al mismo tiempo no pueden negar las verdades que contienen. Los cristianos están obligados a rechazar el judaísmo cuando al mismo tiempo deben aceptar el *Antiguo Testamento* que, como hemos visto procede al menos en parte de las enseñanzas que Moisés trajo a los judíos. Los creyentes cristianos se encuentran en la imposible situación de tener que aceptar simultáneamente dos creencias contradictorias, cosa que ilustra bien el siguiente pasaje:

“Es innegable que en las creencias no cristianas hay elementos que contienen un bien relativo. Mientras que la orden de apartarse de las religiones falsas es ciertamente bíblica y el carácter demoníaco de las religiones paganas es un hecho manifiesto en las Escrituras ... también es verdad que en esas religiones hay elementos beneficiosos. A pesar de ser diabólicas en su carácter también es verdad que son el producto distorsionado de la revelación de Dios cuando es sometida a la interpretación humana. Aun siendo resultado de las maquinaciones de Satán no son meras maquinaciones de éste, sino que en parte son el resultado de la omnipresente gracia de Dios y en parte producto del abuso que el hombre pecador hace de la revelación de Dios manifiesta en la naturaleza”.²

Debe notarse que J. G. Vos no habla de “las distorsionadas interpretaciones” sufridas por el *Nuevo Testamento*.

Varios han sido los intentos de soslayar el dilema que presenta la aceptación y el rechazo simultáneos de las creencias no cristianas, basados por lo general en asumir que algunos cristianos son capaces

de distinguir en estas creencias la influencia del “Cristo cósmico” que, como Logos eterno o revelador de la Divinidad Suprema, es la “luz que ilumina a todo ser humano”. Esta idea aparece resumida por William Temple cuando dice:

“Por la palabra de Dios —es decir, Jesucristo— Isaías y Platón, Zoroastro, Buda y Confucio pronunciaron y escribieron ciertas verdades. Sólo existe una Luz Divina y todo hombre, según su capacidad, es iluminado por ésta”.³

Este pasaje está basado en la asunción de que la “única Luz Divina” y “Cristo” son lo mismo. Pero como “Cristo” es una ficción, la doctrina carece de validez y el dilema continúa. La única manera de evitarlo es recurrir a lo que George Orwell llamaba “pensamiento-dualista”. Así lo definía:

“El pensamiento dualista es la capacidad de asumir y creer simultáneamente en dos creencias contradictorias. La parte intelectual sabe que está engañando a la realidad, pero con el ejercicio del pensamiento dualista obtiene la satisfacción de saber que la realidad no está siendo profanada”.⁴

El pensamiento dualista es el fundamento de la presunción, por parte de los creyentes cristianos, de que “Cristo” es Dios. La controversia sobre las dos naturalezas de Jesús ha girado durante siglos en torno a esta asunción. En un instante determinado es humano. Al siguiente es divino. Primero es Jesús y luego es Cristo. El ejercicio del pensamiento doble es lo único que permite a la persona mantener estas dos creencias contradictorias de forma simultánea. El pensamiento doble es lo único que permite la creencia en la ilusoria doctrina de la trinidad.

El Artículo VII contenido en *Los Treinta y Nueve Artículos de la Iglesia de Inglaterra* comienza diciendo: “El *Antiguo Testamento* no puede ser considerado como contrario al *Nuevo* ...” Y como Milton demostró de forma contundente, el *Antiguo Testamento* está lleno de pasajes que afirman la Unidad de Dios. No existe un solo pasaje en el que se describa a la Realidad Divina con los términos que utilizan los creyentes cristianos a la hora de explicar la doctrina de la trinidad. Este acto en el que por un lado se afirma lo que está contenido en el *Antiguo Testamento* —y de hecho también en los Evangelios— y

por el otro se afirma la creencia en la doctrina de la trinidad, es sin duda la mejor ilustración del pensamiento doble en el Cristianismo de hoy en día.

La lógica de la metafísica de la Iglesia establecida, basada en doctrinas no enseñadas por Jesús, no sólo oscurece la naturaleza de Jesús sino también la de la Unidad Divina. La metafísica del Cristianismo actual es diametralmente opuesta a la metafísica enseñada originalmente por Jesús.

El aspecto físico de lo que trajo Jesús, es decir, su código de conducta, está perdido para siempre. Vivir como Jesús había vivido significa comprender su mensaje, pero apenas existe una relación que muestre cómo se comportaba Jesús. Y lo poco que existe se ignora con frecuencia. El acto cotidiano más importante de la vida de Jesús era la adoración del Creador —el propósito fundamental de la creación del ser humano. Y sin embargo es evidente que el cristiano de nuestros días no hace los mismos actos de adoración que Jesús hacía. Jesús fue educado en la sinagoga de Jerusalén desde la edad de doce años. Predicaba en la sinagoga y solía encargarse de su limpieza. ¿Cuántos de los cristianos de nuestros días hacen estas mismas acciones? ¿Cuántos cristianos han sido circuncidados como Jesús? Jesús solía rezar en la sinagoga. Rezaba a horas determinadas del día: por la mañana, al mediodía y por la tarde. Antes de rezar se lavaba con agua. La forma exacta de la oración ya no se practica, pero se sabe que estaba basada en la oración que fue revelada a Moisés y en la que probablemente se incluían el estar en pie, hacer una reverencia, postrarse y luego sentarse.

Jesús dijo que había venido a confirmar la Ley de Moisés sin cambiarla un ápice ni una palabra.

Las ceremonias que se celebran en las iglesias de hoy en día se establecieron mucho después de la desaparición de Jesús. Muchas de ellas proceden directamente de los ritos mitológicos paganos greco-romanos. Las oraciones que se usan no son las que Jesús hacía. Los himnos que se cantan no son los que cantaba Jesús. Los cristianos creyentes de nuestros días adoran a Dios de la manera que consideran más apropiada, y no como Él ordenó a Jesús y a sus verdaderos seguidores.

Debido en gran manera a las innovaciones de Pablo y sus discípulos, tampoco quedan instrucciones reveladas sobre qué se debe

comer y que se debe evitar. El que hoy ha recibido una “educación cristiana”, come lo que se le antoja. Y sin embargo, tanto Jesús como sus seguidores sólo comían carne kosher y les estaba prohibido comer la carne del cerdo. La mayor parte de los cristianos creyentes de nuestros días no son conscientes de que los alimentos que Dios ha prohibido, como el cerdo y la sangre, lo están porque no son buenos para ellos. Antes al contrario, han llegado a creer que estas “medidas dietéticas” pertenecen a otra época anterior a la invención de los frigoríficos y que los científicos “cristianos” de bata blanca saben mucho más.

La última comida de la que se tiene noticia antes de la desaparición de Jesús fue la que se conoce como “la Pascua judía”. Y sin embargo, los cristianos ya no celebran esta antigua tradición judía que Jesús respetó con toda meticulosidad. Ya no se conoce cómo Jesús bebía y comía, con quien lo hacía y con quien no, dónde comía y dónde no, cuando comía y cuando no. Jesús ayunaba, pero ya no se sabe cuando lo hacía. Su ciencia del ayuno está perdida para siempre. Tampoco se sabe qué alimentos le gustaban en especial y cuáles no le gustaban tanto.

Durante su estancia en la Tierra Jesús no se casó, pero tampoco prohibió el matrimonio. No hay lugar en los Evangelios donde se especifique que el seguidor de Jesús deba profesar el voto del celibato. Ni tampoco hay orden de establecer comunidades de un solo sexo, tales como monasterios o conventos, aunque éstas tengan su origen en las comunidades fundadas por los Esenios. Los primeros seguidores de Jesús que ya estaban casados seguían las pautas de conducta que había traído Moisés. Pero los cristianos no siguen su ejemplo, y la destrucción y el colapso de la estructura familiar en el occidente cristiano de nuestros días demuestra la carencia de una guía efectiva con respecto a las normas de conducta a seguir en el matrimonio cristiano —es decir, cómo debe comportarse el hombre con la mujer y viceversa.

Esta falta de normas se ha agravado últimamente con las actitudes permisivas adoptadas por la Iglesia oficial en lo que respecta al sexo extra-matrimonial, la homosexualidad y el lesbianismo —cuestiones todas ellas prohibidas por las enseñanzas de los Profetas, incluidos Moisés, Jesús y Muhammad, a quienes Dios bendiga y dé paz tanto a ellos como a sus seguidores.

No es lo mismo obtener ciertos principios morales de los Evangelios para vivir de acuerdo con ellos que actuar de cierta manera porque se sabe que Jesús así lo hacía en situaciones similares. El primer tipo de actuación está basado en el conocimiento deductivo mientras que el segundo está basado en el conocimiento revelado. El primero puede ser cambiado y manipulado; el segundo no, sólo puede ser ignorado.

No existe relación escrita, ni tampoco transmitida existencialmente, acerca de cómo andaba Jesús, de cómo se sentaba, de cómo se ponía de pie, de cómo se lavaba, iba al servicio, iba a dormir, se despertaba, cómo saludaba a la gente, cómo trataba a los ancianos, cómo trataba a los jóvenes, a los extraños, a los huéspedes, a los enemigos, de cómo efectuaba sus transacciones en el mercado, cómo viajaba o de lo que podía hacer y lo que no podía hacer.

Las transmisiones del mensaje revelado por Dios a Jesús son incompletas e imprecisas. Las doctrinas sobre las que se basa el Cristianismo de nuestros días no pueden encontrarse en esas transmisiones. Los datos que muestran cómo actuaba Jesús son prácticamente inexistentes y a lo poco que se sabe apenas se presta atención. Y sin embargo, la institución de la Iglesia, sea cual sea, ha pretendido desde siempre ser guardián e intérprete del mensaje de Jesús. Pero la Iglesia no fue instaurada por Jesús. Él no estableció una jerarquía de sacerdotes que actuaran de mediadores entre Dios y el ser humano. No obstante, la iglesia Paulina establecida enseñó a creer a los cristianos, ya desde sus comienzos, que la salvación estaba asegurada si actuaban conforme a las enseñanzas de la Iglesia. ¿Pero de dónde obtiene la Iglesia su autoridad?

Esta pretensión de autoridad, en su forma más extrema, se encuentra en la doctrina de la infalibilidad papal que postula la Iglesia Católica Romana. El Cardenal Heenan ha expuesto esta doctrina con las siguientes palabras:

“El secreto de esta maravillosa unidad que caracteriza a nuestra Iglesia reside en la promesa de Cristo de que la Iglesia jamás dejará de enseñar la verdad. Cuando oímos lo que enseña la Iglesia inmediatamente lo aceptamos. Puesto que sabemos que es verdad ... Todos los sacerdotes Católicos enseñan la misma doctrina porque todos obedecen al

Vicario de Cristo. La palabra “vicario” significa “aquél que ocupa el lugar de otro”. El Papa es el Vicario de Cristo porque ocupa el lugar de Cristo en cuanto cabeza de la Iglesia en la Tierra. La Iglesia permanece unida porque todos sus miembros creen en la misma fe. La aceptan porque la Iglesia no puede enseñar lo que es falso. Esto es lo que se quiere decir cuando se afirma que la Iglesia es infalible. Cristo prometió guiar a su Iglesia. Una de las maneras elegidas por Cristo para guiar a su Iglesia fue la de instaurar a un Vicario en la Tierra que hablara en su lugar. Por eso decimos que el Papa es infalible. El Papa es la Cabeza de la Iglesia infalible. Dios no le permitiría llevarla hacia el error”.⁵

Es importante constatar que el Cardenal Heenan sólo habla de “Cristo” y no de Jesús. Y no menciona los Evangelios para dar validez a sus declaraciones, sino porque en realidad ¡no hay nada en los Evangelios que confiera tal validez!

El dogma de la infalibilidad papal ha sido a menudo un tema embarazoso, especialmente si se contempla desde un punto de vista retrospectivo. Puesto que si los Papas son infalibles, ¿por qué entonces fue anatemizado el Papa Honorio? ¿Acaso la relativamente reciente encíclica papal que declara que los judíos no fueron responsables de la supuesta crucifixión de Jesús significa que todos los Papas anteriores, que opinaban que los judíos sí eran responsables de la crucifixión, no eran infalibles después de todo? Y dado que Jesús no fue crucificado ¿no significa esto que los Papas que han creído en la crucifixión tampoco eran en absoluto infalibles?

Muchos de los Católicos Romanos de nuestros días han rechazado la validez de la promesa de Jesús que asegura que “la Iglesia jamás dejará de enseñar la verdad”, promesa que no aparece en ninguno de los Evangelios. El gran vacío que existe entre la práctica y la enseñanza de la Iglesia molestaba hasta tal punto al Arzobispo de Cincinnati, Joseph L. Bernadin, que en una entrevista del *U.S. Católico* llegó a decir:

“Hay muchos que a pesar de considerarse buenos Católicos tienen creencias y prácticas que parecen estar en conflicto con la enseñanza oficial de la Iglesia. Lo que significa ser Católico hoy en día es casi un concepto totalmente nuevo ...

Una vez que se hizo permisible (en 1966) comer carne los viernes, se pudo practicar el control de la natalidad, dejar el sacerdocio y contraer matrimonio o incluso hacer lo que uno quisiera, ya fue posible dudar de la autoridad Papal.

(*Nota:* La práctica de no comer carne los viernes pretendía seguir el ejemplo del ayuno de Jesús y conmemorar el día en el que se supone fue crucificado; en un momento dado se convirtió en uno de los preceptos de la Iglesia y durante siglos fue una especie de distintivo de la Iglesia Católica Romana.)

Y luego:

“El Concilio Vaticano II de 1962 me produjo un gran asombro” escribió el autor Doris Grumbach en la Crítica “porque introdujo la posibilidad de contar con más de una respuesta, en zonas hasta entonces oscuras relacionadas con el área privada de la consciencia y la conducta. Pero como ocurre en todos los lugares donde la experiencia humana está sometida a reglas y rigores, cuando se abrieron las puertas todo se puso en cuestión. Ya no quedaban constantes ni absolutos y para mí la Iglesia se convirtió en un tema de debate. Todavía seguía aferrado a los Evangelios, a Cristo y a algunos de sus seguidores como el centro de mi existencia, pero la institución como tal ya no parece ser importante para mí. Ya no vivo en su seno”.⁶

A pesar de todo, la investidura y el ejercicio de una autoridad considerable, sin mencionar la infalibilidad total, todavía perdura en la Iglesia Trinitaria establecida. Esto es evidente en los últimos siglos, incluso en las Iglesias que rechazaron desde hace tiempo la autoridad Papal. Y sin embargo, la validez de cualquier tipo de autoridad religiosa es algo que en nuestros días se rechaza y se pone en duda a una escala sin precedentes. En palabras de George Harrison:

“Cuando eres joven, tus padres te llevan a la iglesia y en la escuela te empujan hacia la religión. Intentan introducirlo en tu mente. Esto es evidente porque ya nadie va a la iglesia ni tampoco se cree en Dios. ¿Por qué? Porque no

han interpretado la *Biblia* como debe ser interpretada. Yo no creía en el Dios que me habían enseñado. Parecía algo extraído de una novela de ciencia ficción. Te dicen que debes tener fe, que no te preocupes de nada, simplemente que creas lo que te cuentan”.⁷

Entre estos dos polos, la aceptación o el rechazo absolutos de la fiabilidad de la Iglesia establecida como guardianes del mensaje de Jesús, existen gran cantidad de opiniones acerca de lo que es el verdadero cristiano creyente. Wilfred Cantwell Smith escribe:

“Existe tal cantidad de diversidad y conflicto, tal caos en la Iglesia cristiana de hoy en día, que la antigua idea de una verdad cristiana unificada o sistematizada ha desaparecido por completo. Incluso el movimiento ecuménico aparece demasiado tarde para afrontar la situación. Lo que ha ocurrido es que el mundo cristiano ha entrado en una situación de posibilidades abiertas, de alternativas opcionales. Ya no parece posible decir a nadie, o incluso imaginarlo tan siquiera, qué significa o debería significar, de manera formal y genérica, ser cristiano. La persona debe decidirlo por sí misma —y sólo por sí misma”.⁸

Esta conclusión significa que en la actualidad hay tantas versiones del Cristianismo como hay cristianos, y que el papel de la Iglesia como institución encargada de proteger el mensaje de Jesús, ha cesado de existir. Un estudiante de la Universidad de Los Ángeles de California, preguntaba: “¿De qué sirve una Iglesia si todo depende de mi conciencia?”⁹ Y sin embargo, la Iglesia sigue siendo parte integral de la cultura occidental actual y la relación entre ambas es sumamente interesante.



Durante los últimos siglos se han escrito en occidente gran cantidad de textos que intentan comprender la naturaleza de la existencia. El objetivo que persiguen es suministrar toda una serie de posibilidades de pensamiento a seguir por la persona que carece de la certeza que brinda el conocimiento revelado a la hora de vivir o comprender el significado de la existencia. Algunos autores, como es el caso de

Pascal, se han dado cuenta de que la mente es una herramienta llena de limitaciones, y que el centro y el recipiente del conocimiento real es el corazón:

“El corazón tiene motivos que son desconocidos a la razón ... El corazón, y no la razón, es el que tiene consciencia de Dios. Esto es la fe: la percepción intuitiva de Dios por el corazón, no por la razón”.¹⁰

En sus intentos por obtener acceso al corazón, ha habido muchos que han rechazado el Cristianismo para experimentar con otros medios:

“Se dice que la experiencia mística proporciona un camino hacia el conocimiento real de la “verdad” del universo. Esta verdad no puede expresarse con palabras, pero sí puede sentirse. Los medios a utilizar pueden ser la música, las drogas, la meditación ...”¹¹

Estos medios alternativos de acercamiento a la comprensión de la Realidad han sido practicados a gran escala por la gente de occidente, a menudo como medio de auto-gratificación más que como parte de un intento serio por descubrir el secreto de la existencia.

La Iglesia Trinitaria ha sabido acomodarse a estas nuevas tendencias de la cultura occidental. En sus intentos de llenar las iglesias y atraer a la juventud, algunos sacerdotes han introducido en sus ritos grupos de música pop e incluso discotecas. Los gustos más conservadores fomentan conciertos, exposiciones y bazares benéficos. Los fines caritativos ayudan a establecer un objetivo determinado en quienes los practican. Estos intentos de “modernizar” la Iglesia establecida y mantenerla “al día” pertenecen a la antigua tradición acomodaticia de la Iglesia Paulina. Si no puede transmitir el mensaje de Jesús se procura al menos cumplir “una función social”.

Este proceso acomodaticio que tiene lugar especialmente durante este siglo, ha producido por igual una absorción de la Iglesia en la cultura como una reabsorción de ésta en la cambiante estructura de la Iglesia. Es un proceso doble que ha estado alternándose sin cesar desde que Pablo y sus seguidores lo pusieron en movimiento. Mucha gente “ha vuelto al Cristianismo” como resultado de sus experiencias con la música, las drogas y la meditación. Suelen tender a rechazar por

completo estas experiencias para luego adoptar una forma puritana del Cristianismo, o tienden a incorporar esta nueva forma de vida en su propia versión actualizada del Cristianismo. Lo importante es que ambas tendencias encubren el carácter profético de Jesús puesto que acaban exaltándolo a la posición de Dios, o por considerarle una mera figura carismática, un “Jesucristo Superstar” lleno de buenas intenciones pero totalmente incomprendido.

La continua identificación de la Iglesia Trinitaria con la cultura de occidente y el doble proceso de asimilación establecido entre ambas es de sobra manifiesto si se observa cómo vive la gente hoy en día: con la sola excepción de los que se han retirado a monasterios y conventos para recordar a Dios, el estilo de vida de los que se llaman cristianos es muy similar al de los que se declaran agnósticos, humanistas o ateos. Puede que sus creencias sean diferentes, pero la conducta es la misma.

Las leyes que existen en los países cristianos de occidente —leyes que regulan el nacimiento y la muerte, la formación y disolución del matrimonio, los derechos de propiedad tanto dentro como fuera del matrimonio, la adopción y la patria potestad en caso de muerte o divorcio, el comercio, la industria y todo lo demás— son leyes que no aparecen en los Evangelios. Las leyes que definen la conducta como delictiva y los castigos asociados a este comportamiento, ya no proceden de la *Biblia*. Los asesinatos ya no son castigados con la pena capital, por ejemplo, y los adúlteros ya no son lapidados. Algunas leyes, como las que prestan autorización legal a la usura en todas sus variantes, contradicen definitivamente lo que siempre había estado prohibido por Dios.

La mayor parte de estas leyes jamás han sido parte de la revelación de Dios a los seres humanos. Son el resultado del conocimiento deductivo. Bien forman parte del legado del derecho romano, o bien están basadas en la práctica de la gente durante un largo periodo de tiempo, o incluso son disposiciones formuladas y alteradas cada vez que se considera necesario basándose en el método democrático, método que está considerado como el legado de los antiguos griegos. A nadie se le ocurre, en los tribunales de justicia, citar a los Evangelios como fuente de jurisprudencia a la hora de dirimir sus conflictos con otra persona y que se acepten judicialmente los argumentos basados

en éstos. El procedimiento es que el testigo jura decir la verdad con la mano sobre la *Biblia*, pero ésta no debe abrirse jamás!

El Cristianismo de hoy en día forma un todo inseparable con la cultura de occidente, cultura que ha sido exportada con éxito a la mayor parte del mundo. La Iglesia cristiana establecida y el Estado van de la mano y se apoyan mutuamente. Y las personas que trabajan en estas instituciones ya no viven como vivía Jesús, por mucho que algunos quisieran que fuera éste el caso.

El empobrecimiento espiritual del Cristianismo es el resultado de la carencia de una ciencia del comportamiento social por parte de los cristianos creyentes, ciencia que debería estar basada en lo encarnado por Jesús y sus verdaderos seguidores; esta carencia los ha dejado sin guía en esta vida y faltos de preparación para lo que sucede después de la muerte. Wilfred Cantwell Smith escribe:

“Decir que el Cristianismo es verdadero significa no decir nada en realidad; la única cuestión que concierne tanto a Dios como a mí mismo, o a mi vecino, es si mi Cristianismo es auténtico y si el suyo también lo es. Y la respuesta a esta pregunta, cósmica sin duda alguna, es, al menos en mi caso, un triste ‘no mucho ...’”¹²

No debe entonces sorprendernos, a la luz de todo lo dicho, que conforme se vacían las iglesias del mundo se llenen al mismo tiempo las mezquitas del Islam; la realidad es que en esta época, como a lo largo de los último catorce siglos, el conocimiento de Jesús al que sólo los musulmanes tienen acceso, es mucho más preciso y fiable que cualquiera de las perversiones de las enseñanzas originales y narraciones sobre Jesús que existen en nuestros días —que son por cierto todo lo que tienen los cristianos creyentes, ya sean Trinitarios o Unitarios. En esta época, como en los últimos catorce siglos, la única manera de seguir a Jesús, Profeta del Islam, la paz sea con él, es seguir el camino del Islam, el camino del Profeta Muhammad, a quien Dios bendiga y conceda paz al igual que a todos los Profetas de Dios y a sus verdaderos seguidores hasta ...

el Último Día.



Capítulo Décimo

Jesús en los *Hadices* y en las Tradiciones Musulmanas

Los *hadices* son una de las fuentes del conocimiento sobre Jesús, la paz sea con él, que los estudiosos del Cristianismo han mantenido en la oscuridad. Los *hadices* consisten principalmente de relaciones proporcionadas por testigos presenciales acerca de lo que el Profeta Muhammad, a quien Dios bendiga y conceda paz, dijo e hizo durante su vida. Los *hadices* han sido siempre claramente diferenciados del *Corán*, que es la revelación de Dios transmitida al Profeta Muhammad por el ángel Gabriel. En consecuencia, la literatura *Hadiz* es un complemento del *Corán* que llega incluso a contener comentarios de pasajes del *Corán*, pero sin que jamás se confundan el uno con la otra. El *Corán* es la palabra de Dios. Los *hadices* contienen las palabras de la gente.

Enfrentados a la imposibilidad de verificar sus propios textos, la Iglesia Católica Romana y los misioneros Protestantes cristianos establecieron en el siglo pasado un sofisticado método de estudio para desacreditar la literatura *Hadiz* de los musulmanes; los *hadices* han sido desde siempre sometidos a la más escrupulosa comprobación y verificación que haya sido registrada en la historia del academicismo puesto que, a diferencia de los Evangelios aceptados del *Nuevo Testamento* —e incluso del *Evangelio de Bernabé* en lo que respecta a este tema— que pretenden registrar algunas de las acciones y palabras de Jesús, la paz sea con él, pero que en ausencia de relaciones anteriores carecen de la posibilidad de ser absolutamente autenticados, el *hadiz* que recoge las palabras o acciones del Profeta Muhammad, a quien Dios bendiga y conceda paz, no es aceptado como fiable a no ser que pueda trazarse su origen a través de una cadena humana de transmisión compuesta de gente también fiable, persona a persona, hasta llegar al fin a un Compañero del Profeta Muhammad que fuera testigo del suceso o escuchara las palabras que el *hadiz* describe o relata.

Las fuentes más fiables de los *hadices* son aquellas personas que más amaban y temían a Dios y a Su Mensajero. Poco tiempo después de la muerte del Profeta, la mayor parte de los *hadices* que habían sido transmitidos de forma oral se pusieron por escrito, incluyendo en cada uno de ellos los detalles de cada una de las personas que forman parte de la cadena de transmisión. Cuanto más fiable es la gente que forma parte de esta cadena, y cuantas más cadenas hay para un mismo *hadiz*, más fidedigno se considera éste. En un estadio posterior, generalmente en el siglo I y II después de la muerte de Muhammad ocurrida en el año 632 d.C., las colecciones de *hadices* se compilaron en libros para asegurar su permanencia.

Entre las colecciones más importantes de *hadices* están las compiladas por *Imam* al-Bujari e *Imam* Muslim; ambas fueron hechas unos doscientos años después de la muerte del Profeta Muhammad, a quien Dios bendiga y conceda paz, y en ellas se describen y relacionan todos y cada uno de los aspectos de su vida y conocimiento. Al ser narraciones de testigos presenciales de la época, los *hadices* son parte esencial de la transmisión de la enseñanza, historia y biografía del Profeta Muhammad. Iftejar Bano Hussain, en su libro *Los Profetas en el Corán, Volumen Segundo: Los Últimos Profetas* dice:

“En consecuencia, cualquier cita relacionada con *sayyidina* ‘Isa (Jesús) procedente de los Evangelios, o de cualquier otra fuente antigua y sin que importe la majestuosidad o la fuerza de sus palabras, no puede tener el mismo peso o ser aceptada como fiable, con la misma seguridad que un *hadiz* que ha sido autenticado —aunque hay veces, por supuesto, en las que la verdad de lo que se dice es tan evidente que no puede ser ignorada. Esto puede aplicarse probablemente a las tradiciones transmitidas por los primeros seguidores Unitarios de Jesús, cuyos descendientes abrazaron el Islam en los siglos VII y VIII d.C.

Además de los *hadices* del Profeta Muhammad que hablan específicamente de *sayyidina* ‘Isa, a quienes Allah bendiga y conceda paz, existen otras tradiciones musulmanas que recogen las palabras y las acciones de *sayyidina* ‘Isa. Estas tradiciones fueron recogidas originalmente por

los primeros seguidores de *sayyidina* 'Isa, especialmente por los seguidores Unitarios que se trasladaron a Arabia y al norte de África. Cuando vino el Profeta Muhammad, a quien Allah bendiga y conceda paz, muchos de los seguidores de estos seguidores, abrazaron el Islam ... Estos habían guardado celosamente estas tradiciones sobre *sayyidina* 'Isa, la paz sea con él, y las habían transmitido de generación en generación".¹

Estas tradiciones fueron transmitidas a su vez por los musulmanes de generación en generación hasta que una parte importante de las mismas fueron compiladas en las obras de Az-Zalabi *Historias de los Profetas* y en la de Al-Ghazali *Revivificación de las Ciencias del Din*. Es importante fijarse en la imagen clara y unificada, proporcionada por estas tradiciones del Profeta asceta que preparó el camino para el último Mensajero:

"Kab al-Akbar dijo: 'Jesús, hijo de María, era un hombre sonrosado con tendencia a la palidez; sus cabellos no eran largos y jamás ungía su cabeza. Jesús solía caminar descalzo y no tenía casa, adornos, bienes, ropas ni más provisión que los alimentos cotidianos. Cuando se ponía el sol rezaba hasta que llegaba la mañana. Curaba a los ciegos de nacimiento y a los leprosos, y resucitaba a los muertos con el permiso de Allah; y era capaz de decir a la gente lo que comían en sus casas y lo que almacenaban para los días venideros; y caminaba sobre las aguas del mar. Llevaba los cabellos sin peinar y su cara era más bien pequeña. Era un asceta en este mundo, lleno de anhelo por el que ha de venir y siempre dispuesto a adorar a Allah. Era un peregrino en la Tierra hasta que los judíos lo buscaron para matarlo. Entonces Allah lo elevó a los cielos; y Allah sabe más'.

Malik, hijo de Dinar, dijo: 'Jesús, la paz sea con él, caminaba un día con sus discípulos cuando pasaron junto a un perro muerto. Uno de los discípulos dijo: «¡Que hedor más insoportable!» Y entonces Jesús, las bendiciones y la paz sean con él, dijo: «¡Qué blancos son sus dientes!»'

Se ha relatado según la autoridad de Maruf al-Karji que Jesús, la paz sea con él, dijo: 'Recordad el algodón que se pondrá sobre vuestros ojos'.

Se cuenta que Jesús, el hijo de María, la paz sea con él, se encontró con un hombre y le dijo: '¿Qué estás haciendo?' El hombre contestó: 'Estoy entregado a la devoción de Dios'. Jesús dijo: '¿Y quién te da lo que necesitas?' Contestó el otro: 'Mi hermano'. Y dijo Jesús: 'Él es más piadoso que tú'.

Jesús, hijo de María, la paz sea con él, dijo: 'El mundo tiene tres días: el ayer que ya ha pasado y del que ya nada queda en vuestras manos; el mañana, al que no sabéis si vais a llegar; y el hoy en el que estáis, así que aprovechadlo'.

Los discípulos dijeron a Jesús, la paz sea con él: '¿Por qué tú puedes caminar sobre las aguas y nosotros no?' Contestó Jesús: '¿Qué pensáis del *dinar* (moneda de oro) y del *dirham* (moneda de plata)?' Dijeron: 'Son algo bueno'. Dijo Jesús: 'El barro y esas monedas son lo mismo para mí'.

Cuando le preguntaban a Jesús: '¿Cómo estás esta mañana?', solía contestar: 'Incapaz de anticipar mis esperanzas o de eliminar mis temores, constreñido por mis acciones y con todo lo que tengo de bueno en las manos de otro. No hay pobre más pobre que yo'.

Y dijo también: 'El mundo busca y es buscado. Quien busca el mundo que ha de venir logra que este mundo lo busque hasta que su provisión está completa; y quien busca este mundo, el que ha de venir lo busca hasta que la muerte llega y lo agarra por el cuello'.

Si lo deseáis, podéis seguir a aquél que era el espíritu y la Palabra, Jesús, el hijo de María, la paz sea con él, puesto que solía decir: 'Mi condimento es el hambre, mi ropa interior es el temor de Dios, mi ropa exterior es de lana, mi fuego en el invierno son los rayos del sol, mi lámpara es la luna, mi montura son mis pies y mi alimento es lo que produce la tierra (e.d. sin cultivarla). Por la noche no tengo nada y

por la mañana no tengo nada, y sin embargo en la Tierra no hay nadie más rico que yo’.

Jesús, la paz sea con él, dijo: ‘El que busca este mundo es como el que bebe agua salada; cuanto más bebe más sed tiene, hasta que acaba por morir’.

Se dice que el Mesías, la paz sea con él, pasó junto a un hombre que estaba dormido y cubierto con su manto; Jesús lo despertó y dijo: ‘¡Durmiente, levántate y glorifica a Dios, exaltado sea!’ Y el hombre dijo: ‘¿Qué quieres de mí? En verdad que he dejado el mundo en manos de su gente’. Entonces Jesús dijo: ‘En ese caso, duerme amigo mío’.

Ubaid, hijo de Umar, dijo: ‘El Mesías, hijo de María, la paz sea con él, solía vestirse con telas hechas de pelo, comía frutas silvestres, no tenía hijo al que dejar herencia ni casa que ser demolida, y no guardaba nada para el mañana. Dormía donde le alcanzaba la noche’.

Jesús, el Mesías, la paz sea con él, sólo llevaba con él un peine y una vasija. Un día vio a un hombre que se peinaba la barba con los dedos, y entonces tiró el peine. Luego vio a otro que bebía del río con las palmas de las manos, y entonces tiró la vasija.

Jesús, la paz sea con él, dijo a los discípulos: ‘Debéis considerar los lugares de adoración como si fueran casas, y las casas como lugares de reposo; comed frutos silvestres, bebed agua pura y poneos a salvo de este mundo’.

Jesús, hijo de María, la paz sea con él, dijo: ‘En los últimos días habrá hombres de conocimiento que predicarán la abstinencia en el mundo sin practicarla ellos mismos, enseñarán a la gente a deleitarse con el mundo que ha de venir pero ellos no lo harán y amonestarán a los que soliciten favores de los gobernantes mientras que ellos sí lo harán. Se acercarán a los ricos y se apartarán de los pobres; intentarán agradar a los poderosos y se alejarán de los humildes. Esos son los compañeros del diablo y los enemigos del Misericordioso’.

Lo siguiente fue relatado por Yabir, de Laiz:

“Un hombre se encontró con Jesús, hijo de María, la paz sea con él, y dijo: ‘Iré contigo y te acompañaré’. Así que se pusieron en camino hasta que llegaron a la orilla de un río donde se sentaron para almorzar; tenían tres hogazas de pan. Comieron dos y dejaron una sin comer. Entonces Jesús, la paz sea con él, se levantó y se acercó al río para beber; al regresar no vio la tercera hogaza y entonces preguntó al hombre: ‘¿Quién se llevó la hogaza?’ El hombre contestó: ‘No lo sé’.

Se pusieron de nuevo en camino y vieron una gacela con dos crías. El narrador dijo que Jesús llamó a una y cuando se acercó la degolló, asó una parte y ambos comieron. Al finalizar, Jesús dijo a la cría: ‘Levántate, con el permiso de Dios’. Cuando la gacela se levantó y se fue, Jesús preguntó al hombre: ‘Yo te pregunto en nombre de Aquél que te mostró esta señal, ¿quién se llevó la hogaza?’ El hombre contestó: ‘No lo sé’.

Poco tiempo después llegaron a un vado que tenía agua abundante y Jesús tomando la mano del acompañante, lo cruzó caminando sobre ella. Luego, cuando ya habían cruzado, Jesús preguntó de nuevo: ‘Yo te pregunto en nombre de Aquél que te mostró esta señal, ¿quién se llevó la hogaza?’ El hombre contestó: ‘No lo sé’.

Luego llegaron a un desierto y se sentaron; entonces Jesús, la paz sea con él, hizo un montón de tierra y arena y dijo: ‘¡Convírtete en oro, con el permiso de Dios, exaltado sea!’ El montón se convirtió en oro y dividiéndolo en tres partes dijo: ‘Un tercio es para mí, un tercio para ti y el otro tercio para el que se llevó la hogaza’. Y entonces el hombre dijo: ‘Fui yo el que se la llevó’. Jesús dijo: ‘Pues entonces todo para ti’.

Después de esto Jesús se fue, la paz sea con él; y entonces dos hombres encontraron al que tenía el oro y al verlo quisieron robarle y matarlo. Pero éste dijo: ‘Repartamos el oro en tres partes; pero antes, uno de vosotros debe ir al pueblo para comprar algo de comer’.

El narrador dijo: enviaron a uno al pueblo; y mientras caminaba se puso a pensar: '¿Por qué tengo que dividir toda esa riqueza con esos hombres? Pondré veneno en la comida, los mataré y me apoderaré de todo el oro'. Así lo hizo. Mientras tanto, los que se habían quedado dijeron: '¿Por qué hemos de dar a ese hombre un tercio del oro? Cuando vuelva con la comida lo mataremos y así dividiremos el oro entre nosotros dos'.

El narrador dijo: cuando volvió, lo mataron, comieron los alimentos y también murieron; y el oro se quedó en el desierto con los tres cadáveres a su lado. Al poco tiempo después, Jesús, la paz sea con él, pasó con sus compañeros por ese lugar y al ver la escena dijo: 'Ese es el mundo, así que tened cuidado'.

Se ha contado que Jesús, la paz sea con él, encontró a tres personas cuyos cuerpos estaban enflaquecidos y sus rostros extremadamente pálidos; y dijo: '¿Qué ha causado lo que veo?' Contestaron: 'El miedo al Fuego'. Y Jesús dijo: 'Dar seguridad a quien tiene miedo es el deber de Dios'. Poco tiempo después se encontró con otros tres hombres que estaban en un estado aún peor que los anteriores; y dijo: '¿Qué ha causado lo que veo?' Contestaron: 'El deseo del Jardín'. Y Jesús dijo: 'Dar lo que se espera es el deber de Dios'. Después se encontró con otros tres cuya palidez era tal que parecía que sus rostros eran espejos donde se reflejaba la luz; dijo Jesús: '¿Qué ha causado lo que veo?' Contestaron: 'El amor que tenemos por Dios, el Grande, el Glorioso'. Y entonces dijo Jesús: 'Vosotros sois los que más cerca estáis de Dios. Vosotros sois los que más cerca estáis de Dios. Vosotros sois los que más cerca estáis de Dios'.

Se ha relatado con la autoridad de Muhammad, hijo de Abu Musa, con respecto a Jesús, hijo de María, la paz sea con él, que en una ocasión pasó junto a un hombre enfermo y tras saludarle con amabilidad, dijo: 'Oh Dios, te suplico que lo cures'. Y entonces Dios, exaltado sea, reveló a Jesús: '¿Cómo puedo curarle de aquello con lo que estoy curándole?'

Se ha relatado que Jesús, la paz sea con él, pasó un día junto a una colina en la que había una cueva. Al acercarse vio a un hombre piadoso cuya espalda estaba doblada, su cuerpo consumido y en quien la austeridad había sobrepasado todo límite. Jesús lo saludó y se maravilló de los signos (de devoción) que veía. Y entonces le preguntó: ‘¿Cuánto tiempo llevas en este lugar?’ El hombre contestó: ‘Hace setenta años que pido a Dios algo que aún no me ha concedido. Quizás tú, oh espíritu de Dios, puedas interceder por mí al respecto; y puede que así se me lo conceda’. Jesús dijo: ‘¿Qué es lo que pides?’ Dijo el hombre: ‘He pedido a Dios que me deje saborear un átomo de Su amor puro’. Y dijo Jesús: ‘Rezaré a Dios por ti’.

Esa noche Jesús rezó por él, y Dios, ensalzado sea, reveló a Jesús: ‘He aceptado tu intercesión y he concedido lo que pedías’. Jesús, la paz sea con él, volvió al lugar días después para ver cual era el estado del hombre piadoso; al llegar, vio que la cueva se había hundido y que junto a ella había una enorme grieta en el suelo. Jesús, la paz sea con él, descendió por la grieta y tras recorrer una gran distancia vio que el asceta estaba en una cueva, con la mirada fija y la boca abierta. Entonces Jesús, la paz sea con él, lo saludó, pero éste no contestó.

Mientras Jesús se preguntaba qué pasaba con el asceta, una voz dijo: ‘Oh Jesús, este hombre Nos había pedido un átomo de Nuestro amor puro, y como sabíamos que no podría con ello, sólo le dimos una setentava parte de un átomo; y aún así está absolutamente perplejo. ¿Qué habría pasado si le hubiésemos dado más que eso?’”²

Quien está familiarizado con los acontecimientos más importantes de la vida del Profeta Muhammad, a quien Dios bendiga y conceda paz, sabe ya que, poco tiempo después de haber empezado a llamar a la gente a la adoración de Dios —y solo Dios— fue llevado a Jerusalén, acompañado por el ángel Gabriel, en un milagroso viaje nocturno (*al-isra wa'l miraj*) a lomos de una montura alada llamada *Buraq*; desde allí ascendió a través de los siete cielos, sobrepasó el límite del mundo de las formas y llegó a la presencia de Dios —no en

el sentido de proximidad física, por supuesto, ya que Dios está más cerca del ser humano que su propia vena yugular, sino en el sentido de cercanía espiritual. En cada uno de los siete cielos se encontró con uno de los Profetas que le habían precedido, la paz sea con todos ellos, y uno de esos Profetas era Jesús. Así es como sabemos que, al menos hasta ahora, Jesús está en uno de los siete cielos, en el Mundo Invisible, sin haber experimentado la muerte todavía.

El Profeta Muhammad, a quien Dios bendiga y conceda paz, confirmó en más de una ocasión que hacia el fin de los tiempos, Jesús volvería a este mundo para destruir al Anticristo (el *Daýýal*) y a sus seguidores, y que, una vez ocurrido esto, el camino del Islam sería establecido en el mundo entero. De entre los muchos *hadices* que recogen lo que dijo el Profeta Muhammad sobre Jesús, a quienes Dios bendiga y conceda paz, citamos los siguientes:

“Se ha relatado por Ibn Mas’ud, que Dios esté complacido con él, que el Profeta Muhammad, a quien Dios bendiga y conceda paz, dijo: ‘En la noche del Isra (el viaje nocturno), encontré a mi padre Abraham, a Moisés y a Jesús, y se pusieron a hablar sobre la Hora. La cuestión fue primero preguntada a Abraham y luego a Moisés, y ambos contestaron diciendo: ‘No sé nada al respecto’.

Luego se le preguntó a Jesús, que dijo: ‘Nadie lo sabe excepto Dios; lo que mi Señor me dijo es que aparecerá el *Daýýal* y que cuando éste me vea, se derretirá como el plomo fundido. Cuando me vea Dios lo destruirá. Los musulmanes lucharán contra los incrédulos y las rocas y los árboles dirán: ‘¡Eh musulmán, hay un incrédulo escondido detrás de mí, ven y mátalos! Dios destruirá a los incrédulos y luego la gente volverá a sus lugares de origen. Luego, y viniendo de todas direcciones, aparecerán Gog y Magog, comiendo y bebiendo todo lo que encuentren a su paso. La gente se quejará ante mí, así que yo rezaré a Dios y Él los destruirá de forma que la Tierra estará llena del hedor de sus cuerpos. Dios mandará entonces una lluvia que arrastrará los cadáveres hasta el mar. Mi Señor me ha dicho que cuando esto ocurra la Hora estará cercana, como la mujer embarazada que ya ha salido de cuentas pero cuya fami-

lia aún no sabe cuando dará a luz”. (Ahmad Ibn Hanbal: *Musnad* 1.375).

El siguiente *hadiz* describe los mismos acontecimientos con mayor detalle:

“An-Nuwas Ibn Saman dijo: Una mañana, el Profeta, a quien Dios bendiga y conceda paz, habló sobre el *Daýýal*. A veces lo describía como algo insignificante y a veces hablaba de él como algo tan peligroso que llegamos a pensar que se ocultaba en un grupo de palmeras que estaba cercano. Pasado un tiempo fuimos a ver a Muhammad y al ver éste el miedo en nuestras caras, preguntó: ‘¿Qué os pasa?’ Nosotros dijimos: ‘Oh Mensajero de Dios, esta mañana hablaste del *Daýýal*. A veces lo describías como algo insignificante y a veces hablabas de él como algo tan peligroso que llegamos a pensar que se ocultaba en un grupo de palmeras que estaba cercano’.

El Profeta, a quien Dios bendiga y conceda paz, dijo: ‘Hay otras cosas que temo por vosotros además del *Daýýal*. Si aparece cuando yo esté aún entre vosotros, lucharé contra él en vuestro nombre. Pero si aparece cuando yo ya no esté, entonces será cada persona la que luche contra él y Dios cuidará de cada musulmán en nombre mío. El *Daýýal* tendrá el aspecto de un hombre joven con el pelo corto y rizado, y un ojo que se moverá de un lado para otro. Lo compararía con Abdal Uzza ibn Qatan. El que viva de entre vosotros como para verlo, debe recitar los primeros versículos de la Sura al-Kaf. El *Daýýal* aparecerá en el camino que va de Siria a Iraq y sembrará el desastre dondequiera que vaya. Oh siervos de Dios, seguid el Camino de la Verdad’.

Y dijimos nosotros: ‘Oh Mensajero de Dios, ¿cuánto tiempo permanecerá el *Daýýal* en la Tierra?’ Contestó: ‘Durante cuarenta días de los que un día será como un año, otro día como un mes, y otro como una semana, y el resto de los días serán como vuestros días’.

Dijimos: ‘Oh Mensajero de Dios, para el día que será como un año, ¿bastarán las oraciones de un día?’ Contestó:

‘No; tendréis que hacer un cálculo estimativo y luego cumplir con las oraciones correspondientes’.

Dijimos: ‘Oh Mensajero de Dios, ¿el *Daýýal* caminará rápido sobre la Tierra?’ Dijo: ‘Como la nube que lleva el viento. Irá a la gente y les llamará (a una religión falsa), y la gente creerá en él y le seguirán. Dará órdenes al cielo y lloverá y a la tierra y ésta producirá cosechas. Y cuando los animales se alimenten de éstas volverán al corral con las ubres llenas de leche y los lomos a punto de reventar. Luego irá a otra gente y les llamará (a una religión falsa) pero éstos rechazarán la llamada. Entonces el *Daýýal* los abandonará; y esta gente pasará hambre y carecerá de riqueza material. Y entonces el *Daýýal* caminará por la tierra desolada y dirá: ‘produce tus tesoros’ y los tesoros saldrán al exterior como enjambres de abejas. Luego llamará a un hombre rebosante de juventud; lo golpeará con una espada y lo cortará en dos; y colocará las dos partes separadas entre sí la distancia que hay entre un arquero y su objetivo. Y entonces lo llamará y el joven vendrá corriendo y riendo.

En ese momento, Dios enviará al Mesías, el hijo de María, que descenderá sobre el minarete blanco que hay al oriente de Damasco; el Mesías se vestirá con dos piezas de tela teñidas con azafrán y tendrá sus manos apoyadas sobre las alas de dos ángeles. Cuando baje la cabeza caerán gotas de sudor, y cuando la levante, gotas como perlas se esparcirán por los aires. El incrédulo que huela su fragancia morirá, y su aliento llegará hasta donde la vista alcance. El Mesías buscará al *Daýýal* hasta que al fin lo encuentre a las puertas de Ludd (la bíblica Lydda, ahora llamada Lod) donde lo matará.

Y entonces una gente a la que Dios ha protegido, se acercará a Jesús el hijo de María, y éste secará sus rostros (e.d. limpiará de sus caras las señales del sufrimiento pasado) y les hablará acerca de su lugar en el Paraíso. Y en ese momento, Dios revelará a Jesús: ‘He traído algunos de Mis siervos contra los que nadie podrá luchar. Lleva a mis siervos a at-Tur’.

Después Dios enviará a Gog y Magog que bajarán desde todas las alturas. Los primeros pasarán por el lago de Tiberias y beberán de sus aguas; cuando pasen los últimos dirán: 'Aquí solía haber agua'. Jesús, el Profeta de Dios, y sus Compañeros serán sitiados hasta que la cabeza de un toro será para ellos tan preciada como para vosotros son cien dinares.

Entonces Jesús y sus Compañeros rezarán a Dios; y Dios enviará insectos que picarán en los cuellos a las gentes de Gog y Magog de forma que al amanecer estarán todos muertos. Entonces Jesús y sus Compañeros saldrán de su asedio y no podrán encontrar rincón ni grieta de la tierra que esté libre de un hedor insoportable. Jesús y sus Compañeros rezarán de nuevo a Dios que enviará aves como cuellos de camellos; éstas agarrarán los cuerpos de las gentes de Gog y Magog y los arrojarán donde Dios disponga. Y entonces Dios enviará una lluvia de la que no protegerá casa ni tienda alguna y la tierra será limpiada hasta que reluzca como la superficie de un espejo. Y entonces se le dirá a la tierra que produzca sus frutos y restaure su bendición.

En ese día todo un grupo de gente podrá alimentarse con una sola granada y podrá cobijarse bajo su piel. Y una camella dará tanta leche que todos podrán saciarse; una vaca dará tanta leche que toda una tribu podrá beber de ella; y una oveja dará tanta leche que toda una familia podrá beber hasta saciarse.

Y en ese momento Dios enviará una brisa placentera que les aliviará incluso en los sobacos; y Dios se llevará el alma de todo musulmán. Sólo quedará la gente más perversa que se pondrán a fornicar como burros; y entonces la Última Hora vendrá sobre ellos". (*Sahih Muslim, Kitab al-Fitan wa Ashrat as-Saah*; 8: 196-199)

El Profeta Muhammad confirmó también que después de la muerte del *Dayyál* y de sus seguidores, Jesús seguirá entonces el camino de Muhammad; romperá las cruces, puesto que no es el "hijo" de Dios ni fue crucificado, se casará y tendrá hijos y gobernará de forma justa

según el *Corán* y la Sunna; y luego, tras su muerte, será enterrado junto al Profeta Muhammad en la ciudad de Medina donde ambos permanecerán hasta que sean devueltos a la vida en el Día del Juicio y el Levantamiento, que Dios bendiga y dé paz a ambos:

“Se ha relatado de Abu Huraira, que Dios esté complacido con él, que el Profeta Muhammad, a quien Dios bendiga y conceda paz, dijo: ‘Por Aquél en cuyas manos está mi alma, que el hijo de María descenderá pronto entre vosotros como un juez justo, romperá las cruces, matará los cerdos, abolirá la *yîzya* (impuesto), y la riqueza surgirá de tal manera que nadie la aceptará, y una postración (en la oración) será mejor que el mundo y todo lo que contiene’. Y luego Abu Huraira añadió: ‘Si queréis podéis recitar: **‘Y entre la gente del Libro no hay nadie que, antes de su muerte, no vaya a creer en él. Y el Día del Levantamiento él dará testimonio contra ellos’.** (*Corán* 4: 159)’” (Al-Bujari)

Y también:

“Se ha relatado de Abu Huraira, que Dios esté complacido con él, que el Profeta Muhammad, a quien Dios bendiga y conceda paz, dijo: ‘Los Profetas son como hermanos: tienen madres diferentes pero su forma de vida es la misma. Yo soy el más cercano, de entre todas las gentes, a Jesús el hijo de María, porque no hay otro Profeta entre él y yo. Volverá de nuevo y cuando lo veáis, lo reconoceréis. Es de estatura media y su color es sonrosado tirando a pálido. Vestirá dos piezas de tejido y sus cabellos parecerán mojados. Romperá las cruces, matará los cerdos, abolirá la *yîzya* y llamará a la gente al Islam. Durante este tiempo, Dios pondrá fin a toda religión y secta que no sea el Islam y destruirá al *Dayyâl*. Y entonces la paz y la seguridad serán predominantes en la Tierra de forma que los leones pastarán con los camellos, los tigres con el ganado y los lobos con las ovejas; los niños podrán jugar con las serpientes sin que les ocurra daño alguno. Jesús se quedará durante cuarenta años, luego morirá y los musulmanes rezarán por él’”. (Ahmad ibn Hanbal: *Musnad* 2: 406)

Y también:

“Se ha relatado de Abu Huraira, que Dios esté complacido con él, que el Profeta Muhammad, a quien Dios bendiga y conceda paz, dijo: ‘¿Qué haréis cuando el hijo de María descienda y os guíe como si fuera uno de vosotros?’ Ibn Abi Dhib, según la autoridad de Abu Huraira narró ‘el líder de entre vosotros’. Ibn Abi Dhib dijo: ‘¿Sabéis lo que significan las palabras «y os guíe como si fuera uno de vosotros?»’ Contesté yo: ‘Explicámelo’. Dijo él: ‘Os guiará de acuerdo con el Libro de vuestro Señor, glorificado y exaltado sea (el *Corán*), y la *Sunna* de vuestro Mensajero, a quien Dios bendiga y conceda paz’”. (Muslim)

Y también:

“Abdallah ibn Amr relató que Muhammad, a quien Dios bendiga y conceda paz, dijo: ‘Jesús, el hijo de María, descenderá a la Tierra, se casará, tendrá hijos y se quedará en ella durante cuarenta años; después morirá y será enterrado en la tumba junto a mí. Y luego, Jesús el hijo de María y yo nos levantaremos de la tumba que está entre Abu Bakr y Umar’”. (Ibn al-Jauzi en *Kitab al-Wafa*)

Y también:

“Se ha transmitido por Abdallah ibn Umar que el Profeta Muhammad, a quien Dios bendiga y conceda paz, dijo: ‘Una noche soñé que estaba junto a la *Kaba* cuando vi a un hombre moreno cuyo aspecto era el más hermoso que jamás hayáis visto. Tenía un cabello que le llegaba a medio camino entre las orejas y los hombros y cuya textura era de lo más bello que hayáis podido contemplar. Había peinado sus cabellos y el agua goteaba de las puntas. Se apoyaba en dos hombres, o en los hombros de dos hombres, que hacían *tawaf* (circunvalación) en torno a la *Kaba*. Cuando pregunté: «¿Quién es?», me dijeron: «Es el Mesías, el hijo de María». Luego estábamos con un hombre que tenía los pelos tiesos y estaba ciego del ojo derecho. Pregunté: «¿Quién es?»,

y me dijeron: «es el Anticristo»”. (*Al-Muwatta del Imam Malik: 49: 2. 2*)

Muchos de los que hoy profesan ser seguidores de Jesús todavía no se han dado cuenta de la profunda conexión espiritual que existe entre Jesús y Muhammad, que Dios bendiga y dé paz a ambos; y no sólo esto, sino que además están acostumbrados a mirar a los que se declaran seguidores de Muhammad como “ellos” en vez de “nosotros” y a veces incluso como enemigos. Pero los *hadices* mencionados demuestran claramente que Jesús es en realidad un Profeta del Islam y que la única manera de seguir a Jesús en nuestros días es la aceptación del camino de Muhammad, que Dios los bendiga y les conceda paz, puesto que, como acabamos de ver, esto es lo que Jesús hará cuando regrese a este mundo.



Y si en este mismo instante Jesús se acercase a ti, la paz sea con él, él te diría: “Si quieres seguirme, ¡sigue a Muhammad!”

“Se ha transmitido de Abu Huraira, que Dios esté complacido con él, que el Profeta Muhammad, a quien Dios bendiga y le conceda paz, dijo: ‘Por Aquél en cuyas manos está la vida de Muhammad, todo aquél que siendo judío o cristiano oiga hablar de mí sin al mismo tiempo creer en aquello con lo que he sido enviado (el *Corán*) y muere en ese estado, será uno de los habitantes del Fuego del Infierno’”. (Muslim)

“Se ha transmitido de Abu Musa al-Ashari, que Dios esté complacido con él, que el Profeta Muhammad, a quien Dios bendiga y le conceda paz, dijo: ‘Si alguien cree en Jesús hijo de María y luego cree en mí, obtendrá una doble recompensa’”. (Al-Bujari)

“Se ha transmitido de Ubada, que Dios esté complacido con él, que el Profeta Muhammad, a quien Dios bendiga y le conceda paz, dijo: ‘Todo aquél que atestigüe que no hay dios excepto Dios, sólo y sin asociado, y que Muhammad es Su esclavo y Mensajero, y que Jesús es el esclavo de Dios y

Su Mensajero y Su Palabra que confió a María y un espíritu procedente de Él, y que el Jardín es verdad y que el Fuego es verdad, Dios hará que entre en el Jardín por muy pocas que hayan sido sus buenas acciones”’. (Al-Bujari)

“Se ha transmitido de Abu Huraira, que Dios esté complacido con él, que el Profeta Muhammad, a quien Dios bendiga y le conceda paz, dijo: ‘Yo soy el pariente más cercano a Jesús, el hijo de María, en este mundo y en el que ha de venir. Los Profetas son hermanos, hijos de un sólo padre y diferentes esposas. Las madres son diferentes pero su forma de vida es sólo una. Entre Jesús y yo no ha habido otro Profeta”’. (Bujari y Muslim)

En esta conocida declaración, el último de los Profetas y Mensajeros, nuestro maestro Muhammad, a quien Dios bendiga y le conceda paz, ha resumido la totalidad del asunto:

Los profetas son hermanos: son todos lo mismo, no hay diferencias entre ellos.

Hijos de un solo padre: todos declaran una misma doctrina: *La ilaha illa'llah*. No hay dios excepto Allah, el Único. Nada puede ser asociado con Él en Su Divinidad.

Sus madres son diferentes: cada Profeta ha sido enviado a una gente determinada en una época también determinada. Al Profeta de la época se le reveló una *Sunna* o forma de vida, una práctica, un patrón social aplicable a la forma de vivir de su comunidad. Cada vez que venía un nuevo Profeta a una gente, traía una nueva *Sunna* adaptada a la nueva época. Esta es la *Shari'ah* o Camino de los Profetas. Con la llegada de nuestro maestro Muhammad, a quien Dios bendiga y le conceda paz, se ha completado la Transacción Divina. El Mensaje se ha sellado con el último Libro revelado, el *Glorioso Corán*.

La Profecía también se ha sellado con la *Shari'ah* y la *Sunna* del Profeta compasivo, Muhammad, a quien Dios bendiga y le conceda paz.

La ciencia de la adoración, el medio de aproximarse a Dios, está sellado con el Libro (el *Corán*) y la *Sunna* del primero de los hijos de Adam, la paz sea con él. El Camino de Jesús, Profeta del Islam, ha finalizado. El Camino de Muhammad, Profeta del Islam, ha empezado.

Este versículo del *Corán*, el último en ser revelado, muestra que este importantísimo asunto ha sido completado:

“Hoy os he completado vuestra práctica de Adoración, he culminado Mi bendición sobre vosotros y os he aceptado complacido el Islam como práctica de Adoración”.³

(*Corán* 5: 3)



Capítulo Once

Jesús en el Corán

El *Corán*, el último de los libros sagrados revelados por el Creador al último de los Mensajeros —Muhammad, a quien Dios bendiga y conceda paz— es una fuente de conocimiento sobre Jesús, la paz sea con él, generalmente desconocida para la mayor parte de los que estudian el Cristianismo. El *Corán* no sólo proporciona una mayor comprensión de quién era Jesús, sino que también, y gracias a esta comprensión, hace que aumente nuestro respeto y amor por él. La última Revelación, descendida seiscientos años después del nacimiento de Jesús, indica lo importante que es para nosotros conocer su vida y enseñanzas, además de situar su papel como Profeta en la vasta perspectiva que los Unitarios ya habían atisbado. El *Corán* es el único medio de alcanzar esta perspectiva sin que haya en la actualidad una fuente similar.

El *Corán* no proporciona detalles sobre la vida de Jesús en lo que se refiere a sucesos específicos. Los milagros y poderes conferidos a Jesús son mencionados junto con otros no incluidos en la *Biblia*, pero suelen serlo de forma general. De igual manera, el Libro que Dios dio a Jesús, el *Injil*, es mencionado en varias ocasiones sin detallar su contenido. No obstante, y en lo que se refiere a la figura de Jesús, el *Corán* muestra con claridad su misión en la Tierra, cómo aparece en este mundo, quién era y quién no era, y cómo finalizó su misión.

Antes de estudiar los versículos que describen la vida de Jesús es de gran ayuda examinar los que explican cuál era la función de Jesús en la Tierra y cómo encajaba ésta en el patrón formado por lo que había venido antes y después de él.

En el *Corán* se declara una y otra vez que Jesús pertenecía a la larga línea de Profetas que habían sido enviados a las gentes de esta Tierra; era un Mensajero cuya guía y enseñanzas eran una continuación y confirmación de lo que habían traído los Profetas anteriores y una preparación para la guía que iba a traer el Profeta siguiente, a quien Dios bendiga y conceda paz.

El *Corán* especifica con claridad que Jesús era el hijo de María, hija de Imran, uno de los descendientes del Profeta Salomón, el hijo del Profeta David que descendía de Judá y era uno de los doce hijos del Profeta Jacob —también conocido con el nombre de Israel— que descendía a su vez del Profeta Isaac, hijo del Profeta Abraham, que Dios bendiga y dé paz a todos y cada uno de ellos.

El *Corán* clarifica también que no existe duda alguna sobre Jesús como el Mesías prometido —descendiente de la familia de David, de la familia de Jacob, de la familia del Profeta Abraham a través de su hijo Isaac— cuya venida había sido profetizada en la *Torá* de Moisés, que Dios bendiga y dé paz a todos y cada uno de ellos:

“Ya le dimos el Libro a Moisés y enviamos, tras él, a otros mensajeros. A Jesús, el hijo de María, le dimos las pruebas evidentes y le ayudamos con el Espíritu Santo (el ángel Gabriel)”. (*Corán*, 2: 87)

El siguiente pasaje menciona la línea de Profetas de la que forma parte Jesús. Tras referirse a Abraham, continúa diciendo:

“Y le concedimos (a Abraham) a Isaac y Jacob, a los que guiamos, como antes habíamos guiado a Noé. Y son descendientes suyos: David, Salomón, Job, José, Moisés y Aarón. Así es como recompensamos a los que hacen el bien. Y Zacarías, Juan (el Bautista), Jesús y Elías, todos de entre los justos. E Ismael, Alyasa, Jonás y Lot. A todos los favorecimos por encima de los mundos. Y a algunos de sus padres, descendientes y hermanos, también los escogimos y los guiamos por el camino recto”. (*Corán* 6: 84-87)

Esta lista de Profetas ni siquiera es completa, tal y como demuestra el siguiente pasaje dirigido al Profeta Muhammad:

“Es verdad que te hemos inspirado (Muhammad) al igual que inspiramos a Noé y a los profetas anteriores a él. Y también le inspiramos a Abraham, Ismael, Isaac, Jacob, las Tribus (de Israel), Jesús, Job, Jonás y Salomón. Y a David, al que dimos los Salmos. Hay Mensajeros de los que te hemos referido y Mensajeros de los que no te hemos contado nada. Y a Moisés le habló Dios directamente. Mensajeros

portadores de buenas noticias y de advertencias, para que así los hombres, después de su venida, no tuvieran ningún argumento frente a Dios. Dios es Poderoso, Sabio". (*Corán* 4: 163-165)

El Profeta Muhammad dijo que Jesús era uno de los 124.000 Profetas, que las bendiciones y paz de Dios sean con todos y cada uno de ellos, entre los que no hay motivo para conflicto o discusión. Así es como ordena Dios a los musulmanes:

"Dí: 'Creemos en Dios y en lo que se ha hecho descender para nosotros y en lo que se hizo descender sobre Abraham, Ismael, Isaac, Jacob y las Tribus, así como lo que le fue dado a Moisés, a Jesús y a los Profetas, procedente de su Señor; no excluimos a unos y aceptamos a otros y a Él estamos sometidos.' Y quien desee otra práctica de Adoración que no sea el Islam, no le será aceptada y en la Última Vida será de los perdedores". (*Corán* 3: 84-85)

El *Corán* muestra claramente que todos los Profetas eran conscientes de haber sido enviados por Dios con un mismo propósito y, básicamente, con un mismo mensaje:

"Y cuando hicimos que los Profetas aceptaran su compromiso. El tuyo (Muhammad), el de Noé, el de Abraham, el de Moisés y el de Jesús, hijo de María. Les hicimos aceptar un compromiso firme. Para que los veraces respondieran de su veracidad. Para los incrédulos Dios ha preparado un doloroso castigo". (*Corán* 33: 7-8)

Y también:

"Mensajeros, comed de las cosas buenas y obrad con rectitud que Yo sé lo que hacéis. Y realmente vuestra comunidad es una única comunidad y Yo soy vuestro Señor; por lo tanto, tened temor de Mí". (*Corán* 23: 51-52)

Y también:

"Os ha legislado, dentro de la práctica de Adoración, lo que encomendó a Noé, lo que te hemos inspirado a ti (Muhammad) y lo que encomendamos a Abraham, Moisés y Jesús:

que establecierais firmemente la práctica de Adoración y no os dividierais en ella”. (*Corán* 42: 13)

Parte del compromiso asumido por los Profetas ante Dios, era el de informar a sus seguidores de la venida de Muhammad, a quien Dios bendiga y le conceda paz, y pedirles que lo siguieran si su venida ocurría durante sus vidas:

“Y (ten presente) el compromiso que Dios pidió a los Profetas: ‘Os damos parte de un Libro y de una Sabiduría; luego vendrá a vosotros un Mensajero que confirmará lo que tenéis; en él habéis de creer y le habréis de ayudar’. Dijo: ‘¿estáis de acuerdo y aceptáis, en estos términos, Mi pacto?’ Dijeron: ‘Estamos de acuerdo’. Dijo: ‘Dad testimonio, que Yo atestiguo con vosotros. Quien dé la espalda después de eso ... éstos son los que se salen del camino’”. (*Corán* 3: 81-82)

La imagen de Jesús que surge del *Corán* no es la de un hombre extraordinario que aparece en la Tierra como un suceso aislado en una especie de mundo caótico; es un Mensajero que, como todos los demás Mensajeros, fue enviado para su época como parte del desarrollo ordenado del universo:

“E hicimos que tras ellos, siguiendo sus huellas, viniera Jesús, hijo de María, confirmando aquello que ya estaba en la *Torá*. Y le dimos el *Inyíl* en el que había guía, luz y una confirmación de lo que ya estaba en la *Torá*, así como guía y amonestación para los temerosos. Que la gente del *Inyíl* juzgue según lo que Dios ha hecho descender en él. Quien no juzgue según lo que Dios ha hecho descender ... esos son los descarriados”. (*Corán* 5: 46-47)

Más aún, Jesús era consciente que tenía un tiempo determinado; un tiempo limitado por el tiempo anterior y por el posterior:

“Y cuando Moisés dijo a su gente: ‘Gente mía! ¿Por qué me perjudicáis si sabéis que yo soy el Mensajero de Dios para vosotros?’ Y cuando se apartaron, Dios apartó sus corazones. Dios no guía a la gente descarriada.

Y cuando dijo Jesús, hijo de María: ‘¡Hijos de Israel! Yo soy el Mensajero de Dios para vosotros, para confirmar la *Torá* que había antes de mí y para anunciar a un Mensajero que ha de venir después de mí cuyo nombre es *Ahmad*’.”

(*Nota: Ahmad* es uno de los nombres del Profeta Muhammad, a quien Dios bendiga y conceda paz, y significa ‘el que más alaba’, ‘el que distingue entre lo verdadero y lo falso’ y el ‘consolador’. La palabra equivalente en griego es ‘*Parakletos*’ o ‘*Parakleitos*’, que significa ‘el consolador’ el ‘alabado’.)

“Pero cuando fue a ellos con las pruebas evidentes, dijeron: ‘Esto es pura magia.’ ¿Pero quién es más injusto que quien inventa mentiras sobre Dios habiendo sido llamado al Islam? Dios no guía a la gente injusta. Quieren apagar la luz de Dios con lo que sale de sus bocas, pero Dios hace culminar Su luz por mucho que les pese a los incrédulos. Él es Quien ha enviado a Su Mensajero con la guía y la verdadera práctica de Adoración para hacerla prevalecer sobre todas las demás, por mucho que les pese a los asociadores.

¡Vosotros que creéis! ¿Queréis que os diga un negocio que os salvará de un doloroso castigo? Que creáis en Dios y en Su Mensajero, y que luchéis en el camino de Dios con vuestros bienes y personas. Eso es lo mejor para vosotros, si queréis saberlo. Él os perdonará vuestras faltas y os hará entrar en jardines por cuyo suelo corren ríos, y en buenas estancias en los jardines del Edén. Y ese es el gran triunfo. Y otra ganancia que amáis: una ayuda de Dios y una próxima victoria. Anuncia buenas nuevas a los creyentes.

¡Vosotros los que creéis! Sed auxiliares de Dios; tal y como dijo Jesús, el hijo de María, a los discípulos: ‘¿Quién me ayudará a favor de Dios?’ Y dijeron los discípulos: ‘Nosotros somos los auxiliares de Dios.’ Hubo una parte de los hijos de Israel que creyó, pero otros descreyeron. Dimos apoyo a los que habían creído contra sus enemigos y fueron los vencedores”. (*Corán* 61: 5-14)

La concepción y el nacimiento de Jesús aparecen narrados en el *Corán* con todo detalle. Es interesante comenzar con el nacimiento y educación de su madre, puesto que ello nos ayudaría a comprender cómo María fue escogida y preparada por Dios para ser la madre de Jesús:

“Dios eligió a Adán, a Noé, a la familia de Abraham y a la familia de Imran por encima de los mundos. (Los eligió) generación tras generación. Dios es Oyente y Conocedor. (Y recuerda) cuando dijo la mujer de Imran: ‘¡Señor mío! Hago la promesa de ofrecerte lo que hay en mi vientre para que se dedique exclusivamente a Tu servicio, libre de las obligaciones del mundo. Acéptalo de mí; verdaderamente Tú eres Quien oye y Quien sabe.’

Y una vez que hubo parido dijo: ‘¡Señor mío! He dado a luz una hembra —y bien sabía Dios lo que había parido— y no es el varón como la hembra. La he llamado María: pido para ella y su descendencia el refugio en Ti del *shaytan* lapidado.’

Su Señor la aceptó con buena acogida, hizo que se criara bien y la confió a Zacarías. Cada vez que Zacarías la visitaba en su lugar de oración, encontraba junto a ella provisión. Decía: ‘¡María! ¿Cómo es que tienes esto?’ Decía ella: ‘Esto procede de Dios; es cierto que Dios provee a quien quiere sin limitación.’ Entonces Zacarías suplicó a su Señor y dijo: ‘¡Señor mío! Concédeme una buena descendencia procedente de Ti; realmente Tú eres el que atiende las súplicas.’ Y los ángeles lo llamaron mientras permanecía en pie rezando en el lugar de oración: ‘Dios te anuncia la buena noticia (del nacimiento) de Juan, que será confirmador de una palabra de Dios (Jesús), Señor, casto, y de entre los justos, profeta.’ Dijo: ‘¡Señor mío! ¿Cómo es que voy a tener un hijo si he alcanzado ya la vejez y mi mujer es estéril?’ Dijo: ‘Así es, Dios hace lo que quiere.’ Dijo: ‘¡Señor mío! Dame una señal.’ Dijo: ‘Tu señal será que, durante tres días, no podrás hablar a la gente excepto por señas. Invoca mucho a tu Señor y ora mañana y tarde.’

Y cuando dijeron los ángeles: '¡María! Dios te ha elegido, te ha purificado y te ha escogido entre todas las mujeres de la creación. ¡María! Dedícate por entero al servicio de tu Señor y póstrate e inclínate con los que se inclinan.' Estas son noticias del No-Visto que te inspiramos. Tú (Muhammad) no estabas con ellos cuando echaron a suertes con sus flechas para saber cuál de ellos sería el tutor de María, ni estabas allí cuando discutieron". (*Corán* 3: 33-44)

Juan era el Profeta que precedió a Jesús. Se dice que su madre, Isabel, y la madre de María, Ana, eran hermanas o primas; en cualquier caso Jesús y Juan eran primos. El milagroso nacimiento de Juan se menciona en los siguientes pasajes del *Corán*:

"Y (recuerda) a Zacarías cuando llamó a su Señor: '¡Señor mío! No me dejes solo. Y tú eres el mejor de los herederos.' Y le respondimos y le concedimos a Juan restableciendo para él a su esposa (la fertilidad). Todos ellos se apresuraban a las buenas acciones, Nos pedían con anhelo y temor y eran humildes ante Nos. Y aquélla que conservó su virginidad, insuflamos en ella parte de Nuestro espíritu e hicimos de ella y de su hijo un signo para todos los mundos". (*Corán* 21: 89-91)

Y también:

"Este es el recuerdo de la misericordia de tu Señor con Su siervo Zacarías. Cuando llamó a su Señor en súplica escondida. Dijo: '¡Señor mío! Mis huesos se han debilitado y mi cabello ha encanecido y nunca, Señor, en lo que Te he pedido, he sido decepcionado. Temo por mis parientes cuando yo no esté; y mi mujer es estéril; concédeme de Tu parte un hijo que sea mi heredero y herede de la familia de Jacob y hazlo, Señor, complaciente.'

'¡Zacarías! Te anunciamos un hijo cuyo nombre será Juan; nadie antes de él ha recibido ese nombre.' Dijo: '¡Señor! ¿Y cómo tendré un hijo siendo mi mujer estéril y habiendo llegado yo, a causa de mi edad, a la decrepitud?' Dijo: 'Así lo ha dicho tu Señor, eso es simple para Mí; igual que una

vez te creé y no eras nada.' Dijo: '¡Señor mío! Dame un signo.' Dijo: 'Tu signo será que durante tres noches y sin que tengas ningún impedimento para ello, no podrás hablar a la gente.' Así apareció ante su gente desde el lugar de oración y les dijo por señas que glorificaran mañana y tarde.

¡Juan! ¡Toma el Libro con fuerza! Y siendo un niño le dimos el juicio, así como ternura procedente de Nosotros y pureza; y era temeroso (de su Señor), y bueno con sus padres, ni arrogante ni rebelde. Paz sobre él el día en que nació, el día de su muerte y el día en que sea devuelto a la vida". (*Corán* 19: 2-15)

La historia de la milagrosa concepción y nacimiento de Jesús, está narrada en dos pasajes del *Corán*:

"(Y recuerda) cuando dijeron los ángeles: '¡María! Dios te anuncia una palabra procedente de Él cuyo nombre será el Mesías, Jesús, hijo de María; tendrá un alto rango en esta vida y en la Última, y será de los que tengan proximidad. En la cuna y siendo un hombre maduro, hablará a la gente y será de los justos.' Dijo: '¡Señor mío! ¿Cómo voy a tener un hijo si ningún hombre me ha tocado?' Dijo: 'Así será; Dios crea lo que quiere; cuando decide un asunto le basta decir: "¡Sé!" Y es. Y le enseñará la Escritura y la Sabiduría, la *Torá* y el *Inyíl*. Y será un Mensajero para los hijos de Israel (y les dirá): "He venido para vosotros con un signo de vuestro Señor. Voy a crear para vosotros, a partir del barro, algo con forma de ave. Soplaré en ello y será un ave con permiso de Dios. Y sanaré al ciego y al leproso y daré vida a los muertos con permiso de Dios y os diré (sin verlo) lo que coméis y lo que guardáis en vuestras casas. Y, si sois creyentes, en ello tenéis un signo. Soy un confirmador de lo que había antes de mí en la *Torá* y os haré lícito parte de lo que se os prohibió. He venido a vosotros con un signo de vuestro Señor; así pues, temed a Dios y obedecedle. Dios es mi Señor y el vuestro, ¡Adoradle! Esto es un camino recto.'"

Y cuando Jesús notó rechazo en ellos, dijo: ‘¿Quién defenderá conmigo la causa de Dios?’ Entonces dijeron los más íntimos de los discípulos: ‘Nosotros somos los defensores de Dios, en Dios creemos; da testimonio de que estamos sometidos’”. (*Corán* 3: 45-53)

Esta misma historia se relata también en la *Sura de Mariam*:

“Y recuerda en el Libro a María cuando se apartó de su familia retirándose en algún lugar hacia oriente. Entonces se ocultó de ellos con un velo y le enviamos a Nuestro espíritu (el ángel Gabriel) que tomó la apariencia de un ser humano completo. Dijo: ‘Me refugio de ti en el Misericordioso, si tienes temor (de Él)’. Dijo: ‘Yo sólo soy el mensajero de tu Señor para concederte un niño puro.’ Dijo: ‘¿Cómo habría de tener un niño si ningún mortal me ha tocado y no soy una fornicadora?’ Dijo: ‘Así lo ha dicho tu Señor: “Eso es simple para Mí, para hacerlo un signo para los hombres y una misericordia de Nuestra parte. Es un asunto decretado.”’

Así pues lo concibió y se retiró a un lugar apartado. Y le sobrevino el parto junto al tronco de la palmera. Dijo: ‘¡Ojalá y hubiera muerto antes de esto desapareciendo en el olvido!’ Y la llamó desde abajo: ‘No te entristezcas; tu Señor ha puesto un arroyo a tus pies. Sacude hacia ti el tronco de la palmera y caerán dátiles maduros y frescos. Come y bebe, y refresca tus ojos. Y si ves a algún humano dile: “He hecho promesa de ayuno al Misericordioso y hoy no puedo hablar con nadie.”’

Y llegó a su gente llevándolo en sus brazos; dijeron: ‘¡María! Has traído algo muy grave. ¡Hermana de Aarón! Tu padre no ha sido un hombre de mal ni tu madre una fornicadora.’ Entonces hizo un gesto señalándolo; dijeron: ‘¿Cómo vamos a hablar con un niño de pecho?’ Dijo: ‘Yo soy el siervo de Dios. Él me ha dado el Libro y me ha hecho Profeta. Y me ha hecho bendito dondequiera que esté y me ha encomendado la oración y el *zakat* mientras viva. Y ser

bondadoso con mi madre; no me ha hecho ni insolente ni rebelde. La paz sea sobre mí el día en que nací, el día de mi muerte y el día en que sea devuelto a la vida.'

Ese es Jesús, el hijo de María, la palabra de la Verdad, sobre el que dudan. No es propio de Dios tomar ningún hijo. ¡Gloria a Él! Cuando decide algo, sólo dice: 'Sea', y es.

'Y verdaderamente Dios es mi Señor y el vuestro, adoradlo pues. Este es un camino recto'". (*Corán* 19: 16-36)

El lugar donde nació Jesús se menciona también en el *Corán*:

"E hicimos del hijo de María y de su madre un signo. A ambos les dimos cobijo en una colina fértil con agua corriente". (*Corán* 23: 50)

Se dice también que este pasaje se refiere al lugar donde se refugiaron María y Jesús después de su nacimiento y después de haber sido obligados a abandonar Jerusalén con rumbo a Egipto, donde permanecieron durante la primera parte de la infancia de Jesús. Y Dios sabe más.

La infancia de Jesús, el regreso a Jerusalén en compañía de su madre y los comienzos de su edad adulta no aparecen mencionados en el *Corán*, aunque hay varias referencias a lo ocurrido una vez que Jesús empezó a llamar a la Tribu de Israel a la adoración de Dios y a seguir las enseñanzas de Moisés que estaban en la *Torá*. Los siguientes pasajes, por ejemplo, describen las reacciones de los hombres que luego se convertirían en los discípulos de Jesús:

"¡Vosotros que creéis! Sed auxiliares de Dios; tal y como dijo Jesús, hijo de María, a los discípulos: '¿Quién me ayudará a favor de Dios?' Y dijeron los discípulos: 'Nosotros somos los auxiliares de Dios'. Hubo una parte de los hijos de Israel que creyó, pero otros descreyeron. Dimos apoyo a los que habían creído contra sus enemigos y fueron los vencedores". (*Corán* 61: 14)

El conflicto entre los que aceptaban y rechazaban a Jesús, la paz sea con él, se centraba con frecuencia en torno a sus extraordinarios milagros que él siempre atribuía a Dios y no a sí mismo. No debe

sorprendernos pues, a la luz de estos milagros, que algunos de los que aceptaban a Jesús lo hicieran de manera excesivamente entusiasta, produciendo con ello el error de considerarlo “hijo” de Dios, idolatrarlo y convertirlo en objeto de adoración y culto. Dios menciona este grave error en el siguiente pasaje de la *Sura al-Maida*, en la que se describen las preguntas formuladas por Dios a Sus Mensajeros en el Último Día:

“El día en que Dios reúna a los Mensajeros y diga: ‘¿Cómo os respondieron?’ Dirán: ‘No tenemos conocimiento, pues Tú eres el Conocedor de las cosas ocultas’.

Cuando Dios dijo a Jesús, hijo de María: ‘Recuerda Mi bendición sobre ti y sobre tu madre cuando te ayudé con el espíritu Puro (el ángel Gabriel) para que hablaras a los hombres estando en la cuna; y en la madurez. Y cuando te enseñé el Libro y la Sabiduría, la *Torá*, y el *Inýil*, y cuando, a partir de barro, creaste algo con forma de ave con Mi permiso y sanaste al ciego de nacimiento y al leproso con Mi permiso. Y por haberte protegido de los hijos de Israel, cuando fuiste a ellos con pruebas claras y los que de ellos se habían negado a creer dijeron: Esto no es más que magia evidente. Y cuando inspiré a los apóstoles a que creyeran en Mí y en Mi mensajero, dijeron: “Creemos y atestiguamos que estamos sometidos”’.

Y cuando dijeron los apóstoles: ‘¡Jesús, hijo de María! ¿Puede tu Señor bajar del cielo una mesa servida para nosotros?’ Dijo: ‘Temed a Dios si sois creyentes’. Dijeron: ‘Queremos comer de ella, tranquilizar nuestros corazones, saber que nos has dicho la verdad y ser de los que dan testimonio de ello’. Dijo Jesús, hijo de María: ‘¡Dios, Señor nuestro! Haz que baje a nosotros una mesa servida procedente del cielo, que sea para nosotros una conmemoración desde el primero hasta el último día, así como un signo procedente de Ti; y provéenos, pues Tú eres el mejor de los que proveen’. Dijo Dios: ‘La haré bajar para vosotros, pero al que, después de esto reniegue, lo castigaré con un castigo que nadie en los mundos habrá conocido’.

(Se dice que este banquete se renovaba constantemente con tal de que no se guardara nada para el día siguiente; pero tan pronto como alguien lo hiciera, el banquete desaparecería. Y Dios sabe más.)

Y cuando Dios dijo: ‘Jesús, hijo de María! ¿Has dicho tú a los hombres: “Tomadme a mí y a mi madre como dioses aparte de Dios?”’ Dijo: ‘¡Gloria a Ti! No me pertenece decir aquello a lo que no tengo derecho. Si lo hubiera dicho, Tú ya lo sabrías. Tú sabes lo que hay en mí, pero yo no sé lo que hay en Ti. Es cierto que Tú eres el Conocedor de lo más recóndito. Sólo les dije lo que me ordenaste: “¡Adorad a Dios, mi Señor y el vuestro!” Y he sido testigo de ellos mientras permanecí en su compañía. Y cuando me llevaste a Ti; Tú eras Quien los observaba, Tú eres Testigo de todas las cosas. Si los castigas ... son Tus siervos; y si los perdonas ... Tú eres, ciertamente, el Poderoso, el Sabio’.

Dijo Dios: ‘Este es el día en que beneficiará a los veraces su veracidad; tendrán jardines por cuyo suelo corren los ríos y donde serán inmortales para siempre. Dios estará satisfecho de ellos y ellos lo estarán de Él. Ese es el gran triunfo’. De Dios es la soberanía de los cielos y de la tierra y de lo que hay entre ambos. Él es el que tiene poder sobre todas las cosas”. (*Corán* 5: 109-120)

En otro lugar del *Corán*, Dios expresa con toda claridad que tanto Jesús como María son sólo seres humanos:

“El Mesías, hijo de María, no es más que un Mensajero antes del cual ya hubo otros Mensajeros. Su madre era una mujer veraz y ambos comían alimentos. Mira cómo les hacemos claros los signos y mira cómo luego inventan. Di: ‘¿Adoraréis aparte de Dios lo que no puede traeros ni perjuicio ni beneficio?’ Dios es Quien oye y Quien sabe”. (*Corán* 5: 75-76)

La conclusión es que Jesús no puede ser el “hijo” de Dios:

“Y dicen: ‘Dios ha tomado para sí un hijo’. ¡Sea glorificado

por encima de eso! ¡Si Suyo es cuanto hay en los cielos y en la tierra y todos están sometidos a Él! Aquél que dio principio a los cielos y a la tierra. Cuando decreta algo, le basta con decir: '¡Sé! y es'. (*Corán* 2: 116-117)

Y:

"Dios no ha tomado hijo alguno ni hay con Él ningún dios. Porque si así fuera, cada dios se llevaría lo que hubiera creado y se dominarían unos a otros. ¡Ensalzado sea Dios por encima de lo que Le puedan atribuir! El que conoce el No-Visto y lo Aparente; sea ensalzado por encima de lo que Le asocian". (*Corán* 23: 91-92)

Y:

"¿Acaso no se le debe a Dios la Adoración exclusiva? Los que han tomado protectores fuera de Él, (dicen): 'Sólo los adoramos para que nos den proximidad a Dios'. Dios juzgará entre ellos sobre aquello en lo que tenían diferencias. Dios no guía a quien es mentiroso e ingrato. Si Dios hubiera querido tomar para Sí un hijo, habría escogido lo que hubiera querido de entre Su creación. Él es Dios, el Uno, el Dominante. ¡Glorificado sea!" (*Corán* 39: 3-4)

Y:

"Di: 'Si el Misericordioso tuviera un hijo, yo sería entonces el primero de los adoradores'. ¡Gloria al Señor de los cielos y de la tierra, el Señor del Trono, por encima de lo que le atribuyen!" (*Corán* 43: 81-82)

Y:

"Y si les preguntas: '¿Quién creó los cielos y la tierra?' Dirán: 'Dios'. Di: 'Decidme que os parece: Si Dios quiere que sufra yo algún daño, ¿acaso aquellos que invocáis fuera de Dios podrían evitar Su daño? ¿O si quiere que reciba alguna misericordia? ¿Podrían ellos impedir Su misericordia?' Di: 'Dios me basta, en Él se abandonan los que confían'". (*Corán* 39: 38)

Y:

"Di: '¿Me mandáis que adore a otro que Dios, oh ignorantes?'" (*Corán* 39: 64)

Y:

“¡Bendito sea Aquél que ha hecho descender a Su siervo el Discernimiento para que fuera una advertencia a todos los mundos! Aquél a Quien pertenece la soberanía de los cielos y la tierra y no ha tomado ningún hijo ni comparte la soberanía con nadie. Él ha creado cada cosa y la ha determinado en todo. Pero habéis tomado dioses fuera de Él que no crean nada, ellos son creados; ni tienen capacidad para dañarse o beneficiarse ni tienen dominio sobre la vida, la muerte y el resurgimiento”. (*Corán 25: 1-3*)

Y:

“Y dicen: ‘El Misericordioso ha tomado un hijo’. Ciertamente traéis una calamidad. A punto están los cielos de rasgarse, la tierra de abrirse y las montañas de derrumbarse por su causa. Porque atribuyen un hijo al Misericordioso. Y no es propio del Misericordioso tomar un hijo. Todos los que están en los cielos y en la tierra no se presentan ante el Misericordioso sino como siervos. Y es verdad que Él conoce su número y los tiene bien contados. Todos vendrán a Él por separado en el Día del Levantamiento”. (*Corán 19: 88-95*)

Y:

“Antes de ti no enviamos ningún Mensajero al que no le fuera inspirado: ‘No hay dios excepto Yo. ¡Adoradme!’ Han dicho: ‘El Misericordioso ha tomado un hijo’. ¡Sea glorificado! Por el contrario, son siervos distinguidos. No se Le adelantan en la palabra y actúan siguiendo lo que les manda. Sabe lo que tienen delante y lo que tienen detrás. Sólo quien es aceptado puede interceder por ellos. Y están temerosos por miedo de Él. Y quien de ellos diga: ‘Yo soy un dios aparte de Él’ ... a ése le pagaremos con el Fuego. Así es como pagamos a los injustos”. (*Corán 21: 25-29*)

Y:

“Dicen: ‘Dios ha tomado para Sí un hijo’. ¡Lejos de eso en Su gloria! Él es el Rico; Suyo es cuanto hay en los cielos y en la tierra. No tenéis ninguna prueba de lo que decís. ¿Es que vais a decir sobre Dios lo que no sabéis? Di: ‘Es cierto

que los que inventan la mentira sobre Dios no prosperan'. Un disfrute en este mundo; y después tendrán su regreso a Nosotros. Y luego les haremos probar el duro castigo por haber negado". (*Corán* 10: 68-70)

En el primer versículo de la *Sura al-Kaf*, Dios declara que una de las razones que motivó la revelación del *Corán* fue amonestar a los que clamaban que Dios tenía un hijo:

"En el nombre de Dios, el Misericordioso, el Compasivo

Las alabanzas a Dios que ha hecho descender a Su siervo el Libro y no ha puesto nada en él que fuera tortuoso. Sino que es directo para advertir de una gran violencia de Su parte y anunciar a los creyentes, éstos que practican las acciones de rectitud, que tendrán una hermosa recompensa, permaneciendo en ello para siempre. Y para advertir a los que dicen: Dios ha tomado para Sí un hijo. Ni ellos ni sus padres tienen conocimiento de eso; es una palabra grave que sale de sus bocas. Lo que dicen es sólo una mentira". (*Corán* 18: 1-5)

Por:

"No es propio de Dios tomar ningún hijo. ¡Gloria a Él! Cuando decide algo. Sólo dice: 'Sea', y es". (*Corán* 19: 35)

Y:

"¡Hombres! Se os pone un ejemplo, prestadle atención: Los que invocáis fuera de Dios, no serían capaces de crear una mosca, aunque se juntaran para ello. Y si una mosca les quitara algo, no podrían recuperarlo. ¡Qué débil buscador y qué débil buscado!" (*Corán* 22: 73)

Se deduce en consecuencia que todo aquél que piense, motivado por el grado de perfección de María y por la naturaleza milagrosa de la inmaculada concepción, que Jesús puede ser asociado con Dios, está totalmente equivocado:

"Han caído en la incredulidad los que dicen que Dios es el Mesías, el hijo de María. Di: '¿Y si Dios quisiera destruir al Mesías, hijo de María, a su madre y a cuantos hay en la tierra, todos a la vez? ¿Quién podría impedirselo? De Dios

es el Dominio de los cielos y la tierra y de lo que hay entre ambos. Crea lo que quiere; Dios es Poderoso sobre todas las cosas”. (*Corán* 5: 17)

También se deduce que cualquier concepto de tipo Trinitario es falso:

“¡Gente del Libro! No saquéis las cosas de quicio en vuestra práctica de Adoración, ni digáis nada sobre Dios, nada que no sea la verdad. Ciertamente el Mesías, hijo de María, es el Mensajero de Dios, Su palabra depositada en María y un espíritu procedente de Él. Creed pues en Dios y en Su Mensajero y no digáis tres; es mejor para vosotros que desistáis. La verdad es que Dios es un Dios Único. ¡Está muy por encima en Su gloria de tener un hijo! Suyo es cuanto hay en los cielos y cuanto hay en la tierra. Y Dios basta como Guardián. El Mesías no desprecia ser un siervo de Dios ni los ángeles que están cerca (de Él). Pero aquél que desprecie adorarle y se llene de soberbia ... Todos van a ser reunidos para volver a Él. En cuanto a los que creen y practican las acciones de bien, se les pagará debidamente su recompensa y Él les aumentará Su favor. Pero a los que desprecien y sean soberbios, los castigará con un doloroso castigo y no encontrarán, fuera de Dios, ni quien los proteja ni quien los defienda”. (*Corán* 4: 171-173)

Y:

“Realmente han caído en incredulidad quienes dicen: ‘Dios es el Mesías, hijo de María’. Cuando fue el Mesías quien dijo a los hijos de Israel: ‘¡Adorad a Dios! Mi Señor y el vuestro. Quien asocie algo con Dios, Dios le vedará el Jardín y su refugio será el Fuego. No hay quien auxilie a los injustos’. Y han caído en incredulidad los que dicen: ‘Dios es el tercero de tres’, cuando no hay sino un Único Dios. Si no dejan de decir lo que dicen, éstos que han caído en la incredulidad tendrán un castigo doloroso. ¿Es que no van a volverse hacia Dios y Le van a pedir perdón? Dios es Perdonador y Compasivo”. (*Corán* 5: 72-74)

Jesús aparece también en este pasaje de la *Sura al-Baqara* en el que Dios indica que aunque algunos de Sus Mensajeros estaban más bendecidos que otros, esto no significa que no fueran seres humanos:

“Así son los Mensajeros. Hemos favorecido a unos sobre otros: hubo algunos a los que Dios les habló y a otros los elevó en grados. A Jesús, hijo de María, le dimos pruebas evidentes y lo reforzamos con el espíritu Puro. Y si Dios hubiera querido, sus seguidores no hubieran luchado entre sí, después de tener las pruebas evidentes, sin embargo entraron en discordia. Una parte de ellos cree y otra parte no; si Dios quisiera, no lucharían entre sí, pero Dios hace lo que quiere”. (*Corán* 2: 253)

Así pues, a pesar de su pureza extraordinaria y de la extrema claridad de sus signos y palabras, hubo gente que rechazó a Jesús, tanto durante su estancia en la Tierra como una vez alejado de ella:

“Y cuando se pone como ejemplo al hijo de María, tu gente se aparta de él. Y dicen: ‘¿Son mejores nuestros dioses o él?’ No te ponen esta comparación sino para discutirte, son gente de disputa. No es sino un siervo al que favorecimos y al que hicimos un ejemplo para los hijos de Israel. Y si hubiéramos querido, habríamos puesto en la tierra, en vez de vosotros, ángeles que se sucedieran unos a otros. Y es cierto que él es un conocimiento de la Hora, así pues no dudéis de ella y seguidme. Esto es un camino recto. Y que el *shaytan* no os desvíe; él es para vosotros un claro enemigo.

Y cuando vino Jesús con las evidencias, dijo: ‘He venido a vosotros con la sabiduría y a haceros claro parte de aquello en lo que no estáis de acuerdo; así que temed a Dios y obedecedme. Dios es mi Señor y el vuestro, adoradlo; esto es un camino recto’. Pero las distintas facciones que había entre ellos discreparon. ¡Ay de aquellos que fueron injustos por el castigo de un día doloroso!” (*Corán* 43: 57-65)

Y:

“Y así fue como enviamos a Noé y a Abraham y pusimos en su descendencia la Profecía y el Libro. Entre ellos los hubo

que siguieron la guía pero fueron muchos los que se desviaron. Luego, a continuación de ellos, hicimos que vinieran Nuestros Mensajeros e hicimos venir a Jesús, hijo de María, al que le dimos el *Inyíl*. Y pusimos en los corazones de los que le siguieron piedad, misericordia y el monacato, novedad que ellos instituyeron sin que se lo hubiéramos prescrito, buscando únicamente el beneplácito de Dios. Pero no lo cumplieron como debía ser cumplido. A los que de ellos creyeron, les daremos su recompensa, pero son muchos los perdidos". (*Corán* 57: 26-27)

A pesar de que tanto los romanos como los fariseos querían la muerte de Jesús por diferentes razones, Dios pone de manifiesto que no lo mataron por mucho que fuera esa su intención:

"Y maquinaron, pero Dios también maquinó y Dios es el que mejor maquina. Cuando dijo Dios: '¡Jesús! Voy a llevarte y a elevarte hacia Mí y voy a poner tu pureza a salvo de los que no creen. Hasta el Día del Levantamiento consideraré a los que te hayan seguido por encima de los que se hayan negado a creer, luego volveréis a Mí y juzgaré entre vosotros sobre aquello en lo que discrepabais. Y a los que no creen, los castigaré con un severo castigo en esta vida y en la Última. No tendrán quien les auxilie'. Pero a quienes creen y practican las acciones de bien, los recompensaremos cumplidamente. Dios no ama a los injustos. Esto te lo contamos como parte de los signos y del Recuerdo Sabio.

Verdaderamente Jesús, ante Dios, es como Adán. Lo creó de la tierra y luego le dijo: '¡Sé!' Y fue. (Esto es) la verdad procedente de tu Señor, no seas de los que dudan.

Y a quien, después del conocimiento que te ha venido, te discuta sobre él, dile: 'Venid, llamemos a nuestros hijos y a los vuestros, a nuestras mujeres y a las vuestras y llamémonos a nosotros todos y luego pidamos y hagamos que la maldición de Dios caiga sobre los mentirosos'.

Ciertamente esta es la verdadera historia (de Jesús) y no hay dios sino Dios. Y en verdad que Dios es el Inigualable,

el Sabio. Y si vuelven la espalda ... Es cierto que Dios conoce a los corruptores". (*Corán* 3: 54-63)

En el pasaje siguiente de la *Sura an-Nisa*, Dios se refiere al hecho de que Jesús no fue muerto ni crucificado; en este pasaje Dios describe las consecuencias de las acciones de aquellos de la Tribu de Israel que no creyeron y rompieron su compromiso con Dios:

"Por haber roto su compromiso, por haber negado los signos de Dios, por haber matado a Profetas sin derecho alguno y por haber dicho: 'Nuestros corazones están cerrados'. Pero no es así; sino que Dios les ha sellado el corazón a causa de su incredulidad, y son pocos los que creen. Y por su incredulidad y por haber dicho contra María una calumnia enorme. Y por haber dicho: nosotros matamos al Mesías, hijo de María, Mensajero de Dios. Pero, aunque así lo creyeron, no lo mataron ni lo crucificaron. Y los que discrepan sobre él, tienen dudas y no tienen ningún conocimiento de lo que pasó; sólo siguen conjeturas. Pues con toda certeza que no lo mataron. Sino que Dios lo elevó hacia Sí. Dios es Poderoso y Sabio. Y entre la gente del Libro no hay nadie que, antes de su muerte, no vaya a creer en él. Y el Día del Levantamiento, él dará testimonio por ellos. Y a los judíos, por su propia injusticia y por lo mucho que se desviaron del camino de Dios, les prohibimos cosas buenas que antes les estaban permitidas. Y por haber adoptado la usura que ya les estaba prohibida, y haber usurpado los bienes de los hombres con falsedad. Hemos preparado para los que de ellos hayan caído en la incredulidad un castigo doloroso. No obstante, a los que de ellos están afianzados en el conocimiento, a los que creen en lo que te ha descendido a ti (Muhammad) y en lo que descendió antes de ti, a los que establecen el *salat*, dan el *zakat* y creen en Dios y en el Último Día; a éstos les daremos una gran recompensa". (*Corán* 4: 155-162)

El *Corán* especifica con claridad que el último Mensajero enviado por Dios, no sólo a la Tribu de Israel sino a toda la humanidad e incluso a los *jinn* (genios), fue el Profeta Muhammad, a quien Dios bendiga

y conceda paz, confirmador de las enseñanzas de Moisés y de Jesús, y que al mismo tiempo abrogó y simplificó parte de su Ley:

“Y en verdad que Dios exigió la alianza a los hijos de Israel. Y de ellos erigimos a doce jefes de tribu. Y dijo Dios: ‘Yo estoy con vosotros. Si establecéis el *salat*, entregáis el *zakat*, creéis en Mis mensajeros y estáis con ellos y le hacéis a Dios un hermoso préstamo ... tened por cierto que ocultaremos vuestras malas acciones y os introduciré en jardines por los que corren los ríos. Y quien de vosotros, después de esto, reniegue, se habrá extraviado del camino llano’.

Y porque rompieron su compromiso los maldijimos y endurecimos sus corazones. Tergiversaron las palabras y olvidaron parte de lo que con ellas se les recordaba. No cesarás de descubrir traiciones por su parte, a excepción de unos pocos, pero perdónalos y no se los tomes en cuenta; es cierto que Dios ama a los que hacen el bien.

Y a algunos de los que dicen: ‘Somos cristianos’, les exigimos la alianza. Sin embargo, olvidaron parte de lo que se les recordaba en ella y sembramos la enemistad y el odio entre ellos hasta el Día del Levantamiento. Ya les hará saber Dios lo que hicieron.

¡Gente del Libro! Ha venido a vosotros Nuestro Mensajero aclarándoos mucho de lo que ocultabais del Libro y perdonando muchas cosas. Ha venido a vosotros, procedente de Dios, una luz y un Libro claro. Con el que Dios guía a quien busca Su complacencia por los caminos de la salvación. Y los saca de las tinieblas a la luz con Su permiso y los guía al camino recto”. (*Corán* 5: 12-16)

Tal y como indica el pasaje anterior, fue inevitable que cuando el Profeta Muhammad, a quien Dios bendiga y conceda paz, empezó a llamar a la gente a la adoración del Dios Único, hubiera muchos que declaraban ser seguidores de Moisés o de Jesús; ésta es la razón de que haya tantos pasajes del *Corán* dirigidos a esta gente a la que se llama a menudo “Gente del Libro”, un nombre que indica —antes más que ahora— por un lado el vínculo genealógico con la Tribu de

Israel y por el otro el hecho de que su forma de vida estaba basada, y hasta cierto punto aún lo está, en una de las revelaciones divinas anteriores.

A pesar de que muchos de estos pasajes parecen estar dirigidos especialmente a los seguidores del Judaísmo y el Cristianismo que vivían en el norte de África y el Oriente Medio cuando el *Corán* fue revelado a principios del siglo VII d.C., es evidente que pueden aplicarse por igual a los seguidores de las versiones europeas del Judaísmo y el Cristianismo que, como ya hemos comprobado, surgieron en una época más tardía. Está claro también que todavía pueden aplicarse a los judíos y cristianos de hoy en día, sea cual fuese la versión judía o cristiana a la que declaran pertenecer. En el *Corán* Dios promete a la Gente del Libro que si son sinceros en sus acciones no tienen nada que temer:

“Es cierto que aquellos que han creído, y los judíos, sabeos y cristianos que crean en Dios y en el Último Día y obren con rectitud, no tendrán que temer ni se entristecerán”.
(*Corán* 5: 69)

Y que recibirán lo que les corresponde:

“Ciertamente que los que han creído, los que siguen el judaísmo, los cristianos y los sabeos, si creen en Dios y en el Último Día y actúan rectamente, tendrán su recompensa ante su Señor y no tendrán que temer ni se entristecerán”. (*Corán* 2: 62)

Y que Dios los juzgará en el Último Día:

“Los que creen, los que practican el judaísmo, los sabeos, los cristianos, los adoradores del fuego y los que asocian ... Dios hará distinciones entre ellos el Día del Levantamiento; realmente Dios es Testigo de cada cosa”. (*Corán* 22: 17)

Cuando se dirige a los musulmanes, Dios dice:

“Sois la mejor comunidad que ha surgido en bien de los hombres. Ordenáis lo reconocido, impedís lo reprobable y creéis en Dios. Y a la gente del Libro más les valdría creer. Los hay creyentes, pero la mayoría se ha salido del camino.

No os harán ningún daño aparte de alguna molestia, y si combaten contra vosotros, volverán la espalda ante vuestra presencia. Y luego no se les prestará auxilio. Donde quiera que se encuentren tendrán que soportar la humillación, a menos que hayan hecho algún pacto con Dios o con los hombres. Se ganaron la ira de Dios y se les impuso el yugo de la mezquindad. Porque negaron los signos de Dios y mataron a los Profetas sin razón; y porque desobedecieron y fueron transgresores.

No todos los de la gente del Libro son iguales, los hay que forman una comunidad recta: recitan los signos de Dios durante la noche y se postran. Creen en Dios y en el Último Día, ordenan lo reconocido e impiden lo reprobable y compiten en las acciones de bien. Esos son de los justos. Y el bien que hagáis ... No se os negará. Dios conoce a los que Le temen". (*Corán* 3: 110-115)

Y:

"Entre la gente del Libro hay quien cree en Dios, así como en lo que se os ha hecho descender y en lo que se les hizo descender a ellos; son humildes ante Dios y no venden los signos de Dios a bajo precio. Esos tendrán la recompensa que les corresponda ante su Señor; ciertamente Dios es rápido en tomar cuenta de las acciones". (*Corán* 3: 199)

Y:

"Los que recibieron el Libro antes, creen en él. Y cuando se les lee, dicen: 'Creemos en él, es la verdad que procede de nuestro Señor; realmente ya éramos antes musulmanes'. Estos recibirán su recompensa dos veces por haber sido pacientes, por haber rechazado el mal con bien y haber gastado de la provisión que les dábamos. Y porque cuando oían alguna palabra vana se apartaban de ella y decían: 'Para nosotros serán nuestras acciones y para vosotros las vuestras. Paz con vosotros, no buscamos a los ignorantes'". (*Corán* 28: 52-55)

Y:

"¡Vosotros que creéis! Temed a Dios y creed en Su Mensa-

jero y os dará de Su misericordia doblemente, os conferirá una luz con la que caminaréis y os perdonará. Dios es Perdonador, Compasivo. Para que la gente del Libro sepa que no tiene ningún poder sobre el favor de Dios, sino que el favor está en las manos de Dios y Él lo da a quien quiere. Dios es Dueño del inmenso favor”. (*Corán* 57: 28-29)

Y:

“Y no discutas con la gente del Libro sino de la mejor manera, a excepción de los que hayan sido injustos. Y decid: ‘Creemos en lo que os ha hecho descender a vosotros, nuestro Dios y vuestro Dios es Uno y nosotros estamos sometidos a Él (somos musulmanes)’”. (*Corán* 29: 46)

Los siguientes pasajes muestran, sin embargo, que no todos los judíos y cristianos tienen la misma actitud o el mismo grado de comprensión:

“Dicen: ‘Sólo entrará en el Jardín quien sea judío o cristiano’. Esas son sus falsas pretensiones. Di: ‘Si es verdad lo que decís, traed la prueba que lo demuestre’. ¡Pero no! Sino que aquel que humille su rostro ante Dios y actúe rectamente, no tendrá que temer ni se entristecerá. Dicen los judíos: ‘Los cristianos no tienen fundamento’. Y dicen los cristianos: ‘Los judíos no tienen fundamento’. Pero ambos leen el Libro. También los que no saben dicen algo similar. Dios juzgará entre ellos el Día del Levantamiento sobre lo que discrepaban”. (*Corán* 2: 111-113)

Y:

“Y dicen los judíos y los cristianos: ‘Nosotros somos los hijos de Dios y los más amados por Él’. Di: ‘¿Por qué entonces os castiga a causa de vuestras transgresiones?’ Sólo sois unos más entre los hombres que ha creado. Perdona a quien quiere y castiga a quien quiere. De Dios es el dominio de los cielos y de la tierra y de lo que hay entre ambos. A Él se ha de volver”. (*Corán* 5: 18)

Y Dios enfatiza de sobra que puede perdonar cualquier cosa excepto el *shirk*, esto es, adorar otra cosa o persona que no sea Él:

“Es cierto que Dios no perdona que se Le asocie con nada. Sin embargo, aparte de esto, perdona a quien quiere. Quien asocie algo con Dios, se habrá perdido en un lejano extravío”. (*Corán* 4: 116)

Y ciertamente Dios decide quién es para el Jardín y quién es para el Fuego:

“A los que creen y practican las acciones de bien, les haremos fácil entrar en jardines por cuyo suelo corren los ríos; allí serán inmortales para siempre. Promesa verdadera de Dios. ¿Y quién es más veraz que Dios en Su palabra? No se hará según vuestros deseos ni según los deseos de la gente del Libro. Quien haga un mal será pagado por ello y no encontrará para él, aparte de Dios, nadie que lo proteja ni lo defienda. Y quien haga acciones de bien, sea varón o hembra, y sea creyente, esos entrarán en el Jardín y no se les hará ni una brizna de injusticia. ¿Y quién es mejor en su práctica de Adoración que aquel que ha sometido su rostro a Dios, hace el bien y sigue la religión de Abraham como *hanif*? Y Dios tomó a Abraham como amigo íntimo. De Dios es cuanto hay en los cielos y en la tierra. Dios rodea todas las cosas”. (*Corán* 4: 122-126)

Esta es la transacción vital pura y simple encarnada por Abraham a la que se llama a los creyentes de hoy en día:

“Y dicen: ‘¡Tenéis que ser judíos o cristianos!’ Di: ‘Al contrario, (seguimos) la religión de Abraham que era *hanif*, y no uno de los asociadores’. Decir: ‘Creemos en Dios, en lo que se nos ha hecho descender, en lo que se hizo descender a Abraham, Ismael, Isaac, Jacob y a las Tribus, en lo que fue dado a Moisés y Jesús y en lo que fue dado a los Profetas precedente de su Señor. No hacemos distinciones entre ninguno de ellos y estamos sometidos a Él’. Si creen en lo mismo que creéis vosotros, habrán seguido la Guía, pero si se apartan de ello ... (sabe) que están en contra. Dios te basta contra ellos, Él es Quien oye y Quien sabe. ‘El tinte de Dios. ¿Y quién es mejor que Dios tiñendo? Es a Él a Quien adoramos’.

Di: ‘¿Acaso no discutís a Dios, que es tanto vuestro Señor como el nuestro? Lo que hagamos será para nosotros y lo que hagáis será para vosotros. Nosotros somos fieles a Él. ¿Dicen acaso que Abraham, Ismael, Isaac, Jacob, y las Tribus fueron judíos o cristianos?’ Di: ‘¿Quién sabe más, vosotros o Dios?’ ¿Y quién es más injusto que quien oculta el testimonio que le viene de Dios? Dios no está inadvertido de lo que hacéis”. (*Corán* 2: 135-140)

El *Corán* pone de manifiesto que los musulmanes son los que no sólo creen en el Profeta Muhammad, a quien Dios bendiga y conceda paz, sino también en todos los Profetas que vinieron antes de él, las bendiciones y la paz de Dios sea con todos ellos, en Quien los envió y en la transacción vital profética que encarnaban y compartían:

“Di: ‘¡Gente del Libro! Venid a una palabra común para todos: Adoremos únicamente a Dios, sin asociarle nada y no nos tomemos unos a otros por Señores en vez de Dios’.

Y si vuelven la espalda, decid: ‘¡Sed testigos de que somos musulmanes!’

Di: ‘¡Gente del Libro! ¿Por qué disputáis sobre Abraham, si la *Torá* y el *Inyíl* no se hicieron descender sino después de él? ¿Es que no razonaréis? Y estáis disputando sobre lo que no sabéis. ¿Por qué disputáis sobre aquello de lo que no tenéis conocimiento? Dios sabe y vosotros no sabéis. Abraham no era ni judío ni cristiano, sino hanif y musulmán. Y no uno de los asociadores. En verdad los más dignos de (llamar suyo a) Abraham, son los que le siguieron, este Profeta y los que creen. Y Dios es Protector de los creyentes’.

Hay algunos de la gente del Libro que quisieran extraviaros, pero sólo se extravía a sí mismos sin darse cuenta. ¡Gente del Libro! ¿Por qué negáis los signos de Dios si sois testigos de ellos? ¡Gente del Libro! ¿Por qué disfrazáis la verdad de falsedad y ocultáis la verdad a sabiendas? Una parte de la gente del Libro dijo: ‘Creed en lo que se les ha hecho descender a los que creen sólo al principio del día, pero dejan de creer en ello al final; puede que así desistan.

Y no creáis en nadie que no siga vuestra misma forma de Adoración’.

Di: ‘La guía de Dios es la Guía: ni creáis que se le pueda dar a nadie lo que se os ha dado a vosotros, ni que pueda tener pruebas contra vosotros ante vuestro Señor’.

Di: ‘El favor está en manos de Dios y Él lo da a quien quiere. Dios es Espléndido y Conocedor. Distingue con Su misericordia a quien quiere; Dios es Poseedor del favor inmenso’.

De la gente del Libro hay algunos que si les confías una gran cantidad de dinero, te la devuelven, pero hay otros que aunque les confíes un *dinar*, sólo te lo devuelven después de pedírselo con insistencia. Eso es porque ellos han dicho: no hay medio de ir contra nosotros por lo que hagamos con los ignorantes (gentiles), diciendo una mentira contra Dios a pesar de que saben. ¡Muy al contrario! Quien cumple su compromiso y es temeroso ... Dios ama a los que Le temen.

La verdad es que los que venden el pacto de Dios y sus juramentos a bajo precio, no tendrán parte en la Última Vida. Dios no les hablará ni los mirará el Día del Levantamiento ni los purificará: tienen un castigo doloroso. Y hay una parte de ellos que tergiversan el Libro con sus lenguas, para que creáis que lo que recitan es parte de él. Pero no es parte del Libro. Dicen: ‘Esto viene de Dios’, pero no es cierto que venga de Dios. Dicen una mentira contra Dios, a sabiendas.

No cabe en un ser humano, a quien Dios le ha dado el Libro, la Sabiduría y la Profecía, que diga a los hombres: ‘Sed siervos míos en vez de siervos de Dios’; sino más bien: ‘Sed maestros, puesto que conocéis el Libro y lo habéis estudiado’. Y no os ordena que toméis a los ángeles y a los profetas como Señores. ¿Os iba a ordenar la incredulidad después de haber sido musulmanes?

Y (ten presente) el compromiso que Dios pidió a los Profetas: ‘Os damos parte de un Libro y de una Sabiduría;

luego vendrá a vosotros un Mensajero que confirmará lo que tenéis; en él habréis de creer y le habréis de ayudar'. Dijo: '¿Estáis de acuerdo y aceptáis, en estos términos, Mi pacto?' Dijeron: 'Estamos de acuerdo'. Dijo: 'Dad testimonio, que Yo atestiguo con vosotros. Quien dé la espalda después de eso ... Esos son los que se salen del camino'. ¿Acaso desearéis algo distinto a la práctica de Adoración aceptada por Dios, cuando todos los que están en los cielos y en la tierra están sometidos a Él, de grado o por fuerza, y a Él tenéis que volver?

Di: 'Creemos en Dios y en lo que se ha hecho descender para nosotros, y en lo que se hizo descender sobre Abraham, Ismael, Isaac, Jacob y las Tribus, así como lo que le fue dado a Moisés, a Jesús y a los Profetas, procedente de su Señor; no excluimos a unos y aceptamos a otros, y a Él estamos sometidos'.

Y quien desee otra Práctica de Adoración que no sea el Islam, no le será aceptada y en la Última Vida será de los perdedores". (*Corán* 3: 64-85)

El *Corán* confirma también que a pesar de que parte de la Gente del Libro *sabe* que sus enseñanzas han sido alteradas y que las enseñanzas del Profeta Muhammad son puras, siguen prefiriendo la falsedad a la verdad:

"Y (recuerda) cuando Dios exigió el compromiso a los que habían recibido el Libro: 'Lo explicaréis claramente a los hombres y no lo ocultaréis'; pero ellos le dieron la espalda y lo vendieron a bajo precio. ¡Qué malo es lo que adquirieron! No pienses que los que se regocijan por lo que han hecho y les gusta que se les alabe por lo que no han hecho, están a salvo del castigo, porque no lo están. Tendrán un castigo doloroso. De Dios es la soberanía de los cielos y la tierra y Dios tiene poder sobre todas las cosas". (*Corán* 3: 187-189)

Y:

"¿No has visto a los que recibieron una parte del Libro cómo compran el extravío y quieren que te extravíes del camino? Pero Dios conoce mejor a vuestros enemigos.

Dios es Suficiente Aliado y Suficiente Defensor”. (*Corán* 4: 44-45)

Y:

“Aquellos a quienes dimos el Libro, lo conocen como a sus hijos. Los que se han perdido a sí mismos ... No creían”. (*Corán* 6: 20)

Y:

“Di: ‘¡Gente del Libro! ¿Por qué negáis los signos de Dios cuando Dios es Testigo de lo que hacéis?’

Di: ‘¡Gente del Libro! ¿Por qué desviáis de la senda de Dios a quien cree y deseáis que sea tortuosa cuando vosotros mismos sois testigos (de su verdad)?’ Dios no está descuidado de lo que hacéis.

¡Vosotros que creéis! Si obedecéis a algunos de los que recibieron el Libro, conseguirán haceros caer en la incredulidad después de que habéis creído. ¿Y cómo es que os negáis a creer, cuando se os recitan los signos de Dios y tenéis entre vosotros a Su Mensajero? Quien se aferre a Dios, será guiado a un camino recto. ¡Vosotros que creéis! Temed a Dios como debe ser temido y no muráis sin estar sometidos (como musulmanes)”. (*Corán* 3: 98-102)

Dios dice a los seguidores del Profeta Muhammad qué es lo que tienen que decir a la Gente del Libro que se opone a los musulmanes:

“Di: ‘¡Gente del Libro! ¿Qué es lo que nos reprocháis? ¿Qué creamos en Dios, en lo que se nos ha revelado y en lo que fue revelado anteriormente? La mayoría de vosotros estáis fuera del camino’. Di: ‘¿Queréis que os diga algo peor que eso? El pago que tiene reservado Dios para aquellos a quienes maldijo, éstos sobre los que cayó Su ira y de los cuales, hubo unos a los que convirtió en monos y en cerdos y adoraron al Rebelde. Esos tienen un mal lugar y son los que más se han extraviado del camino llano’. Cuando vienen a vosotros dicen: ‘Creemos’. Pero con incredulidad entraron y con ella salen. Dios sabe mejor lo que están ocultando. Verás cómo muchos de ellos se precipitan al delito y a la

transgresión y se comen la ganancia ilícita. ¡Qué malo es lo que hacen!” (*Corán* 5: 59-63)

Y:

“Y dicen los judíos: ‘Esdras es el hijo de Dios’. Y dicen los cristianos: ‘El Mesías es el hijo de Dios’. Eso es lo que dicen con sus bocas repitiendo las palabras de los que anteriormente cayeron en la incredulidad. ¡Que Dios los destruya! ¡Cómo falsean! Han tomado a sus doctores y sacerdotes como Señores en vez de Dios, igual que al Mesías, hijo de María; cuando solamente se les ordenó que adoraran a un Único Dios. No hay dios sino Él. ¡Glorificado sea por encima de lo que Le asocian! Quieren apagar con sus bocas la luz de Dios, pero Dios rechaza todo lo que no sea completar Su luz, aunque les repugne a los incrédulos. Él es Quien envió a Su Mensajero con la guía y con la práctica de Adoración verdadera para hacerla prevalecer sobre todas las demás formas de Adoración, aunque les repugne a los incrédulos. ¡Vosotros que creéis! Es cierto que muchos de los doctores y sacerdotes se comen la riqueza de los hombres por medio de falsedades, y apartan del camino de Dios. A los que atesoran el oro y la plata y no los gastan en el camino de Dios, anunciales un castigo doloroso: El día en que, en el fuego del Infierno, sean puestos al rojo (el oro y la plata) y con ellos se les queme la frente, los costados y la espalda: ‘Esto es lo que habíais atesorado en beneficio de vuestras almas, gustad lo que atesorabais’”. (*Corán* 9: 30-35)

Afortunadamente no toda la gente del Libro se opone a los musulmanes con la misma intensidad:

“Y seguro que encontrarás que la gente con enemistad más fuerte hacia los que creen son los judíos y los que asocian; mientras que encontrarás que los que están más próximos en afecto a los que creen, son los que dicen: ‘Somos cristianos’. Eso es porque entre ellos hay sacerdotes y monjes y no son soberbios. Cuando oyen lo que se le ha hecho descender al Mensajero, ves sus ojos inundados de lágrimas por la verdad que reconocen y dicen: ‘¡Señor nuestro! Creemos,

escribe nuestros nombres con los que dan testimonio. ¿Por qué no íbamos a creer en Dios y en la verdad que nos ha llegado si ansiamos que nuestro Señor nos haga entrar en la compañía de los justos?' Dios los recompensará por lo que dicen con jardines por cuyo suelo corren ríos, donde serán inmortales. Esa es la recompensa de los bienhechores. Y los que se niegan a creer y tachan de mentira Nuestros signos, éstos son los compañeros del Infierno". (*Corán* 5: 82-86)

Sin embargo, el *Corán* pone de manifiesto que a pesar de donde puedan residir sus simpatías, los cristianos que rehúsan aceptar el Islam están más cerca de los judíos que de los musulmanes, y Dios advierte a los musulmanes que no los tomen como amigos:

"Los judíos y los cristianos no estarán satisfechos contigo hasta que no sigas sus creencias. Di: 'La guía de Dios es la Guía'. Si siguieras sus deseos después del conocimiento que te ha venido, no tendrías ante Dios quien te protegiera ni auxiliara. Aquellos a quienes dimos el Libro y lo leen como debe ser leído, creen en él; pero los que lo niegan, esos son los perdidos". (*Corán* 2: 120-121)

Y:

"¡Vosotros que creéis! No toméis por amigos ni aliados a los judíos ni a los cristianos; unos son amigos aliados de otros. Quien los tome por amigos aliados será uno de ellos. Es cierto que Dios no guía a los injustos. Ves cómo los que tienen una enfermedad en el corazón van a ellos corriendo y dicen: tememos que la suerte nos sea adversa. Pero puede ser que Dios te traiga la victoria o una orden Suya y entonces tengan que arrepentirse de lo que guardaron secretamente en sus corazones. Los que creen dicen: ¿Son éstos quienes juraron por Dios con la máxima solemnidad en sus juramentos que estarían con vosotros? Sus obras son inútiles y perderán". (*Corán* 5: 51-53)

Y:

"¡Vosotros que creéis! No toméis como amigos aliados a aquellos de los que recibieron en Libro antes que vosotros y de los incrédulos que tomen vuestra práctica de Adoración

a burla y juego. Y temed a Dios, si sois creyentes. Cuando llamáis al *salat* lo toman a burla y juego. Eso es porque son gente que no comprende”. (*Corán* 5: 57-58)

Y:

“¡Vosotros que creéis! No toméis por amigos de confianza a quienes no sean de los vuestros, porque no cejarán en el empeño de corromperos; desean vuestro mal. La ira asoma por sus bocas, pero lo que ocultan sus pechos es aún peor. Y si razonáis, ya se os han aclarado los signos ... ¿Pero cómo es que vosotros, que creéis en todos los Libros revelados, los amáis mientras que ellos no os aman? Cuando se encuentran con vosotros dicen: ‘Creemos’. Pero cuando están a solas se muerden los dedos de rabia contra vosotros.

Di: ‘¡Morid con vuestra rabia!’

Realmente Dios conoce lo que hay en los pechos. Si os llega un bien, les duele, y si os sobreviene un mal, se alegran por ello; pero si tenéis paciencia y sois temerosos, sin intriga no os dañará en absoluto; es cierto que Dios rodea lo que hacen”. (*Corán* 3: 118-120)

Dios dice a los seguidores del Profeta Muhammad cómo tratar a aquellos, de entre la Gente del Libro, que se oponen abiertamente a los musulmanes:

“Combatid contra aquellos, de los que recibieron en Libro, que no crean en Dios ni en el Último Día, no hagan lícito lo que Dios y Su Mensajero han hecho ilícito y no sigan la verdadera práctica de Adoración; hasta que paguen la *ýizya* con sumisión y aceptando estar por debajo”. (*Corán* 9: 29)

A pesar de la continua oposición que durante los últimos catorce siglos ha habido contra Dios, contra el Profeta Muhammad, a quien Dios bendiga y conceda paz, y contra el *Corán*, la invitación dirigida en toda época a la Gente del Libro para que obedezcan a Dios y a Su Mensajero ha sido siempre la misma:

“¡Gente del Libro! Ha venido a vosotros Nuestro Mensajero aclarándoos mucho de lo que ocultabais del Libro y perdo-

nando muchas cosas. Ha venido a vosotros, procedente de Dios, una luz y un Libro claro. Con el que Dios guía a quien busca Su complacencia por los caminos de la salvación. Y los saca de las tinieblas a la luz con Su permiso y los guía al camino recto”. (*Corán* 5: 15-16)

Y:

“¡Gente del Libro! Os ha llegado Nuestro Mensajero para aclararos las cosas, tras un período de tiempo sin mensajeros, de manera que pudierais decir: No nos ha llegado nadie que nos trajera buenas noticias y nos advirtiera. Así pues, ahora ya tenéis un portador de buenas nuevas y un advertidor. Dios es Poderoso sobre todas las cosas”. (*Corán* 5: 19)

Dios dice también en el *Corán*:

“En el nombre de Dios, el Misericordioso, el Compasivo

La gente del Libro que había caído en incredulidad y los asociadores, no han desistido hasta que no les ha llegado la Evidencia: un Mensajero que recita páginas purificadas que contienen escritos de rectitud.

Así como aquellos a los que se les dio el Libro no se dividieron sino después de haberles llegado la Evidencia. A pesar de que no se les había ordenado sino que adorasen a Dios, rindiéndole sinceramente la adoración, como hanifes, y que establecieran el *salat* y entregaran el *zakat*. Y esta es la Práctica de Adoración auténtica. Y realmente los que de la gente del Libro y los asociadores se hayan negado a creer, estarán en el fuego del Infierno donde serán inmortales. Esos son lo peor de todas las criaturas. Pero los que creen y llevan a cabo las acciones de bien, son lo mejor de todas las criaturas. La recompensa que junto a su Señor les espera, son los Jardines del Edén por cuyo suelo corren los ríos. En ellos serán inmortales para siempre. Dios estará satisfecho con ellos y ellos lo estarán con Él. Esto es para quien tema a su Señor”. (*Corán* 98: 1-8)

Y:

“Habrá triunfado quien se purifique, recuerde el nombre

de su Señor y rece. Sin embargo preferís la vida de este mundo, cuando la Última es mejor y de mayor permanencia. Realmente esto ya estaba en las primeras escrituras, las páginas de Abraham y Moisés”. (*Corán* 87: 14-19)

En la *Sura al-Maida*, Dios recuerda una vez más a la Gente del Libro la recompensa que espera a los que siguen al Profeta Muhammad, la misma recompensa que espera a todo aquél que ha seguido fielmente no sólo a Moisés y a Jesús, sino a todos los Profetas y Mensajeros que vinieron antes y después de ellos, la paz y las bendiciones de Dios sean con todos ellos:

“Si la gente del Libro creyera y se guardara, haríamos desaparecer sus malas acciones y les haríamos entrar en los Jardines de la Delicia. Y si siguieran y pusieran en práctica la *Torá* y en *Inyíl* y lo que ha descendido para ellos de su Señor, comerían tanto de lo que está por encima de ellos como de lo que tienen bajo los pies. Los hay que forman una comunidad equilibrada, pero muchos de ellos, ¡qué malo es lo que hacen!” (*Corán* 5: 65-66)

Y:

“Di: ‘¡Gente del Libro! No tendréis nada hasta que no sigáis y pongáis en práctica la *Torá* y el *Inyíl* y lo que, procedente de vuestro Señor, os ha descendido’. Hay muchos de ellos a quienes lo que tu Señor ha hecho descender, les hace tener más rebeldía e incredulidad. Pero no te entristezcas por la gente injusta”. (*Corán* 5: 68)

Y:

“Di: ‘¡Gente del Libro! No deforméis la verdad de las cosas en vuestra práctica de Adoración; y no sigáis los deseos de unos que se extraviaron antes e hicieron que muchos se extraviaran y se alejaron del camino llano’”. (*Corán* 5: 77)

Cuando se describe a los que creen en los signos de Dios —incluido el Profeta Muhammad, a quien Dios bendiga y conceda paz— Dios se refiere a:

“Esos que siguen al Mensajero, el Profeta iletrado, al que encuentran descrito en la *Torá* y en el *Inyíl*, y que les or-

dena lo reconocido y les prohíbe lo reprobable, les hace lícitas las cosas buenas e ilícitas las malas y los libera de las cargas y de las cadenas que pesaban sobre ellos.

Y aquellos que creen en él, le honran, le ayudan y siguen la luz que fue descendida con él; éstos son los afortunados.

Di: '¡Hombres! Es cierto que yo soy para vosotros el Mensajero de Dios, a Quien pertenece la soberanía de los cielos y la tierra. No hay dios sino Él, da la vida y da la muerte; así que creed en Él y en Su Mensajero, el Profeta iletrado que cree en Dios y en Sus palabras, y seguidle para que tal vez os guiéis'". (*Corán* 7: 157-158)

Y:

"Realmente en el Mensajero tenéis un hermoso ejemplo para quien tenga esperanza en Dios en el Último Día y recuerde mucho a Dios". (*Corán* 33: 21)

Y:

"Muhammad no es el padre de ninguno de vuestros hombres sino que es el Mensajero de Dios y el sello de los Profetas. Y Dios es conocedor de todas las cosas. ¡Vosotros que creéis! Recordad a Dios invocándolo mucho. Y glorificadlo mañana y tarde. Él es Quien os bendice, así como Sus ángeles (piden por vosotros) para sacaros de las tinieblas a la luz. Y con los creyentes es Compasivo. El día en que se encuentren con Él, el saludo que recibirán será: 'Paz'. Y les habrá preparado una generosa recompensa". (*Corán* 33: 40-44)

Y:

"¡Vosotros que creéis!: Inclinaos y postraos, adorad a vuestro Señor y haced el bien para que así podáis tener éxito. Luchad por Dios como se debe luchar por Él. Él os ha elegido y no ha puesto ninguna dificultad en la práctica de Adoración; la religión de vuestro padre Abraham, él os llamó antes musulmanes. El Mensajero es testigo para vosotros de ellos, así como vosotros lo sois para los hombres. Así pues, estableced el *salat*, entregad el *zakat* y aferraos a Dios. Él es vuestro Dueño. ¡Y qué excelente Dueño y qué excelente Protector!" (*Corán* 22: 77-78)

Y:

“Quienes obedezcan a Dios y al Mensajero, éstos estarán junto a los que Dios ha favorecido: los profetas, los veraces, los que murieron dando testimonio y los justos. ¡Y qué excelentes compañeros!” (*Corán* 4: 69)

Y:

“Os ha legislado, dentro de la práctica de Adoración, lo que encomendó a Noé, lo que te hemos inspirado a ti y lo que encomendamos a Abraham, Moisés y Jesús: ‘que establecierais firmemente la Práctica de Adoración y no os dividierais en ella’. Les resulta excesivo a los asociadores aquello a lo que los llamáis. Dios elige para Sí a quien quiere y guía hacia Él a quien a Él se vuelve. Y no se dividieron sino después de haberles llegado el conocimiento, por envidias entre ellos. Y si no hubiera sido por una palabra previa que establecía un plazo fijo, se habría decidido entre ellos. Y los que, después de ellos, han heredado el Libro están recelosos en la duda”. (*Corán* 42: 13-14)

Y:

“Realmente la Práctica de Adoración ante Dios es el Islam.

Los que recibieron el Libro no discreparon sino después de haberles llegado el conocimiento, por envidias entre ellos. Y quien niega los signos de Dios ... Ciertamente es que Dios es Rápido en la cuenta. Si te cuestionan, di: ‘He sometido mi rostro a Dios, al igual que los que me siguen’. Diles a los que recibieron el Libro y a los ignorantes: ‘¿No os someteréis?’ Si se someten habrán sido guiados, pero si se apartan ... La verdad es que a ti sólo te incumbe la transmisión. Dios ve a los siervos.

Realmente los que niegan los signos de Dios y matan a los profetas sin derecho alguno y matan a quienes ordenan la equidad entre los hombres ... anúnciales un castigo doloroso. Esos son aquellos cuyas acciones serán inútiles en esta vida y en la Última; y no tendrán quien les auxilie. ¿No has visto cómo los que recibieron una parte del Libro recurren al Libro de Dios para que sirva de juicio entre ellos y cómo luego hay un grupo que da la espalda y se desen-

tiende? Eso es porque dicen: 'El Fuego no nos tocará sino días contados'. Lo que habían inventado les ha falseado su práctica de Adoración.

¿Y qué ocurrirá cuando un día, sobre el que no cabe duda, los reunamos y a cada uno se le pague por lo que se haya ganado sin que se le trate injustamente?" (*Corán* 3: 19-25)

Y:

"Pero los partidos que había entre ellos discreparon. ¡Perdición para los que no creyeron porque habrán de comparecer en un día transcendente! ¡Cómo verán y cómo oirán el día que vengan a Nosotros! Pero hoy los injustos están en un claro extravío. Y adviérteles del Día de la Lamentación cuando el asunto quede decidido. Y sin embargo ellos están descuidados y no creen. Es cierto que Nosotros heredaremos la tierra y a quien haya en ella y a Nosotros regresarán". (*Corán* 19: 37-40)

Y:

“¿Pero cómo podrás entender qué es el Día de la Retribución?

¿Cómo podrás entender qué es el Día de la Retribución?

Es el día en el que nadie podrá hacer nada por nadie.

Y ese día el mandato será de Dios". (*Corán* 82: 17-19)

Y:

"Di: ¡Dios, Rey de la Soberanía! Das el Dominio a quien quieres y se lo quitas a quien quieres. Y das poder a quien quieres y humillas a quien quieres. Tienes el bien en Tu mano. Realmente eres Poderoso sobre todas las cosas. Haces que la noche entre en el día y que el día entre en la noche. Haces salir lo vivo de lo muerto y lo muerto de lo vivo; y provees a quien quieres sin limitación". (*Corán* 3: 26-27)

Y:

"En el nombre de Dios, el Misericordioso, el Compasivo Di: 'El es Dios, Uno. Dios, el Señor Absoluto. No ha engendrado ni ha sido engendrado. Y no hay nadie que se Le parezca". (*Corán* 112: 1-4)

Y:

“En el nombre de Dios, el Misericordioso, el Compasivo

Las alabanzas a Dios, Señor de los mundos

El Misericordioso, el Compasivo.

Rey del Día de la Retribución.

Sólo a Ti te adoramos, sólo en Ti buscamos ayuda.

Guíanos por el camino recto,

el camino de los que has favorecido,

no el de los que son motivo de ira,

ni el de los extraviados”. (*Corán* 1: 1-7)

Amin



Epílogo

a la

Edición Latinoamericana

Cuando Muhammad ata'ur-Rahim, que descanse en paz, y yo completamos la primera edición en inglés de *Jesús, Profeta del Islam* en 1976, inspirada y guiada por mi maestro sayyedina Shaykh Dr. Abdalqadir as-Sufi ad-Darqawi al-Murabit, nunca consideramos que este libro estaría algún día a disposición de los hispanohablantes de América Latina traducido a lo que ha llegado a ser considerado como su idioma “nativo”.

Espero que para estas personas, este libro sea un libro importante por las siguientes razones:

Muchos de nosotros sabemos que este idioma nativo, y al mismo tiempo extranjero, fue introducido por los conquistadores españoles y misioneros —a menudo con gran crueldad, fuerza y pérdida de vidas— y que con él vino la introducción del Cristianismo Trinitario Europeo. Durante el curso de varios siglos esta religión tuvo una influencia firme en la cultura y las mentes de los que vivían en el continente americano, ya fueran nativos o inmigrantes.

Para los habitantes nativos, Europa es un lugar muy lejano y el Oriente Medio es aún más lejano. Para los inmigrantes de Europa, las Américas son de hecho un nuevo mundo. En este antiguo nuevo mundo, la historia de la aparición progresiva del Cristianismo Trinitario —propagado en el nombre de Jesús, la paz sea con él, y sin embargo tan diferente de lo que él originalmente enseñó— podría parecer casi irrelevante ya que sus raíces se encuentran muy lejos.

Y sin embargo para aquellos que reflexionan sobre la vida, la comprensión de cuán diferente habría sido la historia de las Américas si las enseñanzas originales de Jesús hubieran sido introducidas en los siglos XV y XVI es muy profunda. No es posible darse cuenta de esto sin estudiar la historia del Cristianismo Trinitario, mientras que se va adquiriendo simultáneamente un entendimiento de lo que Jesús enseñó originalmente. Espero que este libro, cuyo contenido revisé y amplié en 1995, ayude a que esto sea posible.

También espero que este libro ayude a aquellos que confían en sus corazones para alcanzar una comprensión de mayor importancia y significado ~ esto es que si desean seguir el camino de Jesús en los tiempos actuales, la única manera de hacerlo es siguiendo el camino de Muhammad, que Allah le bendiga y le conceda paz.

Este no es un asunto de discusión y debate académico, sino una cuestión de reconocimiento.

Cuando abracé el Islam, el 13 de agosto de 1973, sabía lo suficiente acerca del Cristianismo Trinitario para reconocer que no podía ser lo que Jesús había enseñado originalmente, y sabía lo suficiente acerca del Islam para reconocer que realmente era transformador de vidas. Durante los últimos 36 años, mi entendimiento de lo que reconocí en aquel momento se ha profundizado y ampliado. Dejé el Cristianismo Trinitario y abracé el Islam siguiendo a mi corazón. En aquel momento me dije a mí mismo que si el Islam no es verdadero, lo dejaría. No he sido capaz de dejarlo, incluso cuando la vida ha sido difícil y la verdad amarga, porque es verdadero.

El Islam es verdadero. El Islam es lo que Jesús y Muhammad enseñaron y encarnaron. Descubra qué es el Islam antes de que su breve vida llegue a su fin. Siga a su corazón. Encuentre a su maestro. Conozca y adore a su Señor. Viva y muera con el corazón iluminado, en paz.

El Profeta Muhammad fue ordenado por Dios de la siguiente manera:

Di: “Si amáis a Allah, seguidme, que Allah os amará y perdonará vuestras faltas. Allah es Perdonador y Compasivo.”

(*Corán* 3: 31)

Ahmad Thomson

Londres

Laylat'al-Isra wa'l-Miraj

27 Rajab 1430 / 20 de julio 2009



“Y cuando Dios dijo: ‘¡Jesús, hijo de María! ¿Has dicho tú a los hombres: “Tomadme a mí y a mi madre como dioses aparte de Dios?”’ Dijo: ‘¡Gloria a Ti! No me pertenece decir aquello a lo que no tengo derecho. Si lo hubiera dicho, Tú ya lo sabrías. Tú sabes lo que hay en mí, pero yo no sé lo que hay en Ti. Es cierto que Tú eres el Conocedor de lo más recóndito.

Sólo les dije lo que me ordenaste: “¡Adorad a Dios, mi Señor y el vuestro!” Y he sido testigo de ellos mientras permanecí en su compañía. Y cuando me llevaste a Ti, Tú eras Quien los observaba; Tú eres Testigo de todas las cosas”.

(*Corán: Sura al-Maida – 5: 116-117*)

Notas de los Capítulos

Prefacio a la Edición Revisada

1. La palabra árabe *din* suele traducirse al español por 'religión', pero los autores de *Jesús, Profeta del Islam* han preferido la expresión 'transacción vital' que se encuentra en el *Glossary of Islamic Terms* de Aisha Bewley (Ta-Ha Publishers, 1998) donde se define *din* como "transacción vital, lit.: la obligación entre dos partes, que en este contexto son el Creador y lo creado". En la traducción de *El Corán* de Abdel Ghany Melara Navío (Editorial Nuredduna, 1998) *din* se traduce como 'práctica de Adoración'.

Capítulo I : La Visión Unitaria y el Cristianismo

1. *The Apostolic Fathers*, E.J. Goodspeed.
2. *Articles of the Apostolic Creed*, Theodore Zahn, pp. 33-37.
3. *Tetradymus*, John Toland.
4. *Outlines of the History of Dogma*, Adolf Harnack.
5. *What Is Christianity ?* Adolf Harnack, p. 20.
6. *The Jesus Report*, J. Lehman (citant *Krewz Verlag*, Stuttgart, 2^e édition, 1960, p. 112).
7. *Articles of the Apostolic Creed*, Theodore Zahn.
8. *Erasmi Epistolai*, 1834 édition, P.S. Allen, V, pp. 173-92.

Capítulo II : Una Relación Histórica de la Figura de Jesús

1. *The Bible, the Qur'an and Science*, Maurice Bucaille, p. 105.
2. *The Bible, the Qur'an and Science*, M. Bucaille, p. 90.
3. *The Jesus Report*, J. Lehman, pp. 14-15.
4. *The Bible, the Qur'an and Science*, M. Bucaille, p. 96.
5. *The Wilderness Revolt*, Bishop Pike, p. 101.
6. *The Dead Sea Scrolls*, Edmund Wilson.
7. *The Bible, the Qur'an and Science*, M. Bucaille, p. 29.
8. *The Bible, the Qur'an and Science*, M. Bucaille, p. 33.
9. *The Bible, the Qur'an and Science*, M. Bucaille, pp.33-34.
10. *The Bible, the Qur'an and Science*, M. Bucaille, p. 34.
11. *Prophets in the Qur'an, Volume Two : The Later Prophets*, Iftekhar Bano Hussain, pp. 112-113.
12. *The Death of Jesus*, Joel Carmichael, p. 141.

13. *The Dead Sea Scrolls*, Edmund Wilson, p. 94.
14. *The Bible, the Qur'an and Science*, M. Bucaille, p. 115.
15. *The Death of Jesus*, Joel Carmichael, p. 139.
16. *The Jesus Scroll*, D. Joyce, p. 126.
17. *The Nazarenes*, John Toland, p. 18.
18. *The Life of Jesus*, Carveri.
19. *The Bible, the Qur'an and Science*, M. Bucaille, p. 64.

Capítulo III : Bernabé y los Primeros Cristianos

1. *The Kingdom of God and Primitive Christian Belief*, Albert Schweitzer, p. 149.
2. *Lebuch II*, Heinrich Holzmann, pp. 256, 376.
3. *The Jesus Report*, Johannes Lehman, p. 123.
4. *The Beginning of the Christian Church*, Hanz Lietzman, p. 104.
5. *Paul and His Interpreters*, Albert Schweitzer, p. 198.
6. *The Nazarenes*, John Toland, Preface, p. 6.
7. *A History of Christianity in the Apostolic Age*, A.C. MacGiffert, pp. 216, 231, 424-5.
8. Quoted in *The Jesus Report*, Johannes Lehman, p. 126.
9. Quoted in *The Jesus Report*, Johannes Lehman, p. 127.
10. Quoted in *The Jesus Report*, Johannes Lehman, p. 128.
11. *The Nazarenes*, John Toland, pp. 73-76.

Capítulo IV : Los Primeros Unitarios en el Cristianismo

1. *Constantine the Great*, J.B. Firth, pp. 190-191.
2. *A History of the Eastern Church*, A.R. Stanley, p. 94.
3. *A History of Christianity in the Apostolic Age*, A.C. MacGiffert, p. 172.
4. *The Donatist Church*, W.H.C. Frend, p. 153.
5. *The Donatist Church*, W.H.C. Frend, p. 164.
6. *The Donatist Church*, W.H.C. Frend.
7. *The Donatist Church*, W.H.C. Frend.
8. *The Donatist Church*, W.H.C. Frend.
9. *Constantine the Great*, J.B. Firth, pp. 92-93.
10. *Constantine the Great*, J.B. Firth.
11. *The Donatist Church*, W.H.C. Frend, p. 164.
12. *The Donatist Church*, W.H.C. Frend, p. 326.
13. *La Biblia*, Juan 14 : 28.
14. *Constantine the Great*, J.B. Firth.

15. *Constantine the Great*, J.B. Firth.
16. *Constantine the Great*, J.B. Firth.
17. *Constantine the Great*, J.B. Firth.
18. *Constantine the Great*, J.B. Firth.
19. *The Council of Nicea*, J. Kaye, pp. 23-25.
20. *Constantine the Great*, J.B. Firth, p. 60.
21. *Arius*, Prof. Gwatkin.
22. *Arius*, Prof. Gwatkin.
23. *Arius*, Prof. Gwatkin.
24. *Tetradymus*, J. Toland.
25. *Tetradymus*, J. Toland.
26. *Tetradymus*, J. Toland.
27. *Tetradymus*, J. Toland.
28. *Tetradymus*, J. Toland.
29. *A History of Christianity in the Apostolic Age*, A.C. MacGiffert.
30. *La Bible, le Coran et la Science*, M. Bucaille, p. 64.
31. *La Bible, le Coran et la Science*, M. Bucaille, p. 67.

Capítulo V : El Evangelio de Bernabé

1. *The Bible, the Qur'an and Science*, M. Bucaille, pp. 68-70.
2. *The Nazarenes*, John Toland, pp. 6-8.
3. *Spicilegium i* (ex Cod. Barocc. 39), Grabe.
4. *Islamic Horizons*, Février 1985, S. A. Johnson.
5. *The Nazarenes*, John Toland, pp. 15-16.
6. *The Gospel of Barnabas*, David Sox, p. 106.
7. *The Bible, the Qur'an and Science*, M. Bucaille, pp. 80-81.
8. *The Apostolic Fathers*, E. J. Goodspeed, p. 266.
9. *The Bible, the Qur'an and Science*, M. Bucaille, pp. 85-86.
10. *The Bible, the Qur'an and Science*, M. Bucaille, pp. 86-87.
11. *The Gospel of Barnabas*, David Sox, p. 92.

Capítulo VI : El Pastor de Hermas

1. *The Apostolic Fathers*, Edgar J. Goodspeed.

Capítulo VII : El Cristianismo Trinitario en Europa

1. *The Condemnation of Pope Honorius*, John Chapman.
2. *The Condemnation of Pope Honorius*, John Chapman.
3. *The Condemnation of Pope Honorius*, John Chapman.

Capítulo VIII : Los Unitarios más Recientes en el Cristianismo

1. *The Hunted Heretic*, R.H. Bainton.
2. *A History of Unitarianism*, E.M. Wilbur.
3. *Challenge of a Liberal Faith*, G.N. Marshall.
4. *Anti-Trinitarian Biographies*, A. Wallace.
5. *Rise of the Dutch Republic*, Motley.
6. *The Epic of Unitarianism*, D.B. Parke, pp. 5-6.
7. *Treatises Concerning the Mohametonians*, A. Reland, pp. 215-223.
8. *Francis David*, W.C. Gannett.
9. *Francis David*, W.C. Gannett.
10. *A History of Unitarianism*, E.M. Wilbur.
11. *Francis David*, W.C. Gannett.
12. *Francis David*, W.C. Gannett.
13. *Francis David*, W.C. Gannett.
14. *A History of Unitarianism*, E.M. Wilbur, p. 78.
15. *Treatises Concerning the Mohametonians*, A. Reland, p. 190.
16. *Francis David*, W.C. Gannett.
17. *Anti-Trinitarian Biographies*, A. Wallace.
18. *A History of the Reformation in Poland*, Lubinietski.
19. *Anti-Trinitarian Biographies*, A. Wallace.
20. *Anti-Trinitarian Biographies*, A. Wallace.
21. *Anti-Trinitarian Biographies*, A. Wallace, Introduction, p. 79.
22. *Anti-Trinitarian Biographies*, A. Wallace, p. 44.
23. *Anti-Trinitarian Biographies*, A. Wallace, p. 45.
24. *Historical and Critical Reflections Upon Mohametonism and Socianism*, A. Reland.
25. *The Nazarenes*, John Toland.
26. *Anti-Trinitarian Biographies*, III, A. Wallace.
27. *Anti-Trinitarian Biographies*, III, A. Wallace.
28. *Anti-Trinitarian Biographies*, III, A. Wallace.
29. *The Religion of the Protestants*, W. Chillingworth.
30. *The Religion of the Protestants*, W. Chillingworth.
31. *Anti-Trinitarian Biographies*, III, A. Wallace.
32. *True Opinion Concerning the Holy Trinity*, J. Biddle.
33. *Anti-Trinitarian Biographies*, III, A. Wallace.
34. *The Epic of Unitarianism*, D.B. Parke, pp. 31-32.
35. *Anti-Trinitarian Biographies*, III, A. Wallace.
36. *Anti-Trinitarian Biographies*, III, A. Wallace.
37. *Anti-Trinitarian Biographies*, III, A. Wallace.

38. *The Christian Doctrine*, J. Milton.
39. *The Christian Doctrine*, J. Milton.
40. *Anti-Trinitanan Biographies*, III, A. Wallace.
41. *The Christian Doctrine*, J. Milton.
42. *The Christian Doctrine*, J. Milton.
43. *Anti-Trinitanan Biographies*, III, A. Wallace, p. 428.
44. *Anti-Trinitanan Biographies*, III, A. Wallace, p. 438.
45. *Anti-Trinitanan Biographies*, III, A. Wallace.
46. *Anti-Trinitanan Biographies*, III, A. Wallace.
47. *Anti-Trinitanan Biographies*, III, A. Wallace, p. 517.
48. *Anti-Trinitanan Biographies*, III, A. Wallace.
49. *Anti-Trinitanan Biographies*, III, A. Wallace.
50. *Anti-Trinitanan Biographies*, III, A. Wallace.
51. *The Epic of Unitarianism*, D.B. Parke, p. 46.
52. *The Epic of Unitarianism*, D.B. Parke, p. 47.
53. *A List of False Reading of the Scripture*, T. Lindsey.
54. *Two Dissertations*, T. Lindsey.
55. *Memoirs of Dr. Priestly*, J. Priestly.
56. *Memoirs of Dr. Priestly*, J. Priestly, p. 76.
57. *Memoirs of Dr. Priestly*, J. Priestly, p. 89.
58. *The Epic of Unitarianism*, D.B. Parke, p. 48.
59. *A History of the Corruptions of Christianity*, J. Priestly.
60. *The History of Jesus Christ*, J. Priestly.
61. *Anti-Trinitanan Biographies*, A. Wallace.
62. *Anti-Trinitanan Biographies*, A. Wallace.
63. *A History of Unitarianism*, E.M. Wilbur, p. 424.
64. *A History of Unitarianism*, E.M. Wilbur.
65. *Anti-Trinitanan Biographies*, A. Wallace.
66. *The Epic of Unitarianism*, D.B. Parke.
67. *Challenge of a Liberal Faith*, G.N. Marshall.
68. *A History of Unitarianism*, E.M. Wilbur.

Capítulo IX : El Cristianismo en Nuestros Días

1. *A Christian Introduction to Religions of the World*, J.G. Vos, pp. 66-67.
2. *A Christian Introduction to Religions of the World*, J.G. Vos, p. 27.
3. *The World's Religions*, N. Anderson, p. 232.
4. '1984', G. Orwell, p. 220.
5. *Christianity on Trial*, I, Colin Chapman, pp. 32-33.

6. *Time Magazine*, May 24th, 1976, pp. 42-43.
7. *Christianity on Trial, I*, Colin Chapman, p. 37.
8. *Christianity on Trial, I*, Colin Chapman, pp. 51-52.
9. *Time Magazine*, May 24th, 1976, p. 46.
10. *Christianity on Trial, I*, Colin Chapman, p. 63.
11. *Christianity on Trial, I*, Colin Chapman, p. 74.
12. *Christianity on Trial, I*, Colin Chapman, p. 61.

Capítulo X : Jesús en los *Hadices* y en las Tradiciones Musulmanas

1. *Prophets in the Qur'an, Volume Two : The Later Prophets*, Iftekhhar Bano Hussain, p. 120.
2. Si se desean referencias más detalladas sobre las fuentes de los *hadices* mencionados en las págs. 265-270, véase *Christ in Islam* del Rev. James Robson, John Murray, 1929 (publicado de nuevo por Forgotten Books, 2008) obra de la que se han extraído estos *hadices*. Para referencias aún más detalladas de la mayoría de estos *hadices* véase *The Muslim Jesus* de Tarif Khalidi, Harvard University Press, 2003.
3. La palabra árabe *din* suele traducirse al español por 'religión', pero los autores de *Jesús, Profeta del Islam* han preferido la expresión 'transacción vital' que se encuentra en el *Glossary of Islamic Terms* de Aisha Bewley (Ta-Ha Publishers, 1998) donde se define *din* como "transacción vital, lit.: la obligación entre dos partes, que en este contexto son el Creador y lo creado". En la traducción de *El Corán* de Abdel Ghany Melara Navío (Editorial Nuredduna, 1998) *din* se traduce como 'práctica de Adoración'.



Bibliografía

Obras en Inglés

The *Qur'an*

El Corán (Traducción de Abdel Ghany Melara Navío).

Editorial Nuredduna, 1998

The Meaning of the Glorious Qur'an (A translation by Muhammad Pickthall), 1930.

The Noble Qur'an – a New Rendering of its Meaning in English (translated by Abdalhaqq & Aisha Bewley). Bookwork, 1999

The *Hadith* Collections of *Imam* al-Bukhari and *Imam* Muslim.

Al-Muwatta' of *Imam* Malik, (translated by 'A'isha 'Abdarahman at-Tarjumana and Ya'qub Johnson), 1982.

The *Bible* (King James and New International Versions).

'Abdal-Qadir as-Sufi, *The Way of Muhammad*,

Diwan Press, 1975 ~ *El Camino de Muhammad*,

Editorial Kutubia Mayurqa. 1998.

Allegro, *The Dead Sea Scrolls*.

Allen, P.S., *Erasmii Epistolae*, 1834 Edn.

Alton, *Religious Opinions of Milton, Locke, and Newton*, 1833.

Anderson, Norman, *The World's Religions*, 1975.

Apuleius, Lucius, *Metamorphosis - The Golden Ass*,
(translated by T. Taylor), 1822.

Backwell, R.H., *The Christianity of Jesus*, 1972.

Bainton, R.H., *The Hunted Heretic*, 1953.

Beattie, *The New Theology and the Old*, 1910.

Becker, *The Dead Sea Scrolls*.

Begin, Menachem, *The Revolt. The Story of the Irgun*.
(translated by Samuel Karr).

Belloc, J.H.D., *An Open Letter on the Decay of Faith*, 1906.

Biddle, John, *True Opinion Concerning the Holy Trinity (Twelve Arguments)*, 1653.

Bigg, *The Origin of Christianity*, 1909.

Blackney, E.H., *The Problems of Higher Criticism*, 1905.

Brown, David, *The Structure of the Apocalypse*, 1891.

Brown, W.E., *The Revision of the Prayer Book – A Criticism*, 1909.

- Bruce, Frederick, *Jesus and Christian Origins Outside the New Testament*, 1974.
- Bruce, F.F., *The New Testament Documents*, 1943.
- Bruce, F.F., *The Books and the Parchments*, 1950.
- Bucaille, Dr. M., *The Bible, the Qur'an and Science*, 4th Edn.
- Burnet, Gilbert, *An Abridgement of the History of the Reformation*.
- Bury, Arthur, *The Naked Gospel*, 1699.
- Carmichael, Joel, *The Death of Jesus*, 1962.
- Carnegie, W.H., *Why and What I Believe in Christianity*, 1910.
- Carver, *The Life of Jesus*.
- Cary, Parsons and Pagans – *An Indictment of Christianity*, 1906.
- Celsus, *Arguments of Celsus* (translated by Lardner), 1830.
- Chadwick, H., *Alexandrian Christianity*, 1954.
- Chadwick, H., *The Early Church*, 1967.
- Channing, W.E., *The Character and Writing of Milton*, 1826.
- Channing, W.E., *The Superior Tendency of Unitarianism*, 1831.
- Channing, W.E., *The Works of Channing*, 1840-1844.
- Chapman, Colin, *Christianity on Trial*, 1974.
- Chapman, John, *The Condemnation of Pope Honorius*, 1907.
- Charles, R.H., *The Book of Jubilees*, 1917.
- Charles, R.H., *The Apocrypha and Pseudo-Epiapha of the Old Testament*.
- Chesterton, G.K., *Orthodoxy*, 1909.
- Chillingworth, W., *The Religion of the Protestants*.
- Clarke, Samuel, *The Bible*, 1867.
- Clodd, Edward, *Gibbon and Christianity*, 1916
- Cooke, Rev., *Reply to Montgomery*, 1883.
- Cooke, Rev., *True to Himself*, 1883.
- Corelli, Marie, *Barnabas - A Novel*, 1893.
- Corelli, Marie, *Council of Nicea and St. Athanasius*, 1898.
- Cox, Edwin, *The Elusive Jesus*.
- Craver, Marcello, *The Life of Jesus*, 1967.
- Cross, Frank Moore, *The Ancient Library of Qumran and Modern Biblical Studies*.
- Culligan, *The Arian Movement*, 1913.
- Cummins, G.D., *The Childhood of Jesus*, 1972.
- Cunningham, Francis, *A Dissertation on the Books of Origen Against Celsus*, 1812.
- Curl, Edward, *Historical Account of the Life of John Toland*, 1728.

- Davies, W.D., *Paul and Rabbinic Judaism*.
- Dinwiddie, *The Times Before the Reformation*, 1883.
- Disciple, *Gospel of the Holy Twelve*.
- DuPont-Sommer, *The Jewish Sect of Qumran and the Essenes*,
(translated by RD. Barnett).
- Emlyn, T., *An Humble Enquiry into Scripture*, 1756.
- Eusebius, *Church History – Life of Constantine the Great*,
(translated by MacGiffert), 1890.
- Eusebius, *The Ecclesiastic History*, 1847.
- Eusebius, *A Select Library of Nicene and post-Nicene Fathers of
the Christian Church*, (translated by A.C. MacGiffert, Ph.D.),
1890.
- Everett, C.C., *Theism and the Christian Faith*.
- Firth, J.B., *Constantine the Great*, 1890.
- Frazer, W., *The Golden Bough*.
- Frend, W.H.C., *The Early Church*.
- Frend, W.H.C., *Persecution in the Early Church*.
- Frend, W.H.C., *An Address to the Inhabitants of Cambridge*,
1788.
- Frend, W.H.C., *The Rise of the Monophysite Movement*.
- Frend, W.H.C., *Coulthurst's Blunders Exposed*, 1788–89.
- Frend, W.H.C., *The Donatist Church*.
- Froude, *The Life and Letters of Erasmus*, 1916.
- Gannett, D., *Francis David, Founder of Unitarianism*, 1914.
- Gibbon, Edward, *Christianity*, 1930.
- Gibbon, Edward, *Decline and Fall of the Roman Empire*,
1909–1914.
- Gibson, J.M., *Inspiration and Authority of the Holy Scriptures*.
- Glover, T.R., *Jesus of History*, 1919.
- Goodspeed, E.J., *The Letter of Barnabas*, 1950.
- Goodspeed, E.J., *The Apostolic Fathers*, 1950.
- Gordon, Alexander, *Heresy*.
- Grant & Fridman, *The Secret Sayings of Jesus*, 1960.
- Green, *Sir Isaac Newton's Views*, 1871.
- Guthrie, D., *A Shorter Life of Christ*, 1970.
- Gwatkin, *Arius*.

- Haines, *Religious Persecution*.
- Hall, L, *The Continuity of Revelation*, 1908.
- Harnack, Adolf, *Christianity and History*,
(translated by Saunders), 1900.
- Harnack, Adolf, *Outlines of the History of Dogma*, 1900.
- Harnack, Adolf, *What is Christianity ?* 1901.
- Harris, J.R., *Celsus and Aristedes*, 1921.
- Harwood, P., *Priestly and Unitarianism*, 1842.
- Hastings, *Dictionary of Christ and the Gospel*.
- Hay, J.S., *Heliogabalus*, 1911.
- Haygood, A.G., *The Monk and the Prince*, 1895.
- Hayne, S., *The General View of the Holy Scripture*, 1607.
- Heinimann, *John Toland*, 1944.
- Hermes, *Hermes – A Disciple of Jesus*, 1888.
- Holzmann, Heinrich, *Lebuch II*.
- Hone, W., *The Apocryphal New Testament*, 1820.
- Hort, F.J.A., *Six Lectures on the Ante-Nicene Fathers*, 1895.
- Huddleston, *Toland's History of the Druids*, 1814.
- Hunt, *Jesus Christ*, 1904.
- Hussain, Iftekhar Bano, *Prophets in the Qur'an, Volume Two :
The Later Prophets*, 1995.
- Hynes, S., *The Manifesto*, 1697.
- Ibn Kathir, *The Signs before the Day of Judgement*,
(translated by Huda Khattab), 1991.
- Jan, *John Hus - His Life*, 1915.
- Josephus, *The Works of Flavius Josephus*,
(translated by William Whitson), 1840.
- Joyce, D., *The Jesus Scroll*, 1973.
- Kamen, H.A.R., *The Spanish Inquisition*, 1965.
- Kaye, J., *The Council of Nicea*, 1853.
- Kaye, J., *The Ecclesiastic History of the 2nd & 3rd Centuries*,
1893.
- Kaye, J., *The Sermons*, 1850.
- Kaspary, J., *The Life of the Real Jesus*, 1904.
- Kaspary, J., *The Origin, Growth, and Decline of Christianity*,
1904-10.
- Kelly, J.N.D., *Early Christian Creeds*, 1949.
- Kirkgaldy, *The New Theology and the Old*, 1910.

- Knight, *The Life of Faustus Socianus*, (translated by Biddle), 1653.
- Knox, W.L., *The Sources of the Synoptic Gospels*, 1953.
- Konstantinides, *Saint Barnabas*, 1971.
- Lardner, N., *A History of Heretics*, 1780.
- Lardner, N., *Two Schemes of Trinity*, 1829.
- Latourette, K.C., *A History of the Expansion of Christianity*, 1953.
- Leany, A.R.C., *The Dead Sea Scrolls*.
- Leany, A.R.C., *The Rule of Qumran*.
- Lehman, Johannes, *The Jesus Report*, 1972.
- Lietzman, Hanz, *The Beginning of the Christian Church*, 1949.
- Lietzman, Hanz, *A History of the Early Church*, 1961.
- Lindsey, T., *Two Dissertations*, 1779.
- Lindsey, T., *An Historical View of the State of Unitarian Doctrine*, 1783.
- Lindsey, T., *A List of False Readings of the Scripture*, 1790.
- Lubinietski, *A History of the Reformation in Poland*.
- MacGiffert, A.C., *The Apostles' Creed*, 1902.
- MacGiffert, A.C., *The God of the Early Christians*, 1924.
- MacGiffert, A.C., *A History of Christianity in the Apostolic Age*, 1897.
- MacLachlan, *The Religious Opinions of Milton, Locke, and Newton*, 1941.
- Madden, *Life and Martyrdom of Savonarola*, 1854.
- Major, John, 'Sentences'.
- Marshall, G.N., *Challenge of a Liberal Faith*, 1966.
- Marshall, G.N., *Understanding of Albert Schweitzer*, 1966.
- Masters, John, *Baptismal Vows, or the Feast of St. Barnabas*, 1866.
- Mellone, S.H., *Unitarianism and the New Theology*, 1908.
- Miller, F., *The History of the Jewish People in the Age of Jesus Christ*.
- Milton, J., *Treatise of Civil Power*.
- Milton, J., *The Christian Doctrine*, 1825.
- Motley, *Rise of the Dutch Republic*.
- Mowry, Lucetta, *The Dead Sea Scrolls and the Early Church*.
- Murray, G.G.A., *Five Stages of Greek Religion*.

- Newman, A., *Jesus* (with a Preface by Dr. Schmeidal), 1907.
 Newman, J.H., *Arianism of the Fourth Century*, 1833.
 Newton, *Sir Isaac Newton Daniel*, 1922.

Orwell, G., '1984'.

Oxyrhynchus, *New Sayings of Jesus and Fragments of a Lost Gospel*, (translated by B.P. Grenfell & A.S. Hunt), 1897.

Parke, D.B., *The Epic of Unitarianism*, 1957.

Patrick, John, *The Apology of Origen in Reply to Celsus*, 1892.

Pike, E.R., *Spiritual Basis of Nonconformity*, 1897.

Pike, J.A., *If This Be Heresy*, 1967.

Pike, J.A., *Time for Christian Candour*, 1965.

Pike, J.A., *The Wilderness Revolt*, 1972.

Priestly, Joseph, *A General History of the Christian Church*,
 1802.

Priestly, Joseph, *A History of the Corruption of Christianity*,
 1871.

Priestly, Joseph, *History of Jesus Christ*, 1786.

Priestly, Joseph, *Memoirs of Dr. Priestly*, 1904.

Priestly, Joseph, *Socrates and Jesus*, 1803.

Priestly, Joseph, *Three Tracts*, 1791.

Priestly, Joseph, *Dr. Priestly's Catechism*, 1796.

Priestly, Joseph, *A New Song*, 1876.

Puccinelli, P., *Vita de S. Barnaba Apostolo*.

Quick, Murid, *The Story of Barnabas*.

Ragg, Lonsdale and Laura, *The Gospel of Barnabas*,
 (edited and translated from the Italian Ms.
 in the Imperial Library at Vienna), 1921.

Reed, Douglas, *The Controversy of Zion*, 1985.

Reland, Adrian, *Historical and Critical Reflections
 upon Mohametanism and Socianism*, 1712.

Reland, Adrian, *Treatises concerning the Mohametons*.

Rice, D.T., *Byzantine Art*, 1954.

Rice, Michael, *False Inheritance*, 1994.

Robinson, J.A., *Barnabas, Hermas and the Didache*, 1920.

Robinson, J.A.T., *Honest to God*, 1964.

Robinson, J.M., *The New Quest of the Historical Jesus*, 1959.

Robinson, J.M., *Problem of History in Mark*, 1957.

- Robertson, J. M., *The Historical Jesus*, 1916.
- Robson, Rev. James, *Christ in Islam*, 1929.
- Ruinus, *Commentary on the Apostles' Creed*, 1955.
- Rylcy, G.B., *Barnabas, or the Great Renunciation*, 1893.
- Sanday, *Outlines of the Life of Christ*.
- Sandmel, S., *We Jews and Jesus*, 1973.
- Santucci, L., *Wrestling with Jesus*, 1972.
- Savonarola, *Verity of Christian Faith*, 1651.
- Schmiedel, P.W., *Jesus in Modern Criticism*, 1907.
- Schokel, L.A., *Understanding Biblical Research*, 1968.
- Schweitzer, Albert, *Christianity and the Religions of the World*, 1923.
- Schweitzer, Albert, *The Mysticism of Paul the Apostle*, 1953.
- Schweitzer, Albert, *Paul and his Interpreters*.
- Schweitzer, Albert, *The Kingdom of God and Primitive Christianity*, 1968.
- Schweitzer, Albert, *The Philosophy of Civilization*, 1946.
- Schweitzer, Albert, *A Psychiatric Study of Jesus*, 1958.
- Schweitzer, Albert, *The Story of Albert Schweitzer*.
- Sox, David, *The Gospel of Barnabas*, 1984.
- Spark, *Unitarian Miscellany*.
- Spark, *Christian Reformer*.
- Stanley, A.P., *The Eastern Church*, 1869.
- Stanley, A.P., *The Athanasian Creed*, 1871.
- Stanley, A.P., *Lectures on the History of the Eastern Church*, 1883.
- Stevenson, J., *Creeds, Councils, and Controversies*.
- Stevenson, J., *Studies in Eusebius*, 1929.
- Stevenson, J., *The New Eusebius*.
- Taylor, John, *The Scriptural Doctrine of Original Sin*.
- Taylor, John, *A History of the Octagon Church*.
- Thomas-a-Kempis, *Imitation of Christ*, (translated by John Wesley), 1903.
- Thompson, F.A., *Goths in Spain*, 1969.
- Toland, John, *Hyphathia*, 1753.
- Toland, John, *The Nazarenes*, 1718.
- Toland, John, *Theological and Philosophical Works*, 1732.
- Toland, John, *Tetradymus*.
- Towgood, *Serious and Free Thoughts on the Present State of the Church*.

Vermas, G., *Jesus, the Jew*, 1973.

Vos, J.G., *A Christian Introduction to Religions of the World*, 1965.

Wallace, *Anti-Trinitarian Biographies*, 1850.

Warchaurr, J., *Jesus or Christ ?* 1909.

Warfield, B.B., *Jesus or Christ ?* 1909.

Whittaker, T., *The Origins of Christianity*, 1933.

Wilbur, E.M., *A History of Unitarianism
in Transylvania, England, and America*.

Williamson, G.A., *The History of the Church*, 1965.

Williamson, G.A., *The Jewish War*, 1959.

Wilson, E.M., *The Dead Sea Scrolls*, 1969.

Wisaart, H.S., *Socialism and Christ,
the Great Enemy of the Human Race*, 1905.

Workman, H.B., *Persecution in the Early Church*, 1906.

Zahn, T., *The Articles of the Apostles' Creed*, 1899.

Zahn, T., *Introduction to the New Testament*, 1909.

Zahn, T., *Peter, Saint and Apostle*, 1889.

Revistas

Christian Examiner, Jan. 1924-Dec. 1925.

Edinburgh Review, Vol. XII, 1825.

Hibbert Journal Supplement, *Jesus or Christ*, Vol. VII, 1909.

Harvard Theological Review, *Theism and the Christian Faith*, 1909.

Islamic Horizons, Feb. 1985, *Today's Gospel of Barnabas –
Is it Authentic ?*

Neale, Samuel, *A select series of biographical narratives, etc.,
Vol. VIII*, 1845.

Review Biblique, 1950.

Time Magazine, May 24, 1976.



Sobre los Autores

Muhammad Ata'ur-Rahim vivió gran parte de su vida en Hideradab, India, antes de trasladarse a Paquistán en la época de la Partición en 1947. Se graduó en la Universidad Musulmana de Aligarh y continuó sus estudios en las Universidades de Edimburgo y Londres donde consiguió su MRST. Fue Académico del Gobierno de la India en Arqueología, Arte y Religión de la India Antigua. Durante la Segunda Guerra Mundial ascendió al rango de coronel y finalizada ésta ocupó el puesto de Rector del Instituto Urdu de Karachi, Paquistán. Escribió también *Unitarianism in Christianity* y *The Meeting Ground of Islam and Christianity*. Murió en el año 1978, 'alayhi rahma.

Ahmad Thomson nació en Chipata, Zambia, el 23 de abril de 1950, cuando finalizaba el periodo colonial Británico en África. Educado en Zimbabwe e Inglaterra y viajero empedernido, tuvo la suerte de poder librarse de condicionamientos sociales y educativos excesivamente rígidos por lo que, a pesar de criarse como cristiano, pudo reconocer y abrazar el Islam al verlo clara y existencialmente encarnado en los musulmanes auténticos.

Poco tiempo después de su entrada en el Islam, el autor conoció al Coronel Muhammad Ata'ur-Rahim que se había trasladado a Inglaterra para continuar sus estudios sobre Jesús, la paz sea con él, y el Cristianismo. Siguiendo las indicaciones de Shayj Abdalqadir as-Sufi comenzaron a trabajar juntos. Como resultado de esta colaboración se escribieron tres libros, *Jesús Profeta del Islam*, *Jesús en el Corán* y *Sangre en la Cruz*; este último se finalizó cuando el autor había regresado de la peregrinación a La Meca y el Coronel Rahim había muerto, 'alayhi rahma.

Otro de los libros escritos por Ahmad Thomson es *Da'ýyal, the AntiChrist*, que es un estudio contemporáneo sobre el Anticristo escrito desde el punto de vista coránico y que está basado en los Hadices del Profeta Muhammad, a quien Allah bendiga y conceda paz, a su familia y Compañeros y a todos los que le sigan con sinceridad y en lo que puedan hasta el Último Día. Amin.

